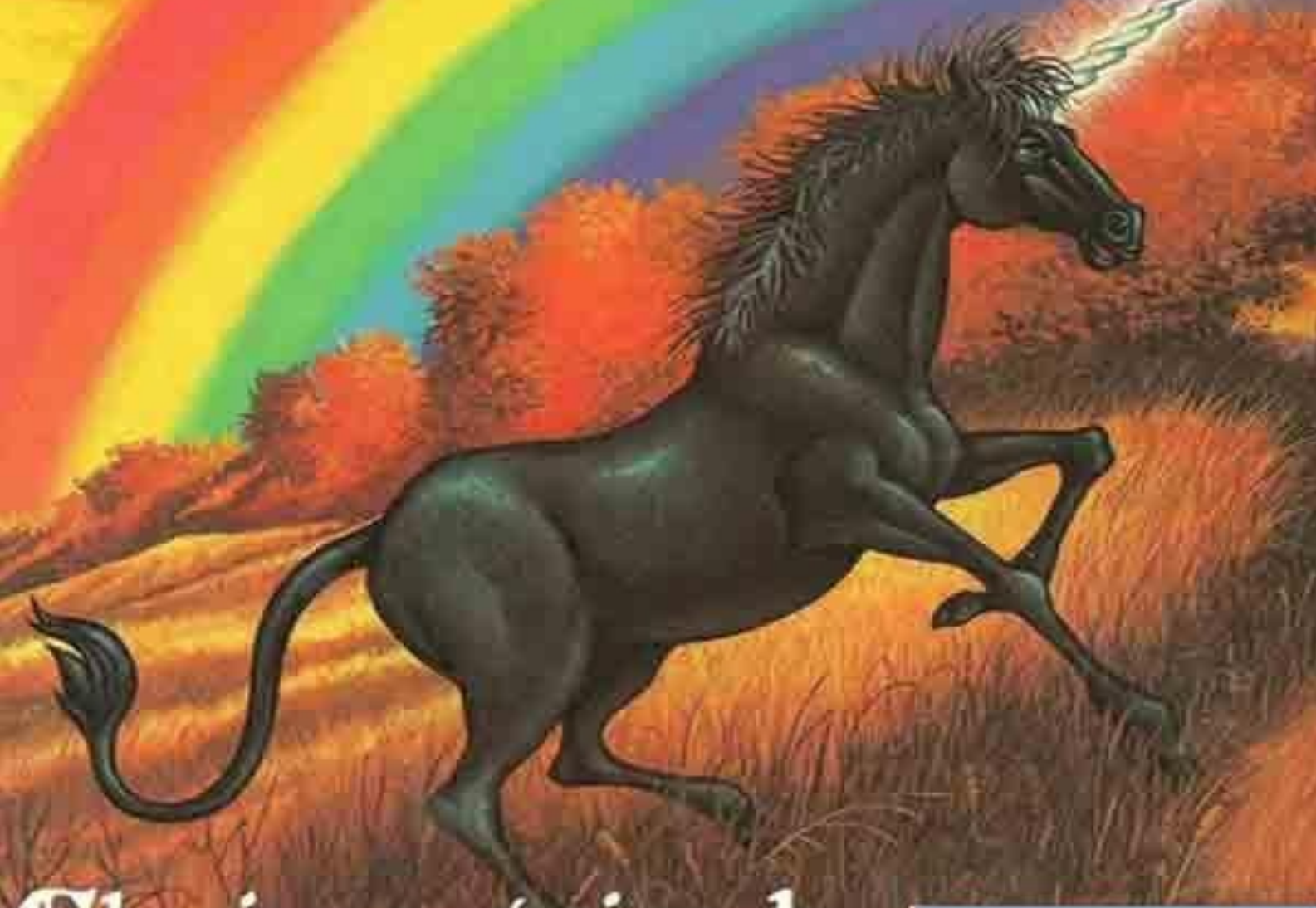


TERRY BROOKS

EL UNICORNIO NEGRO



El reino mágico de
Wandover. Libro II

Lectulandia

Ha pasado un año desde que Ben Holiday compró el reino mágico al mago Meeks, por mediación de los almacenes Rosen s. A su llegada al mismo, comprobó que éste había establecido una serie de trampas contra él. Ben las superó, y sobrevivió a ellas por la ayuda que le prestaron tres amigos leales: Questor Thews, un mago bastante incompetente; Abernathy, un perro con la facultad de hablar que desempeñaba el cargo de amanuense de la Corte; y la adorable Sauce que, a veces, tenía que convertirse en árbol. Pero Meeks no se dio por vencido y....

Lectulandia

Terry Brooks

El unicornio negro

Reino mágico de Landover #2

ePub r1.0

whatsername 19.01.14

Título original: *The black unicorn*
Terry Brooks, 1987
Traducción: Pilar Alba & A. Herrera
Diseño de portada: Ramon Parada

Editor digital: whatsername
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Amanda,
que ve unicornios que yo no puedo ver

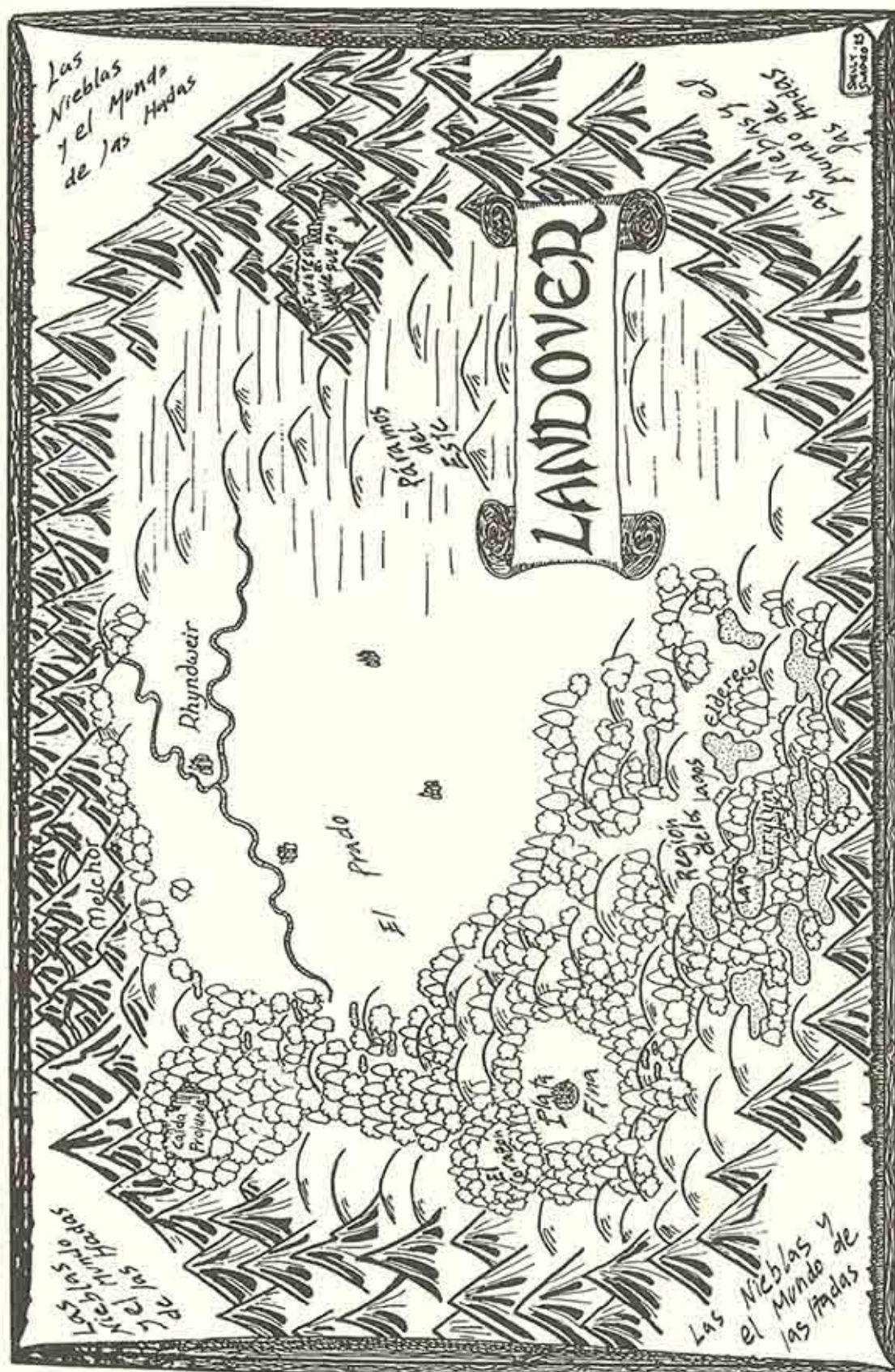
¿Cómo sabes que él es un unicornio? —preguntó Molly—. ¿Y por qué te asusta que te toque? Te he visto. Tienes miedo.

—No creo que me apetezca continuar esta conversación —contestó el gato sin resentimiento—. Yo no perdería el tiempo en tonterías semejantes si fuese tú. Considera, en primer lugar, que a ningún gato que haya mudado de pelaje al menos una vez se le puede engañar con apariencias. En eso difieren de los seres humanos, que se dejan arrastrar por ellas. En cuanto a tu segunda pregunta...

Aquí vaciló, y de repente su interés se concentró en su propio aseo; no volvería a hablar hasta haberse lamido a contrapelo y después en sentido contrario. Cuando al fin lo hizo no miró a Molly, sino a sus zarpas.

—Si me hubiese tocado —dijo en voz baja—. Le pertenecería a él y no a mí mismo.

Peter S. Beagle, EL ÚLTIMO UNICORNIO



PRÓLOGO

El unicornio negro surgió de la niebla matutina, casi como si hubiera nacido de ella, y contempló el reino de Landover.

La aurora asomaba por el horizonte oriental, igual que una intrusa que sacara la cabeza de su escondite para ver la rápida partida de la noche. El silencio pareció hacerse más profundo con la aparición del unicornio, como si ese insignificante suceso acaecido en un rincón hubiera repercutido de algún modo en el valle. En todas partes el descanso dio paso a la actividad, los sueños a la vida, y en ese momento de transición pareció que el tiempo se detenía.

El unicornio se encontraba cerca de la cima del borde norte del valle, sobre las montañas del Melchor, próximo a la frontera con el mundo de las hadas. Landover se extendía ante él, con sus montes arbolados y riscos desnudos que descendían hacia las colinas y las praderas, los ríos y los lagos, los bosques y la maleza. El color rielaba en manchas brumosas a través de la declinante oscuridad donde los rayos del sol se reflejaban en el rocío. Los castillos, pueblos y casas eran formas vagas e irregulares, y parecían criaturas durmiendo acurrucadas que exhalaban humo al respirar.

Había lágrimas en los ojos de fuego verde que recorrían el valle de extremo a extremo y brillaban con una reencontrada vida. ¡Cuánto tiempo...!

Un arroyo bajaba para acumular sus aguas en un cuenco formado de roca a una decena de metros del unicornio. Un pequeño grupo de criaturas del bosque estaba junto al borde de ese estanque contemplando con admirado temor la maravilla que acababa de materializarse ante ellas. El grupo estaba compuesto por un conejo, un tejón, varias ardillas y ratones campestres, un oposum y un joven y solitario sapo. Al fondo, una criatura cavernícola se fundía con las sombras. Dentro de su agujero se aplastaba un wump de pantano. Los pájaros estaban inmóviles en las ramas de los árboles. La calma lo llenaba todo. El único sonido era el susurro que producía el arroyo al correr sobre la roca.

El unicornio asintió con la cabeza en reconocimiento del homenaje que le rendían. Su cuerpo de ébano brillaba en la media luz, la crin y las cerneas destellaban como seda agitada por el viento. Los pies de cabra se movían inquietos y la cola de león restallaba como un látigo, en contraste con la quietud circundante. El cuerno cortó la oscuridad emitiendo un leve brillo mágico. Nunca había existido una criatura de tanta gracia y belleza, y nunca volvería a existir.

El amanecer irrumpió bruscamente en el valle de Landover, y un nuevo día comenzó. El unicornio negro sintió el calor del sol en la cara y levantó la cabeza agradecido. Pero aún lo sujetaban cadenas invisibles, y la frialdad de su presencia disipó casi al instante la calidez del momento.

El unicornio tembló. Era inmortal y los seres mortales nunca podrían matarlo. Pero, a pesar de ello, la vida podía serle arrebatada. El tiempo era el aliado del enemigo que lo había aprisionado. Y el tiempo empezaba a avanzar de nuevo.

El unicornio negro se deslizó entre las sombras y la luz, como si fuera mercurio, en busca de su libertad.

SUEÑOS...

—Esta noche he tenido un sueño —dijo Ben Holiday, dirigiéndose a sus amigos durante el desayuno.

Fue como si les hubiese dado el parte meteorológico. El mago Questor Thews no pareció oírle. Su delgada cara de búho tenía una expresión pensativa y su mirada estaba fija en un objeto invisible situado a unos seis metros sobre la mesa. Los kobolds Juanete y Chirivía apenas levantaron la vista de la comida. El amanuense Abernathy logró mirarlo con curiosidad cortés, pero para un perro de rostro peludo que miraba habitualmente con curiosidad cortés, eso no era demasiado difícil.

Sólo la sílfide Sauce, que en ese momento entraba en el comedor del castillo de Plata Fina, mostró auténtico interés con un repentino e inquieto cambio de expresión.

—He soñado con mi casa —continuó él, decidido a no abandonar el tema—. He soñado con el viejo mundo.

—¿Perdón? —Questor lo miraba ahora, ya de regreso de cualquier planeta que hubiese estado visitando—. Perdonadme, ¿he oído algo sobre...?

—¿Qué soñásteis exactamente sobre el viejo mundo, gran señor? —lo interrumpió Abernathy con impaciencia, transformando la curiosidad cortés en leve desaprobación.

Dirigió a Ben una mirada reprobatoria por encima de las gafas. Siempre lo miraba de ese modo cuando mencionaba el viejo mundo.

Ben se inclinó hacia delante.

—He soñado con Miles Bennett. Recuerdan lo que les conté sobre Miles, ¿verdad? Mi antiguo compañero de bufete. Bueno, pues he soñado con él. He soñado que tenía problemas. No fue un sueño completo. No tenía un verdadero comienzo ni un final. Fue como si yo llegase a mitad de la historia. Miles estaba en su oficina, trabajando, ordenando papeles. Llamaban por teléfono, entregaban mensajes, había personas sentadas en las sombras que no podía ver con claridad. Pero pude apreciar que Miles estaba prácticamente frenético. Su aspecto era terrible. Preguntaba por mí. Preguntaba que dónde me había metido y por qué no estaba allí. Yo le llamé, pero no me oyó. Entonces se produjo una especie de distorsión, una oscuridad, un retorcimiento de lo que veía. Miles siguió llamando, preguntando por mí. En aquel momento, algo se interpuso entre nosotros, y me desperté.

Paseó la mirada por los rostros que lo rodeaban. Ahora todos estaban pendientes de él.

—Pero eso no es todo —añadió al instante—. Había una atmósfera de... de desastre inminente que acechaba detrás de toda la serie de imágenes. Había una tensión que daba miedo. Era tan... real.

—Algunos sueños son así, gran señor —observó Abernathy, encogiéndose de

hombros. Empujó sus gafas hacia arriba y cruzó las patas delanteras ante el pecho. Era un perro remilgado—. Con frecuencia, los sueños son manifestaciones de los temores de nuestro subconsciente, según he leído.

—Este sueño no —insistió Ben—. Fue algo más que un sueño normal. Fue como una premonición.

Abernathy hizo un gesto de desdén.

—Supongo que ahora diréis que por la fuerza de estos sueños emocionalmente perturbadores, aunque racionalmente infundados, sentís la necesidad de volver a vuestro mundo, ¿verdad?

El amanuense no hacía el menor esfuerzo por disimular su preocupación. Sus temores estaban a punto de realizarse.

Ben vaciló. Había pasado más de un año desde que atravesó las nieblas del mundo de las hadas en algún lugar escondido del bosque de las montañas del Blue Ridge, unos treinta kilómetros al suroeste de Waynesboro, en Virginia, y penetró en el reino de Landover. Con anterioridad, había pagado un millón de dólares por ese privilegio, respondiendo a un anuncio del catálogo de unos almacenes, actuando más por la desesperación que por la razón. Llegó a Landover como rey, pero que le reconocieran como tal los habitantes del país no había sido tarea fácil. Los ataques a su derecho al trono llegaron de todas partes. Criaturas cuya existencia ni siquiera hubiera creído posible estuvieron a punto de destruirlo. La magia, el poder que gobernaba todo en este extraño mundo, era una espada de dos filos que había tenido que dominar para sobrevivir. Desde que tomó la decisión de entrar en las nieblas, se vio obligado a aceptar otro concepto de la realidad, y la vida que conoció cuando ejercía su profesión en Chicago se convirtió en un recuerdo alejado de su existencia presente. Sin embargo, esa antigua vida no estaba desechada por completo y, de vez en cuando, pensaba en volver a ella.

Sus ojos se encontraron con los del amanuense. No sabía qué respuesta darle.

—Admito que estoy preocupado por Miles —dijo al fin.

El comedor se quedó muy silencioso. Los kobolds dejaron de comer, sus caras de mono se inmovilizaron con esas aterradoras semisonrisas que mostraban sus numerosos dientes. Abernathy estaba rígido en su asiento. Sauce palideció, dando la impresión de que iba a decir algo que no dijo.

Pero fue Questor Thews quien habló primero.

—Un momento, gran señor —solicitó con gesto pensativo y uno de sus huesudos dedos sobre los labios.

Se levantó de la mesa, hizo salir de la habitación a los dos sirvientes que se hallaban de pie a ambos lados de las puertas y las cerró. Los seis amigos se quedaron solos en el enorme comedor. Pero no fue suficiente para Questor. La gran arcada de la pared opuesta comunicaba a través de un vestíbulo con el resto del castillo, y Questor

se dirigió a ella con sigilo para ver si había alguien en las proximidades.

Ben lo observó, lleno de curiosidad, preguntándose por qué tomaría tantas precauciones. Había que reconocer que las cosas no eran como en los tiempos en que sólo ellos ocupaban Plata Fina. Ahora había criados de todas las edades y categorías, soldados y guardianes, emisarios y representantes diplomáticos, mensajeros y muchos otros, que desempeñaban diversos cometidos en la corte; todos tropezando entre sí e interfiriendo en su vida privada cuando era menos conveniente. Pero la posibilidad de su regreso al viejo mundo se había comentado abiertamente por la mayoría de los residentes en el castillo y Questor actuaba como si el pueblo de Landover no supiese que Ben no era un landoveriano.

Sonrió con resignación. Bueno, las precauciones no perjudican a nadie.

Se estiró, relajando los músculos aún tensados por el sueño. Era un hombre de apariencia normal, de altura y corpulencia media, con el peso distribuido proporcionalmente. Sus movimientos eran rápidos y precisos. En su juventud había sido boxeador y aún conservaba gran parte de su antigua habilidad. Tenía la cara curtida por el sol y el viento, la frente alta y los pómulos prominentes, nariz aguileña e inicio de calvicie en las entradas. En los extremos de sus ojos comenzaban a notarse finas arrugas, pero éstos eran de un azul brillante y frío.

Desvió la vista hacia arriba. El sol de la mañana atravesaba con sus rayos los cristales de las altas ventanas y éstos danzaban sobre la piedra y la madera pulida. La calidez del castillo penetró en él, y pudo sentir su inquietud creciente. El castillo siempre estaba escuchando. Sabía que lo había oído hablar del sueño y ahora le respondía con una manifestación de descontento. Era como una madre preocupada por un hijo alocado e incauto. Era una madre que trataba de mantener a su hijo seguro junto a ella. No le gustaba que hablase de dejarla.

Ben miró disimuladamente a sus amigos: Questor Thews, el mago cuya magia fallaba con frecuencia, un espantapájaros con ropas llenas de parches de color y gestos complicados; Abernathy, el amanuense de la corte transformado en terrier de pelo liso por la magia de Questor, que continuaba así porque éste no consiguió hallar la invocación mágica que lo devolviera a su estado original, un perro vestido como un caballero; Sauce, la bella sílfide que era medio mujer y medio árbol, una criatura del mundo de las hadas provista de magia; Juanete y Chirivía, los kobolds que parecían monos orejudos y vestían calzones, mensajero y cocinero respectivamente. Al principio, le habían parecido muy extraños. Un año después, los consideraba amables y fieles, y se sentía protegido en su presencia.

Sacudió la cabeza. Vivía en un mundo de dragones y brujas, de gnomos, trolls y otras criaturas peculiares, de castillos vivientes y magia de hadas. Vivía en un mundo de fantasía del cual era rey. Lo que había soñado ser, por lo que había dejado atrás su vida pasada. En consecuencia, parecía contradictorio que todavía pensara tan

frecuentemente en ese mundo y esa vida, en Miles Bennett y en Chicago, en las responsabilidades y obligaciones que abandonó. Los hilos del tapiz del sueño de la noche anterior se entrelazaban con sus recuerdos y tiraban de él de modo inexorable. No era fácil de olvidar aquello a que había dedicado muchos años y esfuerzos.

Questor Thews se aclaró la garganta.

—Yo también he tenido un sueño esta noche, gran señor —dijo, ya de vuelta de su reconocimiento. Ben fijó la vista en él. La alta y estrafalaria figura se inclinó sobre su silla de respaldo alto, con sus ojos verdes perdidos en la distancia. Se rascó la barba con dedos huesudos y habló empleando un susurro cauteloso—. ¡He soñado con los libros de magia desaparecidos!

Entonces comprendió Ben las precauciones tomadas. Pocos en Landover conocían la existencia de esos libros. Habían pertenecido al hermanastro de Questor, el anterior mago de la corte de Landover, un tipo que Ben había conocido como Meeks en el viejo mundo. Fue Meeks, asociado con el insatisfecho heredero del trono, quien había vendido a Ben el reino por un millón de dólares; seguro de que caería en alguna de las numerosas trampas dispuestas para destruirlo, seguro de que, cuando al fin fuese eliminado, el reino volvería a él y podría venderlo de nuevo. Meeks había intentado ganarse la colaboración de Questor, prometiéndole los conocimientos impresos en los libros de magia escondidos. Pero Questor, a pesar de eso, se alió con Ben, eludiendo todas las trampas que Meeks había tendido, cortando los lazos que lo unían al anterior mago con Landover.

Los ojos de Ben permanecían fijos en los de Questor. Sí, Meeks se había ido, pero los libros de magia seguían en algún lugar del valle...

—¿Habéis oído lo que he dicho, gran señor? —Los ojos de Questor chispeaban de excitación—. ¡Los libros desaparecidos, la magia compilada por los magos de Landover desde el amanecer de la creación del reino! ¡Creo que sé dónde están! ¡Lo vi en mi sueño! —Sus ojos bailaban y su voz bajó aún más de tono—. Están escondidos en las catacumbas de la fortaleza ruinososa de Mirwouk, próxima a la cumbre del Melchor. En mi sueño, yo seguía a una antorcha que ninguna mano sustentaba, la seguía a través de la oscuridad, a través de túneles y escaleras, hasta una puerta adornada con volutas y runas. La puerta se abrió. Tras ella, el suelo estaba pavimentado con bloques de piedra; uno de ellos marcado con un signo extraño. ¡Cedió a mi toque, descubriendo los libros! Lo recuerdo todo... como si hubiera ocurrido en realidad.

La mirada de Ben mostraba sus dudas. Empezó a decir algo y luego se detuvo, sin saber cómo continuar. Sintió que Sauce se estremecía a su lado, inquieta.

—No estaba seguro de la conveniencia de hablar de mi sueño, para ser sincero —confesó el mago, con palabras precipitadas—. Creí que lo mejor sería descubrir primero si era verdadero o falso. Pero cuando os referisteis al vuestro y... —titubeó

—. El mío era como el vuestro, gran señor. Más una premonición que un sueño. Fue intensísimo, de asombrosa claridad. No asustaba como el vuestro; ¡era... estimulante!

Abernathy, al menos, no se impresionó por el relato.

—Todo eso pudo ser consecuencia de algo que cenaste, mago —sugirió sin demasiada amabilidad.

Questor pareció no oírle.

—¿Os dais cuenta de lo que puede significar la posesión de los libros de magia? —preguntó con ansiedad y una tensa expresión en su rostro de búho—. ¿Tenéis idea de la magia que podría dominar?

—¡A mí me parece que utilizas ya más de la necesaria! —exclamó Abernathy—. Permite que te recuerde que fue tu dominio de la magia, o tu carencia de él, lo que me redujo a mi presente estado hace años. ¡No quiero ni pensar en los daños que causarías si tus poderes aumentaran!

—¿Daños? ¿Y qué me dices del bien que podría hacer? —Questor se giró hacia él, acercándose—. ¿Y si lograra encontrar un medio para devolverte a tu estado anterior?

Abernathy se quedó callado. Una cosa era ser escéptico, y otra empecinarse en ello. Lo que más deseaba en el mundo era volver a ser humano.

—Questor, ¿estás seguro de eso? —preguntó Ben.

—Tan seguro como vos, gran señor —contestó el mago y, tras una indecisión momentánea, exclamó—: ¡Qué curioso que en una misma noche se hayan producido dos sueños...!

—Tres —dijo Sauce de repente.

Todos la miraron. Questor dejó sin terminar la frase. Ben, que aún estaba tratando de comprender el significado de la revelación de Questor, interrumpió su meditación. Las expresiones de Abernathy y los kobolds revelaron sorpresa. ¿Había dicho...?

—Tres —repitió—. Yo también he tenido un sueño. Fue extraño e inquietante y quizás más vivido que los vuestros.

Ben captó de nuevo la intranquilidad de la sílfide, más aguda, más intensa. Hasta aquel momento, apenas le había prestado atención, sumido en sus propios problemas. Sauce no era dada a las exageraciones. Estaba impresionada por algo. Vio una preocupación en sus ojos que bordeaba el miedo.

—¿Qué has soñado tú? —le preguntó.

Ella no respondió de inmediato. Dio la impresión de que se esforzaba en recordar.

—Estaba viajando por unas tierras que me resultaban familiares y al mismo tiempo desconocidas. Me hallaba en Landover y a la vez en otro lugar. Yo buscaba algo. Mi gente estaba allí, como vagas sombras que me susurraban de un modo apremiante. Era necesario apresurarse, pero no comprendía por qué. Me limité a continuar buscando.

Hizo una pausa.

—Entonces la luz del día se convirtió en oscuridad, y la luz lunar inundó el bosque que se alzaba a mi alrededor como un muro. Me encontré sola. Estaba asustada y no podía pedir ayuda aunque tenía la sensación de que debía hacerlo. La niebla, recién aparecida, se agitaba. Las sombras se hicieron tan intensas que amenazaban con ahogarme. —Su mano buscó la de Ben y la apretó—. Te necesitaba, Ben. Te necesitaba tanto que no podía soportar la idea de no tenerte allí. Una voz parecía susurrar en mi interior que si no terminaba el viaje en poco tiempo, te perdería. Para siempre.

Algo del tono con que Sauce pronunció esas palabras hizo que Ben Holiday se helase hasta los huesos.

—De repente apareció una criatura ante mí, un espectro salido de las nieblas que preceden al amanecer. —Los ojos verdes de la sílfide centellearon—. Era un unicornio, Ben, tan oscuro que parecía absorber la luz lunar como una esponja absorbe el agua. Era un unicornio, pero algo más. No era blanco como los unicornios de la antigüedad, sino negro como el carbón. Se interpuso en mi camino, con su cuerno bajado, escarbando la tierra con las pezuñas. Su cuerpo esbelto pareció retorcerse y cambiar de forma, y vi que era más diablo que unicornio, más demoníaco que mágico. Estaba ciego como los grandes toros de los pantanos, y tenía su misma fiereza. Se dirigió hacia mí, y yo corrí. Sabía, de algún modo, que no debía permitir que me tocara, que si llegaba a hacerlo estaría perdida. Y fui rápida, pero el unicornio negro me seguía de cerca. Quería alcanzarme. Quería atraparme.

Su respiración se había acelerado, y su cuerpo menudo estaba tenso por las emociones que soportaba. La habitación se sumió en un silencio total.

—Y entonces vi que mi mano sostenía una brida de cordón de oro, hecha con auténticos hilos de oro trenzados por las hadas de antaño. No supe cómo había llegado a mi mano, sólo que no debía soltarla. Sabía que era la única cosa en el mundo que podía controlar al unicornio negro.

La mano presionó con más fuerza.

—Corrí en busca de Ben. Tenía que entregarle la brida. Si tardaba en encontrarlo, el unicornio negro me alcanzaría y me...

Su voz se apagó y sus ojos se fijaron en los de Ben. Durante un momento, él olvidó todo lo que acababa de contar, perdido en esos ojos, en el contacto de su mano. Durante un momento, sólo vio a la mujer indescriptiblemente bella que había encontrado mientras se bañaba en las aguas del Irrylyn hacía casi un año, tentadora e infantil. La visión nunca lo abandonaba. Siempre que ella estaba presente el recuerdo renacía.

Se produjo un silencio tenso. Abernathy se aclaró la garganta.

—Parece que ha sido una noche dedicada a los sueños —comentó en tono de

broma—. Todos los que están en esta habitación, excepto yo, han tenido uno. ¿Y tú, Juanete? ¿Has soñado con amigos en apuros, libros de magia o unicornios negros? ¿Chirivía?

Los kobolds sisearon suavemente y negaron con la cabeza a la vez. Pero había una mirada cautelosa en sus agudos ojos sugiriendo que no deseaban tratar el asunto de los sueños con tanta frivolidad como Abernathy.

—Hay algo más —dijo Sauce, aún con la mirada fija en Ben—. Me desperté mientras huía del ser, unicornio negro o diablo. Me desperté con la seguridad de que el sueño no había terminado, de que aún tenía que suceder algo.

Ben asintió lentamente, con su arrobamiento roto.

—A veces soñamos lo mismo más de una vez...

—No, Ben —susurró ella con voz segura, mientras su mano aflojaba la presión que ejercía sobre la de él—. Este sueño era como el tuyo, más una premonición que un sueño. Fue un aviso, mi gran señor. Una criatura del mundo de las hadas está más cerca de la verdad de los sueños que los demás seres. Se me estaba mostrando algo que debía conocer, y todavía no se me ha revelado todo.

—Hay menciones de un unicornio negro en las historias de Landover —informó Questor Thews de repente—. Recuerdo haberlas leído dos o tres veces. Ocurrió hace mucho tiempo, y las referencias son vagas y no confirmadas. Se decía que el unicornio era un engendro del demonio, algo tan maligno que sólo mirarlo una vez significaba la perdición...

La comida y la bebida del desayuno se enfriaban sobre las tazas y platos olvidados en la mesa. El comedor estaba tranquilo y vacío, pero Ben tenía una sensación de presencia de ojos y oídos en todas partes. Era una sensación inquietante. Dirigió una breve mirada al rostro sombrío de Questor y después al de Sauce. Si alguien le hubiera hablado de sus sueños antes de su propia experiencia, posiblemente se hubiera sentido inclinado a negarles valor. Pero el recuerdo de Miles Bennett en la oscura oficina, preocupado y casi frenético porque no estaba allí cuando lo necesitaba, pendía sobre él como una nube. Era tan real como su vida. Reconoció un apremio similar en la narración de los sueños de sus amigos, y su insistencia reforzaba la convicción de que sueños tan vividos como aquéllos no podían ser atribuidos a una cena indigesta ni a un subconsciente superactivo.

—¿Por qué hemos tenido esos sueños? —preguntó en voz alta.

—Esta es una tierra construida sobre sueños, gran señor —contestó Questor Thews—. Esta es una tierra donde los sueños del mundo de las hadas y del mundo de los mortales se unen y se encauzan. La realidad en uno es fantasía en el otro, excepto aquí, donde se encuentran. —Se levantó, espectral en su ropa de colores—. Se han dado casos de sueños semejantes. Reyes, magos y hombres de poder tuvieron tales sueños a lo largo de la historia de Landover.

—¿Sueños que son revelaciones, o incluso avisos?

—Sueños que ofrecen una guía, gran señor.

Ben se mordió el labio inferior.

—¿Piensa dejarse guiar por los suyos, Questor? ¿Pretende ir en busca de los libros de magia desaparecidos, tal como su sueño muestra?

Questor vaciló, frunciendo el entrecejo con gesto meditativo.

—Y Sauce, ¿debe ir a buscar la brida de oro de su sueño? Y yo, ¿debo volver a Chicago para ver en qué situación se encuentra Miles Bennett?

—¡Gran señor, por favor, esperad un momento! —Abernathy se levantó, con una expresión francamente preocupada—. Lo inteligente sería pensar en este asunto con más detenimiento. Sería un grave error salir corriendo en busca de... de lo que muy bien podría ser un montón de falsedades producidas por una mala digestión. —Miró de frente a Ben—. Gran señor, debéis recordar que el mago Meeks sigue siendo vuestro peor enemigo. Mientras os halléis en Landover no podré alcanzaros, pero estoy seguro de que vive esperando el día en que cometáis la estupidez de aventuraros a regresar al mundo en donde lo dejasteis atrapado. ¿Y si descubre que habéis vuelto? ¿Y si el peligro que amenaza a vuestro amigo es el propio Meeks?

—Existe esa posibilidad —reconoció Ben.

—¡Sí, es casi seguro! —añadió Abernathy mientras se colocaba las gafas en su sitio. Luego se volvió hacia Questor—. Y tú deberías ser lo bastante sensato para apreciar los peligros inherentes a cualquier intento de utilizar el poder de los libros de magia perdidos. ¡Un poder que fue la herramienta de magos como Meeks! Hay rumores de que mucho antes de que tú y yo existiésemos los demonios se apoderaron de libros de magia y los sometieron a un conjuro para que sólo pudieran usarse para el mal. ¿Cómo vas a asegurarte de que tal poder no te consumirá con tanta rapidez como el fuego consume un trozo de pergamino seco? ¡Esa magia es peligrosa, Questor Thews!

»Y en cuanto a ti —añadió, dirigiéndose a Sauce, cortando los intentos de protesta de Questor—, tu sueño es el que más me asusta. La leyenda del unicornio negro es una leyenda de maldad. Incluso tu sueño te lo indicó. Questor Thews olvidó mencionar en su narración de las historias de Landover que todos aquellos que afirmaron haber visto a esa criatura tuvieron una muerte súbita y terrible. Si existe tal unicornio negro, lo más probable es que sea un demonio escapado de Abaddon, y es mejor no relacionarse con él.

Concluyó cerrando de golpe las mandíbulas, rígidas por el esfuerzo de su discurso. Sus amigos lo observaban.

—Sólo estamos haciendo conjeturas —dijo Ben, intentando serenar al excitado amanuense—. Sólo estamos considerando posibles alternativas...

Sintió la mano de Sauce otra vez junto a la suya.

—No, Ben. El instinto de Abernathy es certero. Las alternativas ya están consideradas.

Ben se quedó en silencio. Ella tenía razón, lo sabía. Ninguno de los tres lo expresaron antes, pero ya había tomado su decisión. Iban a partir en viajes separados hacia sus diferentes objetivos. Estaban dispuestos a comprobar la veracidad de sus sueños.

—¡Al menos uno es sincero! —resopló Abernathy—. ¡Sincero respecto a la marcha aunque no respecto a los peligros que de ella se derivan!

—Siempre hay peligros... —empezó a decir Questor.

—¡Sí, sí, mago! —lo cortó Abernathy, y centró su atención en Ben—. ¿Habéis olvidado los proyectos que se están llevando a cabo, gran señor? —preguntó—. ¿Qué ocurrirá con el trabajo que requiere vuestra presencia para su finalización? El consejo de judicatura se reúne dentro de una semana para considerar el método que habéis propuesto para el proceso de agravios. Los trabajos de canales de regadío y trazados de caminos en el extremo oriental del Prado están dispuestos para su inicio, pendientes de vuestra supervisión del mareaje. La recaudación de impuestos requiere una contabilidad inmediata. ¡Y los señores del Prado realizarán su visita oficial dentro de tres días! ¡No podéis marcharos precisamente ahora!

Ben miraba a lo lejos asintiendo con aire abstraído. Pensaba en lo que le decía, pero también en algo más. ¿En qué momento había decidido que se iría? No podía recordarlo. En cierto modo, era como si alguien hubiese decidido por él. Sacudió la cabeza. Eso no era posible.

Sus ojos se volvieron de nuevo a Abernathy.

—No te preocupes. No estaré fuera mucho tiempo —le prometió.

—¡Pero no podéis hacer eso! —insistió el amanuense.

Ben esperó un momento. Luego, una inesperada sonrisa iluminó su rostro.

—Abernathy, algunas cosas tienen prioridad sobre otras. Los asuntos de Landover pueden esperar los pocos días que me harán falta para llegar al viejo mundo y volver. —Se levantó y caminó para acercarse más a sus amigos—. No puedo dejarlo de lado. No puedo simular que el sueño no se ha producido y que no estoy preocupado por Miles. En cualquier caso, tarde o temprano tendría que volver. He dejado durante demasiado tiempo muchos asuntos no resueltos.

—Tales asuntos pueden aguardar con menor perjuicio que los de vuestro reino. ¿Qué ocurriría aquí si no regresarais, gran señor? —murmuró el amanuense, preocupado.

La sonrisa de Ben se ensanchó.

—Prometo que tendré cuidado. Deseo el bien de Landover y de su gente tanto como tú.

—Además, yo puedo encargarme de los asuntos de estado en vuestra ausencia,

gran señor —añadió Questor.

Abernathy gruñó.

—¿Por qué no siento ningún alivio ante esa perspectiva?

Ben cortó la respuesta de Questor con un gesto de advertencia.

—Por favor, no discutan. Necesitamos el apoyo de todos. —Se giró hacia Sauce—. ¿Estás también decidida?

Sauce se echó hacia atrás su largo cabello y le dirigió una mirada significativa y casi triste.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta.

El asintió.

—Supongo que sí. ¿Dónde empezarás la búsqueda?

—En la región de los lagos. Allí hay algunos que me ayudarán.

—¿Podrías esperarme hasta que vuelva para que te acompañe?

Los ojos verdemar permanecieron fijos.

—¿Me esperarías tú, Ben?

Él presionó suavemente su mano en respuesta.

—No, creo que no. Pero, sin embargo, tú estás bajo mi protección y no deseo que vayas sola. De hecho, no deseo que tú ni Questor vayáis solos. Necesitáis cierta protección. Juanete irá con uno y Chirivía con el otro. No, las protestas son inútiles —continuó, viendo que las palabras de oposición comenzaban a articularse en los labios de la sílfide y del mago—. Vuestros viajes pueden ser peligrosos.

—Y el vuestro también, gran señor —señaló Questor.

Ben asintió.

—Sí, ya me doy cuenta. Pero nuestras circunstancias son distintas. Yo no puedo llevarme a nadie de este mundo, al menos no puedo hacerlo sin llamar demasiado la atención, y es en el otro mundo donde aguarda el peligro que puede amenazarme. Tendré que ser mi propio protector en esta expedición.

Además, el medallón que llevo colgado al cuello ya es suficiente protección, pensó. Deslizó sus dedos sobre la túnica hasta palpar la dura superficie. Resultaba irónico que Meeks le hubiera proporcionado al venderle el reino la llave de la magia que ahora era suya. Sólo su portador podía ser reconocido como rey. Sólo su portador podía atravesar las nieblas del mundo de las hadas desde Landover a otros mundos y volver de nuevo. Y sólo su portador podía contar con los servicios del invencible campeón conocido como el Paladín.

Evocó la imagen del caballero errante saliendo por las puertas de Plata Fina al amanecer. Él era el único concededor del secreto del Paladín. Ni siquiera Meeks había llegado a comprender por completo el alcance del poder del medallón o su conexión con el Paladín.

Esbozó una sonrisa tensa. Meeks se había considerado demasiado inteligente.

Había usado el medallón para entrar en el mundo de Ben y después se había quedado allí, atrapado. ¡Qué no daría el viejo mago por recuperar el medallón!

La sonrisa se desvaneció. Pero eso nunca ocurriría, desde luego. Nadie, excepto el portador, podía quitarse el medallón una vez colocado, y él nunca se lo quitaría. Meeks ya no era una amenaza.

Pero en algún lugar de las profundidades de su mente, casi enterrado en el muro de determinación que soportaba todo aquello a lo que se había comprometido, un diminuto fragmento de duda lanzaba su aviso.

—Bueno, parece que nada de lo que yo pueda decir sobre este asunto os hará cambiar de parecer —declaró Abernathy sin dirigirse a nadie en particular, pero logrando atraer la atención de Ben. El perro le observó por encima de sus gafas, empujó éstas hacia arriba sobre la nariz, y adoptó la postura de un profeta rechazado—. Que así sea. ¿Cuándo partiréis, gran señor?

Se produjo un silencio incómodo. Ben se aclaró la garganta.

—Cuanto antes me vaya, antes volveré.

Sauce se levantó y se situó ante él. Sus brazos le rodearon la cintura, estrechándola. Estuvieron un momento abrazados bajo las miradas de los otros. Ben pudo sentir algo que se agitaba en el menudo cuerpo de la sílfide, una especie de vibración que indicaba temores no expresados.

—Creo que será mejor que todos volvamos a nuestras ocupaciones —dijo Questor en voz baja.

Nadie contestó. El silencio fue suficiente. El desayuno se había prolongado hasta la media mañana y había una necesidad compartida de aprovechar el día que tenían ante sí.

—Vuelve a mí sano y salvo, Ben Holiday —le dijo Sauce. Abernathy oyó el ruego y apartó la mirada.

—Vuelva a todos nosotros sano y salvo —dijo.

Ben no perdió el tiempo en preparativos.

Después de la cena se retiró a su dormitorio y guardó en la bolsa que había llevado consigo cuando abandonó su mundo las pocas pertenencias que creyó necesarias. Se puso el chándal azul marino y las Nike. Se sintió extraño dentro de aquellas ropas y zapatos después de haber vestido tanto tiempo al estilo de Landover pero eran cómodos y, a pesar de todo, le resultaban familiares. Al fin iba a volver, pensó mientras se preparaba. Al fin iba a hacerlo.

Salió de la habitación, bajó una serie de escaleras y atravesó varios salones hasta llegar a un pequeño patio situado ante la entrada principal donde aguardaban los otros. El sol de la mañana brillaba en un cielo azul sin nubes reflejándose en la piedra blanca del castillo, produciendo destellos deslumbrantes al incidir en los adornos

plateados. El calor se desprendía de la tierra de la isla en la que se asentaba Plata Fina y le proporcionaba al día una especie de atmósfera indolente.

Estrechó con fuerza las manos de los kobolds Juanete y Chirivía, devolvió a Abernathy su rígida reverencia protocolaria, abrazó a Questor y besó a Sauce con una pasión generalmente reservada para las noches. No había mucho que decir. Casi todo se había hablado ya. Abernathy le previno de nuevo contra Meeks, y esta vez Questor le hizo caso.

—Tened cuidado, gran señor —le aconsejó el mago, apretando con una mano el hombro de Ben como para retenerlo—. Aunque se encuentre en un mundo extraño, mi hermanastro no está del todo privado de su magia. Aún es un enemigo peligroso. Cuidado con él.

Ben prometió que lo tendría. Atravesó con ellos las puertas, pasó junto a los centinelas de la guardia diurna y bajó a la orilla. Su caballo le esperaba en la opuesta, un bayo castrado al que había dado por nombre Jurisdicción. Era su chiste privado, puesto que cualquier sitio al que viajase a lomos del caballo siempre estaba bajo su jurisdicción. Nadie más que él comprendió a qué se refería.

Un grupo de soldados montados esperaba allí también. Abernathy había insistido en que, al menos dentro del reino, el rey de Landover viajaría con la protección adecuada.

—Ben. —Sauce se acercó a él una vez más, para estrechar sus manos—. Llévate esto.

Él bajó la vista disimuladamente. Le había dado una piedra lisa y de color lechoso, con runas grabadas.

Sauce le cerró la mano sobre la piedra.

—Manténla oculta. Es un talismán que suele llevar mi gente. Si amenaza algún peligro, la piedra se calienta y se vuelve escarlata. De esa forma te avisaré. —Levantó una mano para acariciarle la mejilla—. Recuerda que te quiero. Siempre te querré.

Él le sonrió para tranquilizarla, pero aquellas palabras le incomodaron como siempre. Prefería que no le amase; al menos, que su amor no fuera tan intenso ni tan incondicional. Le asustaban las implicaciones. Annie también le había querido así. Su esposa Annie, una parte de su antigua vida, de su antiguo mundo, muerta en un accidente de coche que a veces parecía haber sucedido hacía más de mil años y otras el día anterior. No deseaba arriesgarse a un amor semejante y perderlo por segunda vez. No podía. La perspectiva lo aterrorizaba.

Una repentina punzada de dolor le atravesó. Era extraño, pero hasta que encontró a Sauce nunca había soñado con la posibilidad de experimentar de nuevo aquellos sentimientos compartidos con Annie...

Besó a Sauce y guardó la piedra en su bolsillo. El toque de su mano permaneció en su mejilla cuando le dio la espalda.

Questor lo condujo en el deslizador del lago a la otra orilla y esperó hasta que estuvo montado.

—Cuidaos, gran señor —le rogó el mago.

Ben se despidió con la mano, dirigió una última mirada a las torres de Plata Fina, obligó a Jurisdicción a dar media vuelta y se alejó galopando seguido por la patrulla de soldados.

La mañana cedió paso al mediodía y éste a la tarde mientras Ben cabalgaba en dirección oeste hacia el borde del valle y las nieblas que marcaban los límites del mundo de las hadas. Los colores de final del año cubrían los campos que atravesaba de tonos brillantes. Los prados estaban alfombrados por hierbas de verdes suaves, azules y rosas, y tréboles blancos moteados de rojo. Los lindoazules, los árboles que eran elemento fundamental en el valle por la bebida y comida que proporcionaban, crecían en grupos por todas partes, contrastando su color azul intenso con las distintas tonalidades de verde del bosque. En el horizonte norte estaban suspendidas dos de las ocho lunas de Landover, visibles incluso a la luz del día, una anaranjada y la otra malva pálido. La cosecha se estaba recogiendo en los campos de las pequeñas granjas esparcidas por todo el paisaje. Aún faltaba un mes para la semana de descanso del invierno.

Ben absorbió el olor, el sabor y la vista, y saboreó el valle como si fuese un vino exquisito. Ya había desaparecido la neblina y el gris invernal que caracterizaban al país a su llegada, cuando la magia estaba agonizando. Ahora se había recuperado la magia y con ella la tierra. El valle y su gente estaban en paz.

Él no lo estaba. Mantenía una marcha estable en su viaje, pero sin apresuramiento. La urgencia que había sentido al principio había sido sustituida por una extraña ansiedad ante la conciencia de lo que dejaba. Era la primera vez que salía de Landover desde su llegada y, aunque la idea de marcharse no le había incomodado antes, ahora comenzaba a hacerlo. Una preocupación insistente rondaba por los límites de su determinación. Cuando dejase Landover sería incapaz de regresar.

Era ridícula, desde luego, y trató de superarla, intentando convencerse de que estaba experimentando los mismos temores que cualquiera al comienzo de un viaje que lo alejaría de su hogar. Trató de persuadirse de que era víctima de las repetidas advertencias de sus amigos y tarareó una canción para levantar el ánimo.

No obstante, nada de eso le ayudó y, por último, dejó que la preocupación actuara. Ciertas cosas tenían que ser toleradas hasta que perdían su fuerza.

Era media tarde cuando llegó a las laderas inferiores del borde occidental del valle. Allí dejó a los soldados y los caballos y les dio instrucciones para que estableciesen un campamento y esperaran su vuelta. Podía tardar una semana como máximo, les dijo. Si para entonces no había regresado, se dirigirían a Plata Fina y

avisarían a Questor. El capitán de la patrulla le dirigió una mirada divertida, pero aceptó las órdenes sin discutir. Estaba acostumbrado a que su rey saliese en extrañas misiones sin protección, aunque por lo general iba acompañado de alguno de los kobolds o del mago.

Ben aguardó a que el capitán hiciera su saludo, luego se colgó la bolsa al hombro y comenzó a ascender la pendiente del valle.

Casi se había puesto el sol cuando llegó a la cima y atravesó la línea neblinosa de bosque que marcaba el límite del mundo de las hadas. La calidez del día se transformaba rápidamente en el fresco del anochecer, y su sombra alargada le seguía como una silueta grotesca. En el aire había una quietud intensa y penetrante, y tuvo la sensación de algo que se ocultaba.

Buscó con la mano el medallón colgado de su cuello, y lo apretó con firmeza. Questor le había anticipado lo que encontraría. El mundo de las hadas estaba en todas partes y en ninguna al mismo tiempo, y todos sus numerosos accesos a otros mundos se encontraban en su interior. El camino de regreso sería el mismo que hubiese escogido para la ida y podía encontrarlo en cualquier punto que eligiese para entrar. Lo único que necesitaba era fijar el destino en su mente y el medallón lo conduciría por el pasadizo adecuado.

Ésa era la teoría, al menos. Questor no había tenido nunca la oportunidad de comprobarla.

La niebla se agitó y se arremolinó entre los grandes árboles del bosque, retorciendo sus jirones como si fueran serpientes. Parecía estar viva. Ben procuró convencerse de que no había motivo para asustarse. Se detuvo ante la niebla, la contempló con recelo, tomó una gran bocanada de aire para tranquilizarse y se introdujo en ella.

Al instante, se cerró a su alrededor y el camino de regreso se tornó tan impreciso como el que tenía que recorrer. Siguió avanzando. Un momento después se encontró ante un túnel, el mismo agujero negro y enorme que había atravesado a la inversa el año anterior desde su mundo. Se adentraba en la niebla y los árboles y desaparecía en la nada. Había sonidos en el túnel, distantes e inciertos, y sombras danzando sobre sus paredes.

Ben enlenteció el paso, recordando lo que había ocurrido la primera vez que viajó por él. En aquella ocasión, el demonio conocido como la Marca y su negro y alado portador surgieron de la nada y él sólo comprendió que eran reales cuando estaban a punto de matarlo. Después, casi tropezó con el dragón que dormía...

En los límites de la oscuridad, entre los árboles y la niebla se movían leves formas. Las hadas.

Ben desechó los recuerdos y se obligó a caminar con más rapidez. Las hadas le ayudaron una vez y hubiera debido sentirse cómodo entre ellas. Pero no era así. Se

sentía extraño y solo.

Los rostros se materializaban y se desvanecían en las nieblas, facciones angulares, ojos penetrantes y cabellos musgosos. Las voces susurraban, pero no se captaban las palabras. Ben estaba sudando. Le repelía estar dentro del túnel y ansiaba salir de allí. Al frente, la oscuridad avanzaba.

Los dedos de Ben se mantenían aferrados al medallón y, de repente, pensó en el Paladín.

En aquel instante, la oscuridad se aclaró hasta convertirse en una penumbra grisácea, y la longitud del túnel quedó reducida a menos de cincuenta metros. Sombras indefinidas ondeaban en la media luz, formando un entrelazado de telas de araña y varas curvadas. Las voces y el movimiento de las paredes del túnel cedieron su puesto a un agudo siseo. Se levantó un viento repentino que aulló.

Ben aguzó la vista a través de la penumbra. El viento se lanzaba contra él desde los bordes del final del túnel, llevando el sonido siseante hasta su cara en una embestida húmeda y punzante.

Y había algo más...

Salió de la protección del túnel una lluvia cegadora y se encontró cara a cara con Meeks.

... Y RECUERDOS

Ben Holiday se quedó paralizado. Los rayos atravesaban el cielo plomizo cargado de nubes bajas que vertían la lluvia en torrentes. Los truenos retumbaban y reverberaban en el vacío, sacudiendo la tierra con la fuerza de su paso. Enormes robles se elevaban alrededor como muros de una gigantesca fortaleza, con sus troncos y ramas sin hojas oscuros y brillantes. Pinos y abetos de menor altura se apretaban en grupos entre los huecos dejados por sus hermanos más corpulentos, y las laderas escarpadas de las montañas de Blue Ridge se destacaban en el horizonte casi invisible.

La figura espectral de Meeks parecía adecuada para aquel entorno. Estaba de pie, inmóvil, alto, encorvado y viejo, con su cabello canoso y su rostro arrugado tan duro como el hierro. No se parecía casi nada al que recordaba Ben. Aquel hombre era humano; éste tenía el aspecto de un animal enfurecido. Ya no llevaba pantalones de franela, ni chaqueta de pana, ni mocasines; los atavíos de la civilización que caracterizaban al típico ejecutivo de ventas de unos importantes almacenes. Esa ropa de trabajo tan tranquilizadamente familiar había sido sustituida por una túnica de color azul metalizado que se hinchaba como la vela de una embarcación y parecía absorber la luz. Un cuello alto sobresalía de sus hombros para enmarcar un rostro fantasmal contorsionado por una furia que bordeaba la locura. La manga vacía de su brazo derecho aún colgaba laxa. El guante de piel que cubría su mano izquierda aún parecía una garra. Pero, por alguna extraña razón, todo eso resultaba más patente, como si fuesen cicatrices descubiertas para que se las viera.

La garganta de Ben se obstruyó. En aquel anciano había una tensión inconfundible, la tensión de alguien preparado para atacar.

Dios mío, me estaba esperando, pensó Ben, consternado. ¡Sabía que iba a venir!

Entonces Meeks comenzó a acercarse. Ben retrocedió un paso, apretando el medallón con la mano derecha. Meeks estaba casi junto a él. El viento cambió de dirección y los ruidos de la tormenta resonaron en las montañas con renovado brío. La lluvia arreció contra su cara, obligándole a cerrar los ojos un momento.

Cuando los volvió a abrir, Meeks había desaparecido.

Se quedó atónito. Había desaparecido como si fuese un fantasma. La lluvia y la oscuridad envolvieron todo el entorno boscoso con un sudario de humedad gris. Miró a su alrededor apresuradamente, con un gesto de incredulidad en el rostro. No había ninguna señal de Meeks.

Sólo empleó un momento en ordenar sus pensamientos dispersos. Captó las vagas líneas de un camino y se dirigió hacia él. Avanzó entre los árboles sin detenerse, bajando por sus curvas serpenteantes a lo largo de la ladera de la montaña, alejándose del túnel del tiempo que lo comunicaba con Landover. Ahora se encontraba en su

mundo, de eso estaba seguro. Se hallaba de nuevo en las montañas de Blue Ridge, en el Parque Nacional de George Washington, en Virginia. Seguía a la inversa el camino que había recorrido para ir a Landover un año antes. Si continuaba en él, saldría de las montañas y llegaría a la autopista Skyline, en un desvío de cambio de sentido marcado con el número 13 sobre una señal verde, a un lugar cubierto y, lo más importante, a un teléfono de información.

En poco tiempo estaría empapado por completo, pero siguió avanzando sin detenerse, con la bolsa de viaje apretada bajo el brazo. Su mente funcionaba con rapidez. El que había visto no era Meeks, ni siquiera se parecía mucho al viejo Meeks, apenas tenía una ligera semejanza. Además, Meeks no hubiera desaparecido de esa forma.

Una duda punzaba su mente. ¿Debía aceptar que lo había imaginado todo? ¿Que sólo fue una especie de espejismo?

Entonces recordó la piedra que le había entregado Sauce. Buscó sin precipitarse en el bolsillo de su cazadora hasta encontrarla y la sacó a la luz. Aún mantenía su color blanquecino y no desprendía calor. Eso significaba que no estaba amenazado por ninguna magia. Pero ¿qué había provocado la visión fantasma de Meeks?

Siguió adelante, deslizándose por la tierra mojada, entre las ramas de pinos que abofeteaban su cara y sus manos al pasar. De repente se dio cuenta de que hacía frío, una heladez que lo traspasaba. Había olvidado que el final del otoño podía ser desagradable, incluso al oeste de Virginia. En Illinois debía de hacer mucho frío, en Chicago incluso estar nevando...

Sintió que algo oprimía su garganta. Entre la niebla y la lluvia se movían sombras, atravesándolas fugazmente y desapareciendo. Cada vez que sucedía, tenía la impresión de ver a Meeks. Cada vez que sucedía, notaba la presión de la mano enguantada en su garganta.

Sigue avanzando, se dijo. Sigue hasta llegar al teléfono.

El trayecto le pareció larguísimo, pero alcanzó su meta media hora después. Salió de entre los árboles y cruzó la carretera hasta la zona cubierta donde se encontraba el teléfono. Estaba empapado hasta los huesos y helado, pero no era consciente de ello. Toda su atención estaba concentrada en la cabina de metal plateado y plexiglás.

Por favor, que funcione, imploró.

Funcionó. La lluvia golpeaba el tejado con un repiqueteo constante, y la niebla y la penumbra se ceñían alrededor. Le pareció oír pisadas. Buscó en la bolsa unas monedas y la tarjeta de crédito que aún llevaba en su cartera, pidió a información el número de una compañía de taxis de Waynesboro, y llamó para solicitar que fuera a buscarlo un coche. Sólo tardó escasos minutos en todo eso.

Se sentó a esperar en el banco de madera adosado a la pared del refugio. Se sorprendió al descubrir que le temblaban las manos.

Cuando llegó el taxi y se acomodó en su interior, recobró la suficiente serenidad para razonar sobre lo ocurrido.

Ya no creía haber imaginado la aparición de Meeks. Lo que vio era real. Pero no había visto al propio Meeks, sino una imagen de Meeks. La imagen había sido impulsada por su cruce en sentido contrario del túnel del tiempo. Él había estado predispuesto a ver la imagen, y ésta había sido colocada al final del túnel para que la viera.

La cuestión era el porqué.

Se recostó en el asiento posterior del taxi mientras éste circulaba por la carretera hacia Waynesboro y consideró las posibilidades. Había que partir de que Meeks era el responsable. Ninguna otra explicación tenía sentido. Pero ¿qué intentaba conseguir? ¿Trataba de intimidarlo para que retrocediera a su punto de partida? Eso no tenía sentido. Bueno, que captara su presencia sí lo tenía. Meeks era lo bastante arrogante para desear que Ben supiese que estaba enterado de su vuelta. Pero tenía que haber algo más. La imagen tenía que haber sido colocada allí por algún otro motivo.

Encontró la respuesta casi de inmediato. La imagen estaba allí no sólo para informarle de la presencia de Meeks, sino también para informar a Meeks de su regreso. ¡La imagen era un artilugio que le indicaba al mago el momento de su vuelta de Landover!

Eso tenía lógica. Era razonable esperar que Meeks emplearía algún artefacto, mágico o no, para tener conocimiento de que los fracasados reyes de Landover regresaban con el medallón. Sabiéndolo, podría encontrarlos...

O, en este caso, encontrarlo...

Era más de media tarde cuando el taxista lo dejó ante la escalera principal de un hotel Holiday Inn del centro de Waynesboro. La lluvia seguía cayendo, la luz diurna se había extinguido por completo. Ben le dijo al taxista que estaba de vacaciones y había iniciado una excursión por el paseo del norte desde Sataunton hasta que el mal tiempo le obligó a abandonar su plan y pedir ayuda. El hombre lo miró como si estuviese chiflado. El tiempo no había cambiado en toda la semana, le contestó. Ben se encogió de hombros, pagó en efectivo y se apresuró a dejar el taxi.

En su camino al mostrador de recepción se detuvo un momento para averiguar la fecha del día en un periódico que alguien había dejado en una mesa del vestíbulo. Era viernes, 9 de diciembre. Había pasado un año y diez días desde que entró por primera vez en el túnel del tiempo para ir a Landover desde las montañas de Blue Ridge. El tiempo de ambos mundos estaba sincronizado.

Solicitó una habitación para la noche, envió sus ropas a limpiar, tomó una ducha para entrar en calor y pidió que le enviaran la cena. Mientras esperaba la comida y la ropa, llamó al aeropuerto para reservar un billete a Chicago. Para el día siguiente no

había nada. Tendría que volar a Washington y allí hacer transbordo. Hizo la reserva, cargó el importe a su tarjeta de crédito y colgó.

Mientras tomaba la cena, se dio cuenta de que usar la tarjeta de crédito para pagar su pasaje de avión no era lo más inteligente que podía haber hecho. Estaba sentado al borde de la cama, ante el televisor, con la bandeja en equilibrio sobre las piernas, envuelto en una toalla del Holiday Inn, y a una temperatura de unos dieciocho grados. Aún no le habían devuelto su ropa. Tom Brokaw estaba dando las noticias y, de repente, Ben comprendió que en un mundo de sofisticadas comunicaciones la pista de una tarjeta de crédito computadorizada era algo relativamente fácil de seguir. Si Meeks había logrado colocar esa imagen en la salida del túnel del tiempo para enterarse del regreso de Ben, era casi seguro que no se limitaba sólo a eso. Sabría que Ben tenía intención de ir a Chicago. Sabría que lo más probable sería que decidiera utilizar el avión. El seguimiento de la tarjeta de crédito le informaría de las líneas aéreas, la fecha del viaje y el destino.

Cabía la posibilidad de que lo estuviera esperando cuando bajase del avión.

Esa posibilidad le estropeó el resto de la cena. Apartó la bandeja, apagó el televisor y se concentró en el asunto a que se enfrentaba. Abernathy estaba en lo cierto. Aquello iba a resultar más peligroso de lo que había imaginado. Pero, en realidad, no tenía otra opción. Debía volver a Chicago y ver a Miles para descubrir si había algo de verdad en su sueño. Meeks le estaría esperando en algún punto del trayecto. Lo importante era evitarlo.

Se permitió una leve sonrisa. No había problema.

A las nueve le llevaron sus ropas y a las diez estaba durmiendo. Se despertó temprano, tomó el desayuno, se colgó la bolsa de viaje al hombro y tomó un taxi al aeropuerto. Voló a Washington en la reserva realizada la noche anterior, canceló el resto del billete, se dirigió a otra línea aérea, reservó un asiento para Chicago en la lista de espera bajo un nombre falso, pagó el billete en efectivo y se embarcó antes del mediodía.

Veamos si Meeks puede localizarme ahora, pensó.

Cerró los ojos, echó hacia atrás el asiento y reflexionó sobre la extraña serie de circunstancias que le habían llevado desde su hogar en Chicago al País de Nunca Jamás. Los recuerdos le hicieron sacudir la cabeza de modo reprobatorio. Quizás, como Peter Pan, no había crecido nunca. Había sido abogado, un buen abogado, alguien de quien los promotores y magnates de los negocios esperaban grandes cosas. Ejercía su profesión con su amigo y asociado Miles Bennett, una firma compartida en la que ambos se complementaban como los zapatos viejos con los tejanos gastados. Ben, el abogado litigante, elocuente y audaz, y Miles, el profesional de bufete, constante y conservador. Miles deploraba con frecuencia los criterios que seguía Ben para seleccionar los casos, pero éste siempre demostraba tener los pies sobre la tierra

a pesar de las alturas desde las que se empeñaba en saltar. Había ganado muchísimas batallas en los tribunales, batallas en las que sus oponentes pretendieron enterrarlo bajo una avalancha de retórica y escritos, de trucos legales, retrasos y maniobras de todo tipo. Miles se había sorprendido tanto por su triunfo en el caso de Dodge City Express que, desde entonces, comenzó a referirse a él llamándole Doc Holiday, el pistolero de los tribunales.

Sonrió. Aquellos habían sido tiempos buenos y satisfactorios.

Pero los buenos tiempos se esfumaron con la muerte de Annie. La satisfacción se dispersó como el mercurio. Estaba embarazada de tres meses. Tras aquello, se convirtió en un solitario, evitando cualquier compañía excepto la de Miles. Siempre había tenido tendencia al aislamiento, y a veces pensaba que las muertes de su esposa y su futuro hijo no habían hecho más que reforzar lo que ya existía. Dejó que su mente divagara sobre los días del pasado, y los acontecimientos acaecidos en ellos se mezclaron incomprensiblemente. Sintió que se alejaba de sí mismo.

Era difícil saber qué hubiese sucedido en caso de no haber mediado el extraño anuncio del catálogo de obsequios navideños de los almacenes Rosen's poniendo a la venta el reino de Landover. Al principio, le había parecido ridículo. Un reino de fantasía con magos y brujas, dragones y doncellas, caballeros y bellacos, ofrecido a cambio de un millón de dólares. ¿Quién podía estar lo bastante loco para creerlo? Pero la profunda insatisfacción que colmaba su vida lo había inducido a creer que algo de esa fantasía imposible fuera real. Cualquier riesgo valía la pena si le ayudaba a reencontrarse. Había arrinconado las dudas, hecho las maletas y tomado un avión a Nueva York para visitar los almacenes y ver de qué se trataba.

El anuncio exigía una entrevista personal para tratar de los detalles de la compra. El entrevistador había sido Meeks.

La imagen de Meeks destelló durante un momento en su mente. Era un hombre alto y anciano que hablaba con voz susurrante y miraba con ojos apagados, un veterano de guerras que Ben sólo podía imaginar. En aquella entrevista fue la única vez que estuvieron cara a cara. Meeks lo consideró un candidato aceptable para rey de Landover; no para desempeñar el cometido con éxito, como Ben había supuesto, sino para fracasar en el empeño. Meeks lo convenció de que hiciese la compra. Meeks lo hipnotizó como una serpiente a su presa.

Meeks lo había subestimado.

Abrió los ojos y susurró:

—Eso es, Ben Holiday, te subestimó. Ahora, asegúrate de que tú no lo subestimas.

El avión aterrizó en el O'Hara de Chicago poco después de las tres, y Ben tomó un taxi para ir a la ciudad. El conductor se pasó hablando todo el trayecto, principalmente de deportes. Los Cubs habían perdido la temporada, los Bulls

confiaban en Jordán para el partido decisivo, los Blackhawks tenían varios lesionados, los Bears... ¿Los Bears de Chicago? Ben escuchaba, interviniendo a veces, mientras una vocecita en el fondo de su mente le decía que había un elemento extraño en la conversación. Estaba cerca del centro de la ciudad cuando lo descubrió: era el idioma. Lo comprendía, a pesar de que no lo había oído ni hablado desde hacía más de un año. En Landover, escuchaba, hablaba, escribía y pensaba en landoveriano. La magia le permitía hacerlo. Pero ahora estaba de nuevo en su antiguo mundo, en el Chicago de siempre, oyendo hablar a un taxista en su propio idioma, o en uno bastante parecido, como si fuese la cosa más natural del mundo.

Bueno, quizás era eso lo que le extrañaba, pensó, sonriendo.

Pidió al taxista que lo llevase al Drake, porque no deseaba ir a su apartamento ni contactar con amigos o conocidos en aquel momento. Debía ser precavido. Tenía que pensar en Meeks. Se registró con un nombre falso, pagó en efectivo una noche por adelantado, y dejó que el botones lo condujese a su habitación. Estaba cada vez más satisfecho de haber tenido la precaución de llevarse varios miles de dólares cuando partió hacia Landover el año anterior. Se debió a una decisión de última hora, pero había resultado muy sensata. El dinero en efectivo estaba evitando que usara la tarjeta de crédito.

Salió de la habitación con el dinero y la cartera en un bolsillo del chándal, tomó el ascensor para bajar, abandonó el hotel y caminó varias manzanas hasta llegar al Water Tower Place. Se compró una chaqueta, pantalones, camisas, corbatas, calcetines, ropa interior y un par de mocasines, pagó en efectivo y volvió al hotel. No era conveniente llamar la atención, y vestido con un chándal y unas Nike en la zona de oficinas de Chicago la llamaría. A veces las apariencias lo eran todo; en especial, a primera vista. Ése era motivo principal de que no hubiera dejado que lo acompañasen sus amigos. Un perro hablador, un par de monos sonrientes, una chica que se convertía en árbol y un mago a quien la magia se le escapaba de las manos no habrían pasado desapercibidos en la avenida Michigan.

Se arrepintió al instante de la forma en que había descrito a sus amigos. Se estaba comportando con una ligereza innecesaria. Por peculiares que pareciesen, eran verdaderos amigos. Lo habían apoyado siempre que lo necesitó, aunque fuera peligroso y arriesgaran sus vidas. Eso era más de lo que podía esperarse de la mayoría de los amigos.

Inclinó la cabeza contra una súbita ráfaga de viento, frunciendo el entrecejo.

Además, ¿no compartía él sus peculiaridades?

¿No era el Paladín?

Relegó con rapidez ese pensamiento a los rincones más oscuros de su mente y se apresuró a aprovechar el cambio de luz del semáforo.

Compró varios periódicos y revistas en el vestíbulo del hotel y se retiró a su

habitación. Pidió que le sirvieran la cena allí y dedicó el tiempo que faltaba revisando el material de lectura para ponerse al día de lo que había ocurrido en el mundo durante su ausencia. Dedicó una hora a las noticias locales y mundiales, hasta que llegó la cena. Siguió leyendo mientras comía. Después, ya cerca de las siete, decidió llamar a Ed Samuelson.

Había dos razones para la vuelta de Ben a Chicago. La primera era visitar a Miles y descubrir si el sueño sobre su amigo había sido veraz. La segunda era poner sus asuntos en orden de modo permanente. Había decidido ya dejar la visita a su amigo para la mañana siguiente, pero no había ninguna razón para posponer lo segundo. Eso significaba llamar a Ed.

Ed Samuelson era su administrador, y socio fundador de la firma de asesores financieros Haines, Samuelson & Roper. Ben le había confiado su patrimonio, que era bastante considerable antes de marcharse a Landover. Ed pertenecía a la clase de personas adecuadas para tales cometidos: discreto, fiable y concienzudo. En algunas ocasiones había pensado que Ben adoptaba decisiones financieras completamente absurdas, pero respetaba el hecho de que, siendo su dinero, podía manejarlo a su capricho. Según él, la culminación de la locura fue comprar el trono de Landover. Ed liquidó los bienes suficientes para conseguir el millón de dólares necesario y recibió poderes ilimitados para controlar los activos de Ben mientras éste estaba ausente. Había aceptado eso sin tener la menor idea de cuáles eran sus propósitos.

Ben no se los había comunicado entonces ni tenía intención de hacerlo ahora. Pero estaba seguro de que Ed lo aceptaría.

Telefonarle era un poco arriesgado. Suponía a Meeks enterado de que Samuelson era su administrador. Previendo que contactarían, el mago podía haber «pinchado» el teléfono del asesor financiero. Quizás era una suposición paranoica, pero Meeks no era alguien a quien se pudiera menospreciar. Su única esperanza se basaba en la posibilidad de que se hubiera limitado al teléfono de la oficina, dejando libre el de su casa.

Llamó a Ed en el preciso momento en que éste acababa de cenar, y pasó los primeros diez minutos convenciéndolo de que era Ben Holiday. Cuando lo consiguió, le advirtió que nadie, absolutamente nadie, debía saber que lo había llamado. Tenía que comportarse como si nunca lo hubiese hecho. Ed le preguntó si estaba metido en problemas, como siempre hacía cuando Ben le hacía una de sus extrañas peticiones. Le aseguró que no, pero que era conveniente que nadie supiese de momento que estaba en la ciudad. Le aseguró que proyectaba visitar a Miles, aunque no contaba con tiempo para ver a muchos más.

Ed pareció satisfecho y escuchó con atención mientras le explicaba lo que quería que hiciese. Ben le prometió que pasaría por su despacho al mediodía siguiente para firmar los documentos necesarios si Ed podía arreglárselas para estar allí. Samuelson

suspiró estoicamente y dijo que de acuerdo. Ben le dio las buenas noches y colgó el teléfono.

Una ducha de veinte minutos le ayudó a aliviar la tensión y el cansancio crecientes. Salió del baño y se tendió en la cama con unas cuantas revistas y periódicos apilados cerca de él. Comenzó a leer, los abandonó al poco rato, cerró los ojos y dejó vagar pensamientos.

Momentos después, estaba dormido.

Esa noche soñó con el Paladín.

Al principio se hallaba solo, en un promontorio cubierto de pinos, mirando hacia el valle neblinoso de Landover. Los azules y verdes se mezclaban donde el cielo y la tierra se unían, y parecían estar al alcance de la mano. Respiró, y sintió el aire limpio y frío. La luminosidad del momento era asombrosa.

Entonces las sombras empezaron a oscurecerse. Descendieron y lo rodearon, sumiéndolo en la noche. A través de los pinos le llegaban gritos y susurros. Podía sentir el relieve del medallón presionando la palma de su mano mientras lo apretaba en precaución. Sentía que iba a necesitarlo de nuevo, y estaba contento. ¡El ser que encerraba en su interior quedaría libre otra vez!

A un lado se produjo un movimiento repentino y surgió una figura negra y monstruosa. Era un unicornio de ojos y aliento de fuego. Pero al instante cambió. Se convirtió en un demonio. Luego cambió otra vez.

Era Meeks.

El mago lo llamó por señas. Su figura, alta y encorvada, mostraba una actitud amenazante, y tenía la cara cubierta de escamas como un lagarto. Se aproximó a Ben, aumentando de tamaño a cada paso, transformándose ahora en algo irreconocible. Ben percibió el olor del miedo, de la muerte.

Pero él era el Paladín, el caballero errante cuya alma vagabunda había encontrado un hogar dentro de su cuerpo, el campeón del rey que nunca había perdido una batalla y a quien nada podía vencer. Se fundió con su otro yo con un aterrador arrebató de júbilo. Estaba dentro de la armadura y el olor a miedo y muerte fue sustituido por los olores ásperos del hierro, el cuero y el aceite. Ya no era Ben Holiday, sino una criatura de otra época y otro lugar cuyos únicos recuerdos eran de batallas, combates y victorias, de lucha y muerte. Las guerras rugían dentro de su cerebro, y había atisbos de bestias colosales acorazadas en hierro, embistiendo a un lado y a otro en una bruma rojiza. El metal entrechocaba y las voces resoplaban y gruñían con furia. Los cuerpos caían muertos, destrozados y rotos.

¡Se sentía contento!

¡Oh Dios, se sentía renacido!

La oscuridad embistió contra él, las sombras lo tocaban y lo agarraban, y se

enfrentó a ellas con rabia. El caballo blanco que montaba avanzó como una máquina de vapor impulsada por fuegos que él no podía controlar. Los pinos pasaban a sus lados en bandas borrosas y continuas, y la tierra desapareció. Meeks se convirtió en un espectro que no podía tocar. Corrió hacia delante, saltando del promontorio al vacío.

La sensación de euforia se desvaneció. En algún lugar en la noche se oyó un grito aterrador. Mientras caía se dio cuenta de que el grito había salido de su garganta.

Los sueños cesaron, pero durmió mal el resto de la noche. Se levantó poco después de que amaneciera, se duchó, pidió que le sirvieran el desayuno en la habitación, comió, se vistió con las ropas que había comprado el día anterior y tomó un taxi ante el hotel poco después de las nueve. Llevaba la bolsa de viaje. Pensaba que no volvería.

El taxi lo condujo al sur de la avenida Michigan. Era sábado, pero las calles comenzaban a estar llenas de ansiosos compradores navideños que trataban de adelantarse a las aglomeraciones del fin de semana. Ben, en la relativa soledad del asiento trasero del taxi, los ignoraba. El júbilo de la proximidad de las vacaciones era algo ajeno a su mente.

Fragmentos del sueño de la noche anterior se introducían en sus pensamientos. Había sentido miedo por el sueño y por las verdades que contenía.

El Paladín era una realidad que no podía captar por completo. Sólo una vez se había convertido en el caballero de la armadura, y más por casualidad que por su voluntad. Le fue necesario convertirse en el Paladín para sobrevivir, y lo hizo impulsado por esa necesidad. Pero la transformación había sido aterradora; como desprenderse de la propia piel para entrar en la de otro, humano o no. Los pensamientos del ser que lo acogió eran duros y brutales; los pensamientos de un guerrero, de un gladiador. En ellos había sangre y muerte, toda una historia de supervivencia que Ben sólo podía comprender a medias. Lo aterrizaron. No podía controlar al otro, no del todo. Sólo podía convertirse en él y aceptarlo.

No estaba seguro de su capacidad para soportar de nuevo semejante experiencia. No la había intentado ni la deseaba.

Y, sin embargo, una parte de él disentía, como le mostró el sueño. Y una parte de él susurraba que algún día debería hacerlo.

Pasó por delante de las oficinas de Holiday & Bennett. Estaban cerradas los sábados, pero sabía que Miles Bennett estaría allí a pesar de eso, trabajando hasta el mediodía en las redacciones de documentos que se le habían retrasado durante la semana, aprovechando la ausencia de las molestas interrupciones que parecían acosarles en las horas normales de oficina.

Le dijo al taxista que lo dejase al final de la manzana de la acera de enfrente.

Luego se apresuró a entrar en otro edificio. Los transeúntes pasaban a su lado, sin preocuparse de lo que hacía, concentrados en sus propios asuntos. El tráfico transcurría con rapidez. En la calle había coches aparcados, pero no parecía que hubiera nadie en su interior vigilando.

—Nunca está de más ser precavido —se dijo en voz baja.

Salió del edificio, cruzó la calle por el semáforo, se encaminó hasta el otro edificio y atravesó las pesadas puertas de vidrio que conducían al vestíbulo. No vio nada anormal, nada extraño.

Se apresuró hacia un ascensor abierto, entró, pulsó el botón de la decimoquinta planta y observó el deslizamiento de las puertas al cerrarse. Comenzó a subir. Sólo faltan unos *momentos*, pensó. Y si Miles no estaba allí por alguna razón, contactaría con su casa.

Esperaba no tener que hacerlo. Tenía la sensación de que le faltaba tiempo. Quizás era el sueño, quizás sólo las circunstancias de su visita, pero ese presentimiento no lo abandonaba.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron y salió al vestíbulo de la planta quince.

La respiración se detuvo en su garganta. Se encontró de nuevo frente a Meeks.

Questor Thews apartó la cortina de telas de arañas que colgaba de la estrecha entrada de piedra en las ruinas de la torre del castillo y la atravesó. El polvo que se introdujo en su nariz le hizo estornudar, y protestó en tono bajo contra la humedad y las tinieblas. Se dijo que debería haber llevado una antorcha...

Una chispa de fuego fulguró a su lado, y las llamas coronaron un trozo de rama de árbol. Juanete se la pasó a Questor.

—Estaba a punto de usar la magia para conseguir una —comentó el mago en tono irritado, pero el kobold se limitó a sonreír.

Se encontraba entre los decadentes muros de Mirwouk, la antigua fortaleza que Questor había visto cuando soñó con los libros de magia desaparecidos. Estaban muy al norte de Plata Fina, en lo alto del Melchor, el viento golpeaba la piedra y aullaba en los corredores vacíos, la heladez empapaba el aire rancio como si el invierno se hallara próximo. El mago y el kobold habían tardado casi tres días en llegar allí, y habían viajado con bastante rapidez. El castillo los recibió con las puertas abiertas y las ventanas vacías. Sus habitaciones y salones estaban abandonados.

Questor avanzó, buscando algo que le pareciese reconocible. Estaba atardeciendo y no deseaba vagar por aquella lúgubre tumba cuando anocheciera. Era un mago y podía percibir cosas que estaban ocultas para los demás, y aquel lugar estaba impregnado de olor a maldad.

Caminó a tientas durante un rato, luego le pareció reconocer el pasadizo que

atravesaba. Siguió sus vueltas y revueltas, atisbando en la penumbra. El polvo y las telarañas dificultaban su avance, y había arañas tan grandes como ratas y ratas tan grandes como perros. Corrían y reptaban, y debía tenerlas en cuenta antes de dar un paso. Decididamente, aquello era muy incómodo. Estuvo tentado a usar la magia para convertirlas en polvo y dejar que el viento se las llevase.

El pasadizo comenzó a descender y la forma de sus paredes se alteró apreciablemente. Questor enlenteció aún más su marcha, estudiando la roca. De repente, se enderezó.

—¡Conozco esto! —exclamó con un susurro excitado—. ¡Éste es el túnel que vi en el sueño!

Juanete le quitó la antorcha de la mano sin ningún comentario y continuó el camino, precediéndolo. Questor estaba demasiado nervioso para discutir el asunto y lo siguió. El pasadizo se ensanchó y se aclaró, libre de telarañas, polvo, roedores e insectos. Ahora había un nuevo olor en la piedra, una especie de olor almizcleño e insalubre. Juanete mantenía un paso rápido y, a veces, Questor sólo podía ver ante sí el halo de la antorcha.

¡Todo era exactamente igual que en el sueño!

El túnel proseguía, ahondando en la roca de la montaña, en una espiral de pasillos cavernosos y curvadas escaleras. Juanete continuaba al frente, con los ojos atentos. Questor se mantenía tan cerca que su aliento rozaba el cuello del kobold.

Entonces el túnel finalizó en una puerta tallada con volutas y runas. Questor tembló de excitación. Palpó los dibujos y su mano pareció saber exactamente a qué lugar dirigirse. Tocó algo y la puerta se abrió con un débil chirrido.

La habitación a que dio paso era enorme, con el suelo pavimentado con granito pulido. Ahora era Questor quien guiaba, siguiendo la visión de su mente, el recuerdo del sueño. Se dirigió al centro de la cámara, con Juanete a su lado, rodeados por el eco de sus pisadas.

Se detuvieron ante una de las losas del suelo de granito sobre la que había grabado el signo de un unicornio.

Questor Thews lo miró con atención. ¿Un unicornio? Se llevó una mano a la barbilla, desconcertado. Algo no encajaba. No recordaba ningún unicornio en su sueño. Había un signo grabado en la piedra, pero ¿era el del unicornio? Parecía demasiada coincidencia...

Durante un momento, consideró la posibilidad de abandonar todo el proyecto y desandar el camino que lo había llevado allí. Una vocecilla en su interior susurraba que debía hacerlo. Allí existía un peligro oculto; lo notaba, lo sentía, y le aterrizzaba.

Pero la atracción que ejercían sobre él los libros desaparecidos era enorme. Tocó el suelo y sus dedos, casi por impulso propio, siguieron el contorno del cuerno de la criatura. La losa tembló y se corrió, desliziéndose con suavidad por una ranura en la

que encajaba a la perfección.

Questor Thews miró el interior del agujero.

Allí había algo.

El anochecer cubrió la región de los lagos de sombras y niebla, y la luz de las lunas de colores y las estrellas plateadas no era más que un débil resplandor que se reflejaba en la tranquila superficie del Irrylyn. Sauce se hallaba sola en la orilla de una pequeña cala rodeada de álamos y cedros. Las aguas del lago lamían los dedos de sus pies. Estaba desnuda, y sus ropas se hallaban cuidadosamente colocadas sobre la hierba, detrás de ella. La brisa acariciaba su piel verde pálido y agitaba su larga melena de color esmeralda, encrespándola y dividiéndola en mechones, y erizaba el vello de sus pantorrillas y sus antebrazos. Ella temblaba. Era una criatura de increíble belleza, medio humana, medio fantástica, como una descendiente de las míticas sirenas que atraían a los hombres a un funesto destino sobre las rocas de los antiguos mares.

Los pájaros nocturnos lanzaban sus gritos a través del lago, y sus llamadas resonaban en la quietud. Sauce les respondía con silbidos.

Alzó la cabeza y olfateó el aire como si fuese un animal. Chirivía la esperaba pacientemente en el campamento, a unos cincuenta metros detrás. La luz de la hoguera encendida para cocinar quedaba oculta tras los árboles. Había ido sola al Irrylyn para bañarse y recordar.

Entró en el agua con precaución. El líquido tibio provocó en su cuerpo un estimulante hormigueo. Era allí donde había conocido a Ben Holiday, donde se habían visto por primera vez mientras se bañaban, despojados de formalismos. Allí había sabido que él era quien le estaba destinado.

Su sonrisa se acentuó al recordar el maravilloso momento. Le habló del futuro que debían compartir y, aunque él se mostró incrédulo y aún continuaba dudando, su propia certeza nunca flaqueó. Los hados de su nacimiento, expresados al modo de las hadas en las enredaderas y flores del lecho donde fue concebida, no podían mentir.

¡Oh, ella amaba al extranjero Ben Holiday!

Su rostro infantil brilló y se ensombreció luego. Lo echaba de menos. Estaba preocupada por él. Algo en el sueño que habían compartido la inquietaba de un modo que no podía explicar. Había un enigma tras esos sueños que susurraba peligro.

No se lo había mencionado a Ben porque había captado en su voz cuando explicaba el sueño que estaba decidido a irse. Supo entonces que no podría alterar su propósito y decidió no intentarlo. Comprendió los riesgos y los aceptó. La urgencia de su preocupación se debilitó ante la firme voluntad de él.

Quizás ése era el motivo que había impedido que le relatara todo su sueño. Existía algo en él que lo diferenciaba de los de Ben y Questor Thews. Era algo sutil y difícil

de expresar, pero indudable.

Se agachó en el agua, y el pelo esmeralda se extendió sobre ella como un manto. Su dedo trazó dibujos sobre la superficie inmóvil, y el recuerdo del sueño volvió. Pensó que la sensación angustiosa se hallaba en la estructura del sueño, en el modo de proyectarse en su mente. Las visiones habían sido vividas, los hechos claros. Pero su contenido incluía algo falso, algo que sólo podía ocurrir en un sueño, pero no en la vigilia. Parecía como si el recuerdo fuese una máscara que ocultase un rostro debajo.

Dejó de dibujar en el agua y se levantó, preguntándose por la identidad del rostro que la máscara ocultaba.

Su expresión preocupada y sombría se acentuó y, de repente, deseó no haber aceptado la decisión de Ben. Deseó haberse opuesto a su marcha o insistido en que la llevase consigo.

—No, saldrá bien del paso —susurró una y otra vez.

Sus ojos se elevaron al cielo y dejó que el resplandor lunar la calentase. Al día siguiente pediría consejo a su madre, cuya vida estaba tan próxima a la de las criaturas fantásticas de las nieblas. Ella sabría del unicornio negro y de la brida de oro trenzado y le daría consejo. Pronto volvería a estar con Ben.

Se sumergió de nuevo en el lago oscuro, dejó que las aguas se cerrasen a su alrededor y flotó en paz.

SOMBRAS...

La segunda aparición de Meeks no provocó en Ben Holiday el mismo pánico que la primera. No se quedó paralizado, ni experimentó la misma confusión. Estaba sorprendido, pero no asustado. Después de todo, ahora tenía cierta idea de lo que sucedería. No era más que otra aparición del mago desterrado. Alto, envuelto en ropajes de color azul metálico, con el cabello canoso, el rostro arrugado y el guante de cuero negro alzado como una garra, no era más que una aparición.

¿O no lo era?

Meeks empezó a acercarse y, de repente, Ben ya no estuvo seguro. Los ojos azul acuoso destellaban avivados por el odio, y las duras facciones contorsionadas le conferían un aspecto no del todo humano. Meeks se aproximaba cada vez más, deslizándose sin ruido por el corredor vacío e iluminado por fluorescentes. Su figura parecía crecer. Ben se mantuvo en su lugar con dificultad, buscando con una mano el bulto tranquilizador del medallón bajo su camisa. Pero ¿qué protección podía ofrecerle allí? Su mente trabajaba sin descanso. Se acordó de la piedra de runas. ¡La piedra le diría si existía verdadera amenaza! Su mano libre rebuscó frenéticamente en el bolsillo de sus pantalones, tratando de encontrarla. La figura se hallaba ya casi a su alcance. A pesar de su resolución, Ben retrocedió un paso. ¡No lograba encontrar la piedra!

Meeks estaba justo delante, tétrico y amenazador. Ben no pudo evitar encogerse cuando el mago se interpuso entre él y la luz...

Entonces, levantó la vista y se encontró solo en el corredor desierto, contemplando el espacio vacío, escuchando el silencio.

Meeks había desaparecido, era otra aparición inmaterial.

Había encontrado la piedra encajada en un ángulo del bolsillo de su pantalón, y la sacó. Su color era rojo sangre y quemaba.

—¡Demonios! —gruñó, irritado y asustado al mismo tiempo.

Se tomó un momento para recobrar la sensatez, revisando el corredor para asegurarse de que no había nada oculto. Después, al descubrir que mantenía una agazapada postura de defensa, se irguió y atravesó las puertas del ascensor. Nada se movía a su alrededor. Al menos, en apariencia estaba solo por completo.

Pero ¿por qué esa segunda visión? ¿Sería otro aviso? ¿Sería un aviso *de* Meeks o *para* Meeks?

¿Qué estaba pasando?

Dudó sólo un instante antes de girar bruscamente a la izquierda hacia las puertas de vidrio de las oficinas de Holiday y Bennett. Ante cualquier cosa que estuviese ocurriendo, lo más sensato era avanzar. Meeks debía de saber que, tarde o temprano, iría a visitar a Miles. Eso no significaba que Meeks se hallase allí, ni siquiera cerca de

allí. La aparición podía ser otra contraseña para avisarle de la llegada de Ben. Si conseguía ser lo bastante rápido, se marcharía antes de que Meeks pudiera actuar.

Las luces del vestíbulo de las oficinas estaban apagadas. Tiró del picaporte de la puerta de entrada y la encontró cerrada. Eso era normal. Miles nunca dejaba abierta la puerta principal ni encendidas las luces cuando trabajaba solo. Ben iba preparado para eso. Sacó la llave de la oficina y la metió en la cerradura. Ésta giró con facilidad, abriendo la puerta. Entró, se guardó la llave en el bolsillo y dejó que se cerrase tras él.

Una radio sonaba suavemente; Willie Nelson, la clase de música que le gustaba a Miles. Dirigió la mirada hacia el pasillo interior y vio que salía luz del despacho de su amigo. Esbozó una sonrisa. Estaba allí.

Tal vez. Una nueva oleada de dudas y desconfianza lo invadió, haciendo desaparecer la sonrisa. Era mejor prevenir que curar, se dijo, pronunciando las palabras del viejo refrán como si fuese las de un encantamiento para alejar a los malos espíritus. Sacudió la cabeza. Deseó poder encontrar algún sistema para asegurarse de que Meeks...

Recorrió el pasillo sin hacer ruido hasta llegar a la entrada iluminada. Miles Bennett estaba sentado ante su mesa de despacho, absorto en sus libros de derecho; a un lado tenía un cuaderno amarillo lleno de notas. Había ido a trabajar con chaqueta y corbata, pero el nudo de ésta estaba flojo y la chaqueta abandonada sobre un sillón. Levantó la vista como si hubiera sentido la presencia de Ben, y sus ojos se desorbitaron.

—¡Por todos los santos! —Fue a levantarse, pero luego se dejó caer—. Doc, ¿de veras eres tú?

Ben sonrió.

—Sí, de veras soy yo. ¿Cómo te van las cosas muchacho?

—¿Cómo me van? ¿Has preguntado cómo me van? —dijo Miles en tono de incredulidad—. ¿Qué maldita clase de pregunta es ésa? Te largas a Sangri-La o adonde sea, permaneces ausente más de un año, nadie oye ni una palabra de ti, luego vuelves un día, surgiendo de la nada, y quieres saber cómo me va. ¡Maldito sinvergüenza!

Ben asintió desvalidamente e intentó decir algo. Miles le dejó balbucear durante un momento, luego soltó una carcajada y se puso en pie, como un enorme osito de felpa un poco ajado vestido de ejecutivo.

—Bueno, ven aquí, Doc. No te quedes en el umbral como el hijo pródigo al volver, aunque eso es lo que eres. ¡Ven aquí, siéntate, cuéntame! ¡Maldita sea, no puedo creer que seas realmente tú!

Se apresuró a rodear el escritorio, extendió su manaza, cogió la de Ben y la estrechó con energía.

—Estaba a punto de darte por perdido, ¿sabes? A punto de darte por perdido. Al

no saber nada de ti, daba por seguro que te había ocurrido algo. Ya sabes que en este trabajo la cabeza no deja de funcionar. Empecé a imaginar todo tipo de cosas. Incluso pensé en recurrir a la policía o a alguien semejante, pero no me atrevía a contar que mi socio se había ido a cazar duendes y dragones.

De nuevo rió, esta vez con tanta fuerza que se le saltaron las lágrimas, y Ben lo secundó.

—Probablemente reciben muchas llamadas como ésa.

—¡Seguro, eso es lo que hace de Chicago la estupenda pequeña ciudad que es! — Miles se enjugó los ojos. Llevaba una camisa azul arrugada y pantalones de vestir. Parecía un gigante—. Oye Doc, no te imaginas lo que me alegro de verte.

—Yo también, Miles. —Miró a su alrededor—. No se ve que haya habido muchos cambios desde que me fui.

—No, hemos mantenido un santuario vivo en tu recuerdo. —Miles paseó la mirada por la habitación y luego se encogió de hombros—. De todas formas, no hubiéramos sabido por dónde empezar. Este lugar es una obra monumental de art déco. —Sonrió, esperó durante un momento que Ben dijera algo y, como no lo hizo, se aclaró la garganta con nerviosismo—. Así que estás aquí, ¿eh? ¿Te importaría decirme qué ha ocurrido en fantasilandia, Doc? Si no es demasiado doloroso para ti. Pero si prefieres no hablar de eso...

—Podemos hablar.

—No, no hay por qué hacerlo. Olvida la pregunta. Olvídalo todo. —Miles se mostraba nervioso ahora, apurado—. Es una sorpresa que hayas aparecido así... ¡Ah, mira, tengo algo para ti! Lo guardé para cuando volviéramos a encontrarnos. Mira, lo tengo aquí, en el cajón. —Rodeó de nuevo el escritorio y comenzó a revolver en el fondo del cajón—. ¡Aquí está!

Sacó una botella de Glenlivet, aún precintada, y la colocó sobre la mesa. Dos vasos fueron a hacerle compañía.

Ben sacudió la cabeza y sonrió agradecido. Su whisky favorito.

—Hacía mucho tiempo, Miles —admitió.

Miles rompió el precinto, descorchó la botella y vertió dos dedos en cada vaso. Le pasó uno a Ben y levantó el suyo en un brindis.

—Por el delito y otras formas de diversión —dijo.

Los vasos se tocaron y ambos bebieron. El Glenlivet era suave y cálido al paladar. Los dos amigos se sentaron separados por la mesa de despacho. Willie Nelson continuó cantando en el silencio momentáneo.

—Entonces, ¿me lo vas a contar o no? —preguntó al fin Miles, cambiando de opinión una vez más.

—No lo sé.

—¿Por qué no? No debes ser reservado conmigo. No tienes que sentirte

avergonzado porque las cosas no salieran como esperabas.

Los recuerdos acudieron en tropel a la mente de Ben. No, en verdad no había resultado como esperaba. Pero ése no era el problema. El problema era decidir qué debía contarle a Miles. No era fácil describir Landover. Se sentía como un adolescente cuyos padres quieren saber lo que le inspira la primera chica que le gusta.

Era como decirles que Papá Noel existía en realidad.

—¿Te parecería suficiente que te dijese que encontré lo que buscaba? —le preguntó a Miles, tras reflexionar un momento.

Su amigo guardó silencio unos instantes.

—Sí, si es todo lo que puedes decir —contestó al fin. Luego titubeó—. ¿Es todo lo que puedes decir, Doc?

Ben asintió.

—Por el momento, sí.

—De acuerdo. Bueno, ¿y después? ¿Podrás contarme algo? Me fastidia pensar que tengo que conformarme con eso, que nunca voy a conocer nada más de la historia. No creo que pueda soportarlo. Te marchaste en busca de dragones y doncellas en apuros, y te dije que estabas loco. Tú creías toda esa patraña sobre un reino donde la magia existe y habitan personajes de cuentos de hadas, y yo te dije que era absurdo. Mira, Doc, necesito saber quién de los dos tenía razón. Necesito saber si sueños como los tuyos son aún posibles. Tengo que saberlo.

La decepción se reflejaba en su cara redonda. Ben sintió lástima por su amigo. Miles conocía este asunto desde el principio. Era el único que sabía que había gastado un millón de dólares en comprar un reino de fantasía que cualquier hombre cuerdo consideraría inexistente. Era el único que sabía que Ben se había marchado en busca de ese reino. Conocía el principio de la historia, pero no cómo terminaba. Y eso excitaba sus nervios.

Pero había algo más importante que la ávida curiosidad de Miles: su propia seguridad. A veces, el conocimiento era peligroso. A Ben le resultaba imposible determinar hasta qué punto Meeks constituía una amenaza para ambos. Aún no había podido descubrir la parte de verdad que contenía su sueño. Miles daba la impresión de encontrarse bien, pero...

—Te prometo que te lo contaré algún día —le dijo, tratando de apaciguarlo—. No puedo precisarte cuándo, pero te prometo que lo sabrás. Es difícil hablar de ello, es algo semejante a lo que me ocurría con Annie. Nunca pude hablar de ella sin... atormentarme. Lo recuerdas, ¿verdad?

Miles asintió.

—Lo recuerdo, Doc. —Sonrió—. ¿Has hecho las paces por fin con su fantasma?

—Sí, al fin. Pero ha hecho falta mucho tiempo, y han sido necesarios muchos cambios. —Se detuvo al recordar la ocasión en que, estando solo entre las nieblas del

mundo de las hadas, se encontró frente a frente con el temor que escondía en las profundidades de su ser de haberle fallado a su esposa muerta—. Supongo que hablar sobre dónde he estado y lo que he encontrado requerirá cierto tiempo y ayuda. Todavía tengo que resolver algunas cosas...

Su voz se apagó mientras sus dedos hacían girar el vaso de whisky sobre la mesa.

—Está bien, Doc —dijo Miles, encogiéndose de hombros—. Es suficiente tenerte aquí y saber que estás bien. El resto ya llegará. Lo sé.

Ben permaneció con la mirada puesta en el whisky durante un momento, luego la elevó hacia Miles.

—Voy a estar aquí muy poco tiempo. No puedo quedarme.

Miles parecía desconcertarse, luego forzó una rápida sonrisa.

—Oye, ¿qué estás diciendo? Has venido por alguna razón, ¿verdad? ¿Cuál es? Te perdiste la caída en picado de los Bulls del invierno pasado, la actuación de los Cubs esta primavera, el maratón, las elecciones, y todos los demás acontecimientos de la temporada en Chicago. ¿Quieres ver jugar a los Bears? Los monstruos de la posición intermedia están a treinta y uno, ¿sabes? ¿Qué dices?

Ben se rió a pesar suyo.

—Digo que suena muy bien. Pero eso no es lo que me ha hecho volver. He vuelto porque estaba preocupado por ti.

Miles se quedó mirándolo con fijeza.

—¿Qué?

—Estaba preocupado por ti. No reacciones como si fuera algo sorprendente, maldita sea. He vuelto porque estaba preocupado por ti.

Miles tomó un largo trago de whisky, luego se recostó en el sillón.

—¿Por qué creías que no estaba bien?

Ben se encogió de hombros.

—No lo sé. —Iba a continuar, pero se contuvo—. Bueno, aún consideras que estoy loco, y esto te lo va a confirmar. Soñé que tenías un problema y me necesitabas. No sabía qué clase de problema era, sólo que por mi culpa te enfrentabas a él. Así que vine a averiguar si el sueño era cierto.

Miles le observó durante un momento de la misma forma que un psiquiatra observaría a un paciente loco de remate, luego apuró el resto de su whisky y se inclinó hacia delante.

—Estás chalado, Doc. ¿Lo sabías?

—Lo sabía.

—De hecho, tu conciencia debe de estar hipersensibilizada.

—¿Eso crees?

—Sí. Te sientes culpable porque me plantaste poco antes de Navidad en la época cuando más trabajo había, y me quedé con todos aquellos malditos casos. Bueno,

debo decirte que los saqué adelante, y que el trabajo normal de la oficina no se alteró ni un ápice. —Se detuvo un instante, luego sonrió—. Bueno, casi no se retrasó. ¿Orgulloso de mí, Doc?

—Sí, claro, Miles. —Ben frunció el entrecejo—. ¿Así que no hay problemas en el despacho ni tampoco los tienes tú, que no necesitabas que volviese?

Miles se levantó, cogió el Glenlivet y vertió otro dedo. Sonreía con sinceridad.

—Doc, no me gusta decírtelo, pero las cosas no podían ir mejor.

Y justo en ese momento, Ben Holiday comenzó a percibir el peligro.

Quince minutos después se hallaba en la calle. Había estado con Miles justo el tiempo suficiente para no dar la impresión de que ocurría algo grave. Se había quedado incluso cuando todo en su interior le gritaba que debía escapar para salvar su vida.

Los taxis estaban muy solicitados los sábados por la mañana, de modo que tomó un autobús en dirección sur hacia la oficina de Ed Samuelson, para acudir a su cita del mediodía. Se sentó solo en un asiento del final, agarrando su bolsa de viaje como un niño a su juguete favorito, y trató de liberarse de la sensación de que todos los ojos le observaban. Se ciñó el abrigo, y esperó que el frío abandonara su cuerpo.

¡Piensa como un abogado!, se dijo. ¡Razona!

El sueño había sido falso. Miles Bennett no se hallaba en problemas ni necesitaba su ayuda. Quizás el sueño sólo era un reflejo del sentimiento de culpabilidad por haber obligado a su amigo a un exceso de trabajo. Quizás era sólo una coincidencia que Questor y Sauce hubieran tenido sueños similares esa misma noche. No lo creía. Algo había provocado esos sueños, algo o alguien.

Meeks.

¿Pero qué pretendía su enemigo?

Bajó del autobús en Madison y caminó un poco hasta llegar al edificio donde estaba el despacho de Ed Samuelson. Los ojos le seguían.

Se reunió con su administrador y firmó algunos poderes y documentos habilitándolo para que continuara ocupándose de sus asuntos durante varios años más, en caso de que se prolongara su ausencia. No tenía previsto estar fuera tanto tiempo, pero nunca se sabía. Estrechó la mano de Ed Samuelson y, a las doce y media, salió del edificio.

Esta vez esperó hasta encontrar un taxi. Le dijo al conductor que lo llevase al aeropuerto y tomó el vuelo de la una y media de Delta a Washington. A las cinco llegó a la capital de la nación y, una hora después, embarcó en el último avión que salía de Allegheny con destino a Waynesboro. Se mantuvo alerta durante todo ese tiempo por si aparecía Meeks. Un hombre, que llevaba puesta una gabardina, no le quitó ojo en el transcurso del vuelo desde Chicago. Una anciana vendedora de flores

lo detuvo en la terminal. Un marinero con una bolsa de viaje al hombro chocó con él al volverse con demasiada rapidez, desde el despacho de billetes de Allegheny. Pero no captó el menor rastro de Meeks.

Miró la piedra de runas dos veces durante el vuelo de Washington a Waynesboro. La examinó impulsado por un reflejo tardío la primera vez, y como a disgusto la segunda. En ambas ocasiones comprobó que desprendía un resplandor rojizo y estaba caliente.

Aquella noche no continuó el viaje. Deseaba con toda su voluntad continuarlo. La ansiedad por llegar a su destino era tan fuerte que apenas la podía controlar, pero la razón se impuso a la urgencia. O quizás fue el miedo. No se sentía predispuesto a aventurarse en el Blue Ridge de noche. Era muy fácil perderse o herirse, y existía la posibilidad de que Meeks lo estuviera esperando en la entrada del túnel del tiempo.

Durmió mal, se levantó al amanecer, se puso el chándal y las Nike, comió algo y llamó al servicio de taxis para que fueran a recogerlo. Esperó en el vestíbulo, con la bolsa en la mano, mirando con inquietud a través de las vidrieras. Después salió. El día era frío, gris y desapacible; el hecho de que no lloviese era el único punto a su favor. El aire olía mal y sabía peor, y los ojos le escocían. Todo tenía un aspecto extraño. Examinó su piedra de runas media docena de veces. Aún desprendía un resplandor rojizo.

El taxi llegó poco después. A media mañana ya se encontraba subiendo las montañas boscosas del Parque Nacional George Washington, dejando atrás Chicago, Washington, Waynesboro, Miles Bennett, Ed Samuelson y a todas las personas y cosas de aquel mundo en el que ahora se sentía extraño y fugitivo.

Encontró sin dificultad las nieblas y los robles que marcaban la entrada al túnel del tiempo. No había señales de Meeks, ni como persona ni como aparición. El bosque estaba silencioso y vacío, el camino despejado.

Ben Holiday corrió hacia la entrada del túnel.

Dejó de correr después de atravesarlo.

Los rayos del sol se introducían por entre las nubes poco densas para iluminar y calentar la tierra. Los prados cubiertos de vivos colores y los huertos se extendían sobre las pendientes del valle como un edredón hecho de retales de telas diversas. Las flores punteaban el paisaje. El vuelo de los pájaros trazaba en el cielo pinceladas de arco iris. Los olores eran limpios y frescos.

Hizo una profunda aspiración, parpadeando contra las motas que danzaban ante sus ojos, en espera del regreso de las fuerzas que se habían debilitado en su vuelta precipitada. Oh, sí, había corrido. ¡Había volado! Le aterrorizaba que el pánico lo hubiera dominado hasta ese extremo. Respiró pausadamente, negándose a mirar hacia los bosques oscuros y neblinosos que se elevaban como un muro detrás de él. Ahora

estaba a salvo. Estaba en casa.

Admitir aquello lo tranquilizó. Elevó los ojos al cielo y después los bajó, recorriendo la amplia extensión de Landover, confortado por la inesperada sensación de familiaridad que experimentaba. Era extraño que se sintiera así. Su regreso era como el paso desde la muerte lenta del invierno a la vida de la primavera. Nunca lo hubiese imaginado y, sin embargo, ahora le parecía lo más lógico del mundo.

Se aproximaba el mediodía. Se dirigió al campamento donde había dejado a los miembros de su escolta. Lo estaban esperando y aceptaron su presencia sin sorprenderse. El capitán lo recibió con un saludo, ensilló a Jurisdicción, hizo que sus hombres montasen los caballos y se pusieron en marcha. De un mundo de aviones a reacción y coches a otro donde se viajaba a pie y a caballo. Ben sonrió ante lo natural que le parecía el cambio.

Pero la sonrisa fue breve. Sus pensamientos retornaron a los sueños que había compartido con Questor y Sauce, y a la irritante certeza de que había algo malo en aquellos sueños. El suyo había sido una completa falsedad. ¿Serían también falsos los de Questor y Sauce? El suyo estaba ligado de algún modo a Meeks, casi lo consideraba seguro. ¿Lo estaban también los de sus amigos? Había demasiadas preguntas y ninguna respuesta. Tenía que volver a Plata Fina sin pérdida de tiempo y reunirse con ellos.

Llegó al castillo antes del anochecer, manteniendo una marcha forzada. Desmontó del caballo, dio las gracias a su escolta con palabras apresuradas, subió al deslizador del lago y atravesó las aguas que lo separaban de la isla. Las torres de plata y la blancura de los muros lo deslumbraron y la calidez de la morada avanzó para envolverlo. Pero en su interior aún persistía el frío.

Abernathy se reunió con él junto a la entrada, resplandeciente con su túnica de seda roja, calzones y calcetines, botas blancas pulidas y guantes, gafas con montura de plata y el libro de audiencias. En su voz había irritación.

—No habéis regresado muy pronto, gran señor. Me he pasado el día entero tratando de calmar los ánimos de ciertos miembros del consejo judicial que vinieron expresamente para veros. Han surgido algunos problemas sobre la reunión de la semana próxima. Se ha producido una ruptura en las instalaciones de regadío de los campos del sur de Waymark. Mañana llegan los señores del Prado, y ni siquiera le hemos echado un vistazo a la lista de quejas que nos enviaron. Media docena de representantes de otros estamentos han estado esperando...

—Yo también estoy encantado de verte, Abernathy —le cortó Ben—. ¿Han vuelto ya Questor y Sauce?

—Eh, no, gran señor. —Abernathy pareció quedarse momentáneamente sin palabras.

Siguió a Ben en silencio mientras éste se dirigía al comedor.

—¿Habéis tenido éxito en vuestro viaje? —preguntó al fin.

—No mucho. ¿Estás seguro de que no ha regresado ninguno?

—Sí, gran señor, estoy seguro. Vos sois el primero.

—¿Algún mensaje de ellos?

—Ningún mensaje. —Abernathy se adelantó—. ¿Hay algún problema?

Ben no aminoró la marcha.

—No, todo va bien.

Abernathy parecía indeciso.

—Sí, bueno, me alegra saberlo. —Titubeó un momento, luego se aclaró la garganta—. ¿Respecto a los representantes del consejo judicial, gran señor...?

Ben sacudió la cabeza con firmeza.

Hoy no. Los veré mañana. —Giró hacia el comedor y dejó a Abernathy en la puerta—. Infórmame cuando lleguen Questor o Sauce, no importa lo que esté haciendo.

Abernathy empujó hacia arriba las gafas sobre su larga nariz y desapareció por el corredor sin hacer comentarios.

Ben tomó una comida ligera y luego subió a la torre que albergaba a la Landvista. Ésta formaba parte de la magia de Plata Fina, un artilugio que proporcionaba una rápida visión de lo que ocurría en Landover mediante un vuelo ficticio que permitía recorrer el valle de un extremo a otro.

Estaba constituida por una plataforma circular con una barandilla de protección plateada en su parte exterior y unida a la torre por una abertura en el muro que llegaba del suelo al techo. En el punto medio de la barandilla había adosado un atril y, clavado sobre él, un pergamino antiguo que tenía dibujado un mapa completo del reino.

Ben atravesó la plataforma, se agarró con las dos manos a la barandilla, fijó los ojos en el mapa y deseó ir al norte. El castillo desapareció al instante, y se encontró deslizándose por el espacio con el único soporte de la barandilla y el atril. Se dirigió a las montañas del Melchor, pasó en un barrido por sus cumbres y descendió. Tras esto, tomó dirección sur, hacia la región de los lagos y Elderew, el hogar de la gente del Amo de los Ríos. Cruzó y entrecruzó los bosques y las colinas de un extremo a otro de la región de los lagos. No encontró a Questor Thews, ni a Sauce.

Tras una hora, se rindió. Su cuerpo estaba empapado de sudor por el esfuerzo, y sus manos entumecidas de agarrar la barandilla. Abandonó la torre de la Landvista decepcionado y cansado.

Trató de ahogar el cansancio y la decepción en un baño caliente, pero no lo logró del todo. Las imágenes de Meeks lo acosaban. El mago ha conseguido que regresara a su mundo mediante aquel sueño sobre Miles. Estaba seguro de ello, y también lo estaba de que tenía algún plan para vengarse de él por mantenerlo en el exilio. Pero

no sabía hasta qué punto había intervenido en los sueños de sus amigos, ni cuáles eran los peligros que estaban corriendo a causa de ello.

La noche se acercaba, y Ben se retiró a su estudio. Ya había decidido enviar grupos a la mañana siguiente en busca de sus amigos desaparecidos. Todo lo demás tendría que esperar hasta que resolviera el misterio de los sueños. Tenía la impresión, que se fortalecía por momentos, de que iba a ocurrir algo terrible y debía actuar contra reloj para evitarlo.

Empezó a oscurecer. Estaba inmerso en los montones de papeles acumulados durante su ausencia y que había clasificado sobre la mesa de trabajo, cuando la puerta se abrió bruscamente y una repentina ráfaga de viento los dispersó. La enjuta figura de Questor Thews salió de la oscuridad.

—¡Los he encontrado, gran señor! —exclamó Questor, acompañándose de un gesto ceremonioso de su brazo, oprimiendo contra el pecho con el otro un paquete envuelto en lona. Se acercó a Ben y depositó el paquete sobre la mesa dando un golpe fuerte—. Aquí están.

Ben lo miró con atención. Poco después un enlodado Juanete apareció en el umbral con las ropas desgarradas. Abernathy también llegó, vistiendo una camisa de dormir arrugada y un gorro medio torcido. Se ajustó las gafas y parpadeó.

—Fue tal como el sueño indicó —explicó Questor apresuradamente, manipulando la lona del envoltorio—. Bueno, no del todo. Surgió el problema del vástago de demonio escondido entre las piedras. Una sorpresa bastante desagradable, os lo puedo asegurar. Pero Juanete se encargó de él. Lo agarró por la garganta y apretó hasta dejarlo sin vida. Pero el resto era igual que en el sueño. Encontramos los pasadizos de Mirwouk y los seguimos hasta la puerta. Ésta se abrió, y la habitación a que daba paso tenía pavimento de piedra. Una de ellas tenía un dibujo extraño. Cedió cuando lo toqué, introduje la mano y...

—Questor, ¿ha encontrado los libros desaparecidos? —preguntó Ben con incredulidad, cortándolo.

El mago se interrumpió, lo miró, sorprendido, y frunció el entrecejo.

—Desde luego que he encontrado los libros, gran señor. ¿De qué creéis que estaba hablando? —Parecía ofendido—. Bueno, estaba a punto de conseguirlos, los podía vislumbrar entre las sombras, cuando Juanete me atrajo hacia atrás. Vi el movimiento del demonio. Hubo una lucha terrible entre ellos... ¡Y aquí estamos!

Acabó de desplegar la lona. En el centro de ella aparecieron dos libros antiguos y enormes. Estaban encuadernados en piel con runas y símbolos grabados. Del dorado que una vez recubrió aquellas marcas sólo quedaban leves trazos. Los cantos y los lomos estaban protegidos por bronce deslustrado, y unas enormes cerraduras los mantenían sellados.

Ben extendió la mano para tocar la tapa del libro de arriba, pero Questor la retuvo

con un movimiento rápido.

—Esperad, gran señor, por favor. —El mago señaló la cerradura del libro—. ¿Véis lo que le ha ocurrido al candado?

Ben lo examinó más de cerca. El candado había desaparecido, el metal que lo rodeaba estaba chamuscado como si le hubiesen aplicado fuego. Comprobó el del segundo libro. Se mantenía intacto. Sí, no cabía duda. Algo le había ocurrido al primer libro para que se rompiera el candado que lo aseguraba. Volvió a mirar a Questor.

—No tengo ni idea, gran señor —respondió el mago a la pregunta no formulada—. Os traje los libros tal como los encontré. No he intentado abrirlos. Sé por los grabados de las tapas que son los libros de magia desaparecidos. Aparte de eso, no tengo más conocimientos que vos. —Se aclaró la garganta para dar énfasis a la frase siguiente—. Eh... pensé que sería más adecuado abrirlos en vuestra presencia.

—¿Pensaste que sería más adecuado? —gruñó Abernathy, acercando su rostro peludo. El gorro de dormir le confería un aspecto ridículo—. ¡Querrás decir que lo creíste más seguro! Deseas tener a mano el poder del medallón para el caso de que la magia resulte incontrolable para ti.

Questor hizo un gesto irritado.

—Soy poseedor de una magia importante, Abernathy, y te aseguro que...

—Déjelo, Questor —le cortó Ben—. Usted hizo lo correcto. ¿Puede abrir los libros?

Questor estaba rígido a causa de la indignación.

—¡Claro que puedo abrir los libros!

Avanzó un paso y puso las manos sobre el primero de los antiguos volúmenes. Ben se apartó, agarrando el medallón. No tenía sentido correr riesgos con esa clase de...

Questor tocó la aldabilla y, de repente, el metal lanzó unas llamaradas verdes. Todos saltaron hacia atrás.

—¡Parece que de nuevo has subestimado el peligro de la situación! —estalló Abernathy.

Questor se puso rojo y su rostro se tensó. Sus manos se elevaron de pronto, chispearon y desprendieron un brillante fuego carmesí. Poco a poco hizo descender el fuego hasta que tocó la cerradura metálica y lo mantuvo así mientras devoraba las llamas verdes. Luego apartó las manos bruscamente y ambos fuegos desaparecieron.

Dirigió a Abernathy una mirada desdeñosa.

—Un peligro bastante insignificante, ¿no crees?

Volvió a acercar la mano a la aldabilla y la alzó con cuidado. Abrió el libro por la primera página y se encontró ante un viejo pergamino amarillento. Sin nada escrito.

Ben, Abernathy y Juanete se acercaron para ver mejor en la media luz,

comprobando que estaba en blanco. Questor pasó la página. La segunda también lo estaba. Pasó a la tercera, con el mismo resultado.

La cuarta era idéntica a las anteriores, pero su centro estaba ligeramente chamuscado, como por la proximidad de una llama.

—¿No fuiste tú quien usó la palabra *insignificante*, mago? —preguntó Abernathy en tono incisivo.

Questor no replicó. Su rostro mostraba asombro. Comenzó a pasar las páginas del libro lentamente, volviendo una hoja tras otra, encontrando todas en blanco, pero cada vez más chamuscadas. Al final empezaron a aparecer páginas quemadas por completo.

Como siguiendo un impulso, abrió el libro por la mitad y se quedó parado.

—Gran señor —dijo.

Ben bajó la vista hacia el desastre que se encontraba ante él. Un fuego había reducido el centro del libro a cenizas, pero daba la impresión de que el fuego se había producido dentro de él.

El gran señor y el mago se miraron.

—Siga —urgió el primero.

Questor pasó con rapidez el resto de las hojas sin encontrar nada. Cada lámina de pergamino era igual que las otras, salvo por la parte que el misterioso fuego había quemado o chamuscado.

—No entiendo qué significa esto, gran señor —admitió al fin Questor Thews.

Abernathy inició un comentario, pero cambió de idea.

—Quizás la respuesta esté en el otro libro —sugirió débilmente.

Ben indicó con la cabeza que lo comprobase. El mago cerró el primer libro y lo apartó, enguantó sus manos en el fuego rojo, las bajó con cuidado y eliminó el fuego verde que protegía el cierre del segundo libro. Esta vez tuvo que dedicar más tiempo a completar la tarea, puesto que la cerradura estaba intacta. Después, cuando ambos fuegos se extinguieron, quitó el candado y abrió el libro cautelosamente.

Encontró la silueta de un unicornio. Estaba dibujado sobre un pergamino blanquísimo, sin trazas de amarillez. Se hallaba de pie, en actitud de inmovilidad, con su contorno perfectamente marcado por líneas oscuras. Questor pasó la página. En la segunda había otro unicornio, esta vez en actitud de movimiento, dibujado con la misma técnica. La tercera página reveló otro, y la cuarta y todas las demás. Questor hojeó rápidamente el libro hasta el final, y luego de atrás a adelante. Todas las páginas parecían nuevas. Todas tenían un unicornio, cada uno plasmado en una actitud diferente.

No había escritos ni dibujos de ninguna clase, sólo unicornios.

—Aún no comprendo que significado tiene esto —suspiró el mago reflejando la frustración en su rostro enjuto.

—Significa que no son los libros de magia que tú creías —comentó Abernathy.

Pero Questor sacudió la cabeza.

—No, son éstos. El sueño lo indicó, los grabados de la cubierta lo indican, y su apariencia la describen las viejas historias. Éstos son los libros desaparecidos, seguro.

Durante un momento se quedaron en silencio. Ben estaba pensativo, con la vista puesta en los tomos. Después miró a su alrededor hasta que sus ojos encontraron entre las sombras la figura de Juanete que observaba detrás de Questor. El kobold tenía un gesto amenazador.

Ben volvió a mirar los libros.

—Lo que tenemos aquí —dijo al fin— es un libro de unicornios dibujados en todas sus páginas y otro sin unicornios de ninguna clase, pero quemado en el centro. No cabe duda de que eso debe significar algo. Questor, ¿qué hay del sueño de Sauce sobre el unicornio? ¿No podrían éstos estar relacionados con aquél?

Questor lo consideró durante un momento.

—No veo una posible conexión, gran señor. El unicornio negro es un mito. Los dibujados aquí no están tintados en negro, sino bosquejados deliberadamente sobre blanco. ¿Véis cómo las líneas definen los rasgos? —Pasó las páginas del libro para demostrar su observación—. Un unicornio negro estaría sombreado o caracterizado de algún modo para indicar su color...

Su voz se apagó. Sus cejas se unieron en expresión pensativa. Sus dedos huesudos tocaron con delicadeza la cerradura del primer libro.

—¿Por qué estará roto este cierre y el otro intacto? —preguntó en voz baja, sin dirigirse a nadie en particular.

—Según las historias de los reyes de Landover, no ha habido unicornios en el valle desde que empezó a existir como tal —intervino Abernathy súbitamente—. Pero antes hubo unicornios, muchos. Había una leyenda sobre el tema. Dejadme recordar... Sí, ya me acuerdo. Un momento, por favor.

Se apresuró a salir de la habitación, repiqueteando en la piedra del suelo con las uñas, arrastrando la camisa de dormir. Pasados unos momentos estaba de regreso, llevando en los brazos un libro de las historias reales de Landover. Éste era muy viejo y sus tapas estaban desgastadas.

—Aquí lo tenéis —anunció. Lo colocó junto a los libros de magia, pasó unas cuantas páginas con rapidez y se detuvo—. Aquí está. —Se dispuso a leer—. Ocurrió hace cientos de años, poco después de la creación del valle. Las hadas enviaron a un numeroso grupo de unicornios procedentes de las nieblas. Los enviaron por una razón determinada. Al parecer, estaban preocupadas por la creciente incredulidad en la magia de muchos de los mundos circundantes, mundos como el vuestro, gran señor... —El amanuense le dirigió una mirada de desaprobación—. Deseaban darles alguna señal de que la magia existía realmente. —Hizo una pausa, frunciendo el entrecejo

como si le costara trabajo descifrar la antigua escritura—. Creo que dice eso. Es difícil leerlo con claridad porque la escritura es muy antigua.

—Quizás sean tus ojos los antiguos —sugirió Questor, sin mucha amabilidad, y extendió la mano hacia el libro.

Abernathy lo apartó con irritación.

—¡Mis ojos son el doble de agudos que los tuyos, mago! —le lanzó. Se aclaró la garganta y continuó—. Parece ser, gran señor, que las hadas enviaron a los unicornios a los mundos incrédulos como prueba de que la magia era real. Cada unicornio debía trasladarse a uno de esos mundos que están más allá de Landover a través de los túneles del tiempo. —Se detuvo de nuevo, leyó un poco más, y cerró el libro de golpe—. Pero eso no llegó a realizarse.

Ben frunció el entrecejo.

—¿Por qué no?

—Porque todos los unicornios desaparecieron, gran señor, y nadie los volvió a ver.

—¿Desaparecieron?

—Recuerdo esa historia —declaró Questor—. Con franqueza, siempre me ha parecido bastante extraña.

La expresión ceñuda de Ben se acentuó.

—Así que las hadas enviaron un montón de unicornios a Landover y todos desaparecieron. Ése fue su final, quedando sólo el unicornio negro, que puede o no ser real, y se aparece de vez en cuando, saliendo de Dios sabe dónde. Pero ahora tenemos los libros de magia desaparecidos que no contienen nada sobre magia y sí una gran cantidad de dibujos de unicornios y páginas en blanco medio quemadas.

—Recordad que una cerradura está rota y la otra intacta —añadió Questor.

—Nada que haga referencia a Meeks —musitó Ben.

—Nada que haga referencia a la forma de reconvertir perros en hombres —refunfuñó Abernathy.

Se quedaron en silencio, mirándose entre sí. Los libros seguían abiertos sobre la mesa ante ellos: dos de magia que no parecían muy mágicos, y uno de historia que no decía nada históricamente útil. La inquietud de Ben creció. Cuanto más seguía los tramos de aquellos sueños, más confusión creaban. Su sueño se probó falso. El de Questor no fue del todo verdadero. La fuente de sus sueños era diferente...

En apariencia.

Pero quizás sí en realidad. En aquel momento no se sentía seguro de nada. Se estaba haciendo tarde. El viaje de vuelta había sido largo. Estaba cansado, y el cansancio nublaba sus pensamientos. A tan altas horas de la noche le faltaba energía para sobreponerse y razonar. Habría tiempo al día siguiente. Por la mañana, buscarían a Sauce. Cuando la encontraran, abordarían el asunto de los sueños hasta comprender

exactamente qué ocurría.

—Guarda los libros, Questor. Nos vamos ya a la cama —dijo.

Todos murmuraron que estaban de acuerdo. Juanete se dirigió a la cocina para lavarse y comer. Abernathy lo acompañó, llevándose el antiguo libro de historia. Questor cogió los libros de magia sin decir nada.

Ben los observó marchar, quedándose solo en las sombras y a media luz. Intentó meditar un poco más sobre el enigma y casi lamentó no haberles pedido que se quedaran.

Pero era absurdo. Aquello podía esperar.

Se retiró a dormir casi contra su voluntad.

... Y PESADILLAS

Después, Ben Holiday recordaría lo errada que fue su decisión de aquella noche. Recordaría las palabras con claridad. *Aquello podía esperar. Habría tiempo al día siguiente.* Recordaría esas palabras como si se le hubieran indigestado. Reflexionaría amargamente sobre la confianza injustificada que le proporcionaron.

Eso es lo maravilloso de mirar atrás, desde luego. Siempre se veían las cosas pasadas a la perfección.

El problema se inició casi de inmediato. Se fue a su dormitorio desde el estudio, se puso la camisa de dormir y se metió entre las sábanas. Estaba exhausto, pero el sueño tardaba en llegar. Lo habían excitado los acontecimientos del día, y el misterio de los sueños corría por su mente como una rata acorralada. Había cercado a la rata, pero no podía atraparla. Era una especie de sombra que se deslizaba sin esfuerzo. Podía ver su silueta, pero no definir su forma.

Los ojos de la entelequia desprendían un resplandor carmesí en la oscuridad.

Parpadeó y se incorporó, apoyándose en los codos. La piedra de runas que Sauce le había dado emitía un fuego rojizo sobre la mesilla de noche donde descansaba. Volvió a parpadear, ahora consciente de que estaba empezando a dormirse, cuando la luz lo obligó a regresar a la vigilia. El color de la piedra anunciaba la amenaza de un peligro, al igual que había hecho durante todo el viaje de vuelta.

Pero, maldita sea, ¿dónde estaba el peligro?

Se levantó y recorrió la habitación como un animal acechando a su presa. Allí no había nada. Sus ropas colgaban sobre la silla en que las había dejado, la bolsa de viaje ocupaba el mismo sitio en el suelo del vestidor. Se quedó de pie en el centro de la habitación durante un momento y dejó que la calidez de la vida del castillo lo abrazara. Plata Fina respondió con un calor acogedor e íntimo que lo envolvió de la cabeza a los pies. El castillo permanecía inalterado.

Frunció el entrecejo. Quizás la piedra se equivocaba.

De cualquier modo, era inquietante. La cubrió con una toalla y volvió a la cama. Esperó un momento, cerró los ojos, los abrió de nuevo, los cerró una segunda vez. La oscuridad en que estaba sumido no le molestaba. La rata se había ido. Las preguntas y las respuestas se mezclaron y se disolvieron en la noche. Comenzó a adormecerse.

Entonces, soñó. Había imágenes de unicornios, algunos negros, otros blancos, y los rostros finos e intemporales de las hadas. Había imágenes de sus amigos, tanto del pasado como del presente, y de los proyectos que había imaginado para su reino y su vida. Las imágenes se movían en su subconsciente y, al hacerlo, lo arrullaban como las olas de un mar sin fin.

Entonces un extraño fuego prendió en su mente, interrumpiendo el flujo. Unas manos salieron de la nada y sus dedos agarraron la cadena que llevaba al cuello. Y

sus propias manos y sus dedos, ¿qué estaban haciendo?

¡De repente, vio la imagen de Meeks!

Surgió de una niebla negra. La figura alta y esquelética del mago iba envuelta en su capa azul eléctrico, y su rostro era tan rugoso y duro como el hierro sin fundir. Parecía la muerte en busca de una nueva víctima, con una manga vacía y la otra acabada en una garra negra que bajaba poco a poco.

Ben se despertó sobresaltado, apartó las sábanas con los pies y extendió una mano ciegamente en la oscuridad. Parpadeó y forzó la vista. La llama de una vela brillaba en un rincón de la habitación; un toque solitario de blanco y dorado en contraste con el resplandor rojizo que emitía la piedra de runas de Sauce, que fulguraba en frenético aviso sobre la mesilla. La toalla que la cubría había desaparecido. Ben pudo sentir la presencia del peligro que anunciaba. Su respiración se transformó en un jadeo entrecortado, y fue como si una mano gigantesca oprimiera su pecho. Trató de apartarla, pero los músculos no le obedecieron. Su cuerpo parecía pegado al lugar en que se hallaba.

Algo se movía en la oscuridad, algo enorme.

Trató de gritar, pero sólo consiguió producir un susurro.

Una figura se materializó, cubierta por una luz escarlata como la sangre. La figura estaba de pie y, con una voz que sonaba como uñas rascando una pizarra, dijo:

—Nos encontramos de nuevo, señor Holiday.

Era Meeks.

Ben no podía hablar, sólo mirar. Era como si la imagen que se le había aparecido durante su visita al viejo mundo hubiera logrado seguirlo. Pero no era una imagen. Lo supo al instante. ¡Era real!

Meeks esbozó una leve sonrisa, que le proporcionó un aspecto más humano. La apariencia de animal de rapiña se había desvanecido.

—¿Qué? ¿No encuentra palabras de saludo, ni de advertencias valerosas? ¿Ni siquiera una amenaza? ¡Qué impropio de usted, señor Holiday! ¿Qué le ocurre? ¿Se ha comido su lengua el gato?

Los músculos de la garganta y la cara de Ben se tensaron mientras se esforzaba en recuperar el autocontrol. Estaba paralizado. Los ojos opacos y aterrorizadores de Meeks parecían atarle con cuerdas irrompibles.

—Sí, sí, sé que lo desea, ¿no es cierto, señor Holiday? ¡Pero es tan difícil! ¡Conozco bien esa sensación! ¿Recuerda lo que me hizo? ¿Lo recuerda? Se burló de mí en el cristal de visión, mi única conexión con este mundo, y luego lo destrozó. Me rompió los ojos, señor Holiday, y me dejó ciego. —Su voz se había convertido ahora en un silbido de furia—. ¡Oh sí, sé como se siente uno cuando se está paralizado y solo!

Dio un paso adelante y se detuvo, inclinando su rostro macilento, enrojecido por

la luz de la piedra. Parecía gigantesco, con unas proporciones increíbles.

—Es usted un cretino, rey de comedia, ¿lo sabía? Creyó que podía jugar conmigo y no trató de comprender que era yo quien establecía las reglas. ¡Yo soy quien dirige los juegos, hombrecito, y usted es sólo un novato! Le hice rey de este país. Y puse a su alcance todo lo que podía ofrecer. ¡Usted me lo arrebató como si tuviera derecho a ello! ¡Me lo arrebató como si le perteneciera!

Temblaba de furia, los dedos de su mano enguantada se engarfiaban, formando una garra. Ben nunca había sentido tanto terror en su vida. Deseaba desaparecer dentro de sí mismo, esconderse bajo las sábanas. Deseaba hacer algo, *algo* que le permitiera escapar de aquel horrible anciano.

Entonces Meeks se irguió y, de repente, la furia de su rostro fue reemplazada por una fría indiferencia. Apartó la vista.

—Bueno, ahora ya no importa. El juego ha terminado. Ha perdido, señor Holiday.

El sudor resbalaba por la espalda rígida de Ben. ¿Cómo era posible que estuviera ocurriendo aquello? Meeks se había quedado atrapado en su antiguo mundo. Tenía cerrada la entrada a Landover mientras él poseyera el medallón.

—¿Quiere saber cómo llegué hasta aquí, señor Holiday? —preguntó Meeks como si hubiese leído su pensamiento—. En realidad fue sencillo. Dejé que me trajese. —Al ver la expresión de la cara de Ben soltó una carcajada—. Sí, señor Holiday, así es. *Usted* es el responsable de que me encuentre aquí. ¿Qué le parece?

Avanzó hasta situarse junto a la cama. Su rostro arrugado se inclinó para acercarse al suyo. Ben podía percibir su olor.

—Yo provoqué los sueños, señor Holiday. Se los envié a usted, a mi hermanastro y a la sílfide. Yo los envié. ¡No todos mis poderes se perdieron con la destrucción del cristal!

¡Todavía podía llegar a usted, señor Holiday! ¡Cuando estaba dormido! Podía tender un puente entre los dos mundos a través de su subconsciente. Mi estúpido hermanastro olvidó ese detalle cuando lo previno contra mí. El sueño fue la única herramienta que necesité para volver a controlarlo. ¡Qué vivida puede ser la imaginación! ¿Le pareció apremiante el sueño que le envié, señor Holiday? No cabe duda. El propósito del sueño era que me trajese, y lo logró. Sabía que iría si su amigo Bennett lo necesitaba. Sabía que no podría evitarlo. Fue así de sencillo, señor Holiday. La imagen que encontró al final del túnel del tiempo era mágica y me alertó de su vuelta, permitiéndome seguir sus movimientos. Se instaló dentro de usted, y ya no pudo librarse de mí.

El corazón de Ben se contrajo. Debía haber tenido en cuenta la posibilidad de que Meeks usara la magia para seguirle paso a paso. Debía haber sabido que el mago no dejaría nada al azar. Había sido un imbécil.

Meeks sonreía sarcásticamente.

—La segunda imagen fue un truco aún más interesante. Apartó su atención de donde yo estaba en realidad. ¡Oh, sí, estaba allí con usted, señor Holiday! ¡Estaba *detrás* de usted! Mientras se preocupaba por mi imagen, yo me deslicé entre sus ropas, reducido al tamaño de un insecto diminuto. Me quedé sobre usted y dejé que me trajese a Landover. El medallón sólo permitía su paso, señor Holiday; pero, como yo formaba parte de usted, pude pasar.

Estaba escondido en mis ropas, pensó Ben con desesperación, conmigo durante todo el camino de vuelta y no lo noté. Por eso la piedra de runas resplandecía en advertencia. ¡La amenaza estaba allí, pero no podía verla!

—Resulta irónico, ¿verdad, señor Holiday? Usted me ha traído. —La piel de las mejillas y la frente de Meeks estaba atirantada por la amplitud de su sonrisa, y su cara parecía una calavera—. Tenía que regresar, ¿sabe? ¡Tenía que regresar de inmediato a causa de su maldito e insistente entrometimiento! ¿Tiene idea de los problemas que me ha causado? No, desde luego que no. No tiene ni idea. Ni siquiera sabe de qué estoy hablando. ¡No entiende nada! ¡Y, en su ignorancia, casi ha destruido lo que me había costado años crear! ¡Lo ha destrozado todo! ¡Usted y su campaña para convertirse en rey de Landover!

De nuevo montó en cólera, y sólo con gran esfuerzo logró controlarse. A pesar de ello, las palabras salían de su boca como bilis.

—No importa, señor Holiday, no importa. Todo eso no significa nada para usted, así que carece de sentido dar más explicaciones. Ahora tengo los libros, y no me puede hacer daño. Tengo lo que necesito. Su sueño me ha proporcionado dominio sobre usted, el sueño de mi hermanastro me ha proporcionado los libros, y el sueño de la sílfide me proporcionará...

Se interrumpió bruscamente, casi como si hubiera hablado en exceso. En sus ojos pálidos y duros había una inquietud extraña. Parpadeó, haciéndola desaparecer. Hizo un gesto con la mano como para borrar lo dicho.

—Todo. Los sueños me lo darán todo —concluyó.

El medallón, pensaba Ben, lleno de angustia. Si consiguiera poner mis manos sobre el medallón...

Meeks rió incisivamente.

—Sin duda, hay muchas cosas que desearía decirme, ¿verdad, Holiday? Y hacer otras muchas, supongo. —El rostro arrugado se le acercó más. Los ojos duros lo miraban con fijeza—. Bueno, le daré una oportunidad, rey de comedia. Le daré la oportunidad que me negó cuando aplastó el cristal y me expulsó de mi patria.

Uno de los dedos huesudos se dobló ante los asombrados ojos de Ben.

—Pero primero tengo algo que enseñarle. Lo tengo aquí precisamente, colgado del cuello. —Su mano se metió entre las ropas—. Mírelo bien, señor Holiday. ¿Lo ve?

Sacó la mano con lentitud. Entre los dedos había una cadena de la que colgaba el medallón de Ben.

Meeks esbozó una sonrisa de triunfo al ver la desesperación en sus ojos.

—¡Sí, señor Holiday! ¡Sí, rey de comedia! ¡Sí, pobre imbécil! Es su precioso medallón. La llave de Landover. Y ahora me pertenece. —Lo hizo oscilar ante él, permitiendo que girara para reflejar la luz que desprendía la piedra de runas y la llama de la vela. Sus ojos se entrecerraron. ¿Quiere saber cómo conseguí el medallón? Usted me lo dio en un sueño que le produjo, señor Holiday. Se quitó el medallón y me lo entregó. Lo hizo por propia voluntad. Yo no podía quitárselo a la fuerza, pero usted me lo dio.

Meeks parecía un gigante que amenazaba con aplastar a Ben, alto, oscuro, destacándose en las sombras. Su respiración silbaba.

—Creo que ya no puedo decirle nada que no sepa, ¿verdad, señor Holiday?

Hizo un gesto rápido con la mano y las cadenas invisibles que mantenían a Ben paralizado cedieron. Ahora podía hablar y moverse de nuevo. Sin embargo no lo hizo. Se limitó a esperar.

—Búsquelo bajo su camisa de dormir, señor Holiday —le indicó el mago.

Ben obedeció. Sus dedos se cerraron sobre un medallón unido a una cadena. Se lo quitó lentamente. Tenía el mismo tamaño y forma del que había poseído con anterioridad y ahora estaba en poder de Meeks. Pero el grabado de su superficie era distinto. Ya no mostraba al Paladín, Plata Fina y el sol naciente. Ya no era de plata pulida. El nuevo medallón era de un negro mate, sucio, con la figura de Meeks en relieve.

Ben lo contempló horrorizado, lo tocó con incredulidad y lo dejó caer como si le hubiera quemado.

Meeks asintió, lleno de satisfacción.

—Está en mi poder, señor Holiday. Puedo hacer con usted lo que quiera. Es evidente que podría destruirlo sin más complicaciones, pero no lo haré. Sería un final demasiado fácil para quien tantos problemas me ha causado. —Se detuvo un instante y la sonrisa reapareció, dura e irónica—. En vez de eso, señor Holiday, creo que le dejaré en libertad.

Retrocedió varios pasos, esperando. Ben dudó, luego se levantó de la cama mientras su mente se esforzaba en encontrar un camino para salir de aquella pesadilla. No tenía ningún arma a mano. Meeks se interponía entre él y la puerta del dormitorio.

Avanzó un paso.

—Ah, una cosa más. —La voz de Meeks lo detuvo con tanta contundencia como si hubiera colocado ante él un muro de piedra. El rostro duro y viejo era una masa de hondonadas y montañas erosionadas por el tiempo.

—Está libre, pero tendrá que marcharse del castillo. Ahora. Como puede comprender, señor Holiday, ya no pertenece a este lugar. Ya no es el rey. De hecho, ya no es siquiera usted mismo.

Alzó una mano. Se produjo un leve destello de luz y la camisa de dormir de Ben desapareció. Se encontró vestido con ropas de trabajo: unos burdos pantalones de lana y una túnica, capa de lana y botas gastadas. Estaba sucio y olía a animales.

Meeks lo estudió desapasionadamente.

—Una persona sin relieve, uno de tantos, Ben Holiday. Eso es lo que será en adelante. Trabaje con todas sus fuerzas y tal vez logre progresar. En este país hay oportunidades incluso para los que son como usted. No volverá a ser rey, eso es evidente. Pero puede encontrar otra ocupación aceptable. Eso espero. No me gustaría imaginarlo como un menesteroso. Lamentaría que tuviera que soportar penurias. La vida es muy larga, ya sabe.

Su mirada se dirigió de repente a la piedra de runas.

—Por cierto, ya no la necesitará.

Su mano se alzó y la piedra voló hacia ella desde la mesilla de noche. Sus dedos se cerraron y la piedra se convirtió en polvo al tiempo en que se apagaba su luz rojiza.

Volvió a mirar a Ben, con su sonrisa dura y fría dibujada en el rostro.

—¿Dónde estábamos? Ah sí, estábamos hablando de su futuro. Puedo asegurarle que lo controlaré con gran interés. El medallón me mantendrá informado. No intente quitármelo; ni se le ocurra. Una magia especial me protege contra esa estupidez, una magia que le acortaría la vida considerablemente si la desafiara. Y no quiero que muera, señor Holiday, al menos durante mucho tiempo.

Ben contemplaba con incredulidad al mago. ¿Qué clase de juego se traía entre manos? Hizo un cálculo rápido de la distancia que lo separaba de la puerta del dormitorio. Podía moverse y hablar, estaba libre de aquello que lo había paralizado. Debía intentar huir.

Entonces vio que Meeks lo observaba, lo examinaba como un gato a un ratón acorralado, y el miedo cedió ante la furia y la vergüenza.

—Esto no funcionará Meeks —dijo, controlando la voz—. Nadie lo aceptará.

—¿No? —Meeks mantenía la sonrisa—. ¿Y por qué, señor Holiday?

Ben tomó una bocanada de aire y avanzó un par de pasos para calcular bien.

—Porque estas ropas viejas que me ha puesto no engañarán a nadie. Y, con medallón o sin él, yo sigo siendo yo y usted sigue siendo usted.

Meeks arqueó las cejas, en un gesto burlón.

—¿Está seguro, señor Holiday? ¿Seguro de veras?

Ben sintió una punzada de duda en el fondo de su mente, pero evitó que se reflejara en sus ojos. Desvió la vista hacia el gran espejo que reproducía su imagen y

se sintió aliviado al descubrir que, al menos físicamente, seguía siendo la misma persona que siempre había sido.

Pero Meeks parecía tan seguro... ¿Lo habría cambiado de algún modo imperceptible para él?

—Esto no funcionará —repitió, acercándose a la puerta mientras hablaba, tratando de adivinar qué era lo que Meeks sabía y él ignoraba, porque seguramente sería *algo*...

La carcajada de Meeks fue aguda y ácida.

—¿Por qué no comprobamos qué funciona y qué no, señor Holiday?

La mano enguantada describió un semicírculo ascendente, con los dedos abiertos, y en sus puntas estalló un fuego verde. Ben se lanzó hacia delante en una embestida, tropezando con la tétrica figura del mago, rodando a toda velocidad para esquivar el fuego e incorporándose de nuevo. Llegó hasta la puerta cerrada en un impulso y sus dedos asieron el picaporte en el mismo momento en que la magia lo alcanzaba. Trató de gritar, pero no pudo. Las sombras lo envolvieron, lo sofocaron, y no pudo resistirse al sueño que antes se mostró esquivo con él.

Ben Holiday sintió un escalofrío y se sumió en la oscuridad.

INTRUSO

Ben se despertó entre sombras y penumbra, y forzó la vista a través de un remolino de imágenes que se balanceaban como pecios y desechos que las aguas de un océano lanzaran contra la playa. Yacía sobre una especie de colchón, y notaba el contacto de su tapicería de cuero frío y suave en la cara. Lo primero que pensó fue que aún estaba vivo. Después se preguntó por qué.

Parpadeó, esperando que las imágenes dejaran de moverse y adquiriesen una forma definida. El recuerdo de lo ocurrido llegó a él con dolorosa intensidad. Nuevamente sintió rabia, frustración y desesperanza. Meeks había regresado a Landover. Meeks le había cogido por sorpresa. Había convertido en polvo la piedra de runas que Sauce le dio, lo había despojado de sus ropas y había utilizado la magia negra contra él hasta hacerle perder la conciencia y...

¡Oh, Dios mío!

Sus dedos buscaron en la parte delantera de la túnica y sacaron el medallón colgado de la cadena que rodeaba su cuello. Lo palpó en la penumbra, angustiado, mientras la desconfianza crecía dentro de su mente y la certeza de lo que iba a encontrar se abría paso entre sus pensamientos. La superficie grabada del medallón pareció emitir un destello. Durante un momento, creyó ver la conocida figura del Paladín saliendo a caballo de Plata Fina bajo el sol naciente. Luego el Paladín, el castillo y el sol desaparecieron, y sólo quedó la figura de Meeks, negra sobre una superficie deslustrada.

Ben tragó saliva para aliviar la sequedad que sentía en la garganta. Sus peores temores se confirmaban. Meeks le había robado el medallón de los reyes de Landover.

Lo invadió un sentimiento de desesperación, y trató de ponerse de pie. Lo logró al principio, gracias a una pequeña descarga de adrenalina que aumentó sus fuerzas. Permaneció de pie, y el remolino de imágenes se estabilizó lo suficiente para permitirle reconocer algo de su entorno. Se encontraba aún en Plata Fina. Identificó la habitación. Era una sala situada en la parte frontal del castillo, una sala de espera para invitados. Reconoció el banco sobre el que había yacido, tapizado en cuero rojizo y con patas de madera tallada. Supo dónde estaba, pero no por qué, al igual que tampoco sabía por qué estaba aún vivo...

Entonces las fuerzas volvieron a abandonarlo, sus piernas fallaron y volvió a derrumbarse en el banco. La madera crujió y el cuero protestó. Los ruidos alertaron a alguien que esperaba fuera. La puerta se abrió hacia dentro. Unos ojos penetrantes centellearon en un rostro de mono provisto de grandes orejas.

¡Era Juanete!

Entró y lo observó.

Jamás, en toda su vida, Ben se había alegrado tanto por ver a alguien. Habría abrazado al pequeño kobold si hubiera encontrado fuerzas para hacerlo. Tal como estaba, sólo pudo continuar echado, sonriendo estúpidamente y tratando de articular unas frases. Juanete le ayudó a incorporarse en el banco y esperó a que consiguiera hablar.

—Busca a Questor —dijo al fin, y volvió a tragar saliva para aliviar la sequedad del interior de su boca que era como de tiza—. Tráelo. Que nadie se entere de lo que haces.

Y ten cuidado. ¡Meeks está aquí, en el castillo!

Juanete se quedó mirándolo un momento más, con una expresión de perplejidad en el rostro, luego se dio la vuelta y salió de la habitación sin ningún comentario. Ben se tendió otra vez, exhausto. No sabía qué estaba haciendo allí el kobold, ni incluso lo que estaba haciendo él, pero era el toque de buena suerte que necesitaba. Si lograba encontrar pronto a Questor, podría agrupar a la guardia y poner fin a cualquier amenaza que Meeks pudiera representar. Era un mago poderoso, pero no lo suficiente para oponerse a tantos. Ben recuperaría el medallón robado, y Meeks se lamentaría de que se le hubiese ocurrido volver a Landover.

Cerró los ojos un instante para ordenar los recursos internos que le quedaban. Luego los abrió y dejó que recorrieran la habitación. Estaba vacía. La luz que emitían un candelabro de pared y otro colocado sobre una mesa alejaba las sombras. La luz del exterior se filtraba por debajo de la puerta cerrada. Consiguió ponerse en pie, y se quedó con las piernas apoyadas contra el banco. Todavía estaba vestido con las ropas de campesino que Meeks le había puesto. Sus manos parecían negras a causa de la suciedad. *Un truco muy bueno, pensó Ben, pero no ha funcionado. Aún yo soy yo.*

Respiró a fondo varias veces, procurando que su visión se estabilizara, intentando recuperar sus fuerzas. Podía sentir la calidez del castillo que se elevaba del suelo y penetraba a través de sus gastadas botas de trabajo. Podía sentir su vibración vital. Había una urgencia en aquel contacto que producía inquietud. Era como si el castillo percibiera el peligro en que se encontraba.

No te preocupes, todo saldrá bien, le dijo Ben sin palabras.

Oyó unas pisadas que se acercaban y la puerta se abrió. Pertenecían a Questor Thews y a Juanete. El mago vaciló un momento y luego entró. El kobold le siguió, cerrando la puerta tras él.

—¡Questor, gracias a Dios que ha venido! —exclamó Ben. Avanzó, extendiendo las manos como saludo—. Tenemos que actuar con rapidez. Meeks ha vuelto. Está aquí ahora, en alguna parte del castillo. No sé cómo lo ha logrado, pero me robó el medallón. Tenemos que alertar a la guardia y encontrarlo antes...

De repente se interrumpió a media docena de pasos de su amigo. Sus palabras se ahogaron en el silencio. Las manos del mago colgaban inertes en sus costados; no las

extendió para recibir las suyas. El rostro de búho tenía una expresión dura.

Questor Thews miraba a Ben Holiday como si nunca en la vida hubiese visto a su rey.

Ben se puso rígido.

—Questor, ¿qué ocurre?

El mago siguió mirándolo con fijeza.

—¿Quién eres?

—¿Quién soy yo? ¿Qué significa esa pregunta? ¡Soy yo, Ben!

—¿Ben? ¿Te llamas Ben?

—¡Claro que me llamo Ben! ¿Cómo voy a llamarme? Ése es mi nombre, ¿no?

—Al parecer, eso crees *tú*.

—Questor, ¿de qué está hablando? ¡Lo creo porque es así!

Questor Thews frunció el entrecejo. Las arrugas de su frente se hicieron más profundas.

—¿*Tú* Ben Holiday? ¿*Tú* el gran señor de Landover?

Ben lo contempló, asombrado. La incredulidad que revelaba la voz del mago era inequívoca.

—No me reconoce, ¿verdad? —preguntó.

El mago negó con la cabeza.

—No.

Ben sintió una fuerte opresión en la boca del estómago.

—¡Míreme! ¡No me reconoce por las ropas y la suciedad! ¡Míreme, por favor! Es obra de Meeks, me cambió las ropas, me ensució un poco. ¡Pero aún así soy yo!

—¿Y tú eres Ben Holiday?

—¡Claro que lo soy, maldita sea!

Questor le examinó durante un momento, luego respiró profundamente.

—Puede que tú creas que eres Ben Holiday. Puede que te creas el rey de Landover. Pero yo no. Lo sé porque acabo de estar con el rey... y no eras tú. Eres un intruso en este castillo. Un espía y quizás algo peor. Has entrado aquí sin que se te haya invitado, has escuchado conversaciones privadas, has atacado al gran señor en su dormitorio y ahora pretendes suplantarlo. ¡Si la decisión fuese mía, te haría apresar sin demora! Estás libre porque el gran señor ha ordenado que te deje marchar. Te sugiero que lo hagas inmediatamente. ¡Busca consuelo a tu aflicción, cualquiera que sea, y mantente alejado de aquí!

Ben estaba asombrado. No sabía qué hacer. Se oyó a sí mismo diciéndole a Meeks: «Con medallón o sin él, yo sigo siendo yo y usted sigue siendo usted».

Y oyó la respuesta de Meeks: «¿Estás seguro de eso?».

Se volvió hacia Juanete, buscando en los agudos ojos del kobold alguna señal de reconocimiento. No la había. Se precipitó hacia un espejo que colgaba en la pared

junto a la entrada. Observó en la media luz la imagen que se reflejaba en el cristal. ¡Era su cara! ¡Era exactamente la misma de siempre! ¿Por qué no podían verla Questor y Juanete?

—¡Escúchenme! —Se volvió hacia ellos, frenético—. Meeks ha vuelto del viejo mundo, me ha robado el medallón y, de algún modo, me ha disfrazado para que nadie excepto yo pueda reconocerme. ¡Para mí no he cambiado de aspecto, pero sí para ustedes!

Questor cruzó los brazos ante el pecho.

—¿Tu aspecto es diferente para todos excepto para ti mismo?

Sonó tan ridículo que, durante un momento, Ben se quedó cortado.

—Sí —contestó al fin—. Y él se ha transformado para adoptar mi apariencia. Se ha valido de algún truco para robarme la identidad. ¡Yo no lo atacué en su dormitorio! ¡Él me atacó a mí! —Dio un paso al frente, desplazando la mirada de un rostro al otro, sumido en la desesperación—. Él provocó los sueños, ¿no se dan cuenta? Lo planeó todo. ¡No sé por qué, pero así fue! ¡Es parte de su venganza por lo que le hicimos!

En los ojos de Questor había irritación, en los de Juanete indiferencia. Ben sintió que la situación se le escapaba de las manos.

—¡No pueden permitir que lo consiga, maldita sea! ¡No pueden permitir que continúe con esto! —Su mente trabajaba a toda velocidad—. Si yo no fuese quien digo que soy, ¿cómo iba a saber lo que sé? ¿Cómo iba a saber lo de los sueños? Yo soñé con Miles Bennett, usted con los libros de magia desaparecidos y Sauce con el unicornio negro. ¡Por Dios!, ¿dónde está Sauce? ¡Alguien tiene que avisarle! ¡Escuchen, maldita sea! ¿Cómo iba a saber que trajeron los libros anoche y que uno tenía unicornios dibujados? Sé eso, sé lo del medallón, sé... ¡Pregúntenme algo! ¡Por favor, pregúntenme algo! ¡Háganme un examen!

Questor movió la cabeza solemnemente.

—No tengo tiempo para estos juegos, quién quiera que seas. Sabes lo que sabes porque eres un espía y te enteraste de esas cosas espionando. Escuchaste nuestras conversaciones y las adaptaste a tus propósitos. Has olvidado que ya le confesaste todo al gran señor cuando te sorprendió merodeando por su dormitorio. Lo admitiste cuando se te presionó. Tienes suerte de que la guardia no te matara en el momento en que intentaste huir. Tienes suerte de...

—¡Yo no intenté huir! —gritó Ben con furia. Trató de tocar a Questor, pero Juanete se interpuso y lo apartó—. ¡Escúchenme! ¡Soy Ben Holiday! ¡Soy el gran señor de Landover! Yo...

Las puertas se abrieron y aparecieron los guardias, alarmados por las voces. Questor les hizo una seña, y los guardias sujetaron a Ben por los brazos.

—¡No hagáis esto! —gritó—. Dadme una oportunidad...

—¡Ya se te ha dado esa oportunidad! —dijo Questor fríamente—. ¡Tómala y vete!

Ben fue sacado de la habitación a la fuerza, mientras gritaba su identidad y protestaba por lo que le habían hecho. Su mente ardía de rabia y frustración. Vislumbró a lo lejos una figura alta, con ropaje oscuro, que contemplaba la escena. ¡Meeks! Gritó con fuerza, tratando de liberarse. Uno de los guardianes lo golpeó y sintió un dolor agudo. Su cabeza cayó y su voz dejó de oírse. ¡Tenía que hacer algo! ¿Pero qué? ¿Qué?

La figura tétrica desapareció. Questor y Juanete quedaron detrás. Ben fue arrastrado hasta la entrada del castillo y más allá de sus murallas. El puente que había reconstruido al ocupar el trono brillaba con la luz de las antorchas. Lo arrastraron por toda su longitud. Cuando llegó al otro lado, lo arrojaron al suelo.

—Buenas noches, majestad —se burló uno de los guardias.

—Venid a visitarnos pronto —dijo otro.

Se alejaron riéndose.

—La próxima vez nos escuchará —afirmó el primero.

Se quedó tumbado en el suelo durante un momento. La cabeza le daba vueltas. Después, se incorporó lentamente y se volvió para mirar las luces del castillo al otro lado del puente. Contempló las torres y las almenas que emitían su reflejo plateado bajo la luz de las ocho lunas de Landover y escuchó el sonido decreciente de las voces y el ruido sordo de las puertas al cerrarse.

Todo quedó en silencio.

Aún no podía creer lo que le había ocurrido.

—¡Madre! —susurró Sauce, con excitación y anhelo en su voz.

La luz lunar cubrió los grandes bosques de la región de los lagos con una mezcla de colores, su helada brillantez era un faro que combatía a las sombras. Chirivía estaba acampado en algún lugar entre aquellas sombras, esperando con paciencia su regreso. Elderew, la ciudad del Amo del Río, se hallaba lejos, envuelta en silencio mientras sus habitantes dormían. Elderew era la ciudad de donde procedía Sauce, hija del Amo del Río, pero aquella noche no había ido a visitar su ciudad ni a su padre.

Había ido a ver a la ninfa de los bosques que danzaba ante ella cómo una visión salida del mundo de las hadas.

Sauce se arrodilló en un extremo del claro rodeado de pinos añosos y observó como se desplegaba la magia. Su madre giraba y saltaba en la quietud de la noche, ligera y efímera, nacida del aire y movida por el viento. Era un ser pequeño, poco más que una voluta de vida. Iba vestida con una gasa blanca, transparente e ingrávida, y la piel verde pálido de su cuerpo de niña resplandecía bajo la tela. Su cabello plateado, que le llegaba a la cintura, ondeaba y rielaba con cada movimiento que

hacía, como una estela de fuego blanco en la oscuridad nocturna. La música, que sólo ella podía oír, la hacía danzar.

Sauce la contemplaba arrobada. Su madre era un ser libre, tan libre que no podía vivir entre los humanos, ni siquiera entre los habitantes de la región de los lagos que procedían del mundo de las hadas. Había tenido una breve relación con el padre de Sauce, pero hacía mucho tiempo. Se unieron una sola vez. Él casi llegó a enloquecer por la ninfa de los bosques que no podía retener, y entonces ella desapareció. Nunca volvió. Sauce había nacido de esa breve unión, y era un recuerdo constante para su padre de la criatura fantástica a quien siempre quiso tener y nunca tuvo. Su deseo imposible avivó el amor y el odio. Sus sentimientos hacia Sauce habían sido siempre ambivalentes.

Sauce lo comprendía. Era una sílfide, un espíritu elemental, hija del constante duende de las aguas y de la inaprensible ninfa de los bosques. La propensión doméstica de su padre le daba estabilidad, pero también estaba imbuida del ánimo libre de su madre. Era una criatura contradictoria. Un ser amorfo, a la vez de carne y hueso y vegetal. Era humana durante la mayor parte del ciclo lunar y vegetal en la cúspide del ciclo, una sola noche cada veinte días. Ben sufrió un fuerte impacto la primera vez que la vio transformarse. Se convirtió en árbol en aquel mismo claro, alimentándose de la energía que otorgaba su madre a la tierra en que danzaba. Ben quedó impresionado, pero ella era lo que era, y él había llegado a aceptarlo. Llegaría un día en el que incluso la amaría por eso, pensaba Sauce. No ocurría lo mismo con su padre. Su amor estaba condicionado y siempre lo estaría. Todavía se hallaba cautivo del insaciable deseo que su madre provocaba en él. Sauce sólo parecía aumentar el peso de las cadenas que lo ligaban.

Ésa era la razón de que no hubiese acudido a su padre para que le ayudara a comprender el sueño del unicornio negro, prefiriendo a su madre.

Ésta se acercó, girando y moviéndose con una gracia y energía que desafiaban la imaginación. Aunque salvaje y, a su modo, cautiva de sus propios deseos a los que no se podía resistir, su madre la amaba sin condiciones, sin medida. Acudía cuando Sauce la necesitaba, y el vínculo entre ellas era tan fuerte que se comunicaban con el pensamiento. En aquel momento, se hablaban en el silencio de sus mentes, intercambiando imágenes de amor y cariño. El vínculo se fortaleció, formando un entramado que convertía los pensamientos en palabras...

—Madre —susurró Sauce por segunda vez.

Sintió que soñaba. Su madre seguía danzando, y captó en los movimientos frenéticos y armoniosos la visión que la había llevado allí. El unicornio negro apareció de nuevo, una criatura de belleza exquisita y terrible. Se encontraba ante ella en el oscuro bosque de su primer sueño. Su figura esbelta resplandecía débilmente entre la luz lunar y las sombras como si fuese un fantasma. Sauce sacudió la cabeza al

verlo. En un momento era una criatura fantástica, al siguiente un demonio de Abaddon. Su cuerno destelló y sus pezuñas escarbaron en la tierra del bosque. Con la cabeza baja, embistió con un movimiento rápido, luego retrocedió cautelosamente. Parecía atrapado en la indecisión.

¿Qué le sucede?, se preguntó Sauce, sorprendida.

Bajó la vista de repente y halló la respuesta en sus manos. Sostenían una brida de oro trenzado. Era la brida que controlaría al unicornio; lo supo por instinto. La acarició y notó la textura y los hilos suaves en sus dedos. Una extraña corriente de emociones la atravesó. ¡Cuánto poder ofrecía la brida! Sintió que con ella podía hacer suyo al unicornio. Ya no quedaban unicornios, excepto en el mundo de las hadas, adonde ella nunca podría volver. No había ninguno más que aquel, y podría ser suyo si lo deseaba. Sólo tenía que extender la mano...

No. La cautela la invadió de repente. Si tocaba a aquella criatura, aunque sólo fuese un instante, estaría perdida. Lo sabía. Lo había sabido siempre. Tenía que llevar la brida a Ben para que le perteneciese a él...

Entonces el unicornio alzó la cabeza, mostrando su belleza y gracia. Su cara negra tenía una simetría perfecta y su larga crin ondeó como seda en un soplo de viento. Había miedo en sus ojos, un miedo que no estaba relacionado con la sílfide ni la brida de oro, un miedo a algo que sobrepasaba su poder de comprensión. Sauce se quedó paralizada por ese terror. Los ojos del unicornio negro amenazaban con absorberla. El sueño la cercó. Parpadeó para romper el encantamiento y vislumbró algo más que miedo en los ojos de la criatura. Vio una inequívoca demanda de ayuda.

Sus manos se levantaron, casi por voluntad propia, y sostuvieron ante ella la brida como si fuese un talismán.

El unicornio negro resopló, emitiendo un brusco sonido de espanto, y las sombras del bosque parecieron refulgir en respuesta. De pronto, el sueño se desvaneció en humo y el unicornio desapareció. La madre de Sauce danzaba, otra vez sola, en el claro rodeado de pinos. La ninfa de los bosques hizo su pirueta final, como una partícula de luz de luna en un fondo de oscuridad. Después se deslizó en dirección adonde su hija estaba arrodillada.

Sauce se echó hacia atrás sobre sus talones, exhausta, con las fuerzas agotadas por la tensión a que había estado sometida en el sueño.

—Oh, madre —murmuró, y estrechó las pálidas manos verdes—. ¿Qué he visto? —Entonces sonrió dulcemente y las lágrimas salieron de sus ojos y resbalaron por sus mejillas. Pero no tiene sentido que te lo pregunte a ti, ¿verdad? Tú no sabes más que yo de esto. Tú danzas sólo lo que sientes, no lo que sabes.

Los rasgos delicados de la madre cambiaron de un modo apenas perceptible: un descenso de la mirada y una ligera contracción de la boca. Comprendía, pero no podía ayudar. Su baile era una vía hacia el saber, pero no su fuente. La magia

funcionaba así con los seres elementales.

—Madre. —Sauce estrechó aún más las manos pálidas, extrayendo fuerza de su contacto—. Debo saber la razón de los sueños del unicornio y la brida de oro. Debo saber por qué se me muestra algo que me atrae y me asusta a la vez. ¿Qué parte tengo que considerar?

Las pequeñas manos se tensaron y retrocedieron. La madre respondió con un sonido breve, semejante al de un pájaro, que resonó en la noche del bosque.

El cuerpo menudo de Sauce se inclinó hacia su madre y una especie de escalofrío hizo que se estremeciera.

—¿Hay alguien en la región de los lagos que pueda ayudarme a entender? —preguntó con voz suave—. ¿Hay alguien que sepa? —La expresión de su rostro se hizo más apremiante—. Madre, debo ir a verlo. ¡Esta noche!

De nuevo la madre respondió de forma rápida y misteriosa. Se levantó y giró velozmente en el claro y volvió. Sus manos gesticulaban de modo frenético.

Mañana, dijeron. Esta noche no es posible. Tienes ocupación esta noche.

El rostro de Sauce se alzó.

—Sí, madre —susurró, aceptándolo.

Comprendió. Podía desear que fuese de otro modo, y en realidad lo había deseado más de una vez, pero no podía negar el hecho. El ciclo de veinte días tocaba a su fin. Tenía que producirse el cambio. La necesidad era tan acuciante que apenas podía controlarla. Se estremeció de nuevo. Debía apresurarse.

De repente se acordó de Ben y deseó que estuviese allí con ella.

Se levantó y caminó hasta el centro del claro. Sus brazos se elevaron hacia el cielo como para dibujar en la luz coloreada de las lunas. Un resplandor la envolvió y pudo sentir la esencia de su madre que emanaba de la tierra sobre la que había danzado. Comenzó a alimentarse de ella.

—Quédate cerca de mí, madre —le rogó mientras su cuerpo temblaba.

Sus pies se arquearon y dividieron, formando raíces que serpentearon por la tierra oscura hasta penetrar en ella. Sus manos y sus brazos se alargaron para convertirse en ramas, y comenzó la transformación.

En pocos momentos, se completó. Sauce había desaparecido. Ahora era el árbol cuyo nombre llevaba y así permanecería hasta el amanecer.

La madre se aproximó a ella, como el fantasma de una niña que saliera de las sombras. Se quedó sentada e inmóvil durante un rato. Después los brazos pálidos y delgados rodearon el tronco rugoso que albergaba la vida de su hija y lo abrazó con fuerza.

El amanecer estaba cerca. Las lunas de Landover comenzaban a desvanecerse una tras otra, y las sombras de la noche iban cediendo ante la luz dorada que se expandía

lentamente en el horizonte oriental.

Questor Thews estaba recorriendo los salones de Plata Fina. Su figura esquelética, con su túnica gris y las faltriqueras de colores, vagaba inquieta por todas partes como si hubiese perdido a su mejor amigo. Dobló una esquina próxima al vestíbulo de la entrada principal y se topó con Abernathy.

—¿Dando un paseo tan de mañana? —inquirió el amanuense con socarronería.

Questor gruñó y las arrugas de su frente se acentuaron.

—No he logrado conciliar el sueño, y no tengo ni idea de por qué. Hay razones suficientes para estar cansado, el cielo lo sabe.

El rostro peludo de Abernathy no reveló nada de lo que pensaba sobre eso. Se encogió de hombros y dio media vuelta para caminar junto al mago.

—Me he enterado de que han cogido a alguien que se introdujo en el dormitorio del gran señor. Alguien que afirmaba ser el rey.

Questor lanzó otro gruñido.

—Un loco. Tuvo suerte de que lo soltásemos. Lo ordenó el gran señor. «Sacadlo de la isla», dijo. Yo no habría sido tan generoso si hubiera tenido que decidir, te lo aseguro.

Siguieron caminando.

—Es extraño que el gran señor se limitara a expulsarlo —comentó Abernathy, arrugando la nariz—. Por lo general, encuentra mejor empleo para sus enemigos.

—Hummmmm. —Questor pareció no oírlo. Estaba negando con la cabeza algo—. Me resulta curioso que el hombre supiese tanto sobre los sueños. Conocía la existencia de los libros de magia, la visita del gran señor a su viejo mundo, lo referente al unicornio... —Se interrumpió durante un momento—. Parecía saberlo todo. Parecía tan seguro de sí...

Ninguno de los dos habló durante un rato. Questor pasó delante al subir una escalera que conducía a un corredor que daba a los parapetos exteriores de la parte frontal del castillo. Debajo, el puente que conectaba la isla con la tierra firme se extendía sobre el lago neblinoso y vacío. Questor contempló la otra orilla entre la penumbra menguante, recorriendo el borde del agua. El rostro de búho estaba tenso.

—Parece que el intruso se ha ido —dijo al fin.

Abernathy lo miró con curiosidad.

—¿Esperabas otra cosa? —preguntó.

La respuesta a su pregunta no llegó. Questor continuó con la vista fija en la orilla opuesta del lago, sin decir una sola palabra.

DAGA DEMADERA

El nuevo día no encontró a Ben ante las puertas de Plata Fina con la nariz pegada a la madera, como podría haberse esperado. Lo encontró caminando en dirección sur hacia la región de los lagos. Andaba con rapidez y decisión. Cuando el sol se mostró en el extremo oriental del valle, sobre la niebla y las copas de los árboles, ya había recorrido más de nueve kilómetros y estaba dispuesto a recorrer al menos otros dieciocho antes de que el día terminara.

La decisión de irse no había sido fácil. Tardó en tomarla. Se quedó donde lo dejaron, en la oscuridad y el frío, mirando las luces del castillo y preguntándose qué le había golpeado. Estaba tan aturdido que no pudo moverse durante la primera media hora. Sus emociones pasaron del asombro al miedo y de éste a la furia, para comenzar de nuevo el proceso. Era como un mal sueño del que se está seguro de escapar, incluso después de que la oportunidad para hacerlo haya pasado. Repasó en su mente una y otra vez los acontecimientos de la noche, tratando de encontrar alguna explicación racional que los justificara, de descubrir alguna lógica en ellos. No lo consiguió. Todo se desplomaba ante el hecho de que Meeks estuviese dentro y él fuera.

Con un sentimiento de desesperación, al fin tuvo que reconocer que lo ocurrido era real. Había renunciado a una vida y un mundo que le eran familiares y le ofrecían seguridad para ir a Landover, se había arriesgado a perder todo lo que tenía por la posibilidad de encontrar algo mejor. Había encontrado obstáculos continuos, pero logró superarlos. Había conseguido en la realidad lo que la mayoría sólo encuentra en los sueños. Ahora, cuando empezaba a sentirse satisfecho con lo que tenía, cuando parecía que lo peor había pasado, todas las cosas por las que luchó tan duramente le eran arrebatadas, y se enfrentaba a la clara posibilidad de perderlas para siempre.

No era posible. No era justo.

Pero era un hecho, y no había sido un abogado exitoso durante muchos años en su antiguo mundo por eludir la realidad de los hechos. Así que se tragó su desesperación, se sobrepuso al aturdimiento para poder moverse, barrió el miedo y la rabia, y se obligó a abordar la situación. Sus varios repasos a lo que había ocurrido no le proporcionaron tanta información como hubiera deseado. Meeks le tendió una trampa para atraerlo al viejo mundo, y él lo había transportado en su regreso a Landover. Meeks consiguió eso enviándole un sueño falso protagonizado por Miles. Y también había enviado los sueños sobre los libros de magia desaparecidos y del unicornio negro a Questor Thews y a Sauce. ¿Por qué? Tenía que haber una razón. Los sueños se relacionaban de algún modo; estaba seguro de ello. También estaba seguro de que algo había forzado a Meeks a escoger ese momento determinado para volver a Landover. Su diatriba en el dormitorio lo había dejado claro. De algún modo,

Ben había trastornado sus planes, y éstos iban más allá de sus fraudulentas transacciones sobre el trono de Landover o de su exilio. Era algo más, algo mucho más importante para Meeks. Su ira contra Ben había sido avivada por acontecimientos y circunstancias de los que éste aún no tenía noticias. Habían impulsado a Meeks a volver, casi a la desesperada.

Pero Ben no tenía ni idea de qué se trataba.

No sabía la razón por la cual Meeks no lo había matado cuando pudo hacerlo, a pesar de haber existido suficiente provocación. Eso era un misterio. Obviamente, Meeks le odiaba lo bastante para desear que sufriese la situación del paria durante un tiempo; pero ¿no era arriesgado dejarlo vagar libremente por ahí? Tarde o temprano, alguien captaría el engaño y descubriría la verdad. Meeks no podía asumir su identidad ni él permanecer desconocido para todos y para siempre. Tenía que haber algún modo de contrarrestar la magia del vil amuleto que Meeks había usado en su contra, y era probable que lo descubriera. Por otra parte, quizás lo que pudiera conseguir a largo plazo careciera de importancia. Quizás ni siquiera contaba con un largo plazo. Tal vez el juego terminase antes de que llegara a conocer todas sus reglas.

La posibilidad lo aterrorizó. Significaba que tenía que actuar rápidamente si no quería arriesgarse a perder la oportunidad de actuar. Pero ¿qué debía hacer? Volvió a contemplar la oscura silueta del castillo al otro lado del lago y razonó al respecto. Estaba perdiendo el tiempo allí donde era un intruso para todos, incluso para sus mejores amigos. Si no lo reconocían Questor y Juanete, había pocas posibilidades de que cualquier otro habitante de Plata Fina pudiera hacerlo. Meeks era el rey de Landover por el momento; tenía que admitirlo. Le escocía tanto como si le frotaran con arena en una herida, pero no podía hacer nada para evitarlo. Meeks había adquirido su apariencia, engañando a todos, y él era un individuo que se había introducido en el castillo sin ser invitado para causar problemas. Si lo intentaba por segunda vez, podría salir en peores condiciones de las que estaba.

Quizás eso era lo que esperaba Meeks. Quizás estaba aguardándolo. Ben no quería arriesgarse.

Además, había mejores alternativas que elegir. Era cierto que no sabía concretamente qué tramaba Meeks, pero sí cómo provocarle problemas si actuaba con la suficiente rapidez. El mago había enviado tres sueños, y dos de ellos ya habían servido a sus propósitos. Logró regresar a Landover utilizando a Ben, y había usado a Questor para que le proporcionara los libros de magia desaparecidos. *No cometes ningún error*, se dijo Ben. Meeks tenía la posesión de los libros, podía estar tan seguro de eso como de que el sol salía por el este. Así sólo quedaba por cumplir sus objetivos el tercer sueño, el que envió a Sauce sobre el unicornio negro. Meeks también esperaba algo de aquel tercer sueño; en su arrebatado de furia casi lo había

dicho. Esperaba la brida de oro que le daría el control del unicornio negro y suponía que Sauce iba a proporcionársela. Después de todo, ¿por qué no? El sueño la había advertido de que el unicornio era una amenaza para ella, de que la brida era la única cosa que podía protegerla y que debía llevársela a Ben. Eso era exactamente lo que haría cuando la encontrase, excepto porque se la entregaría a Meeks, quien la estaría esperando. Pero si él conseguía encontrar a la sílfide antes de que eso ocurriera, evitaría que sucediese. Tenía que avisar a Sauce, y quizás entre los dos descubrirían por qué el mago necesitaba la brida y el unicornio y frustrarían sus planes.

Tras haber tomado esa decisión, Ben partió en dirección sur. Esto significaba renunciar a sus responsabilidades como rey de Landover y cedérselas a Meeks. Significaba abandonar los problemas del consejo judicial, de los campos de regadío del sur de Waymark, a los siempre inquietos señores del Prado, la recaudación de impuestos y todos los que aún esperaban tener una audiencia con el gran señor de Landover. En los próximos días, Meeks podría actuar en su nombre con absoluta impunidad; o no actuar, si ese era su deseo. Significaba abandonar Plata Fina y dejar a sus amigos Questor, Abernathy y los kobolds. Se sentía traidor y cobarde cuando inició la marcha. Una parte de él le exigía quedarse y luchar. Pero Sauce tenía preferencia. Debía encontrarla y prevenirla. Después de hacerlo, podría dedicar su atención a Meeks, desenmascararlo y enderezar las cosas.

Por desgracia, no sería fácil encontrar a Sauce. Se dirigió a la región de los lagos porque ella había dicho que allí empezaría la búsqueda del unicornio y la brida de oro. Pero había pasado una semana desde que partió y la búsqueda podía haberla conducido a cualquier otra parte. Ben era consciente de que no sería reconocido por nadie y, por tanto, no podía confiar en su posición de rey de Landover para pedir ayuda. Sería ignorado por todos, e incluso era previsible que le impidieran la entrada a la región de los lagos. En ese caso, se vería en dificultades.

Por otra parte, era difícil imaginar una situación peor que la presente.

Caminó todo el día, reconciliándose consigo mismo a medida que transcurría, por la sencilla razón de que estaba haciendo algo positivo y no se había quedado mirando tontamente a su alrededor. Avanzó en dirección sur, dejando atrás las colinas de árboles dispersos que rodeaban su isla y adentrándose en los bosques más densos de los dominios del Amo del Río. Las montañas se convirtieron en praderas y luego se poblaron de vegetación selvática húmeda y llena de sombras. Los lagos comenzaron a salpicar la región, algunos no mayores que estanques cenagosos, otros tan grandes que sus orillas se perdían en la niebla. Las copas de los árboles se entrelazaban, formando una bóveda, y el olor de la humedad lo impregnaba todo. A medida que se acercaba el crepúsculo aumentaba la quietud, que después comenzó a llenarse lentamente de sonidos nocturnos.

Ben encontró un claro junto a un arroyo que nacía en colinas lejanas, y acampó

allí. Carecía de mantas y de comida, de modo que tuvo que contentarse con hojas y ramas de lindoazules y agua de manantial. El menú calmó su hambre, pero no fue muy satisfactorio. Seguía teniendo la impresión de que algo se movía en las sombras, de que algo lo espiaba. ¿Le habrían descubierto los habitantes de la región de los lagos? Pero nadie se mostró. De hecho, estaba solo.

Estar solo erosionaba su confianza. Considerando la situación con objetividad se llegaba a la conclusión de que se hallaba indefenso. Había perdido su castillo, sus caballeros, su identidad, su autoridad, su título y sus amigos. Y, lo peor de todo, había perdido el medallón. Sin el medallón, no contaba con apoyo del Paladín. Sólo podía contar consigo mismo, y eso no era mucho contra los peligros que suponían las gentes de Landover y sus versátiles formas de magia. Había tenido la suerte de sobrevivir a su llegada al reino, a pesar de que entonces contaba con la protección del medallón. ¿Qué iba a hacer ahora sin él?

Fijó la mirada en la oscuridad, encontrando respuestas tan evasivas como las sombras de la noche. Lo que más le angustiaba era el hecho de haber perdido el medallón en beneficio de Meeks. No podía ni imaginar el modo en que había ocurrido. Se aseguraba que nadie podía quitárselo. Por tanto, debía de habérselo cedido voluntariamente. Pero ¿cómo lo había impulsado Meeks a hacer algo tan estúpido?

Aún continuaba cavilando sobre el giro de acontecimientos que lo había conducido a tan triste situación, cuando vio al gato.

Estaba sentado al borde del claro, a unos cuatro metros, y le miraba. Ben no tenía ni idea de cuánto tiempo debía de llevar allí. No lo había visto hasta ese momento, pero la completa inmovilidad del gato indicaba que no acababa de llegar. Sus ojos de color esmeralda resplandecían bajo la luz lunar. Su pelaje era de un gris perlado, excepto las patas, la cara y la cola, que eran negras. Tenía una apariencia estilizada y elegante, que contrastaba con la selvaticidad del bosque, donde se hallaba fuera de lugar. Daba la impresión de un animal doméstico perdido.

—Hola, gato —dijo Ben, sonriéndole.

—Hola —contestó el gato.

Ben se quedó asombrado, seguro de que sus oídos le habían gastado una broma. ¿Cómo iba a hablar el gato? Se enderezó.

—¿Has dicho algo? —preguntó con cautela.

Los ojos brillantes del gato parpadearon y volvieron a fijarse en él, pero el animal no dijo nada. Ben esperó unos momentos, luego volvió a recostarse, apoyándose en los codos. Después de todo, no era tan sorprendente que el gato hubiese hablado, se dijo. También el dragón Strabo hablaba; y, si un dragón hablaba, ¿por qué no un gato?

—Es una lástima que no me contestes —murmuró, pensando que sería bueno

compartir sus desgracias con alguien.

La noche llegó acompañada de frío y le hizo tiritar bajo sus burdas ropas de trabajo. Deseó tener una manta o una hoguera para protegerse de la frialdad y la humedad; o mejor, hallarse en su cama del castillo.

Volvió a mirar al gato. Continuaba inmóvil, sentado, contemplándolo. Ben frunció el entrecejo. La fija mirada del gato era un poco inquietante. ¿Qué hacía allí solo en medio de un bosque? ¿No tenía hogar? Los ojos de color esmeralda emitieron un destello muy brillante. Eran agudos e insistentes. Ben apartó la vista, dirigiéndola hacia los árboles sombríos. Se preguntó otra vez cómo podría encontrar a Sauce. Necesitaba la ayuda del Amo del Río y no tenía la menor idea de qué hacer para convencerlo de su verdadera identidad. Sus dedos rozaron el medallón deslustrado que le colgaba del cuello y siguieron el contorno de la silueta de Meeks. Aquel medallón no le serviría de nada.

—Quizás la magia del Amo del Río le ayude a reconocerme —pensó en voz alta.

—Yo no contaría con eso, si fuera vos —dijo alguien.

Se sobresaltó y sus ojos se dirigieron al lugar de donde procedía la voz. Allí sólo estaba el gato.

Ben parpadeó.

—¿Te he oído esta vez? —le espetó, lo bastante irritado para no percatarse de la estupidez de su pregunta—. *Puedes hablar, ¿verdad?*

El gato entornó los párpados y dijo:

—Puedo hacerlo cuando me place.

Ben se esforzó por recobrar la serenidad.

—Ya veo. Bueno, al menos podrías tener la cortesía de informar de este hecho en vez de jugar con la gente.

—La cortesía no tiene nada que ver con el asunto, gran señor Ben Holiday. Jugar es la norma de vida de los gatos. Importunamos, nos burlamos, y hacemos exactamente lo que nos place, no lo que los otros quieren que hagamos. El juego es una parte integral de nuestra personalidad. Aquellos que quieran relacionarse con nosotros, deben aceptarlo. Tienen que comprender que la participación en los juegos es necesaria si desean comunicación a cualquier nivel.

Ben contempló al gato.

—¿Cómo sabes quién soy? —le preguntó al fin.

—¿Quién más podría ser aparte de quien es? —repreguntó el gato.

Ben dedicó un minuto a pensarlo.

—Bueno, en realidad nadie —dijo al fin—. Pero ¿cómo puedes reconocerme si los demás no lo logran? ¿No te parezco otra persona?

El gato levantó una de sus delicadas patas y comenzó a lamerla con cuidado.

—Vuestro aspecto tiene poca importancia para mí —dijo el gato—. Las

apariencias engañan, y muchos no son lo que parecen. Yo nunca confío en eso. Los gatos pueden cambiar a placer. Son maestros en el engaño y los maestros en ese arte no pueden ser engañados por cualquiera. Veo en vos quien es, no quien aparenta ser. No tengo ni idea de si el aspecto que muestra en este momento es realmente el suyo.

—No lo es.

—Bueno, si lo decís debe de ser cierto. De todas formas, sé que estoy hablando con Ben Holiday, gran señor de Landover.

Ben guardó silencio unos instantes, tratando de deducir quién era su interlocutor, preguntándose de dónde demonios había salido aquella criatura.

—¿Así que sabes quién soy a pesar de la magia que me disfraza? —concluyó—. ¿La magia no te confunde?

El gato lo estudió un momento, luego cabeceó con expresión reflexiva.

—La magia tampoco os confundiría a vos, si no se lo permitieseis.

Ben frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mucho y poco. El engaño es, sobre todo, un juego que jugamos con nosotros mismos.

La conversación se estaba haciendo un poco ambigua. Ben se reclinó, revelando cansancio.

—¿Quién eres en verdad, señor gato? —preguntó.

El gato se levantó y avanzó unos pasos, luego se sentó otra vez, comedido y elegante.

—Soy una gran cantidad de cosas, gran señor. Soy lo que ve y lo que no ve. Soy real e imaginario. Pertenezco a la vida que conoce y a los sueños de vida que aún no ha disfrutado. En realidad soy una rareza.

—Muy ingenioso —gruñó Ben—. ¿No podrías ser un poco más preciso?

El gato pestañeó.

—Pues sí. Mirad esto.

De repente el gato resplandeció en la oscuridad, fulgurando como si fuese radiactivo, y el cuerpo elegante pareció alterar su forma. Ben entornó los ojos hasta cerrarlos, luego los volvió a abrir. El gato había crecido. Era cuatro veces mayor que antes, y ya no era del todo gato. Había adquirido un rostro casi humano bajo las orejas, bigotes, nariz y pelaje de gato, y sus zarpas se habían convertido en dedos. Movi6 la cola en espera de su reacción.

A Ben se le ocurrieron media docena de preguntas, pero renunció a formularlas.

—Tú debes de ser una criatura del mundo de las hadas —dijo al fin.

El gato esbozó una sonrisa, una sonrisa casi humana.

—¡Exactamente! ¡Muy bien deducido, gran señor!

—Muchas gracias. ¿Te importaría mucho decirme qué clase de criatura fantástica

eres?

—¿Qué clase? Bueno, un... hummmm. Soy un prismagato.

—¿Y eso qué es?

La sonrisa desapareció.

—Oh, no creo que pueda explicarlo, aunque quisiera hacerlo, que no es el caso. De cualquier modo, no os serviría de nada saberlo, gran señor. No lo entenderíais siendo humano. Os diré que pertenezco a una clase de gatos muy antigua y muy rara. Soy uno de los pocos que quedamos aún. Siempre hemos sido una casta selecta y no propagamos la especie al igual que los animales comunes. Así ocurre con las criaturas del mundo de las hadas; ya os lo habrán explicado, ¿verdad? Bueno, pues así es. Los prismagatos somos extraños. Debemos exhibirnos poco para llevar a cabo nuestros propósitos.

—¿Y cuáles son los propósitos que intentas llevar a cabo aquí? —preguntó Ben, tratando de encontrar un poco de sentido a toda aquella verborrea.

El gato movió la cola.

—Eso depende.

—¿Depende de qué?

—De vos. De vuestra... intrínseca autoestimación.

Ben contempló al gato sin decir nada. Ya tenía las cosas demasiado complicadas para esforzarse en seguir aquella conversación. Había sido asaltado en su propia casa y expulsado de ella como un intruso. Había perdido su identidad. Había perdido a sus amigos. Tenía frío y hambre. Sentía que cualquier grado de autoestimación que hubiese poseído estaba reducido a cero en aquel momento.

El gato se movió un poco.

—Estoy tratando de decidir si seré o no vuestro compañero durante un tiempo —anunció.

Ben esbozó una leve sonrisa.

—¿Mi compañero?

—Sí. Sin duda lo necesita. No os véis a vos mismo como sois en realidad. Y, aparentemente, los demás tampoco, excepto yo. Eso me intriga. Puede que decida acompañaros el tiempo necesario para ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

Ben no podía creerlo.

—Bueno, voy a decirte algo. Eres diferente a todo... a los gatos, a los humanos, a las hadas y a cualquier otra clase de ser. Pero quizás sea mejor que lo pienses dos veces antes de unirte a mí. Tal vez te metas en algo que te sea imposible manejar.

—Oh, lo dudo —contestó el gato—. No suelo encontrar nada verdaderamente difícil en los últimos tiempos.

—¿De veras? —La paciencia de Ben empezaba a agotarse. ¡Aquel gato era insufrible! Se inclinó más cerca de él—. Bueno, a ver que te parece esto, señor gato.

Hay un mago llamado Meeks que me ha robado la identidad, el trono y la clase de vida que me corresponde, enviándome al exilio en mi propio país. ¿Me creerás si te digo que pretendo recuperar todo eso, pero que para hacerlo necesito encontrar a una sílfide que a su vez está buscando un unicornio negro? ¿Y si te digo que hay muchas probabilidades de que yo, y cualquiera que sea lo bastante insensato como para prestarme ayuda en este intento, seamos eliminados del modo más desagradable si nos descubren?

El gato no dijo nada. Se limitó a quedarse sentado en actitud reflexiva. Ben volvió a retrepase, a la vez satisfecho y disgustado consigo mismo. Estaba contento de haber puesto las cartas sobre la mesa para que el gato viera cómo estaba la situación. Pero también preocupado por haber destruido la única oportunidad de obtener ayuda. *No se puede andar por caminos opuestos*, se amonestó.

Pero el gato no parecía afectado.

—Los gatos no se desaniman con facilidad cuando han tomado una decisión. Los gatos tienen unas normas especiales de comportamiento y no se les puede persuadir ni amedrentar. No entiendo por qué intentáis esas tácticas conmigo, gran señor.

Ben suspiró.

—Sólo pensé que debías saber cómo están las cosas.

El gato se levantó y arqueó el lomo.

—Sé perfectamente cómo están las cosas. Sois vos quien está engañado. Pero los engaños se desvanecen en el momento en que se descubren como tales. Tenéis eso en común con el unicornio negro, creo.

De nuevo, Ben se sorprendió. Frunció el entrecejo.

—¿Sabes algo del unicornio negro? ¿Existe de veras esa criatura?

El gato parecía disgustado.

—Lo estáis buscando, ¿verdad?

—En realidad, busco a la sílfide más que al unicornio —respondió Ben apresuradamente—. Ella soñó con esa criatura y una brida de oro trenzado para sujetarla; partió en busca de ambas. —Dudó un momento, y continuó la narración—. El sueño del unicornio fue enviado por el mago. También envió otros dos, a mí y a Questor, otro mago, su hermanastro. Creo que, en cierto modo, todos los sueños están relacionados. Temo que Sauce, la sílfide, se encuentre en peligro. Si logro reunirme con ella antes de que el mago Meeks...

—De acuerdo, de acuerdo —lo interrumpió el gato sin mucha delicadeza. Había una expresión de aburrimiento en su cara—. Creo que será mejor que os acompañe. No se puede bromear con los magos ni con los unicornios negros.

—Está bien —admitió Holiday—. Pero no parece estar mejor preparado que yo para hacer frente a lo que sea preciso. Además, este no es tu problema, es el mío. No creo que me vaya a sentir más cómodo arriesgando tu vida además de la mía.

El gato estornudó.

—¡Qué demostración de nobleza!

A Ben le pareció captar una pizca de sarcasmo, pero la cara del gato no lo reveló. Describió un círculo y se sentó otra vez.

—¿Qué gato no está mejor preparado que un humano para hacer lo que sea preciso? Además, ¿por qué os empeñáis en seguir considerándome un simple gato?

Ben se encogió de hombros.

—¿Eres algo más?

El animal mantuvo los ojos puestos en él durante un rato, luego comenzó a asearse. Lamió y alisó su pelaje a su entera satisfacción. Mientras tanto, Ben permaneció sentado, observándolo. Cuando el gato quedó al fin satisfecho, le devolvió su atención.

—No me escucháis, gran señor. No es de extrañar que os hayáis perdido a vos mismo ni que os convirtierais en alguien que no deseabais ser. No es de extrañar que nadie, excepto yo, pueda reconocerlos. Empiezo a preguntarme si sois digno de que os dedique mi tiempo.

Ben enrojeció ante el reproche, pero no dijo nada. El gato parpadeó.

—Hace frío aquí en el bosque. El aire está helado. Yo prefiero una casa con chimenea encendida. ¿Os gustaría contar con una hoguera, gran señor?

Ben asintió.

—Me encantaría, pero no tengo los medios precisos para encenderla.

El gato se levantó y se estiró.

—Exactamente. Pero yo sí. Mirad.

El gato comenzó a resplandecer, al igual que la vez anterior; y, bajo el resplandor, su forma se alteró. Entonces, de repente, se produjo un destello cristalino y la criatura de carne y hueso que antes era desapareció para ser reemplazada por algo que parecía una gran figura de vidrio. La figura aún conservaba el aspecto de un gato con facciones humanas, pero se movía como si fuese líquida. Los ojos color esmeralda se destacaban del cuerpo transparente donde la luz lunar se reflejaba y refractaba en las superficies espejadas que oscilaban como minúsculas placas de vidrio colgadas de un hilo. Luego la luz pareció concentrarse en los ojos y fue despedida hacia fuera como un láser. Incidió en un montón de madera situado a unos cuatro metros y lo convirtió al instante en una hoguera con llamas altas.

Ben se protegió su vista, haciendo pantalla con la mano; luego observó que éstas disminuían a un tamaño razonable. Los ojos esmeralda se apagaron. El gato volvió a sentarse sobre las patas traseras y contempló a Ben con gesto solemne.

—¿Recordáis lo que le dije que era? —preguntó.

—Un prismagato —respondió Ben en seguida, recordándolo.

—Muy bien. Puedo captar la luz de cualquier procedencia, incluso de una fuente

tan distante como las de las ocho lunas. Después puedo transformar esa luz en energía. Física elemental, nada más que eso. En todo caso, tengo habilidades mucho más desarrolladas que las vuestras. Sólo habéis visto una pequeña demostración.

Ben asintió lentamente, sintiéndose un poco incómodo.

—Acepto tu palabra.

El gato se acercó un poco más al fuego y se sentó otra vez. Los sonidos de la noche se habían silenciado. En el aire se captaba una repentina tensión.

—He estado en lugares con los que otros sólo han soñado y visto las cosas que se ocultan allí. Sé muchos secretos. —La voz del gato se convirtió en un susurro—. Acercaos al fuego, gran señor Ben Holiday. Sentid su calidez. —Ben lo hizo, mientras el gato le observaba. Los ojos esmeralda parecían refulgir de nuevo—. Sé de los magos y los libros de magia desaparecidos. Sé de los unicornios negros y blancos, algunos perdidos, otros encontrados. Incluso sé de los engaños que hacen que algunos seres parezcan lo que no son. —Ben trató de interrumpirlo, pero el gato emitió un siseo de advertencia—. ¡No, gran señor, escuchadme! No estoy dispuesto a conversar tan abiertamente en muchas ocasiones, así que sería bueno para vos dejarme terminar. Son pocas las veces que los gatos decimos algo, pero siempre sabemos mucho. Así es en este caso. Sé muchas cosas que están ocultas para vos. Parte de lo que sé puede ser útil, parte no. Todo es cuestión de seleccionar. Pero seleccionar requiere tiempo, y el tiempo requiere un compromiso. Pocas veces me comprometo con algo. Pero vos, como dije, me intrigáis. Estoy considerando hacer una excepción. ¿Qué os parece?

Ben no estaba seguro de qué le parecía. ¿Cómo podía aquel gato tener conocimientos sobre unicornios negros y blancos? ¿Cómo podía tener conocimientos sobre los libros de magia desaparecidos? ¿Hasta qué punto hablaba en general y hasta qué punto se refería a su caso concreto? Deseaba preguntárselo, pero estaba tan seguro como que era de noche de que el gato no iba a responder. Sintió que todas sus preguntas se fundían en su garganta.

—Entonces, ¿vendrás conmigo? —preguntó al fin.

El gato pestañeó.

—Estoy pensándolo.

Ben asintió.

—¿Cómo te llamas?

El gato pestañeó una vez más.

—Tengo muchos nombres, tantos como cosas soy. El nombre que más me gusta ahora es Daga Demadera. Pero podéis llamarme Daga.

—Encantado de haberte conocido, Daga —dijo Ben.

—Ya veremos —respondió Daga Demadera, sin comprometerse. Se volvió, aproximándose un poco más al fuego—. La noche me cansa. Prefiero el día. Creo que voy a dormirme. —Dio varias vueltas sobre sí mismo y se tendió sobre la hierba,

enrollándose como una bola de piel. Se produjo un resplandor instantáneo que lo envolvió, confiriéndole de nuevo el aspecto de un gato normal—. Buenas noches, gran señor.

—Buenas noches —contestó Ben mecánicamente.

Aún estaba tenso por las emociones que Daga había despertado en él, tratando de averiguar hasta dónde llegaban los conocimientos de la criatura y qué parte de su charla se limitaba a generalidades. El fuego crepitaba y crujía en la oscuridad, y se acercó a él en busca de calor. En cualquier caso, Daga Demadera podía ser útil, razonó, y extendió las manos hacia las llamas. Si aquella extraña criatura no fuese tan veleidosa...

Y de repente pensó en una posibilidad inesperada.

—Daga, ¿viniste a mi encuentro? —preguntó.

—¡Ah! —susurró el gato en respuesta.

—Dime. ¿Viniste a buscarme deliberadamente?

Esperó, pero Daga Demadera no dijo nada más. La quietud de unos momentos antes empezó a llenarse de los ruidos nocturnos. La tensión de Ben se disolvió. Las llamas lamían la leña y espantaban a las sombras del bosque. Contempló al gato que dormía y experimentó una extraña sensación de serenidad. Ya no se sentía tan solo.

Tomó una gran bocanada de aire y suspiró. ¿No estaba ya solo? ¿A quién intentaba engañar?

Todavía se esforzaba por encontrar una respuesta cuando se quedó dormido.

DUENDE SANADOR

Ben Holiday se despertó al amanecer y no pudo explicarse dónde estaba. Su desorientación era tan absoluta que durante un rato no recordó nada de los acontecimientos de las últimas treinta y seis horas. Se hallaba tumbado sobre la hierba húmeda de rocío y se preguntó por qué no estaba en su cama en Plata Fina. Miró su cuerpo y se preguntó por qué vestía aquellas desastrosas ropas. Contempló los árboles envueltos en niebla y se preguntó qué demonios había pasado.

Entonces divisó a Daga Demadera sobre un tronco caído, insolente y elegante, pavoneándose estudiadamente mientras se lamía, ignorando con deliberación a su compañero humano. Entonces le llegó una avalancha de recuerdos desagradables que le aclaró su situación, y deseó haber continuado en la ignorancia.

Se levantó, se sacudió el polvo, bebió un poco de agua y comió un tallo de lindoazul. El sabor era dulce y agradable, pero su deseo de algo más sustancioso no quedó satisfecho. Miró una o dos veces hacia donde estaba Daga, pero el gato siguió con su tarea y no se dio por enterado. Era obvio que tenía una escala de preferencias.

Cuando al fin terminó, se levantó, se estiró y dijo:

—He decidido acompañaros.

Ben reprimió las palabras que subían a su garganta y se limitó a asentir.

—Durante un tiempo, al menos —añadió Daga para dejar claras las cosas.

Ben asintió por segunda vez.

—¿Sabes adónde proyecto ir? —preguntó.

Daga le dirigió una de sus peculiares miradas que parecían decir «¿es que sois idiota?» y contestó:

—¿Por qué? ¿No lo sabéis vos?

Dejaron el campamento y caminaron en silencio durante las primeras horas de la mañana. El cielo estaba grisáceo y opresivo. Sobre las copas de los árboles se elevaba poco a poco un sol envuelto en nubes, y su luz difusa y neblinosa tenía la suficiente intensidad para formar pequeñas manchas plateadas que perseguían a las sombras y salpicaban el sendero como pasaderas que cruzaran un estanque. Ben abría la marcha, Daga lo seguía uno o dos metros detrás. En el bosque no había sonidos que los acompañasen. Los árboles parecían carecer de vida.

A media mañana llegaron al Irrylyn y siguieron la orilla sur a lo largo de una estrecha vereda que serpenteaba entre los árboles y la madera seca. Al igual que los bosques que lo rodeaban, el lago parecía estar muerto. Sobre sus aguas colgaban nubes bajas, y no soplaba la menor ráfaga de viento. La mente de Ben divagaba. Se descubrió reviviendo su primer encuentro con Sauce. Había ido a la región de los lagos en busca del apoyo del Amo del Río cuando se esforzaba en reclamar el trono de Landover. Coincidieron al bañarse a media noche en las aguas templadas de aquel

lago. Nunca había visto nada tan bello como la sílfide. Ella le había devuelto sentimientos que creía perdidos e imposibles para él.

Sacudió la cabeza. El recuerdo le dejó una extraña tristeza, como si hubiese recibido la advertencia de que jamás volvería a verla. Miró hacia la superficie gris y plana del Irrylyn y trató de recuperar el tiempo pasado, pero sólo encontró fantasmas jugando en la niebla.

Se apartaron del lago al llegar a su extremo meridional y volvieron a adentrarse en el bosque. Estaba empezando a llover. Las pequeñas manchas de luz plateada desaparecieron y todo se ensombreció. El bosque cambió de aspecto notable y repentinamente. Los árboles se tornaron nudosos y húmedos, monstruosos centinelas de un mundo surreal de espectros imaginarios que se deslizaban como volutas de humo entre la niebla que lo envolvía todo. Los sonidos regresaron, pero eran más inquietantes que tranquilizadores, retazos de vida que salpicaban la penumbra con indicios de lo que estaba escondido. Ben acortó el paso, parpadeando, secándose el agua de la cara. Había viajado por la región de los lagos en varias ocasiones desde su primer encuentro con Sauce, pero siempre en compañía de la sílfide o de Questor Thews, y algún habitante de la zona había salido a recibirlos. Le había sido fácil encontrar el camino hasta el Irrylyn, pero no sabía continuar. Si deseaba reunirse con el Amo del Río y su gente, necesitaría que alguien le ayudara; y tal vez no lo consiguiera. Los habitantes de la región de los lagos residían en Elderew, la capital, escondida en algún lugar de aquellos bosques. Nadie podía encontrar Elderew sin ayuda. El Amo del Río tenía la potestad de llevarte allí o dejarte fuera. La elección era suya.

Avanzó un poco más, vio que el camino desaparecía ante él, y se detuvo. No había indicación que condujera a otro. No había ninguna señal orientativa. Los bosques que lo rodeaban formaban una tétrica muralla de humedad y penumbra.

—¿Tenéis algún problema?

Daga Demadera apareció a su lado y se sentó remilgadamente, retrocediendo cuando la lluvia lo tocaba. Ben se había olvidado del gato.

—No estoy seguro de qué dirección tengo que tomar —admitió de mala gana.

—¡Ah! —Daga le miró, y Ben habría jurado que se encogió de hombros—. Bueno, sugiero que confiemos en nuestro instinto.

El gato se levantó y comenzó a andar con sigilo, desplazándose un poco hacia la izquierda. Ben lo contempló durante un momento, después lo siguió. ¿Quién podía saberlo? Quizás era correcto confiar en los instintos del gato. No podían ser peores que los suyos.

Caminaban con lentitud y dificultad, deslizándose entre los enormes árboles, agachándose para que las ramas bajas que se arqueaban a causa del peso del musgo no los rozaran, pasando por encima de troncos caídos en estado de putrefacción y

esquivando los charcos de fango negro. La lluvia arreció y Ben sintió sus ropas más húmedas y pesadas. El bosque y la niebla aumentaron su densidad y lo envolvieron como una capa. Todo lo que estaba a más de tres metros desapareció. Oyó a seres que se movían en las proximidades, pero no vio nada. Daga seguía caminando sin cambiar de ritmo, ajeno a todo en apariencia.

De repente, una sombra se destacó de la penumbra y los detuvo. Era un duende del bosque, delgado pero fuerte, pequeño como un niño, con amarillenta piel granulosa y abundante cabello oscuro, que le crecía como una crin por el cuello y los brazos. Vestido con una indescriptible ropa color de tierra, parecía tan parte del bosque como los propios árboles y, de haberlo deseado, podría haber desaparecido con la misma rapidez que apareció. No dijo nada tras mirar primero a Ben y después a Daga. Dudó un momento ante la presencia del gato, dio la impresión de sentirse indeciso y después hizo un gesto para que lo siguieran.

Ben suspiró. Ya tenían quien les facilitara el camino.

Continuaron andando en silencio, por una vereda estrecha que serpenteaba por una gran llanura llena de ciénagas. La niebla giraba sobre la quieta superficie de las aguas. Las nubes eran de un gris impenetrable. La lluvia no cesaba de caer. Había figuras que pasaban velozmente o se deslizaban como fantasmas a través de la penumbra, algunas con rostros casi humanos, otras con la apariencia de los seres del bosque. Había ojos que parpadeaban, observaban y se iban: duendes, ninfas, nereidas, náyades, hadas; elementales de todas clases. Los mundos fantásticos de docenas de cuentos infantiles adquirieron vida de repente, en una imposible mezcla de ensueño y verdad. Como siempre, aquello llenó a Ben de sorpresa, y de un poco de miedo.

La ruta que recorrían no le resultaba familiar. Era como si cada vez que se dirigía a Elderew, el Amo del Río eligiese para él un camino diferente. En alguna ocasión se había visto obligado a atravesar por sitios donde el agua le llegaba a la cintura; en otra, a bordear tierras cenagosas que succionaban ansiosamente sus botas. Pero, fuera cual fuese el camino, los pantanos siempre se hallaban cerca, y sabía que apartarse de la senda tendría como consecuencia una muerte rápida. Siempre le preocupaba la posibilidad de no saber cómo regresar, en el caso de que llegara a Elderew. Eso significaba quedarse atrapado allí, si el Amo del Río así lo decidiera. Era algo que no había tomado en consideración anteriormente. Entonces era el rey de Landover y poseía el poder del medallón. Pero las circunstancias habían cambiado. Ahora era un desconocido. El Amo del Río podía actuar a su placer con un intruso.

Estaba aún considerando esa disyuntiva cuando entraron en una gran arboleda de cipreses, apartaron las cortinas de musgos colgantes, sortearon enormes raíces nudosas y salieron al fin del cenagal. Las botas de Ben encontraron tierra más firme, e iniciaron el suave ascenso de una colina baja. La niebla y la penumbra se aclararon, los cipreses dieron paso a los robles y a los olmos, los olores fétidos se disiparon, y el

agradable aroma de los bosques abiertos llenó el aire de la mañana. Los colores reaparecieron cuando las flores empapadas de lluvia se mostraron, formando guirnaldas a los lados del camino. Ben sintió un toque de alivio. Ahora se hallaba en un lugar conocido. Aceleró el paso, ansioso por terminar el viaje.

Cuando culminaron la colina, los árboles se distanciaron y pudieron contemplar Elderew. Allí estaba la ciudad de la región de los lagos. En primer término se encontraba el gran anfiteatro al aire libre donde el pueblo celebraba sus fiestas, gris y vacío a causa del aguacero. Árboles enormes formaban los muros, sus ramas más bajas servían de soporte a troncos serrados, constituyendo los asientos de las gradas que circundaban un ruedo de hierba y flores silvestres. Las ramas altas se entrelazaban para crear un techo frondoso, desde donde el agua de la lluvia caía en un goteo continuo. Más allá, árboles que doblaban en altura a las secoyas de California, se asomaban por encima del anfiteatro, contrastando con el horizonte nublado, y acogían en sus ramas a la ciudad propiamente dicha: un conjunto de hogares y tiendas conectadas por una intrincada red de senderos y escaleras que se extendían desde la tierra del bosque hasta la copa de los árboles.

Ben se detuvo, miró y pestañeó para librarse del agua que resbalaba por su frente y se le metía en los ojos. Se dio cuenta de repente de que estaba boquiabierto como un muchacho del campo que visita la ciudad por primera vez. Eso le recordó que ahora era un intruso en aquella tierra, a pesar de haber vivido en ella más de un año, a pesar de ser su rey. Aquello bosquejaba con trazos precisos la precariedad de su situación. Había perdido incluso el escaso prestigio de que había disfrutado. Era un extranjero sin amigos ni medios, casi dependiente de la caridad de otros.

El Amo del Río salió de una pequeña arboleda próxima a él, flanqueado por media docena de guardias. Alto y delgado, con su extraña piel escamosa provista de reflejos plateados, vestido de verde y cubierto con una capa del mismo color, el señor de la región de los lagos avanzó con decisión. Su rostro duro y cincelado no evidenciaba demasiada propensión a la caridad. Su porte, por lo general sereno y despreocupado, parecía brusco. Dijo algo al guía en un dialecto desconocido para Ben, pero el tono no daba lugar a dudas. El guía se retiró rápidamente, con su pequeño cuerpo rígido, apartando los ojos.

El Amo del Río se detuvo ante Ben. La diadema de plata que rodeaba su frente producía destellos opacos con el agua de lluvia cada vez que levantaba la cabeza. Unas bandas de áspero pelo negro ondeaban a lo largo de su nuca y antebrazos. No iban a haber salutations preliminares.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ben había previsto un cierto grado de desconfianza, pero no algo como aquello. Esperaba que el Amo del Río no lo reconociese, y era evidente que así había sido. Pero eso no justificaba aquel comportamiento deliberadamente hostil. Estaba rodeado

de guardias armados. Los miembros de su familia, que siempre le acompañaban cuando recibía a los visitantes, se hallaban ausentes. No había esperado a que Ben llegase al anfiteatro, el lugar tradicional de recepción. Y su voz reflejaba indisimulado enojo y suspicacia. Algo andaba mal.

Ben aspiró con fuerza el aire.

—Amo del Río, soy yo, Ben Holiday —anunció, y esperó. No hubo el menor indicio de reconocimiento en los ojos del otro. Dio unos pasos adelante—. Sé que mi apariencia ha cambiado, pero se debe a algo que me han hecho. La magia ha operado la transformación. El mago que servía al hijo del viejo rey, el que abandonó Landover, que en mi mundo se llamaba Meeks, ha vuelto y me ha robado la identidad y el trono. Es una larga historia. Necesito su ayuda, eso es lo importante. Tengo que encontrar a Sauce.

El Amo del Río lo observó con atención, obviamente sorprendido.

—¿Ben Holiday?

Ben asintió.

—Sí, aunque no lo parezca. Se lo intentaré explicar. Al volver de...

—¡No! —le cortó el Amo del Río con un irritado giro de la mano—. Sólo quiero oír una explicación, quienquiera que seas. Quiero saber por qué has traído al gato.

Ahora fue Ben el sorprendido. La lluvia le caía sin cesar sobre la cara, y parpadeó para apartarla de sus ojos.

—¿El gato?

—¡Sí, el gato! El prismagato, la criatura que está sentada ahí. ¿Por qué la has traído?

El Amo del Río era un duende de las aguas y tenía agallas debajo de la barbilla a ambos lados de la garganta. En aquel momento estaba tan agitado que las agallas se dilataban y contraían sin intervención de su voluntad.

Ben miró a Daga, que se hallaba a una docena de pasos y se lamía las zarpas con total desinterés por la conversación.

—No comprendo —contestó al fin, volviendo los ojos hacia el Amo del Río—. ¿Qué problema hay con...?

—¿No he sido lo bastante claro? —le interrumpió otra vez el Amo del Río, tenso de rabia.

—Bueno, no...

—He preguntado por el gato. ¿Qué hace el gato aquí?

Ben renunció a ser diplomático.

—Mire. Yo no traje al gato; él decidió venir. Hemos hecho un pacto: yo no le digo adonde debe ir, ni qué tiene que hacer y él me corresponde de la misma forma. Así que, ¿por qué no renuncia a esa actitud intransigente y me dice qué sucede? Lo único que sé sobre los prismagatos es que pueden crear fuegos y cambiar de forma. No cabe

duda de que usted sabe algo más.

La cara del Amo del Río continuaba tensa.

—Eso es cierto. Yo creía que el gran señor de Landover estaba obligado a tener conocimiento sobre los habitantes de su reino. Aún afirmas ser el gran señor, ¿verdad?

—Con todas mis fuerzas.

—¿A pesar de que no te pareces en absoluto a Ben Holiday, llevas ropas de campesino y viajas sin criados ni estandartes?

—Se lo explicaré...

—¡Sí, sí, sí! —El Amo del Río sacudió la cabeza—. No hay duda de que tienes la audacia del gran señor, aunque no más que eso.

Durante un momento, pareció considerar el asunto. Los guardias que lo rodeaban y el disciplinado guía estaban inmóviles como estatuas. Ben esperó, impaciente. Unas cuantas caras aparecieron entre los troncos de los árboles más cercanos, materializándose a través de la niebla y la penumbra. La gente del Amo del Río sentía curiosidad.

Finalmente, el Amo del Río se aclaró la garganta.

—Muy bien. No acepto que seas el gran señor de Landover pero, de todas formas, permíteme explicarte unas cuantas cosas sobre la criatura con que viajas. En primer lugar, los prismagatos son seres del mundo de las hadas, verdaderos seres mágicos, no exiliados o emigrantes como las gentes de la región de los lagos. Los prismagatos casi nunca se muestran fuera de las nieblas. En segundo lugar, no suelen andar en compañía de los humanos. En tercer lugar, siempre son imprevisibles; nadie puede comprender del todo qué es lo que pretenden. Y en cuarto lugar, adondequiera que van llevan problemas. Tienes suerte de que se te haya permitido entrar en Elderew en compañía de un prismagato. Si hubiera sabido que viajabas con uno, puedes estar seguro de que lo hubiera evitado.

Ben suspiró débilmente, luego asintió. Al parecer, las supersticiones acerca de los gatos no se limitaban a su mundo.

—De acuerdo, prometo tenerlo en cuenta para el futuro —contestó, esforzándose por no reflejar la irritación en su voz—. Pero el hecho es que no se nos impidió la entrada ni a mí ni al gato, y aquí estamos. Que crea o no que soy el gran señor de Landover carece de importancia. De todas formas necesito su ayuda...

Una súbita ráfaga de lluvia le golpeó la cara y le impidió terminar la frase. Se detuvo, tiritando por el frío y la humedad de sus ropas.

—¿Cree que podríamos continuar esta conversación en alguna otra parte, a cubierto? —preguntó sosegadamente.

El otro lo examinó en silencio, sin cambiar de expresión.

—Amo del Río, su hija puede hallarse en gran peligro —susurró Ben—. ¡Por

favor!

El Amo del Río continuó examinándolo un rato más, luego le hizo un gesto para que lo siguiera. Ondeando una mano indicó al guía que permaneciese allí. Los rostros de los ciudadanos curiosos desaparecieron. Escoltados por los guardias recorrieron una corta distancia entre los árboles hasta un mirador cubierto, tallado en un abeto. Dentro había un par de bancos colocados uno frente a otro, separados por un gran tocón hueco convertido en jardinera plantada de flores. El Amo del Río se sentó en uno de los bancos, y Ben ocupó el otro. La lluvia continuaba cayendo alrededor de ellos, un chapoteo suave y constante sobre los árboles y la tierra del bosque, pero el interior del refugio estaba seco.

Daga apareció y saltó para colocarse junto a Ben, se echó sobre sus patas replegadas y cerró los ojos como si fuera a dormir.

El Amo del Río miró al gato con renovada irritación, luego se dirigió a Ben otra vez.

—Di lo que ibas a decir —le pidió.

Ben le contó toda la historia. Sintió que nada perdería haciéndolo. Le habló de los sueños, de los viajes emprendidos por Questor, Sauce y él mismo, del descubrimiento de los libros de magia desaparecidos, de la inesperada presencia de Meeks, del robo de su identidad y del medallón y de su exilio de Plata Fina. El Amo del Río escuchó sin interrumpirlo. Permaneció sentado, inmóvil como una estatua de piedra, con los ojos fijos en los de Ben. Cuando éste terminó, el señor de la región de los lagos siguió sin inmutarse.

—No sé qué más le puedo decir —dijo Ben tras un instante.

El Amo del Río respondió con un asentimiento de cabeza apenas perceptible, pero no dijo nada.

—Escúcheme —le rogó Ben—. Tengo que encontrar a Sauce y avisarle de que ese sueño del unicornio negro le fue enviado por Meeks, y creo que no lo conseguiré sin su ayuda. —Se detuvo, recordando de repente una verdad que aún le costaba aceptar, incluso ante sí mismo—. Sauce significa mucho para mí, Amo del Río. La quiero; debe saberlo. Ahora, dígame, ¿ha estado aquí?

El Amo del Río se ciñó aún más la capa. Sus ojos tenían una mirada distante.

—Estoy pensando que quizás seas quien dices ser —comentó en voz baja—. Creo que es posible que seas el gran señor.

Se levantó, miró a los guardias que estaban frente al refugio, les hizo un gesto para que todos menos uno se retiraran y avanzó hasta situarse junto a Ben. Se inclinó, acercando a él su rostro extraño.

—Gran señor o impostor, dime la verdad. ¿Cómo es que viajas con este gato?

Ben se esforzó por conservar la calma.

—Se debe a una casualidad. El gato me encontró anoche en las fronteras de la

región de los lagos y sugirió que su compañía me podría ser útil. Todavía estoy esperando averiguar si es verdad.

Bajó los ojos hacia Daga un momento, casi en espera de que el gato confirmara sus palabras. Pero Daga siguió con los ojos cerrados y no habló. Entonces se dio cuenta de que el gato había permanecido silencioso desde que llegaron a Elderew. Se preguntó por qué.

—Dadme la mano —dijo el Amo del Río inesperadamente. Se la cogió y la estrechó con fuerza—. Hay un modo de que pueda comprobar si es verdad lo que afirmáis. ¿Recordáis que cuando visitasteis Elderew por primera vez paseamos solos por el pueblo y hablamos de la magia de la gente de la región de los lagos? —Ben asintió—. ¿Recordáis lo que os mostré de esa magia?

Su mano presionaba ahora como un puño de hierro. Ben se estremeció, pero no trató de retirar la suya.

—Tocó un arbusto afectado de marchitez y se curó —dijo, manteniendo la mirada del duende—. Trataba de enseñarme por qué la gente de la región de los lagos podía valerse por sí misma. Después, se negó a darme su promesa de lealtad al trono. —Hizo una pausa deliberada—. Pero al final me la dio, Amo del Río, al final me dio su lealtad.

El Amo del Río lo estudió unos instantes, después tiró de él para forzarlo a ponerse en pie.

—He dicho que podíais ser Ben Holiday —susurró, acercando su rostro duro—. Y lo creo. —Tomó las manos de Ben entre las suyas—. No sé cómo fue alterada vuestra apariencia, pero si lo hizo la magia, la magia os devolverá la original. Yo poseo el poder para curar casi todo lo que está enfermo o agotado. Usaré ese poder para ayudaros, si puedo. —Las manos escamosas apretaron más las de Ben—. Quedaos donde estáis, sin moveros.

Ben aspiró un poco de aire. La calidez de las manos del Amo del Río se transmitió a las suyas mientras las facciones cinceladas se ocultaron en las sombras. Esperó. La respiración del duende se hizo más lenta y un repentino flujo se extendió por el cuerpo de Ben. Le hizo temblar, pero siguió inmóvil.

Al final, el Amo del Río retrocedió. En sus ojos oscuros había un toque de confusión.

—Lo siento, pero no puedo ayudaros —dijo—. Ahora estoy seguro de que vuestra apariencia ha sido alterada mediante la magia. Pero no por la magia de otros sino por la vuestra propia.

Ben lo miró con incredulidad.

—¿Qué?

—Vos mismo os habéis convertido en lo que sois —dijo el otro—. Vos mismo tenéis que reconvertiros en lo que erais.

—¡Pero eso no tiene sentido! —explotó Ben—. No he hecho nada para alterar mi aspecto. ¡Fue Meeks! ¡Le vi hacerlo! ¡Me robó el medallón de los reyes de Landover y me dio... éste!

Sacó de un tirón la imagen deslustrada de Meeks, guardada bajo la túnica, casi como si quisiera arrancarla de su cadena. El Amo del Río la examinó con atención, la tocó para cerciorarse, luego movió la cabeza.

—La imagen grabada aquí está disfrazada del mismo modo que lo estáis vos. La magia que lo ha hecho es también la vuestra propia.

Las mandíbulas de Ben se tensaron, y volvió a agarrar el medallón. El Amo del Río hablaba de modo enigmático. Era indudable que cualquier magia que hubiera actuado no procedía de él. El Amo del Río se equivocaba, o estaba tratando deliberadamente de confundirlo porque aún no confiaba.

Éste pareció leer su pensamiento. Se encogió de hombros.

—Creedme o no, la elección es vuestra. Os digo lo que veo. —Hizo una pausa—. Si este nuevo medallón que lleváis al cuello os fue dado por vuestro enemigo, quizás deberíais arrojarlo lejos de vos. ¿Qué razón hay para que lo conservéis?

Ben suspiró.

—Meeks me dijo que el medallón le permitiría localizarme. Me avisó de que cierta magia impide que me lo quite, una magia que podría matarme.

—¿Eso dijo? —preguntó el duende—. Considerad la posibilidad de que mintiera.

Ben vaciló antes de responder. Ya había considerado esa posibilidad. Después de todo, ¿por qué iba a creer en lo que dijese Meeks? El problema era que no había modo de comprobar la verdad sin arriesgar la vida.

Levantó el medallón para examinarlo.

—Ya lo he pensado... —comenzó a decir.

Entonces, con el rabillo del ojo, vio que Daga se estremecía. Irguió la cabeza y sus ojos verdes se abrieron de repente. Era como si el gato se hubiera forzado a salir del estado semicomatoso en que se hallaba con el propósito de contemplar la reacción de Ben. Los ojos extraños estaban fijos y atentos. Éste dudó, pero volvió a guardar el medallón bajo su camisa.

—Creo que tal vez sea necesario que lo piense mejor —concluyó.

Los ojos de Daga volvieron a cerrarse. El rostro oscuro se inclinó. La lluvia continuó su golpeteo en la momentánea tranquilidad, y el prolongado rugido de un trueno recorrió la región de los lagos procedente de algún lugar del este. Ben experimentó una extraña mezcla de frustración y rabia. ¿A qué estaba jugando el gato ahora?

El Amo del Río retrocedió hasta el otro banco, permaneciendo de pie.

—Parece que después de todo no puedo ayudaros —comentó—. Creo que será mejor que os vayáis, vos y el gato.

Ben vio que la posibilidad de obtener ayuda desaparecía. Se levantó.

—Al menos indíqueme dónde puedo encontrar a Sauce —rogó—. Dijo que vendría a la región de los lagos para descubrir el significado de su sueño. Seguramente debió de consultarle.

El Amo del Río lo miró con fijeza durante un momento, sopesando en su mente cosas que Ben desconocía. Después, movió la cabeza de un lado a otro.

—No, gran señor, o aspirante al trono, o lo que seáis, no vino a consultarme.

Se adelantó de nuevo rodeando el tocón. El viento agitaba su capa y él se la ciñó para protegerse de la lluvia helada.

—Soy su padre, pero no la clase de padre a quien pediría ayuda en una necesidad. Nunca lo he sido. Tengo muchos hijos de muchas esposas. De algunos me siento más próximo que de otros. Sauce nunca perteneció al primer grupo. Es muy parecida a su madre, un ser libre que sólo busca librarse de ataduras. Ninguna de las dos desea mi compañía; ninguna la deseó nunca. La madre estuvo conmigo sólo una vez, luego se marchó, volvió al bosque...

Se quedó ensimismado y su voz se debilitó hasta extinguirse.

—No llegué a saber su nombre —continuó al cabo de un momento—. Una ninfa de los bosques, no más que un leve retazo de seda y luz. Su presencia me aturdió y los nombres carecieron de importancia aquella única noche. La perdí sin haberla tenido en realidad. Y creo que perdí a Sauce a consecuencia de la desazón que eso me produjo. Contra mi voluntad, dejé libre a su madre, y ella se vio obligada a convivir con mi resentimiento. Eso hizo que se alejara de mí, y fui incapaz de evitarlo. Amaba tanto a su madre que no pude perdonar ni olvidar lo que me había hecho. Cuando di permiso a Sauce para vivir en Plata Fina, corté el único lazo que nos unía. Se convirtió en su propia dueña y dejó de ser mi hija. Ahora me ve como a un hombre que tiene más hijos de los que puede atender como padre. Prefiere no ser uno de ellos.

Se volvió, perdido quizás en los recuerdos. Su confesión fue extraña, expresada de un modo sencillo y directo, pero carente de emoción. No habían existido cambios de tono en la voz del Amo del Río ni en la expresión de su rostro. Sauce significaba mucho para él pero, a pesar de eso, le era factible limitarse a exponer los hechos como si no le afectaran. Esto hizo que Ben se preguntase de repente sobre sus propios sentimientos hacia la sílfide.

El Amo del Río permaneció con la vista fija en la lluvia durante un rato, sin moverse, en silencio. Luego se encogió de hombros.

—Pude enmendar muchas cosas, pero no ésa —dijo con serenidad—. No supe cómo. —De repente volvió a mirar a Ben, y pareció que lo veía por primera vez—. ¿Por qué os habré hablado así? —susurró con sorpresa.

Ben no tenía ni idea. Guardó silencio mientras el Amo del Río lo contemplaba

con atención, como desconcertado por su presencia. Entonces, el señor de la región de los lagos pareció descartar el asunto. Su voz sonó fría y carente de inflexiones.

—Perdéis el tiempo conmigo. Sauce irá a ver a su madre. Irá a los viejos pinos y danzará.

—Entonces la buscaré allí —aseguró Ben y se levantó. El Amo del Río lo observó en silencio. Ben dudó antes de hablar—. No es necesario que me acompañe un guía. Conozco el camino.

El Amo del Río asintió, aún en silencio. Ben empezó a alejarse, avanzó una docena de pasos, se detuvo y se volvió. El único guardia que quedaba había desaparecido entre los árboles. Los dos hombres estaban solos.

—¿Le gustaría venir conmigo? —preguntó Ben en un impulso.

Pero el Amo del Río estaba mirando de nuevo la lluvia, absorto en su resplandor plateado, absorto en su ruido. Las agallas de su cuello redujeron el movimiento a una vibración casi imperceptible. El rostro duro y cincelado se hallaba vacío de vida.

—No os ha oído —dijo Daga Demadera inesperadamente. Ben bajó la vista, sorprendido, y encontró al gato a sus pies—. Se ha sumergido en sí mismo para descubrir su verdadero comportamiento. A veces ocurre después de revelar algo que se ha ocultado durante mucho tiempo.

Ben frunció el entrecejo.

—¿Ocultado? ¿Te refieres a lo que dijo de Sauce? ¿De su madre? —Las arrugas de su frente se acentuaron cuando se arrodilló junto al gato—. Daga, ¿por qué me explicó todo eso? Ni siquiera está seguro de quién soy.

Daga lo miró.

—Hay muchas formas de magia en este mundo, gran señor. Algunas son muy espectaculares, otras poco. Algunas funcionan con el fuego y la fuerza del cuerpo y el corazón... y otras funcionan con la revelación.

—Sí, ¿pero por qué...?

—¡Escuchadme, gran señor! ¡Escuchadme! —La voz de Daga era un siseo—. Muy pocos humanos escuchan lo que un gato tiene que decir. La mayoría nos hablan. Nos hablan porque nosotros somos buenos escuchadores. Encuentran agradable nuestra presencia. Nosotros no hacemos preguntas ni juzgamos. Nos limitamos a escuchar cuanto nos dicen. Ellos hablan y nosotros atendemos. ¡Nos lo cuentan todo! Nos cuentan los pensamientos y los sueños más íntimos, cosas de las que no hablarían ante nadie. La mayoría de las veces, gran señor, lo hacen sin comprender por qué.

Tras su discurso, volvió a quedarse en silencio y, de repente, Ben se dio cuenta de que no había hablado en términos amplios, sino muy concretos. No se refería a la gente en general, sino a alguien determinado. Sus ojos se alzaron para encontrar la figura solitaria del Amo del Río.

Y de pronto pensó en sí mismo.

—Daga, ¿qué...?

—Ssssss —siseó el gato para hacerle callar—. No interrumpáis el silencio, gran señor. No lo alteréis. Escuchad su voz, si os es posible.

El gato se dirigió lentamente hacia los árboles, andando con cuidado sobre la tierra empapada del bosque. La lluvia caía del cielo nublado en cortinas uniformes que se extendían de horizonte a horizonte bajo la bóveda gris. El silencio llenaba los huecos dejados por el sonido de la lluvia, envolviendo la ciudad de Elderew, las casas y los senderos arbóreos, los parques y los caminos, y el enorme anfiteatro vacío que se elevaba detrás de la figura aún inmóvil del Amo del Río. Ben escuchó como le había indicado Daga, y casi pudo oír hablar al silencio.

¿Pero qué le decía? ¿Qué se suponía que debía comunicarle? Sacudió la cabeza, desesperanzado. No lo sabía.

Daga se había sumergido en la bruma, frente a él, como una pálida sombra gris. Abandonando su escucha, se apresuró a seguirlo.

DANZA

Que había algo excesivamente peculiar en Daga Demadera era indiscutible para Ben Holiday. Se podría argüir que todos los gatos tienen algo peculiar y que no es sorprendente que uno salido del mundo de las hadas fuese incluso más peculiar que el resto de los felinos, pero Ben habría estado en desacuerdo. La peculiaridad que mostraba Daga iba más allá de cualquier cosa que pudiera encontrarse, por ejemplo, en *Alicia en el País de las Maravillas*. Daga confería a esa palabra un significado totalmente nuevo, y lo más exasperante de todo era el hecho de que no lograba descifrar qué era lo que tramaba el animal.

En resumen, ¿quién era el gato y qué se proponía al acompañarlo?

Le hubiera gustado encontrar respuesta inmediata a esas preguntas, pero el tiempo no se lo permitió. El gato encabezaba la marcha como de costumbre, caminando con aire presuntuoso, y Ben se vio obligado a correr para alcanzarlo. La lluvia golpeaba su cara con fuerza creciente, y el viento arreciaba en heladas rachas. El tiempo estaba empeorando durante el transcurso de las últimas horas de la tarde. Ben, empapado, frío y hambriento, se sentía pesimista a pesar de su decisión de continuar. Se encontró dominado por el deseo de una cama caliente y ropas secas, aunque no tenía ni la más remota posibilidad de conseguirlo. El Amo del Río sólo toleró su presencia, y debía usar el tiempo que le quedaba para encontrar a Sauce.

Atravesó la ciudad de Elderew con la cabeza inclinada para protegerse del temporal, convirtiéndose en una más de las sombras sin rostro que se movían en la oscuridad. Luego se adentró en los bosques. Las luces de las cabañas y las casas quedaron atrás, y la oscuridad se cerró a su alrededor como una cortina mojada. Jirones de niebla pasaban flotando al igual que colas de cometas rotas, tocando y rozando, uniéndose para formar densas capas. Ben las ignoró y siguió adelante. Había ido a los viejos pinos con la frecuencia suficiente para recorrer el camino con los ojos cerrados.

Poco después llegó al claro, varios pasos detrás de Daga Demadera. Miró a su alrededor, expectante, pero no encontró nada. El claro estaba vacío, rodeado por los árboles que parecían asumir el papel de centinelas del bosque, tan húmedos y fríos como el resto de la tierra. Durante un momento buscó huellas u otros signos del paso de Sauce, pero nada indicaba si la sílfide había estado allí o no.

Daga Demadera recorrió el claro, olfateando la tierra. Después se detuvo bajo la protección de las grandes ramas de un pino y se sentó melindrosamente.

—Estuvo aquí hace dos noches, gran señor —declaró—. Estuvo sentada cerca de donde ahora os encontráis, mientras su madre danzaba, luego dejó que el cambio se produjese. Abandonó el claro al amanecer.

Ben miró al gato, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Por mi buen olfato —dijo Daga con cierto desdén—. Deberíais desarrollar el vuestro. Os informaría de muchas cosas que no podéis percibir. Mi nariz me proporciona noticias que vuestros ojos no consiguen proporcionaros.

Ben avanzó y se agachó delante del gato, sin preocuparse del agua que chorreaba de las ramas del pino y caía sobre él.

—¿Te dice tu nariz dónde ha ido? —preguntó sin alterarse.

—No —respondió el gato.

—¿No?

—No es necesario que repita todo lo que digo —protestó Daga.

—Pero si tu nariz te informa de tantas cosas, ¿por qué no de ésta? —preguntó Ben—. ¿Siempre es tan selectiva?

—El sarcasmo no es propio de vos, gran señor —le amonestó Daga, moviendo la cabeza casi imperceptiblemente—. Además, yo merezco otro trato. Después de todo soy vuestra única compañía y apoyo en esta aventura.

—Lo que precisaría alguna explicación, debo puntualizar —replicó Ben—. Insistes en humillarme con tus conocimientos, para después comunicarme sólo la parte que te conviene. Soy consciente de que cuentas con una buena excusa para este comportamiento: tu naturaleza gatuna. Pero espero que te des cuenta de lo exasperante que me resulta. —Su paciencia estaba próxima a agotarse y su voz se elevaba por momentos—. Lo único que te he preguntado es cómo puedes estar tan seguro de que Sauce estuvo aquí, de que su madre bailó, y ella se transformó, y sin embargo no puedes decirme adonde...

—No sé.

—... se ha dirigido después de irse de aquí... ¿Qué? ¿No sabes? ¿No sabes qué?

—No sé por qué no sé. —Ben lo miró con asombro una vez más—. Debería ser capaz de captar el rastro que dejó al irse, pero no puedo —concluyó sin alterarse—. Da la impresión de que lo borró deliberadamente.

Ben se tomó un momento para reflexionar sobre esta nueva información, luego sacudió la cabeza.

—Pero ¿por qué desearía ocultarlo?

Daga no respondió. En cambio, emitió un suave bufido y se levantó. Ben lo imitó y le volvió la espalda. La figura oscura del Amo del Río reapareció, saliendo de la niebla, y recorrió el claro a largos pasos hasta donde Ben aguardaba. Iba solo.

—¿Ha estado Sauce aquí? —preguntó con brusquedad.

Ben vaciló, asintiendo después.

—Ha estado y se ha ido. El gato dice que su madre danzó para ella hace dos noches.

En los ojos del duende de las aguas se reflejó la furia, pero la controló de

inmediato.

—Debió de mostrarse ante su hija —murmuró—. Ellas están vinculadas. Es probable que la danza le revelase la verdad en el lenguaje de las hadas, que le mostrara lo que estaba buscando... —Su voz se desvaneció, como si su pensamiento se hubiese adelantado; entonces se irguió—. ¿Habéis averiguado dónde ha ido, gran señor?

De nuevo dudó Ben, esta vez más por la sorpresa que por cautela. El Amo del Río le había llamado gran señor. ¿Había decidido aceptar su palabra? Ben afrontó su mirada.

—Se nos ha ocultado su rastro —dijo—. Ocultado deliberadamente, según el gato.

El Amo del Río miró a Daga, con el entrecejo fruncido.

—Quizás. —Su rostro cincelado se giró hacia Ben—. Pero mi hija carece de astucia y su madre de medios. La ocultación, si se ha producido, proviene de otra fuente. Hay alguien que le ayuda, sin tenerme en consideración. Hay alguien. —La rabia volvió a asomarse a sus ojos, pero desapareció al momento—. Sin embargo, no importa demasiado. Tengo recursos para encontrarla. Y para encontrar a cualquiera que desee. —Se giró bruscamente murmurando—: El tiempo corre. La lluvia y la oscuridad entorpecerán mis esfuerzos. Tengo que actuar con rapidez si quiero ser eficaz. —En su voz había urgencia y determinación—. No permitiré que se juegue a mis espaldas. ¡Averiguaré el significado del sueño sobre el unicornio negro y la brida de oro, y descubriré si Sauce y su madre me quieren o no!

Desapareció de nuevo entre los árboles del bosque, sin preocuparse de comprobar si Ben lo seguía. En realidad, no necesitaba preocuparse. Ben iba pisándole los talones.

Daga Demadera se quedó bajo las ramas del pino, mirando cómo se alejaban. Al cabo de un rato comenzó a asearse.

El Amo del Río había cambiado de una forma tan absoluta que Ben apenas podía creerlo. Había pasado de un total desinterés por su hija y el unicornio negro a una gran ansiedad por averiguar algo acerca de ellos. Desanduvo el bosque a zancadas de vuelta a la ciudad, llamando a sus servidores mientras lo hacía. Éstos surgieron de todas partes, deteniéndose un momento junto a él para recibir sus instrucciones y desapareciendo en la noche a continuación. Como sombras, se acercaban y alejaban duendes, nereidas, náyades y otros seres sin nombre, todos pendientes de la oscura figura de su señor. El Amo del Río hablaba con rapidez y precisión, y los despedía sin aflojar la marcha. Bordeó casi furtivamente los límites de la ciudad de Elderew y volvió a adentrarse en el bosque. Ben iba detrás, casi olvidado.

El tiempo transcurría mientras se adentraban en el bosque situado al noreste de la ciudad. El crepúsculo se había convertido en noche y nada era visible a más de tres

metros de distancia. La lluvia caía sobre ambos a un ritmo continuo que no daba señales de disminución. Los truenos llenaban el cielo de fuertes estruendos que resonaban en la tierra, y los rayos rasgaban las nubes por todas partes. Lo peor de la tormenta aún no los había alcanzado, pero se acercaba.

El Amo del Río parecía absorto. Su concentración era absoluta. Ben comenzó a preguntarse qué estaba pasando y a sentir inquietud.

Salieron de entre los árboles para entrar en un amplio claro, situado en la ladera de una colina que descendía hasta un gran lago, en cuyos extremos desaguaban dos ríos. Éstos, crecidos por la lluvia, bajaban en cascada a través de gargantas rocosas que descendían de las cumbres bordeadas por enormes agrupaciones de árboles gigantescos semejantes a secoyas. La fuerza del agua agitaba el lago, y el fulgor de nuevos rayos danzaba y destellaba, mezclándose la luz de las antorchas que se extendían a lo largo y ancho de las colinas en arcos que iluminaban todo el declive. Ben aflojó el paso. La gente de la región de los lagos parecía hallarse en todas partes, ¿o sólo había unos pocos entre tan crecido número de antorchas? El viento hacía que la lluvia se metiera en sus ojos, impidiéndole verlo.

El Amo del Río se volvió, vio que permanecía tras él y le hizo una seña para que lo siguiese hasta un reborde rocoso que sobresalía de la ladera y dominaba los ríos, el lago y las ondeantes líneas de antorchas. La furia de la tormenta arreció contra ellos cuando llegaron a la plataforma desprotegida, obligándolos a unirse y ahogando sus palabras en el aullido del viento.

—¡Mirad, gran señor! —gritó el Amo del Río, con su rostro extraño y cincelado a escasos centímetros del de Ben—. No puedo obligar a la madre de Sauce a que dance para mí como danzó para su hija, pero puedo obligar a sus congéneres. ¡Sabré los secretos que me ocultan!

Ben asintió con un gesto. Había un frenesí en los ojos del duende que no había visto nunca, un frenesí que revelaba pasión.

El Amo del Río hizo una señal y un ser delgado como un palo surgió de la noche, una criatura que parecía tallada en madera. De su cuerpo colgaban unas burdas ropas de lana, movidas por el viento, y una banda de pelusa verde descendía desde la coronilla hasta la nuca y seguía por la espina dorsal y por detrás de los brazos y piernas. Sus facciones estaban formadas por lo que parecía una serie de ranuras cortadas en la madera de su cara. En una mano llevaba una gaita.

—¡Toca! —le ordenó el Amo del Río, extendiendo un brazo sobre el lago—. ¡Llámalas!

La criatura de palo se acuclilló sobre la tierra mojada, entrecruzó las piernas, se sentó sobre ellas y acercó la gaita a los labios. La música empezó en tono suave, una cadencia dulce y melodiosa que irrumpió en la momentánea tranquilidad de los intervalos de silencio del ronco aullido del viento. Se introdujo en los sonidos de la

tormenta y se combinó con ellos, zigzagueando a su través como el hilo de un cosido. Tenía la textura de la seda y envolvía a quienes la escuchaban como una sábana sutil. Se extendió pendiente abajo, dando la impresión de que algo cambiaba en el aire.

—¡Escuchad! —dijo el Amo del Río al oído de Ben, lleno de júbilo.

El gaitero elevó el tono y la melodía se afianzó y creció en el interior de la furia del temporal. Poco a poco sobrepasó a la oscuridad, la humedad y el frío, y todo cuanto les rodeaba comenzó a alterarse. El rugido de la tormenta disminuyó como si lo cubrieran, el frío dio paso a la templanza y la noche se iluminó, convirtiéndose en amanecer. Ben sintió que se elevaba como si estuviera sobre un colchón lleno de aire. Parpadeó con incredulidad. Todo se estaba transformando: la forma, la substancia, el tiempo... En la música había una magia superior a cualquiera que hubiese conocido, un poder que podía alterar incluso la gran fuerza de la naturaleza.

Las luces de las antorchas se abillantaron como si los fuegos hubiesen recibido nueva vida, y la ladera quedó iluminada con su resplandor. Pero también había otro resplandor, suspendido en el aire de la noche como algo incandescente. Fulguraba sobre la ladera y las aguas del lago. Éstas se habían serenado. Su agitación había sido aplacada con la misma suavidad que una madre emplea para alisar el pelo revuelto de su hijo dormido. El resplandor danzaba al borde del agua como un ser vivo.

—¡Allí, gran señor, mirad! —le apremió el Amo del Río.

Ben miró. Pequeñas porciones del resplandor habían empezado a tomar forma. Bailando, girando, elevándose a la luz de las antorchas, se convirtieron en criaturas del mundo de las hadas. Seres ligeros y etéreos que adquirían vitalidad en el resplandor y la música de la gaita. Ben lo supo al instante. Eran ninfas de los bosques, igual que la madre de Sauce; criaturas con apariencia de niñas tan inmateriales como el humo. Sus miembros lanzaban destellos de color castaño, sus cabellos, largos hasta la cintura, flotaban, y sus rostros se elevaban hacia el cielo. Aparecieron, como surgidas de la nada, docenas de ellas que danzaron y revolotearon por las orillas del lago en un caleidoscopio de movimiento.

La música se elevó. El resplandor irradió el calor de un día de verano, y los colores comenzaron a aparecer con todo su esplendor: retazos de arco iris que se mezclaban y extendían como pinceladas en el lienzo de un artista. Las formas comenzaron a alterarse y Ben se sintió transportado a otro tiempo y otro lugar. Volvía a ser joven, y todo en el mundo era nuevo. La sensación de elevarse que había experimentado antes se intensificó. Flotaba sobre la tierra, libre de la atracción de la gravedad. El Amo del Río y el gaitero flotaban con él, como pájaros, en el mar de sonido y color. Las ninfas de los bosques seguían danzando debajo, girando con una nueva exaltación en el resplandor, en el aire. Se apartaban de la orilla y brincaban ingravidas sobre la superficie de las aguas del tranquilo lago, que sus leves cuerpos apenas rozaban. Se fueron reuniendo en el centro del lago, donde formaron

complicadas figuras vinculándose y desconectándose una y otra vez.

Sobre ellos, una imagen se materializaba en el aire.

—¡Ya viene! —susurró el Amo del Río desde algún lugar tan distante que Ben apenas pudo oírlo.

La imagen adquirió nitidez: era la de Sauce. Se encontraba sola a la orilla del lago, y sostenía en una mano la brida de oro que había visto en su sueño. Iba vestida de seda blanca, y su belleza era tan radiante que incluso superaba a la creada por la música del gaitero y la danza de las ninfas de los bosques. Rebosante de vida, su rostro se elevó hacia los colores que giraban a su alrededor y su larga cabellera verde se desplegó en un soplo de viento. Mantenía la brida alejada de sí como si acabaran de regalársela y no supiera qué hacer con ella.

¡Cuidado!, avisó una voz de repente, una voz tan baja que casi se perdió en el torbellino de la visión.

Ben apartó los ojos de Sauce. Abajo, desde una distancia que parecía imposible, Daga Demadera lo observaba.

—¿Qué va mal? —logró preguntar Ben.

Pero su pregunta perdió toda importancia ante lo que ocurrió a continuación. La música había alcanzado un nivel febril, tan intenso que bloqueaba todo lo demás. El mundo había desaparecido. Sólo existía el lago, las danzas de las ninfas del bosque y la visión de Sauce. Los colores inundaron la visión de Ben, colmándola de increíbles tonos brillantes, e hicieron que se le saltaran las lágrimas. Nunca había conocido una felicidad semejante. Sintió como si estuviera separándose de parte de sí mismo, transformándose.

Entonces, algo nuevo surgió en la orilla del lago, lejos de las ninfas y de la visión de Sauce; algo maravilloso y terrorífico a la vez. Ben oyó el grito del Amo del Río. Era un grito de satisfacción. El remolino de sonido y color rieló y se expandió como una tela atirantada, y el intruso se adentró cautelosamente en su trama.

Era el unicornio negro.

Ben sintió el aliento atrapado en la garganta. Tenía un ardor en los ojos y una terrible y súbita sensación de carencia. Nunca había visto nada tan hermoso como el unicornio. Incluso Sauce en la visión de las ninfas de los bosques no era más que una sombra pálida junto a aquella criatura. Su delicado cuerpo parecía oscilar con la música y la danza mientras emergía de la oscuridad al torbellino de color, y su cuerno blanco resplandecía con la magia de su ser.

Entonces, le llegó de nuevo la advertencia de Daga, casi olvidada en ese momento: ¡Cuidado!

—¿Qué va mal? —susurró Ben.

El Amo del Río se volvió hacia él, balanceando la cabeza lentamente. Su rostro impasible estaba animado por los sentimientos que se reflejaban en su superficie

cincelada entre olas de luz y color. Habló, pero las palabras no parecían salir de su boca, sino de su mente.

—¡Lo tendré, gran señor! ¡Tendré su magia, y formará parte de mi tierra y mi gente! ¡Debe pertenecerme! ¡A mí!

Y Ben vio de repente, a través del manto de sentimientos placenteros y de la música y la danza, lo que en verdad deseaba el Amo del Río. No había convocado al gaitero y a las ninfas de los bosques con el propósito de encontrar a Sauce o a su madre. Su ambición iba mucho más allá. Los había convocado para que atrajeran al unicornio negro. Había utilizado la música y la danza para crear la imagen de su hija y la brida de oro con objeto de que el unicornio se acercara al lago donde podría atraparlo. El Amo del Río creyó la historia de Ben, pero había decidido que el unicornio negro haría un mejor servicio dedicado a sus propios intereses que a los de un rey destronado y privado de poder. Había tomado el sueño de Sauce y lo había hecho suyo. Todo lo que siguió no era más que una trampa bien elaborada. El gaitero y las ninfas de los bosques habían sido los instrumentos para crearla.

¡Oh Dios, había funcionado! ¡El unicornio negro estaba allí!

Contempló fascinado al unicornio, incapaz de apartar la vista, sabiendo que debía hacer algo para evitar lo que estaba a punto de ocurrir, pero inmovilizado por la belleza y la fuerza de la visión. El unicornio brillaba como un pedazo de noche en contraste con el revuelo de colores que lo había atraído. Asentía con su esbelta cabeza a la llamada de la música y relinchó una vez a la visión de la muchacha con la brida de oro. Era como un cuento de hadas hecho realidad, y su belleza resultaba irresistible. Los pies de cabra corvetearon, la cola de león cortó el aire, y el unicornio se adentró más en su trampa.

Tengo que detenerlo, intentó gritar Ben.

Y entonces la trama que el unicornio negro había atravesado con tanta facilidad pareció desgarrarse por el centro, sobre la visión de las ninfas de los bosques, y una pesadilla nacida de otras mentes y carencias se mostró de repente. Era un ser repulsivo, una criatura llena de escamas y espinas, dientes y garras, alada y cubierta por una capa de fango negro que humeaba al contactar con la calidez del aire. Un cruce entre serpiente y lobo que pugnaba por salir de la noche y la tormenta y descendía hacia el lago, aullando.

Ben se quedó frío. Había visto antes a aquel ser. Era un demonio del infierno de Abaddon, un gemelo del monstruo que la Marca de Hierro montaba cuando batalló contra él.

El engendro se dirigió hacia donde se hallaban, enfurecido, luego viró bruscamente al divisar al unicornio negro.

Éste también vio al demonio, y lanzó un grito aterrorizado y agudo. Su cuerno irradió calor blanco, producto de la magia, y él se apartó de un salto cuando el

demonio se le acercó, dejando que clavara sus garras en el aire vacío. Después, el unicornio desapareció, regresando a la noche tan repentinamente como salió de ella.

El Amo del Río soltó un grito angustiado y furioso. El demonio volvió a su dirección inicial y lanzó fuego por sus fauces abiertas. Las llamas devoraron al gaitero y convirtieron en cenizas su figura de palo. El sonido y los colores se disolvieron en la niebla, y la noche retornó. La oscuridad lo fue inundando todo mientras la visión de Sauce y la brida de oro se desintegraba. Ben se encontró de nuevo sobre el reborde rocoso junto al Amo del Río, bajo la furia de la tormenta.

Pero las ninfas de los bosques seguían girando, aún inmersas en el frenesí de su danza. Era como si no pudieran detenerse. Bailaban y saltaban por las orillas del lago como pequeñas manchas luminosas en las tinieblas y la lluvia. Las antorchas oscilaron, chisporrotearon y se apagaron, ahogadas por el agua y el viento, y sólo quedó la luz que emitían las ninfas del bosque. Eso atrajo al demonio como a un cazador su presa. Se movió de un lado a otro, arriba y abajo, hacia atrás y hacia delante, barriendo el lago, escupiendo fuego y convirtiendo en ceniza a las indefensas danzarinas. Los leves gritos que lanzaban al morir carecían de esencia real, y se apagaban como velas bajo un soplo. El Amo del Río gritó, desesperado, pero no pudo salvarlas. Una a una fueron eliminadas, quemadas por el demonio que se paseaba por la noche como la sombra de la muerte.

Ben estaba junto a él, horrorizado por aquella destrucción, pero incapaz de apartarse de allí. Al final actuó porque el horror era demasiado grande para resistirlo. Actuó sin pensar, sacó de un tirón el medallón deslustrado de debajo de su túnica, como había hecho en tiempos precedentes, y le gritó con furia al demonio alado.

Había olvidado por un momento la clase de medallón que llevaba.

El demonio se volvió y se lanzó hacia él. De pronto, Ben fue consciente de que Daga estaba a sus pies, sentado e inmóvil, y también de que al atraer sobre sí la atención del monstruo había firmado su sentencia de muerte.

Entonces se produjo un centelleo de rayos y el demonio vio con claridad el medallón, a Ben Holiday y a Daga Demadera. La bestia siseó con la furia del vapor que escapa por una fisura de la tierra, y cambió de dirección bruscamente. Voló hacia las tinieblas de donde había salido y desapareció en ellas.

Ben estaba temblando. No sabía qué había ocurrido. Sólo sabía que por alguna razón inexplicable aún se hallaba vivo. Debajo, la última ninfa de los bosques finalizó su danza y se metió entre los árboles. La pérdida de la luz producida por las ninfas dejó el lago y las montañas en completa oscuridad. El viento y la lluvia azotaban el vacío que quedó.

Ben controló el temblor de sus manos y colocó de nuevo el medallón bajo su túnica. Notó en su piel el calor que desprendía.

El Amo del Río se había postrado sobre una rodilla. Sus ojos estaban fijos en Ben.

—¡Esa criatura os conocía! —gritó con ira.

—No, no es posible que... —comenzó a decir Ben.

—¡El medallón! —le cortó el otro de inmediato—. ¡Conocía el medallón! Existe una conexión que no podéis negar. —Se levantó, respirando fatigosamente—. ¡Habéis logrado que lo pierda todo! ¡Me habéis privado del unicornio! ¡Habéis sido causa de la destrucción de mi gaitero y de mis ninfas de los bosques! ¡Vos y ese gato! ¡Os previne contra él! ¡Los prismagatos llevan problemas a cualquier lugar que vayan! ¡Habéis visto lo que ha hecho! ¡Habéis visto lo que ha provocado!

Ben retrocedió.

—Yo no he...

Pero el Amo del Río lo interrumpió de nuevo.

—¡Quiero que os vayáis! ¡Ya no estoy seguro de quién sois ni me importa! ¡Quiero que abandonéis mis tierras ahora, y el gato también! ¡Si os encuentro aquí cuando amanezca, os llevaré a un lugar de la ciénaga de donde no podréis escapar! ¡Ahora idos!

La cólera de su voz rechazaba cualquier argumentación. El Amo del Río había sido privado de lo que más quería y estaba convencido de que Ben era el culpable. No tenía en cuenta el egoísmo que impregnaba sus deseos ni que el objeto de éstos nunca le había pertenecido. No tenía en cuenta que había utilizado a Ben para sus propósitos. Sólo podía ver la pérdida.

Ben sintió un extraño vacío en su interior. Había esperado algo mejor del Amo del Río.

Sin una palabra, le dio la espalda y se alejó en la noche.

MADRE TIERRA

La lluvia y el frío convirtieron a Ben Holiday en un ser empapado y zarrapastroso mientras caminaba entre los árboles del bosque, alejándose de la ladera vacía y del enfurecido Amo del Río. Además, su aspecto reflejaba con exactitud su estado de ánimo. La mezcla de emociones que le habían provocado la música del gaitero, la danza de las ninfas del bosque, la visión de Sauce y lo que sucedió a continuación, todavía lo desgarraba con el salvajismo y la tenacidad de una manada de lobos. Podía sentir aún arrebatos de éxtasis y libertad que la música y la danza le habían otorgado, pero los sentimientos dominantes eran de desaliento y horror.

Las imágenes adquirían vida en la oscura soledad de su mente: el Amo del Río, ansioso por atrapar al unicornio negro para apoderarse de su magia; el demonio alado, convirtiendo en cenizas a las frágiles ninfas de los bosques que giraban desprotegidas en las orillas del agua; él mismo, alzando instintivamente la imagen ennegrecida de Meeks como si fuera un talismán que pudiera ser reconocido...

Y quizás lo era.

¿Pero qué diablos había ocurrido? ¿Qué había pasado? ¡La criatura alada se lanzó hacia él para destruirlo, y después se desvió como si hubiese chocado contra un muro! ¿Había sido a causa del medallón, de él mismo, de Daga Demadera, o de algo ajeno a ellos?

No cabía duda de que el Amo del Río lo atribuía al medallón. Estaba convencido de que existía un vínculo entre Ben, el demonio y Meeks, y de que éste los protegía de alguna extraña manera. Se estremeció. Tenía que admitir la posibilidad. Tenía que admitir que la imagen de Meeks podía haber alejado al demonio...

Se detuvo. Era obvio que para eso había que aceptar que el demonio fue enviado por Meeks. ¿Pero no era la única posibilidad lógica? ¿No había invitado Meeks a los demonios a salir de Abaddon cuando murió el viejo rey? Ben reanudó su marcha. Sí, tenía que ser Meeks. Debía de haber enviado al demonio al saber que el Amo del Río estaba a punto de capturar al unicornio negro, del que él también quería apropiarse, por la razón que fuera. Pero eso significaba que había conseguido enterarse de los propósitos del duende, lo cual implicaba que el medallón de Ben podía haberle proporcionado tal noticia. Meeks le había dicho que el medallón le permitiría saber lo que hacía. Al parecer, eso era lo que había hecho. Ben podía considerarse responsable de la destrucción de las ninfas de los bosques.

Los gritos de las criaturas agonizantes aún resonaban en los oscuros rincones de su mente como un recuerdo atroz. Hasta que murieron no había pensado en ellas como seres reales, sino como luces que proyectaban imágenes humanas sobre el resplandor; figurillas esbeltas y frágiles que se romperían como el cristal al menor golpe...

Todo se mezclaba y punzaba su mente hasta que al final lo apartó de sí con violencia. Las preguntas producían más preguntas, y no encontraba respuestas para ninguna de ellas. La lluvia caía sobre el fango y la hierba con ritmo persistente, formando riachuelos en el sendero que él recorría. Podía sentir la presión que el frío y la oscuridad ejercían sobre su cuerpo y, durante un momento, deseó con toda su voluntad el consuelo del calor y la luz. Caminaba, aunque no estaba muy seguro de a dónde se dirigía. Lejos, decidió. Lejos del Amo del Río y la región de los lagos, lejos de la única posibilidad que tenía de encontrar a Sauce antes que Meeks.

Sus botas golpeaban el fango y los charcos. Pero ¿a dónde debía ir?

De repente, miró a su alrededor en busca de Daga Demadera. ¿Dónde estaba el maldito gato? Siempre se hallaba presente cuando no lo necesitaba. ¿Dónde se escondería ahora que tenía necesidad de él? Daga siempre parecía saber qué camino seguir. Parecía saberlo todo.

Daga supo incluso lo que el Amo del Río estaba tratando de hacer con la música de la gaita y la danza de las ninfas de los bosques, pensó Ben al repasar los acontecimientos que acababan de producirse.

Cuidado, le había avisado el gato.

Muy oportuno.

Sus pensamientos se desviaron, y se encontró reflexionando de nuevo sobre el medallón. ¿Había atraído realmente al demonio? ¿Era el responsable de la destrucción de las ninfas de los bosques y del gaitero? No podía seguir viviendo con tal sospecha. Quizás lo más conveniente fuera deshacerse de aquel objeto. Después de todo, no podía evitar que trabajara en beneficio del mago mientras lo llevaba puesto. Quizás eso era lo que deseaba Meeks, y su advertencia respecto al peligro que correría si se lo quitaba no era más que una artimaña. Si lo hacía tal vez se librara del mago.

Se paró, introdujo la mano bajo su túnica, cogió la cadena de la que colgaba el medallón y lo levantó lentamente. Fijó la vista en él y, a pesar de la oscuridad circundante, vio su deslustrada imagen centellear en los breves relámpagos que rompían el cielo del bosque. Sintió una terrible urgencia de arrojar el perturbador pedazo de metal lejos de sí. Haciéndolo, tal vez recuperara la libertad y se redimiera, al menos en parte, de la destrucción de las ninfas de los bosques. Podría empezar de nuevo...

—Ah, mi gran señor, estáis aquí, vagando en las tinieblas como un ratoncillo ciego. Creí que os había perdido.

Daga Demadera salió de entre los árboles con pasos delicados. Su bello pelaje brillaba, mojado por la lluvia, y sus bigotes goteaban levemente. Caminó hasta un tronco caído y se sentó sobre la corteza mojada, manteniendo un exceso de compostura.

—¿Y tú dónde has estado? —le preguntó Ben, lleno de irritación. Vaciló un momento, luego volvió a dejar caer el medallón dentro de la túnica.

—Buscándoos, desde luego —replicó Daga tranquilamente—. Parece que necesitáis grandes dosis de protección.

—¿Eso crees? —Ben ardía de rabia. Era presa del cansancio, el miedo, el enojo, y una docena más de sentimientos desagradables, pero lo que más le molestaba era que el maldito gato lo tratara como si fuese un cachorro perdido—. Bueno. Si hay alguien adecuado para la tarea de proteger gente, ése eres tú, ¿verdad? Daga Demadera, el guardián de las almas descarriadas. ¿Quién más posee tan maravilloso conocimiento del carácter humano? ¿Quién más distingue la verdad de las cosas con una claridad tan notable? Dime, Daga, ¿cómo sabes tanto? ¡Vamos, dímelo! ¿Cómo supiste lo que el Amo del Río se proponía antes de que yo me diese cuenta? ¿Cómo supiste que estaba convocando al unicornio? ¿Por qué permitiste que me quedara allí y participara en ello? ¡Es probable que esas ninfas murieran por culpa mía! ¿Por qué permitiste que ocurriese?

El gato lo miró con fijeza durante un momento, luego comenzó a lamerse. Ben esperó. Daga parecía ajeno a su presencia.

—¿Y bien...? —dijo Ben al fin.

El gato alzó los ojos.

—Tenéis muchas preguntas, ¿no es cierto, gran señor? —La lengua roja volvió a su lugar—. ¿Por qué seguís esperando respuestas de mí?

—Porque tú parece tenerlas, ¡maldita sea!

—Lo que parece ser y lo que es, son cosas muy diferentes gran señor. Ésa es una lección que todavía tenéis que aprender. Poseo instinto y sentido común. A veces puedo discernir cosas con más facilidad que los humanos. Sin embargo, no tengo una amplia reserva de respuestas. No es lo mismo. —Estornudó—. Además, volvéis a confundir el carácter de nuestra relación. Yo soy un gato y no estoy obligado a deciros nada. Soy vuestro compañero en esta aventura, no vuestro consejero. Estoy aquí por mi propia decisión y puedo irme cuando me plazca. No tengo que responder a nadie, y menos a vos. Si deseáis contestaciones para vuestras preguntas, os sugiero que las encontréis con vuestro esfuerzo. Todas las respuestas se encuentran si se pone interés en buscarlas.

—¡Podías haberme advertido!

—Podíais haberos advertido vos mismo, pero no os habéis molestado. Dad gracias a que me decidiese a intervenir al fin.

—Pero las ninfas de los bosques...

—¿Por qué —le cortó— insistís una y otra vez en preguntar sobre cosas que no os conciernen? ¡Yo no soy vuestro *deus ex machina*!

Ben se tragó lo que iba a decir a continuación y lo miró con sorpresa. ¡*Deus ex*

machina!

—¿Hablas latín? —preguntó con incredulidad.

—Y leo griego —respondió Daga.

Ben asintió, deseando poder entender, aunque sólo fuera una pequeña parte, el misterio del gato.

—¿Sabías que las ninfas de los bosques iban a ser destruidas? —preguntó tras un instante.

El gato se tomó tiempo para contestar.

—Sabía que el demonio no os destruiría a vos.

—¿Por qué?

—Porque vos sois el gran señor.

—Un gran señor a quien nadie reconoce.

—Un gran señor que no se reconoce a sí mismo.

Ben tuvo un momento de duda. Deseó decir: «Si me reconozco, pero han cambiado mi apariencia y me han robado el medallón...». Mas se contuvo porque era algo que había repetido un infinito número de veces.

—Si el demonio no podía reconocerme, ¿cómo supiste que no me destruiría? —se limitó a preguntar.

Daga casi pareció encogerse de hombros.

—El medallón.

Ben movió la cabeza.

—Entonces creo que debo deshacerme de él. Creo que el medallón provocó todo lo ocurrido: la aparición del demonio, la destrucción de las ninfas de los bosques, todo. Creo que debo tirarlo lo más lejos posible, Daga.

El gato se levantó y se desperezó.

—Opino que primero tendríais que averiguar qué quiere el cachorro del barro —dijo.

Desvió la mirada, seguida por la de Ben. La lluvia y la penumbra casi ocultaban la pequeña y oscura forma que yacía sobre un montón de agujas de pino a unos cuatro metros de donde ellos se encontraban. Era una criatura de extraño aspecto, vagamente parecida a un castor con orejas largas. El animal lo miró con unos ojos que emitían un brillo amarillento en la oscuridad.

—¿Qué es? —le preguntó a Daga.

—Un bicho que recoge y limpia lo que otras criaturas ensucian, una especie de ama de casa con cuatro patas.

—¿Qué quiere?

Daga demostró su fastidio.

—¿Por qué me preguntáis a mí? ¿Por qué no le preguntáis al cachorro del barro?

Ben suspiró. Claro, ¿por qué no?

—¿Deseas algo? —inquirió, dirigiéndose a la figura inmóvil.

El cachorro del barro se irguió sobre sus cuatro patas, comenzó a alejarse, miró hacia atrás un instante, continuó su camino y miró otra vez.

—No me lo digas —le advirtió a Daga—. Quiere que lo sigamos.

—Muy bien, no os lo diré —prometió el gato.

Siguieron al cachorro del barro a través del bosque, desviándose hacia el norte para evitar el paso por la ciudad de Elderew y la región de los lagos. La lluvia se convirtió en una llovizna lenta, y las nubes comenzaron a dispersarse, permitiendo que se filtrara un poco de luz a través de las copas de los árboles. La frialdad persistía en el ambiente, pero Ben estaba tan entumecido que ya no lo notaba. Seguía al cachorro del barro en silencio, caminando con esfuerzo, preguntándose vagamente a qué se debía el nombre de aquella criatura, dónde iban y por qué, qué debía hacer con el medallón y, sobre todo, qué debía hacer con Daga. El gato iba tras él, avanzando con pasos cautelosos y ágiles saltos, evitando el fango y los charcos, esforzándose por mantenerse limpio.

Como todos los gatos, pensó Ben.

Pero, desde luego, Daga Demadera no era un gato convencional, por mucho que se esforzara en afirmar lo contrario. El verdadero problema consistía en tomar una decisión respecto a él. Viajar con Daga era como viajar con una persona que te supera en edad y trata de que te sientas como un niño diciéndote de continuo que no sabes valerte por ti mismo. Era obvio que Daga tenía sus razones para estar allí, pero Ben comenzaba a preguntarse si esas razones servían a algún propósito concreto.

Los árboles de madera dura del bosque alto comenzaron a dar paso a las tierras pantanosas cuando estuvieron cerca de las fronteras septentrionales de Elderew. El terreno empezó a descender y la niebla hizo su aparición en jirones largos y serpentinos. La penumbra se oscureció y la helada humedad se tornó en calor pegajoso. Ben se sentía incómodo.

El cachorro del barro no disminuyó lo más mínimo el ritmo de su marcha.

—¿Suelen actuar así estas criaturas? —le susurró por fin a Daga—. Quiero decir que si suelen indicarte que las sigas.

—Nunca —respondió Daga, y estornudó.

Ben miró con furia al gato. *Espero que cojas una neumonía, pensó funestamente.*

Se adentraron en la lobreguez, entre grupos de cipreses, sauces y maleza de pantano imposible de describir ni identificar. El barro succionaba las botas de Ben y el agua surgía en las huellas que dejaban. La lluvia cesó por completo, dando paso a una quietud tenebrosa. Ben se preguntó cómo se sentiría si estuviese seco. Las ropas le pesaban como si fueran de plomo. La niebla se había espesado y su visión quedaba reducida a escasos metros. *Quizás nos han conducido aquí para morir, pensó. Quizás eso es lo cierto.*

Pero no era «eso» ni cualquier otra cosa que requiriera una atención inmediata, sólo era un camino que atravesaba una ciénaga y terminaba en un enorme hoyo de fango. El cachorro del barro los condujo hacia el hoyo, esperó a que llegasen al borde y desapareció en la oscuridad. El hoyo se extendía bajo la niebla y la penumbra unos quince metros. Era una enorme y plácida charca que burbujeaba de vez en cuando y no despertaba mucho interés. Ben la contempló, luego miró a Daga y se preguntó qué ocurriría a continuación.

No pasó más de un momento antes de que lo averiguara. El fango pareció alzarse en su zona central, y una mujer se elevó de las profundidades para quedar de pie sobre su superficie.

—Buenos días, gran señor —saludó.

Daba la impresión de estar desnuda, aunque era difícil saberlo ya que estaba cubierta de barro de la cabeza a los pies y se adhería a ella como una túnica. En sus ojos se produjo un destello de luz cuando se fijaron en Ben; pero, excepto por los ojos, no era más que una figura de barro. Se mantenía sobre la superficie de la charca como si fuese ingrávida y, en apariencia, se hallaba relajada y cómoda.

—Buenos días —contestó Ben, sin mucha seguridad.

—Veo que viajas con un prismagato —comentó, con una voz extrañamente inexpresiva y resonante—. Puedes considerarte afortunado. Un prismagato puede ser un compañero muy valioso.

Ben no estaba muy de acuerdo con esa afirmación, pero se abstuvo de decirlo. Daga tampoco habló.

—Se me conoce como la Madre Tierra, gran señor —continuó la mujer—. Ese nombre me fue dado hace siglos por los habitantes de la región de los lagos. Como ellos, procedo del mundo de las hadas. A diferencia de ellos, la elección de venir aquí fue mía, y la tomé cuando se creó este país, cuando se me necesitaba. Soy el alma y el espíritu de la tierra. Soy la jardinera de Landover, podríamos decir. Sigo cuidando su tierra y las cosas que crecen en ella. La protección y el cuidado de ésta no son sólo míos, porque los que viven en su superficie deben compartir la responsabilidad de su atención, pero yo soy una parte integrante del proceso. Yo doy la posibilidad desde abajo y los otros aprovechan esa posibilidad para la fructificación. —Hizo una pausa—. ¿Comprendes, gran señor?

Ben asintió.

—Creo que sí.

—Bueno, es necesario que se entienda un poco. La tierra y yo somos inseparables. Ella forma parte de mí, y yo soy una con ella. Como estamos unidas, puedo conocer todo lo que ocurre en Landover. Te conozco, en especial porque tu magia es también parte de mí. Existe un vínculo irrompible entre el gran señor de Landover y la tierra. Lo comprendes, ¿verdad?

Ben asintió otra vez.

—Ya lo he descubierto. ¿Por eso me reconoces aún así alterada mi apariencia?

—Te reconozco del mismo modo que los prismagatos, gran señor; nunca confío en las apariencias. —Empleaba una levísima ironía no descortés—. Te observé cuando ligaste a Landover y te he seguido desde entonces. Posees valor y determinación. Sólo careces de conocimientos. Pero la sabiduría llegará en su momento. Éste es un país difícil de entender.

—Es un poco confuso precisamente ahora —admitió Ben.

La Madre Tierra le agradaba mucho más que Daga Demadera.

—Confuso, sí. Pero menos de lo que crees. —Su opaca figura sin facciones ondeó levemente en el remolino de rubia. Sus ojos brillaron—. Hice que el cachorro del barrete trajera para poder darte información sobre Sauce.

—¿La has visto? —preguntó Ben.

—La he visto. Su madre me la trajo. Su madre y yo estábamos relacionadas como las auténticas criaturas fantásticas lo están con la tierra. Compartimos la magia. El Amo del Río no la trata adecuadamente, porque sólo piensa en poseerla y no la acepta tal como es. El Amo del Río trata de dominarla al estilo humano, gran señor. Un gran error que espero reconozca a tiempo. Nadie debe apropiarse de la tierra y sus dones. La tierra es un tesoro que debe ser compartido por todas las vidas finitas y no destinarse al uso privado. Pero nunca ha sido así, ni en Landover ni en los mundos de más allá. Las clases superiores tratan de dominar a las inferiores, y todas tratan de dominar a la tierra. El corazón de la Madre Tierra se desgarró con frecuencia por eso. Hizo una pausa.

—El amo del Río también lo intenta, y es mejor que algunos —continuó—. Sin embargo, busca el dominio sobre otros de un modo menos obvio. Usa su magia para que la tierra recupere su pureza sin comprender que su visión no es necesariamente cierta. A veces el proceso de agonía y regeneración es preciso para el desarrollo. Un reciclaje de la vida es parte de la existencia. Nadie puede pronosticar la totalidad del ciclo, y una alteración de cualquier período puede acarrear perjuicios. El Amo del Río no comprende eso, del mismo modo que no comprende por qué la madre de Sauce no puede pertenecerle. No ve más allá de las necesidades inmediatas.

—¿Como su necesidad del unicornio negro? —la interrumpió Ben, dejándose llevar de un impulso.

La Madre Tierra lo estudió con atención.

—Sí, gran señor, el unicornio negro. Hay una necesidad que nadie puede resistir, quizás ni siquiera tú. —Guardó silencio un momento—. Estoy divagando. Te he traído aquí para hablarte de Sauce. He sentido tu relación con ella, y la sensación es buena. Hay un vínculo especial entre los dos que promete algo que he esperado largo tiempo. Deseo hacer todo lo posible para preservar ese vínculo. Levantó un brazo

oscuro.

—Escucha, gran señor —dijo después—. La madre de Sauce hace un par de días, al amanecer. Sauce no deseaba solicitar ayuda de su padre, y su madre no podía darle lo que necesitaba. Esperaba que yo pudiera. Ha soñado dos veces con el unicornio negro; una cuando aún estaba contigo y otra tras abandonar el castillo. Los sueños son una mezcla de verdad y mentira, y ella no puede separar una de otra. En eso no puedo ayudarle. Los sueños no son competencia de la tierra. Los sueños viven en el aire y en la mente. Me preguntó si el unicornio negro era un ser del bien o del mal. Le dije que sería ambas cosas hasta que se comprendiese del todo su verdad. Me preguntó si podía mostrarle esa verdad. Le respondí que no estaba en posesión de la verdad. Me preguntó si conocía la existencia de la brida de oro. Le dije que sí. Ahora ha ido a buscarla.

—¿Adónde? —preguntó Ben con precipitación.

La Madre Tierra volvió a guardar silencio durante un momento, como si discutiera algo consigo misma.

—Gran señor, debes prometerme algo —dijo al final—. Sé que estás angustiado. Sé que tienes miedo. Quizás incluso estás próximo a la desesperación. El camino por el que viajas ahora es difícil. Pero debes prometerme que ocurra lo que ocurra y por mucho que eso te abrume, tu primera preocupación será siempre Sauce. Debes prometerme que harás todo lo que esté en tu mano para mantenerla a salvo.

Ben dudó un instante antes de contestar, confundido.

—No lo entiendo. ¿Por qué me pides eso?

Los brazos de la Madre Tierra se cruzaron junto a su cuerpo.

—Porque debo, gran señor. Por ser quien soy. Esta respuesta ha de bastarte.

Ben frunció el entrecejo.

—¿Y si no puedo mantener la promesa? ¿Y si decido romperla?

—Cuando se hace una promesa, debe cumplirse. La cumplirás porque no tendrás elección. —Los ojos de la Madre Tierra pestañearon una sola vez—. Una promesa que se me hace a mí, recuérdalo, ha de mantenerse. La magia nos une de ese modo.

Ben meditó sobre el asunto durante un largo rato, indeciso. Lo que le preocupaba no era comprometerse con Sauce, sino la promesa misma. Significaba excluir el resto de las opciones sin saber cuáles serían. Un voto a ciegas que carecía de visión de futuro.

Pero, en realidad, así era como funcionaba la vida con frecuencia. No siempre ofrecía posibilidades de elección.

—Lo prometo —dijo, y el abogado que habitaba en él se estremeció.

—Sauce ha ido al norte —le informó la Madre Tierra—. Probablemente a la Caída Profunda.

Ben se tensó.

—¿A la Caída Profunda? ¿Probablemente?

—La brida es un elemento fantástico de la magia, tejido hace muchísimo tiempo por los magos del país. Ha pasado por muchas manos a través de los años, pero no ha sido olvidada. En el pasado reciente, ha estado en el poder de la Bruja Belladona. Ésta la robó y la escondió con sus demás tesoros. Se apoderaba de las cosas que le parecían bellas para contemplarlas cuando lo deseaba. Pero el dragón Strabo se la robó varias veces, puesto que él también codiciaba tales tesoros. El robo de la brida llegó a ser una verdadera contienda entre los dos. Al final quedó en posesión de la bruja.

Una gran cantidad de recuerdos desagradables surgieron con la mención de Belladona y la Caída Profunda. Había muchos lugares en el reino de Landover que Ben no deseaba visitar, y la morada de la bruja era el primero de la lista.

Pero Belladona se había ido al mundo de las hadas, ¿no era así?

—Sauce se marchó cuando le hablé de la brida de oro, gran señor —dijo la Madre Tierra interrumpiendo sus pensamientos—. Eso fue hace dos días. Debes apresurarte si deseas alcanzarla.

Ben asintió con aire distraído, consciente de que el cielo estaba iluminado sobre la lóbreguez perpetua de la ciénaga. El amanecer ya había llegado.

—Te deseo suerte, gran señor —gritó la Madre Tierra. —Estaba empezando a hundirse de nuevo en la ciénaga, cambiando de forma rápidamente mientras descendía—. Busca a Sauce y ayúdale. Recuerda tu promesa.

Ben le pidió que volviera, pues tenía una docena de preguntas no formuladas en sus labios, pero ella desapareció casi de inmediato. Se quedó contemplando la superficie lisa y vacía.

—Bueno, al menos sé qué camino ha tomado Sauce —se dijo—. Ahora sólo tengo que salir de aquí.

Como por arte de magia, el cachorro del barro reapareció, deslizándose desde debajo de un montón de hojas. Lo miró solemnemente, empezó a andar, miró hacia atrás, anduvo unos pasos y esperó.

Ben lanzó un suspiro. Era demasiado inquietante que sus deseos se cumplieran con tanta rapidez. Miró a Daga, y éste le devolvió la mirada.

—¿Quieres pasear un rato en dirección norte? —le preguntó al gato.

El gato, como era de prever, no dijo nada.

CACERÍA

Habían transcurrido cuatro días desde que salieron de Elderew. Se hallaban al este de Rhyndweir, en pleno centro del Prado, cuando se encontraron con el cazador.

—Era negro como el carbón de las minas del norte, como una sombra jamás aclarada por la luz del día. ¡Madre mía! Pasó junto a mí, tan cerca que me pareció que podría tocarlo con sólo extender la mano. Todo él era gracia y belleza. Saltaba igual que si la tierra no pudiera sostenerlo, alejándose de nosotros como una ráfaga de viento que se puede sentir y a veces ver, pero nunca tocar. En realidad, ni se me ocurrió tocarlo. No hubiese deseado tocar algo tan... puro. Era como el fuego; limpio pero peligroso, si te acercas demasiado.

La voz del cazador estaba acelerada y enronquecida por las emociones que aún se mantenían a flor de piel. Se sentó con Ben y Daga a últimas horas de la tarde alrededor de una pequeña fogata encendida al amparo de un bosquecillo de robles y un risco. El crepúsculo teñía de rojo púrpura el horizonte occidental, y una sutil sombra gris azulada se agrandaba en el oriental. El día había sido tranquilo y cálido. Las nubes de lluvia de las cuatro noches precedentes ya no eran más que un recuerdo. Los pájaros entonaban sus cantos nocturnos entre los árboles, y el olor de las flores llenaba el aire.

Ben observó con atención al cazador. Era un hombre corpulento, de esqueleto grande, con la piel curtida y bronceada por el sol y manos encallecidas. Vestía ropas de leñador, con altas botas de cuero ablandadas a mano para hacerlas más cómodas y sigilosas, y portaba una ballesta y saetas, un gran arco y flechas, un machete y un cuchillo de monte. Su rostro era alargado y huesudo, una máscara de ángulos y planos con la piel tirante y las facciones crispadas por la tensión. Tenía la apariencia de un hombre peligroso. En otras ocasiones, podría haberlo sido.

Pero no esa noche. Esa noche estaba disminuido.

—Me estoy precipitando —murmuró de repente, y era tanto una autoamonestación como una afirmación. Se enjugó la frente con su enorme mano y se aproximó más a las llamas de la hoguera como para absorber su calor—. Estaba a punto de irme de allí, ¿sabes? Iba a dirigirme al Melchor para cazar carneros cimarrones. Ya tenía todas mis cosas preparadas cuando me encontró Dain. Me alcanzó en el cruce de caminos, corriendo igual que si su mujer estuviera de parto, llamándome como un loco. Me detuve y le esperé, y ésa fue la verdadera locura.

Se ha organizado una cacería, dijo. El propio rey la ha convocado. Su gente está por todas partes buscando a los mejores y más rápidos para atrapar algo increíble. ¡Un unicornio negro! Sí, de verdad. Un unicornio que debe ser cazado aunque se tarde un mes, y tenemos que buscar a la bestia de una punta a la otra del valle. Tienes que venir. ¡Están dando a todos los hombres veinte piezas al día, más comida,

y si lo cazas, otras cinco mil!

El cazador se rió tétricamente.

—Cinco mil piezas. Creo que es la mejor oportunidad que se me ha presentado en la vida; más dinero del que conseguiría trabajando diez años en cualquier otra cosa. Miré a Dain y le pregunté si había perdido la cabeza, luego vi el brillo de sus ojos y supe que todo era verdad, la cacería y la recompensa de cinco mil; que algún loco, fuese rey o no, creía que andaba por ahí un unicornio negro dispuesto a ser atrapado.

Ben miró a Daga. El gato estaba sentado a poca distancia de él, con los ojos fijos en el cazador y las zarpas dobladas bajo su cuerpo, de modo que quedaban ocultas. No se había movido ni pronunciado palabra desde que el hombre llegó a su pequeño campamento y solicitó compartir su cena. Daga había adoptado la actitud de un gato normal. Ben no podía dejar de preguntarse en qué estaría pensando.

—Así que fuimos, Dain y yo, y dos mil más semejantes a nosotros. Fuimos a Rhyndweir donde empezaba la cacería. Toda la llanura que hay entre los ríos estaba llena de cazadores acampados, que esperaban. Había batidores y rastreadores, estaba el barón Kallendbor y todos los demás arrogantes terratenientes con sus caballeros con armaduras y soldados de a pie. Había caballos y muías, carretas cargadas de provisiones, portadores y criados, un mar de movimiento y ruido que hubiera asustado a cualquier presa en quince kilómetros a la redonda. ¡Madre mía, que lío! Pero, de todas formas, me quedé, pensando aún en el dinero y en algo más; en el unicornio negro. No podía existir esa criatura, yo lo sabía. Pero ¿y si existía? ¿Y si andaba por allí? ¡Quizás yo no la cazara, pero tal vez consiguiera verla!

»Esa misma noche todos fuimos llamados a las puertas del castillo. El rey no estaba allí, sino su mago, el que llaman Questor Thews. ¡Era una visión! Sus faltriqueras de colores y las bandas le hacían parecer un espantapájaros. Y con él estaba su perro, vestido como tú y yo, caminando sobre sus patas traseras. Alguien dijo que podía hablar, pero yo no lo oí. Estaban con el barón Kallendbor y le susurraron algo que nadie más oyó. El mago tenía la cara blanca como la cal, parecía aterrorizado. En cambio Kallendbor no. ¡Ése nunca parece asustarse de nada! Siempre seguro como la muerte y dispuesto a pronunciar sentencia. Nos llamó con esa voz fuerte y retumbante que llega a más de un kilómetro de distancia. Nos llamó y nos dijo que el unicornio era un animal vivo y real, y que podía cazarse como a cualquier otro. Éramos más que suficientes y tendríamos que atraparlo. Nos asignó nuestros lugares y la línea de batida, y nos envió a dormir. La cacería iba a empezar al amanecer.

El cazador hizo una pausa. Sus ojos miraron fijamente detrás de Ben, a la oscuridad creciente, hacia un punto alejado en el espacio y el tiempo de donde estaban sentados.

—Fue excitante, ¿sabes? Tantos hombres reunidos allí... La cacería más grande

de la que he oído hablar, íbamos a encontrar trolls a lo largo del Melchor y una serie de tribus de criaturas del mundo de las hadas en el sur, sobre la región de los lagos. No creían que el unicornio pudiera estar al sur de allí, no sé por qué. Pero el plan era comenzar en el reborde del este y avanzar hacia el oeste, cerrando los extremos al norte al sur como una enorme red. Los batidores y los hombres a caballo actuarían desde el este; los cazadores y tramperos se establecerían en el oeste en grupos móviles. Era un buen plan.

Esbozó una débil sonrisa.

—Comenzó como estaba previsto. La línea del este empezó a moverse hacia el oeste, barriendo todo lo que encontraba a su paso. Los cazadores como yo nos instalamos en la región montañosa donde podíamos ver todo lo que se movía en las praderas y más allá. Algunos batidores montados recorrían el frente y los extremos, haciendo salir a cualquier ser que estuviera escondido allí. Era impresionante, tantos hombres y tal cantidad de equipo. Parecía como si todo el valle se hubiera reunido en aquella enorme cacería. Parecía como si todos sus habitantes estuvieran presentes. La línea avanzó hacia el oeste durante el resto del día desde los páramos a Rhyndweir y más allá. Batidores y cazadores, hombres a caballo y a pie, carretas cargadas de provisiones iban y venían de los castillos y las ciudades. No entiendo cómo lo organizaron tan deprisa y aún así consiguieron que funcionase, pero lo hicieron. Nadie vio nada, creo. Esa noche acampamos en una línea que se extendía desde el Melchor a Plata Fina. Las hogueras ardían de norte a sur como una gran serpiente zigzagueante. Se podía ver desde las colinas donde Dain y yo estábamos instalados con otros cazadores. Nos encontrábamos fuera de los campamentos principales. De todas formas, allí nos sentíamos como en casa; podíamos ver tanto de noche como de día, y teníamos que mantenernos alerta para que nada se escondiera en la oscuridad.

»El segundo día fue igual que el primero. Llegamos a las colinas que limitan con las praderas, pero no vimos nada. Otra vez acampamos y esperamos. Vigilamos toda la noche.

Ben estaba pensando en el tiempo perdido desde que salió de Elderew hasta llegar al lugar en que se hallaba. Cuatro días. Las malas condiciones climáticas habían retrasado su viaje por la región de los lagos. Además, se había visto obligado a desviarse hacia el este de Plata Fina para evitar el encuentro con la guardia, su guardia, porque podían reconocerle como el extranjero que el rey expulsó de la región. Se había visto obligado abajar a pie todo el camino, porque no tenía dinero para callos y aún tenía escrúpulos para robarlos. Por menos veinticuatro horas no pudo presenciar la cacería. Erizaba a preguntarse qué coste representaría para él.

El cazador se aclaró la garganta y continuó.

—Se produjeron algunos desacuerdos entre los hombres —dijo con voz grave—. Alguno pensaban que aquello era malgastar el tiempo. Con veinte piezas al día o sin

ellas, nadie quiere tomar parte en una tupidez. Los señores también protestaban, diciendo que no cumplíamos con nuestra tarea, que no vigilábamos con la debida atención, que algo podía habernos pasado inadvertido. Nosotros sabíamos que no era así, pero que ellos se negarían a admitirlo. De modo que les dijimos que procuraríamos observar mejor, que vigilaríamos más. Pero entre nosotros nos preguntábamos si habría algo que vigilar.

El tercer día, la línea del oeste alcanzó las montañas, y entonces fue cuando lo encontramos. Los ojos del cazador se avivaron de repente, brillando a la luz del fuego a causa de la excitación. Fue al final de la tarde. El sol estaba oculto tras las montañas y la niebla, y la zona del bosque alto que registrábamos se hallaba oscurecida por las sombras. Era el momento del día en que todo se torna impreciso, cuando se ve movimiento donde no lo hay. Estábamos registrando un apretado grupo («pinos rodeado por árboles de madera dura, maleza y arbustos. Éramos seis, creo, pero se oían docenas de personas moviéndose en las cercanías y los gritos de los batidores situados al este de donde la línea se cerraba. En las montañas hacía calor, cosa rara para esa hora del día. Pero todos estábamos agotados y cansados de perseguir fantasmas. Había una aceptación general de la inutilidad de aquella cacería. El sudor y los insectos empeoraban nuestro trabajo; el cansancio y el dolor lo hacían lento. Ya no pensábamos en el unicornio, sino en terminar la cacería y volver a casa. Todo el asunto parecía una burla.

Hizo una pausa.

—De repente se produjo un movimiento en el pinar, una sombra de algo, nada más que eso. Recuerdo que pensé que mis ojos me engañaban. Iba a comentárselo a Dain, que se hallaba justo a mi izquierda. Pero no lo hice, quizás porque estaba demasiado cansado para hablar. Interrumpí mi búsqueda entre los matorrales y observé el lugar en que se había producido el movimiento para ver si se repetía.

Respiró profundamente y sus mandíbulas se tensaron.

—Entonces, la luz solar que quedaba se oscureció, como si una nube la hubiera tapado durante un momento. Recuerdo cómo me sentía. El aire estaba caliente e inmóvil; el viento había desaparecido. Seguí mirando y la maleza se abrió, dejándolo al descubierto. El unicornio, negro por completo y brillante como el agua. Parecía muy pequeño. Se quedó allí mirándome, no sé cuánto tiempo. Pude ver los pies de cabra, la cola de león, la crin que bajaba por su cuello y seguía por el lomo, los espolones, el cuerno. Era tal como decían las viejas historias, pero más hermoso de lo que podían describir. ¡Madre mía, era maravilloso! Los otros que estaban cerca también lo vieron. Dain sólo captó un vislumbre. Algunos dijeron que con detalle. ¡Pero no tan bien como yo! Lo sentía al alcance de mi mano. ¡Estaba allí mismo!

»Entonces salió disparado. No, no salió disparado. No galopó. Saltó hacia arriba y pareció volar, convertido en movimiento y gracia, como la sombra de un pájaro

proyectada sobre la tierra por el paso del sol. Vino hacia mí y en un abrir y cerrar de ojos, ¡zas!, desapareció. Me quedé aturdido, con la vista fija en el lugar por donde se había marchado, preguntándome si lo había visto en realidad a pesar de estar seguro de ello, pensando en lo maravilloso que había sido contemplarlo, creyendo en su existencia...

Se atragantó con las palabras, como si éstas saltaran unas sobre otras al salir de su garganta en un torrente de extraña emoción. Sus manos estaban alzadas ante él, anudadas por la intensidad del relato de su historia. Ben dejó de respirar un momento, asombrado por lo que estaba viendo, deseando no romper el hechizo.

Después, los ojos del cazador descendieron seguidos de las manos.

—Más tarde, se dijo que había ido derecho al centro de la cacería. Se dijo que atravesó todo aquel lío como el viento atraviesa un bosque. Lo vieron docenas de personas. Tal vez hubo una oportunidad de atraparlo, pero lo dudo. Se metió en la red. Querían darle caza, pero... ¿pero sabes qué? —Los ojos se elevaron de nuevo—. El unicornio se dirigió hacia los señores del Prado y los hombres del rey, directamente hacia ellos. ¡Madre mía! Y el mago, uno de los organizadores de aquello, conjuró no sé qué absurdo y comenzaron a llover flores y mariposas de todas partes. La cacería se deshizo en la confusión, y el unicornio desapareció en un abrir y cerrar de ojos. —De repente sonrió—. Flores y mariposas, ¿puedes imaginarte algo así?

Ben compartió su sonrisa. Sí, podía.

El cazador dobló las rodillas y se rodeó las piernas con los brazos. La sonrisa se borró.

—Y eso es todo. Así acabó la cosa. Todo el mundo se dispersó y comenzó a marcharse. Algunos hablaron de continuar, y de comenzar de nuevo la batida desde el este, pero no llegó a hacerse. Nadie quería tomar parte en eso. Era como si hubiesen perdido el entusiasmo por la caza. Como si todos estuviesen contentos de que el unicornio hubiera escapado. O quizás sólo era que nadie creía en la posibilidad de atraparlo.

Los ojos duros miraron hacia arriba.

—Vivimos tiempos extraños. He oído que el rey ha despedido al mago y al perro. Los echó en cuanto se enteró de lo que había ocurrido. Les ha quitado todo poder por lo que el mago hizo, o por lo que creyó que había hecho. Supongo que el mago no influyó mucho en el desarrollo de los acontecimientos. No podía intervenir con una criatura semejante. Nadie hubiera podido. Era más un fantasma que un ser mortal, más un sueño...

De repente brotaron lágrimas en los ojos del cazador.

—Creo que lo toqué, ¿sabes?, cuando pasó por delante de mí. Madre mía, aún puedo sentir el tacto de seda de su piel al rozarme, como fuego, como... una caricia

de mujer quizás. Una mujer me acarició así una vez, hace tiempo. El unicornio me la recordó. Ahora no podré olvidarlo. Intento pensar en otras cosas, intento ser razonable respecto a lo ocurrido, pero la sensación permanece. —Tensó la cara contra ese sentimiento—. Desde entonces lo he estado buscando por mi cuenta, pensando que tal vez un hombre pueda tener mejor suerte que toda una partida de caza. No intento atraparlo, ni creo que sea posible. Sólo quiero volverlo a ver. Quizás tocarlo una vez más, sólo una, sólo un momento...

Su voz se apagó de nuevo. El fuego crepitó de repente en la quietud, produciendo crujidos agudos. Nadie se movió. La oscuridad ya cubría todo el valle, y los últimos restos de la luz del día se habían desvanecido. Las estrellas y las lunas se hicieron visibles y emitieron su luz tenue y distante, sus colores suaves. Ben miró a Daga Demadera. El gato tenía los ojos cerrados.

—Sólo quiero tocarlo de nuevo —repitió el cazador—. Sólo un momento.

Miró a Ben con ojos vacíos. El recuerdo de quién y qué había sido fue devorado por el silencio que siguió.

Esa misma noche Sauce volvió a soñar con el unicornio negro. Durmió acurrucada cerca del fiel Chirivía en un bosquecillo de pinos cercano al borde de la Caída Profunda, oculta por las ramas y las sombras. Su viaje al norte desde Elderew había durado cinco días. Ahora sólo le llevaba unas horas de adelanto a Ben Holiday. La cacería del unicornio negro la había retrasado casi un día con su batida de la región montañosa al oeste del Prado, y desviado hacia el este. No tenía ni idea sobre el objetivo de la cacería. No tenía ni idea de que Ben la estuviese buscando.

El sueño llegó a medianoche, penetrando en su mente dormida igual que una madre en la habitación de su hijo adormecido, como una presencia cálida y reconfortante. No le produjo miedo esta vez, sino tristeza. Ella estaba andando entre los árboles del bosque y después por las praderas. El unicornio negro observaba como un fantasma llegado de otro mundo para vigilar a los seres vivientes. Aparecía y se desvanecía como la luz del sol tras una nube, a veces en la sombra de un enorme arce, otras en un bosquecillo de abetos... Nunca era del todo visible, sólo parcialmente. Era negro y carente de facciones, salvo de ojos, y éstos eran espejo de todas las tristezas presentes y por venir.

Los ojos hicieron llorar a Sauce, y las lágrimas recorrieron sus mejillas mientras dormía. Los ojos estaban angustiados, llenos de un dolor que ella sólo podía intuir, acosados más allá de lo imaginable. El unicornio negro de su sueño no era un engendro del diablo, era una criatura delicada y maravillosa que de algún modo había sido terriblemente maltratada...

Se despertó con un sobresalto, con la imagen del unicornio de ojos fijos y asombrados claramente grabada en su mente. Chirivía dormía junto a ella, tranquilo. Aún faltaban varias horas para el amanecer, y Sauce se estremeció a causa del frío de

la noche. Su fino cuerpo tembló ante el susurro de las palabras del sueño en su memoria, y sintió la magia de su presencia con la sensibilidad propia de los seres del mundo de las hadas.

Comprendió de repente que aquel sueño era verdadero, que aquel sueño era auténtico.

Se enderezó apoyándose en el tronco rugoso del pino, deglutió la sequedad de su garganta y se obligó a reflexionar sobre lo que el sueño le había mostrado. Contenía algún elemento que lo requería. Quizás eran los ojos del unicornio. Solicitaban algo de ella. Ya no era suficiente limitarse a pensar en recuperar la brida de oro y conducirlo a Ben. Ésa era la orden del primer sueño, el sueño que la había conducido a esta búsqueda, pero la verdad de ese sueño se había hecho dudosa. El unicornio de aquel sueño era diferente por completo al de éste. El primero era un demonio, el segundo una víctima. El primero era un perseguidor, el segundo... ¿un acosado? Tal vez fuese así. En los ojos del unicornio había demanda de ayuda. Era como si implorase su apoyo.

Y ella supo que debía dárselo.

Sintió un fuerte estremecimiento. ¿En qué estaba pensando? Si se acercaba al unicornio, estaría perdida. ¡Debía olvidar esa locura! Debía reunirse con Ben...

Dejó inconcluso el pensamiento, se agazapó contra la noche y la quietud, y pugnó con su decisión. Deseó que su madre estuviese allí para confortarla o recibir de nuevo el consejo de la Madre Tierra.

Pero, sobre todo, deseaba la presencia de Ben.

Más ninguno de ellos estaba allí. Sin contar a Chirivía, se hallaba sola.

El tiempo transcurría con rapidez. Se levantó súbitamente, sin ruido, como una sombra. Dejando a Chirivía dormido en el pinar, se dirigió a la Caída Profunda. No iba impulsada por la razón, sino por el instinto; sin dudas ni temores, con la certeza de que todo saldría bien y de que no corría ningún riesgo.

Al amanecer, estaba de regreso. No poseía aún la brida de oro, pero sabía dónde se encontraba. Su sensibilidad de criatura fantástica le había dicho lo que ni siquiera pudo decirle la Madre Tierra. La brida había sido robada otra vez.

Despertó a Chirivía, recogió sus escasas pertenencias, dedicó una mirada breve al oscuro cuenco de la hondonada y comenzó a caminar hacia el este.

LADRONES

Cuando Ben Holiday y Daga Demadera se despertaron a la mañana siguiente, el cazador se había ido. Ninguno de los dos lo había oído marcharse. Había partido sin decir una palabra, desapareciendo sin dejar rastro, como si nunca hubiese existido. Incluso su rostro era sólo un vago recuerdo para Ben. Sólo persistía aún, vivido e inquietante, el relato que había hecho de la cacería del unicornio negro.

El desayuno fue triste.

—Espero que encuentre lo que está buscando —murmuró Ben en un momento.

—No puede —contestó Daga con voz suave—. No existe.

Ben comenzaba a dudar de eso. El unicornio negro parecía tan huidizo e inmaterial como el humo. Podía verse, pero nunca más de unos momentos ni con más precisión que una sombra evanescente. Era una leyenda que había adquirido unos limitados elementos de realidad, pero poco más que una aparición ante cualquier intento o propósito. Había muchas posibilidades de que sólo fuera una aparición, una partícula de magia que tomaba forma pero nunca cuerpo. Sin embargo, en Landover nunca se sabía nada con certeza.

Pensó en preguntarle a Daga, pero rechazó la idea. El gato no le daría una respuesta clara, y estaba harto de sus juegos de palabras.

Decidió cambiar de tema.

—Daga, he estado meditando sobre lo que nos dijo la Madre Tierra de la brida de oro —comentó al terminar el desayuno—. Ella le indicó a Sauce que su última poseedora era Belladona, pero no habló de lo que le había ocurrido a la bruja desde que la envié a las nieblas del mundo de las hadas. —Hizo una pausa—. Sabías que lo hice, ¿verdad? Que envié a Belladona a las nieblas.

Daga se sentó sobre un viejo tronco y estiró las patas delanteras.

—Lo sabía.

—Ella envió a mis amigos a Abaddon, y decidí darle a probar su propia medicina —siguió explicando—. Yo había recibido el Polvo lo de las hadas, un polvo que, si lo respiras, te obliga a someterte a las órdenes de quien te lo ha dado. Después, volví a usarlo con el dragón Strabo. De todos modos, lo usé primero con Belladona y la obligué a convertirse en cuervo y volar hacia las nieblas. —Se detuvo de nuevo—. Pero nunca supe qué le ocurrió después.

—Este resumen tan aburrido conducirá a alguna parte, supongo —comentó Daga, desdeñoso.

Ben enrojeció.

—Me estaba preguntando si Belladona habría encontrado la salida del mundo de las hadas y vuelto a la Caída Profunda. Sería bueno saberlo antes de entrar allí.

Daga se tomó un largo rato para limpiarse la cara, haciendo que Ben enrojeciera

aún más a causa de la impaciencia. Al final, el gato fijó la vista en él.

—No he estado en la Caída Profunda desde hace mucho tiempo, gran señor. Pero acepto la posibilidad de que Belladona haya regresado.

Ben se tomó un instante para asimilar la información. Lo que menos necesitaba en este momento era un encuentro con Belladona. Ya no tenía el medallón para que lo protegiese, si es que realmente podía protegerle de una criatura tan maligna como la bruja. Si ella lo reconocía, podía considerarse muerto. Incluso aunque no lo hiciese, era improbable que lo recibiera con los brazos abiertos. Y tampoco le daría la bienvenida a Sauce; en especial, cuando se enterase de lo que andaba buscando. No estaría dispuesta a entregar la brida de oro, por muy convincentes que fueran los argumentos de la sílfide. La convertiría en sapo... y también a él. Pensó con añoranza en el Polvo lo y deseó tener al menos un puñado. Eso facilitaría mucho las cosas.

Sus ojos se clavaron en Daga.

—¿Qué te parecería un rápido viaje al mundo de las hadas? —le preguntó de repente—. Lo hice una vez y podría repetirlo. Las hadas me reconocerían, con magia o sin ella. Quizás puedan ayudarme a recuperar mi apariencia. Al menos, podrían darme otra vaina de Polvo lo para usarla con Belladona. Después de todo, le prometí a la Madre Tierra que haría todo lo que estuviese en mi mano para proteger a Sauce, y no podré cumplir la promesa si no me protejo a mí mismo.

Daga le estudió un instante, parpadeó y bostezó.

—Nadie puede ayudaros a resolver vuestro problema, y menos las hadas.

—¿Por qué no? —dijo Ben, irritado por la insufrible presunción del gato.

—En primer lugar, porque la magia que os ha transformado es la vuestra, como os he dicho media docena de veces. Y, en segundo lugar, las hadas no os ayudarían sólo porque se lo pidiésteis. Las hadas se inmiscuyen en la vida de la gente cuando quieren y donde quieren. —El presuntuoso hocico se plegó con desagrado—. Eso ya lo sabíais antes de preguntarlo, gran señor.

Ben ardía por dentro. Desde luego, el gato tenía razón; ya lo sabía. Las hadas no intervenían en los problemas de Landover cuando llegó al valle por primera vez, aunque el Deslustre y la Marca de Hierro actuaban en él, y no era probable que lo hiciesen ahora. Él era el rey, y estaba obligado a resolver los problemas.

Pero ¿cómo lo conseguiría?

—Vamos —ordenó de repente, poniéndose en pie—. Tengo una idea que puede funcionar. —Se estiró las botas, alisó sus ropas y esperó a que Daga le preguntase qué idea era ésa. El gato se abstuvo. Finalmente añadió: ¿No quieres saber los detalles?

Daga se desperezó y saltó del tronco para colocarse ante él.

—No.

Ben apretó los dientes y se juró que no hablaría más del asunto aunque el cielo se juntara con la tierra.

Dedicaron las primeras horas de la mañana a caminar hacia el norte, bordeando las llanuras del Prado, desviándose ligeramente al este, en dirección a las estribaciones del Melchor. Ben abría la marcha pero, como de costumbre, Daga parecía saber a dónde se dirigían y con frecuencia viajaba a su lado, abriéndose camino a través de la hierba alta ajeno en apariencia a los propósitos de Ben. El gato continuaba siendo un misterio sin solución, pero Ben se obligó a concentrarse en la tarea que tenía entre manos en vez de tratar de comprender a Daga, porque eso lo volvía loco. Era más fácil aceptar al gato como se aceptan los cambios del tiempo.

Las praderas aún conservaban las marcas del paso de la cacería. Las botas de los participantes habían aplastado parte de la hierba alta y destrozado la maleza. Desechos de las carretas de provisiones salpicaban las llanuras, y las cenizas de las grandes fogatas ennegrecían las multicoloreadas praderas. La región del Prado recordaba el aspecto de un campo tras la fiesta del Cuatro de Julio. Ben arrugó la nariz con desagrado. Meeks ya volvía a utilizar la tierra de un modo egoísta.

Había también otros signos de deterioro. Signos de la marchitez de que adolecía el valle cuando llegó a Landover habían vuelto a las plantas y a los árboles. Signos que sólo podían reaparecer por la disminución de los poderes mágicos del rey. Cuando no había rey en Landover, la tierra perdía fuerza, lo había descubierto en su primera visita. Meeks no era el verdadero rey, a pesar de su apariencia externa, y Landover comenzaba a mostrar los efectos. Los signos todavía eran escasos, pero se incrementarían. Al final, el Deslustre volvería a Plata Fina y todo el valle comenzaría a enfermar. Ben aceleró el paso, como si con eso ayudara de algún modo.

Una caravana de comerciantes, que viajaba hacia el norte para proveerse en el Melchor de herramientas y armas de los trolls, se cruzó con ellos al mediodía y los invitaron a compartir su comida. El tema principal de la charla fue la cacería del unicornio negro y los extraños acontecimientos de los últimos días. El rey se había encerrado, negándose a ver a nadie, incluso a los señores del Prado. Las obras públicas habían sido interrumpidas, el consejo judicial y el receptor de quejas disueltos, los mensajeros habían sido enviados a sus casas, y todo en general se encontraba en un punto muerto. Nadie sabía qué estaba ocurriendo. Había rumores de demonios que volaban bajo los cielos nocturnos, seres monstruosos que robaban el ganado y los niños perdidos al igual que los dragones lo habían hecho en otra época. Corrían rumores de que el propio rey era el responsable, que había llegado a un maligno acuerdo por el que permitiría la entrada en Landover a los demonios de Abaddon si éstos le entregaban el unicornio negro.

Todo parecía girar en torno al unicornio. El rey había hecho saber en términos inequívocos que quería poseer a esa criatura, y que quien se la proporcionase recibiría una gran recompensa.

—Si eres capaz de atrapar el humo, eres hombre rico —bromeó un comerciante, y

los demás rieron.

Ben no lo hizo. Se despidió apresuradamente y continuó hacia el norte a una marcha aún más rápida. Las cosas empezaban a desbordarse, y en gran parte era por su culpa.

Hacia media tarde, llegó a la región de los gnomos nognomos.

Los gnomos nognomos pertenecían a una raza que habitaba en madrigueras con la que había tenido contacto sus primeros días como rey de Landover. Eran pequeños, peludos, mugrientos, y parecían topos grandes. Eran carroñeros y ladrones, y tan dignos de confianza como un perro ante un filete. De hecho, había que evitar que se acercaran a los perros, porque los consideraban, junto con los gatos y otros pequeños animales domésticos, manjares exquisitos. Abernathy definía como caníbales a los gnomos nognomos.

Questor los tachaba de problemáticos. Todos estaban de acuerdo en que eran unos indeseables. El apelativo de *nognomos* provenía de la demanda expresada por aquellos que tenían la mala suerte de contactar con ellos de alguna forma: *¡No queremos gnomos!* Dos de esos gnomos, Phillip y Sot, habían ido a Plata Fina para solicitar la ayuda de Ben en la liberación de su gente, apresada por los trolls de la montaña por robar y comerse a varios perezosos que tenían como mascotas. Ben estuvo a punto de perder la vida en esa aventura, pero los gnomos nognomos habían demostrado ser los más serviciales de sus súbditos, aunque no los más valientes.

Phillip y Sot le aseguraron en una ocasión que conocían la Caída Profunda como la palma de su mano.

—Ésa es la clase de ayuda que necesitamos —le dijo Ben a Daga, a pesar de su propósito de no volver a hablarle—. Nunca se podrá persuadir a Belladona para que entregue ¹ la brida voluntariamente. Sauce debe de saberlo también, pero eso no le impedirá intentarlo. Sospecho que será más directa que precavida; es demasiado honesta para obrar de otro modo. En cualquier caso, si ha entrado en la Caída Profunda, es probable que se encuentre en apuros. Necesitará ayuda. Phillip y Sot pueden informarnos. A ellos les es fácil evitar que los vean. Si Sauce o Belladona están allí, nos lo dirán. Si la brida está allí, quizás puedan robarla para nosotros. ¿Te das cuenta? Ellos pueden llegar donde nosotros no podemos.

—Hablaréis por vos —contestó Daga.

—¿Tienes un plan mejor? —le replicó Ben de inmediato.

Daga ignoró su irritación.

—No tengo ningún plan —dijo—. Es vuestro problema, no el mío.

—Muchas gracias. En ese caso, supongo que no te parecerá interesante participar en esta exploración y robo.

—Claro que no. Soy su acompañante, no su lacayo.

—Eres un chinche, Daga.

—Soy un gato, gran señor.

Ben terminó la discusión con una mirada ceñuda y se encaminó hacia la comunidad de las madrigueras. Los gnomos nognomos vivían en ciudades semejantes a las de las marmotas de las praderas, y unos centinelas avisaron de su presencia mucho antes de que él pudiera ver nada. Cuando llegó a la ciudad, no había gnomos nognomos a la vista, sólo una gran cantidad de agujeros vacíos en apariencia. Ben se adentró hasta el centro de la ciudad, se sentó en un tocón y esperó. Había estado allí varias veces desde que se convirtió en rey, y conocía el juego.

Unos minutos más tarde, Daga se le acercó, se enroscó a su lado sin decir palabra y cerró los ojos contra el sol de la tarde.

Poco después, un rostro peludo asomó por una de las madrigueras. Los ojos parpadearon levemente al enfrentarse con la luz del día, y la nariz al olfatear el aire.

—Buenas tardes, señor —lo saludó el gnomo, ladeando su desgastado gorro de cuero con una pluma roja.

—Buenas tardes —contestó Ben.

—¿De paseo, señor?

—Un paseo para respirar aire fresco y tomar el sol. Es muy saludable.

—Oh sí, desde luego, muy saludable. Debes tener cuidado con los resfriados de garganta y pecho que se cogen durante el otoño.

—Sí, claro. Los resfriados suelen ser muy traicioneros.

Estaban andando con pies de plomo, y Ben dejó que las cosas siguieran su curso normal. Los gnomos nognomos se comportaban así con los extraños, llenos de miedo. Primero los tanteaba uno. Si no captaba en ellos ningún peligro, salían los demás. En caso contrario, permanecían ocultos.

—Espero que su familia se encuentre bien —siguió Ben, tratando de ser convencional—. ¿Y su comunidad?

—Oh, muy bien gracias, señor. Todos muy bien.

—Me alegro.

—Sí, yo también me alegro. —El gnomo miró a su alrededor con disimulo para comprobar si Ben estaba solo, o si escondía algo—. Debes de haber andado mucho si vienes del Prado, señor. ¿Eres artesano?

—No exactamente.

—¿Comerciante, entonces?

Ben titubeó un momento y después asintió.

—A veces, lo soy.

—¡Oh! —El estrabismo del gnomo se acentuó—. Pero, al parecer, en este viaje no llevas mercancía, señor.

—Ah, bueno, a veces las apariencias engañan. Algunas mercancías pueden ser muy pequeñas. ¿Sabe? —Palpó su camisa—. Caben en un bolsillo.

Los dientes del gnomo destellaron en su rostro mugriento cuando esbozó una sonrisa nerviosa.

—Desde luego, eso es verdad. ¿Estás interesado en hacer negocios aquí, señor?

—Puede ser —dijo Ben echando el anzuelo, y esperó.

El gnomo no lo desilusionó.

—¿Con alguien en particular?

Ben se encogió de hombros.

—En el pasado hice algunos negocios con dos miembros de su comunidad, Phillip y Sot. ¿Los conoce?

El gnomo pestañeó.

—Sí, Phillip y Sot viven aquí.

Ben le dirigió su sonrisa más amable.

—¿Están por ahí?

El gnomo le devolvió la sonrisa.

—Quizás. Sí, quizás. ¿Puedes esperar un momento, por favor? Sólo un momento.

Volvió a hundirse en la madriguera y se perdió de vista. Ben esperó. Los minutos pasaban y nadie aparecía. Ben siguió sentado en el tocón y trató de aparentar que se encontraba a gusto. Podía sentir ojos observándole desde todas partes. Las dudas comenzaron a reptar por su mente. ¿Y si Phillip y Sot le echaban una ojeada y creían que no lo habían visto nunca? Después de todo, ya no era el Ben Holiday que habían conocido. Era un extraño, y no muy bien vestido. Bajó la vista hacia sus ropas, recordando su triste situación. Tenía el aspecto de un comerciante bastante zarrapastroso, y lo admitió con pesar. Phillip y Sot podrían decidir que 110 valía la pena molestarse. Podrían haber decidido ya quedarse donde estaban. Y si no lograba acercarse a ellos lo suficiente para hablarles, no lograría obtener su ayuda.

Las sombras de la tarde se alargaron. La paciencia de Ben empezó a evaporarse como el agua sobre el fuego. Dirigió una mirada nerviosa a Daga. Éste no le ofreció ningún apoyo. Tenía los ojos cerrados, las zarpas plegadas bajo el cuerpo, la respiración enlentecida al máximo, casi imperceptible. Podía estar durmiendo o podía estar disecado.

Los agujeros de las madrigueras continuaban bostezando con vacío desinterés. El sol continuaba deslizándose tras las montañas del oeste. Nadie aparecía.

Ben acababa de decidir arrojar la toalla, cuando un rostro peludo y sucio asomó de repente por un agujero situado a una docena de metros de él, seguido de inmediato por otro. Dos narices olisquearon el aire de la tarde con cautela. Dos pares de ojos atisbaron con precaución.

Ben dejó escapar un suspiro de alivio. Eran Phillip y Sot. Los cuatro ojos se fijaron en él.

—Buen día, señor —dijo Phillip.

—Buen día, señor —dijo Sot.

—Buen día, desde luego —respondió Ben alegremente, levantándose del tocón.

—¿Deseas vender algo, señor? —preguntó Phillip.

—¿Deseas vendernos algo, señor? —preguntó Sot.

—Sí, eso quisiera. —Hizo una pausa—. ¿Les importaría venir aquí, caballeros? Así podré estar seguro de que verán bien lo que vendo.

Los gnomos nognomos se miraron entre sí, luego emergieron a la luz crepuscular. Los cuerpos rechonchos y peludos iban vestidos con lo que parecían desechos del Ejército de Salvación. Sus barbudas caras de hurón estaban provistas de unos diminutos ojos bizcos y unas narices arrugadas que oteaban el aire como veletas movidas por el viento. El polvo y la suciedad los cubría de la cabeza a los pies.

Eran Phillip y Sot, sin duda alguna.

Ben esperó hasta que estuvieron a un metro de distancia, y les indicó con un gesto que se acercasen más.

—Quiero que me prestéis mucha atención —les dijo—. Limitaos a escuchar. Soy Ben Holiday. Soy el gran señor de Landover. Mi apariencia ha sido cambiada mediante el uso de la magia, pero sólo temporalmente. Volveré a ser quien era tarde o temprano. Cuando lo consiga, recordaré quién me ayudó y quién no. Y en este momento necesito vuestra ayuda.

Su mirada fue de un rostro a otro. Los gnomos le contemplaban sin hablar, con sus ojos curiosos y sus narices exploratorias. Se miraron entre sí y luego otra vez a Ben.

—Tú no eres el gran señor —dijo Phillip.

—No, no lo eres —añadió Sot.

—Sí, sí lo soy —dijo Ben.

—El gran señor no estaría aquí solo —afirmó Phillip.

—El gran señor habría venido con sus amigos, el mago, el perro hablador, los kobolds y Sauce, la bella y joven sílfide corroboró Sot.

—El gran señor habría venido con sus guardas y sus criados —dijo Phillip.

—El gran señor habría venido con sus estandartes —agregó Sot.

—Tú no eres el gran señor —repitió Phillip.

—No, no lo eres —repitió Sot.

Ben tomó una bocanada de aire.

—He perdido todo eso por culpa de un mago malvado, el mago que me trajo a Landover, el mago que vi en el cristal después de que escapamos de los trolls de la montaña, ¿recordáis? Vosotros fuisteis a Plata Fina a solicitar mi ayuda. Os acompañé en el viaje para liberar a vuestra gente de los trolls; los gnomos que se habían comido a los perezosos que ellos tenían como mascotas. Si no fuese el gran señor, ¿cómo iba a conocer esas cosas?

Fillip y Sot volvieron a cruzar miradas. Esta vez un poco desconcertados.

—No lo sabemos —admitió Phillip.

—No tenemos ni idea —añadió Sot.

—Pero tú no eres el gran señor —repitió Phillip.

—No, no lo eres —coreó Sot.

Ben aspiró de nuevo.

—Rompí el cristal contra una roca cuando descubrí su objetivo. Questor Thews confesó la parte que desempeñaba en el asunto. Vosotros estabais allí, Abernathy y Sauce estaban allí, los kobolds Chirivía y Juanete estaban allí. Después fuimos a la Caída Profunda. Nos guiasteis a Sauce y a mí. ¿Os acordáis? ¿Cómo iba a conocer eso si no fuese el gran señor?

Los gnomos pateaban con nerviosismo como si en sus viejas botas se hubieran metido hormigas de fuego.

—No lo sabemos —dijo Phillip una vez más.

—No, no lo sabemos —repitió Sot.

—De todas formas, tú no eres el gran señor —volvió a afirmar Phillip.

—No, no lo eres —dijo Sot.

La paciencia de Ben comenzó a disminuir contra su voluntad.

—¿Cómo sabéis que no soy el gran señor? —preguntó en tono seco.

La inquietud de Phillip y Sot aumentó. Sus pequeñas manos se retorcían una contra otra y sus miradas vagaban, sin conseguir fijarse.

—No huele como él —dijo Phillip al fin.

—No, huele como nosotros —dijo Sot.

Los ojos de Ben se dilataron de asombro, después se sonrojó y perdió todo el control que había logrado mantener hasta ese momento.

—¡Escuchadme! Soy el gran señor, soy Ben Holiday, soy exactamente quien he dicho que era, y vosotros actuaríais mejor aceptándolo ahora porque, si no lo hacéis, vais a encontraros con el mayor problema de vuestras vidas, con uno mayor del que tuvisteis tras robar y comeros el perro en el banquete de celebración por la derrota de la Marca de Hierro. ¡Haré que os cuelguen hasta que os sequéis, maldita sea! ¡Miradme! —Sacó bruscamente el medallón de debajo de su túnica, con la imagen de Meeks contra la palma de su mano, y lo esgrimió como si fuese un arma—. ¿Os gustaría ver lo que puedo hacer con esto?

Fillip y Sot se tiraron al suelo, con sus pequeños cuerpos temblando de la cabeza a los pies. Cayeron tan de súbito como si alguien les hubiera empujado.

—¡Magnífico gran señor! —gimió Phillip.

—¡Poderoso gran señor! —sollozó Sot.

—¡Nuestras vidas son vuestras! —balbuceó Phillip.

—¡Vuestras! —lloriqueó Sot.

—¡Perdonadnos, gran señor! —rogó Phillip.

—¡Perdonadnos! —coreó Sot.

Eso está mejor, pensó Ben, bastante asombrado por el rápido giro de la situación. En los gnomos nognomos surtía más efecto la intimidación que cualquier explicación razonable. Se sentía un poco avergonzado de sí mismo por haber recurrido a tales tácticas, pero estaba desesperado.

—¡Levantaos! —les ordenó. Se pusieron de pie y lo miraron llenos de miedo—. Muy bien —les tranquilizó en tono amable—. Comprendo que estéis confusos, pero dejemos de lado la cuestión. ¿De acuerdo? —Las dos caras de hurón asintieron al mismo tiempo—. Bien. Ahora tenemos un problema. Sauce, la bella sílfide, puede estar en peligro y tenemos que ayudarla del mismo modo que ella nos ayudó a nosotros cuando los trolls de la montaña nos tenían prisioneros. ¿Os acordáis? —Estaba utilizando mucho el verbo *recordar*, porque tratar con los gnomos era como tratar con niños—. Ha bajado a la Caída Profunda en busca de algo, y tenemos que encontrarla para asegurarnos de que no ha sufrido ningún daño.

—A mí no me gusta la Caída Profunda —se quejó Phillip.

—Ni a mí —dijo Sot.

—Lo sé —reconoció Ben—. Tampoco es de mi gusto. Pero una vez me dijisteis que podíais bajar allí sin ser vistos. Yo no puedo hacer eso. Sólo quiero que bajéis y permanezcáis allí sólo el tiempo necesario para echar un vistazo y ver si está Sauce... y buscar algo que está escondido allí y necesito. ¿De acuerdo? Sólo echar un vistazo. Nadie tiene que saber que estáis allí.

—Belladona volvió a la Caída Profunda, gran señor —anunció Phillip en voz baja, confirmando los peores temores de Ben.

—La hemos visto, gran señor —corroboró Sot.

—Ahora lo odia todo —dijo Phillip.

—Pero sobre todo a vos —añadió Sot.

Se quedaron en silencio unos momentos, durante los cuales Ben trató de imaginar la magnitud del odio que sentía Belladona por él y no pudo. Quizás porque excedía a su capacidad de imaginación.

Se inclinó hacia los gnomos.

—Entonces, ¿habéis vuelto a la Caída Profunda? —Phillip y Sot asintieron, con aire desamparado—. Y no os vieron, ¿verdad? —Asintieron otra vez—. En ese caso, podéis hacerme el favor que os he pedido, ¿no? Podéis hacerlo por mí y por Sauce. Será algo que no olvidaré. Lo prometo.

Se produjo un nuevo silencio mientras Phillip y Sot lo miraban y se miraban entre sí. Unieron las cabezas y murmuraron algo. Su nerviosismo había aumentado.

Al fin volvieron a mirarlo, con los ojos destellantes.

—Si hacemos eso, gran señor, ¿podemos quedarnos con el gato? —preguntó

Fillip.

—Sí, ¿podemos quedarnos con el gato? —repitió Sot.

Ben se sobresaltó. Con todo aquello, se había olvidado de Daga. Dirigió la vista hacia el gato y luego los gnomos.

—Ni se os ocurra pensar en eso —les previno—. Este gato no es lo que parece.

Fillip y Sot asintieron forzosamente, pero sus ojos siguieron fijos en Daga.

—Os lo aviso —insistió Ben.

Los gnomos inclinaron las cabezas, pero Ben tuvo la sensación de estar dirigiéndose a un muro de ladrillos.

Se encogió de hombros con impotencia.

—De acuerdo. Dormiremos aquí esta noche y saldremos al amanecer. —Se tomó un instante para captar su atención—. Debéis recordar lo que acabo de deciros respecto al gato. ¿Lo haréis?

Por tercera vez, los gnomos asintieron. Pero sus ojos no se apartaron de Daga.

Ben tomó otra comida espartana consistente en lindoazules, bebió agua de manantial, y contempló cómo el sol se zambullía en el horizonte y la noche se asentaba en el valle. Pensó en su antiguo mundo y en su antigua vida, y se preguntó por primera vez tras mucho tiempo si hubiera sido mejor para él quedarse allí. Luego rechazó ese pensamiento nostálgico, se envolvió en su capa de viaje y se instaló en la base del tocón para un incómodo reposo nocturno.

Daga no se había movido de encima del tocón. Daga parecía muerto.

En algún momento durante la noche se oyó un grito tan horrible y prolongado que hizo saltar a Ben de su improvisado lecho. Sonó casi como si procediera de encima de él; pero cuando al fin logró la plena consciencia y miró a su alrededor con ojos nublados, sólo encontró a Daga agazapado sobre el tocón con los pelos erizados y una especie de vapor saliendo de su lomo.

A lo lejos, algo, o alguien, gemía.

—Esos gnomos son tozudos hasta la estupidez —comentó Daga en tono bajo antes de volver a acomodarse. Sus ojos refulgían en la noche como esmeraldas de fuego.

Los gemidos se desvanecieron y Ben se volvió a acostar. Les había dado un buen consejo a Phillip y Sot. Pero algunas lecciones sólo se aprenden por el camino de la experiencia.

Esa misma noche se desarrollaba otra escena muy diferente varios kilómetros al sur de Rhyndweir, en una choza y un corral situados sobre un risco que dominaba la parte oriental del Prado. El techo hundido y la carencia de postigos en las ventanas evidenciaban el estado de abandono de la choza, y el corral tenía rota la valla por media docena de sitios. Las sombras lo envolvían todo como un velo de encaje negro.

Una especie de espantapájaros con barba blanca y un perro peludo que parecía salido del país de Oz, ambos de aspecto desaliñado, se hallaban junto a una fogata a unos doce metros de la choza y se lanzaban acusaciones con una vehemencia que contradecía el hecho de la buena amistad que habían tenido en otros tiempos. Una criatura fuerte y enjuta, con cara de mono, orejas de elefante y grandes dientes, observaba la disputa en perplejo silencio.

—¡No pretendas que entienda lo que has hecho! —decía el perro peludo al espantapájaros—. ¡Te hago responsable directo de nuestra situación y no estoy dispuesto a olvidarlo!

—¡Tu falta de comprensión sólo es equiparable a tu falta de carácter! —replicó el espantapájaros—. Cualquier otro hombre, o perro, habría sido más tolerante, estoy seguro.

—¡Ja! ¡Otro hombre, o perro, te habría dicho adiós hace tiempo! ¡Cualquier otro hombre, o perro, habría buscado una compañía decente con la que compartir su exilio!

—¡Ya veo! Bueno, todavía no es tarde para que busques otra compañía, decente o no, si eso es lo que quieres.

—¡Puedes estar seguro de que lo estoy considerando en este mismo momento!

Los dos se dirigieron miradas ceñudas a través del resplandor rojo de la fogata, con sus pensamientos tan negros como las cenizas de la madera que se consumía. El observador de rostro de mono seguía mudo. La noche colgaba sobre los tres como un sudario negro, y el risco era espectral y silencioso.

Abernathy se subió las gafas sobre la nariz y retomó la discusión, ahora con un tono de voz un poco más suave.

—Lo que me parece difícil de entender es por qué dejaste que el unicornio se escapase, mago. Tenías a la criatura delante de ti, sabías las palabras que lo conducirían a la trampa. ¿Y qué hiciste? Provocaste un chaparrón de mariposas y flores. ¿Cómo se explica algo tan absurdo?

Questor Thews elevó el mentón, desafiante.

—Eso tan absurdo es algo que tú deberías comprender.

—Me inclino a pensar que estabas aterrado. Me veo obligado a creer que no lograste dominar la magia cuando fue necesario. ¿Y qué quieres decir con que eso tan absurdo es algo que yo debería comprender?

—Me refiero a la clase de absurdo que otorga a todas las criaturas la oportunidad de ser lo que deben ser, a pesar de lo que los otros piensen que es mejor para ellos.

El amanuense frunció el entrecejo.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que dejaste escapar al unicornio *intencionadamente*? ¿Que las mariposas y las flores no fueron accidentales?

El mago se tiró del pelo de la barbilla con irritación.

—¡Felicidades por tus agudas, aunque tardías, entendederas! ¡Eso es exactamente lo que estoy diciendo!

Se produjo un largo silencio entre ellos mientras se estudiaban. Estaban viajando juntos desde el amanecer, llenos de nerviosismo por el giro de los acontecimientos que los habían conducido a este destino, sumidos en sí mismos a causa de su furia. Aquella era la primera vez que disentían abiertamente en el tema de la huida del unicornio.

Pasó el momento de observación mutua. Questor desvió la mirada, suspiró y se ciñó sus ropas multicolores, sucias y rotas, para protegerse del frío de la noche, que aumentaba. Su rostro mostraba cansancio y preocupación. El aspecto de Abernathy no era mejor. Habían sido desprovistos de todo. Su expulsión se produjo inmediatamente después de que el gran señor se enterase del fracaso de la captura del unicornio negro. No les había dado la oportunidad de explicar sus acciones ni les había ofrecido ninguna explicación por las suyas. Cuando volvían a Plata Fina los alcanzó un mensajero, y les entregó una breve orden escrita a mano. Eran relevados de sus cargos. A partir de aquel momento podían ir donde quisieran, pero nunca volver a la corte.

Juanete, libre en apariencia de elegir, decidió ir con ellos. No les dio ninguna razón.

—No era mi intención cuando comenzó la cacería permitir que el unicornio se escapara —continuó Questor con voz suave—. Mi intención era que fuese capturado y enviado al gran señor como él había ordenado. Me parecía una aventura peligrosa, ya que el unicornio se conoce desde hace tiempo como un ser fatídico. Pero el gran señor había mostrado una capacidad extraordinaria para tornar lo fatídico en ventajoso para él. —Hizo una pausa—. Admito que me preocupó su insistencia respecto a la inmediata captura del unicornio y su negativa a explicarnos los motivos. Sin embargo, persistía mi intención de atrapar al unicornio. —Respiró profundamente—. Pero cuando vi al animal ante mí en el bosque, allí quieto, cuando vi cómo era... No pude permitir que fuese atrapado. No sé por qué, pero no pude. No, eso no es cierto. Sí que sé por qué. No era bueno hacerlo. Podía sentir en mi interior que no era bueno. ¿No lo sentiste también, Abernathy? El unicornio no debía pertenecer al gran señor. No debía pertenecer a nadie. —Levantó la vista, vacilante—. Por eso usé la magia para evitarlo. Lo dejé escapar.

Abernathy dio una dentellada hacia algo que pasó volando ante él, luego colocó bien las gafas llenas de polvo y estornudó.

—Bueno, debías habérmelo dicho antes, mago, en lugar de dejarme pensar que la magia se te había vuelto a escapar de las manos. Al menos, esto puedo entenderlo.

—¿Puedes? —Questor sacudió la cabeza con expresión dubitativa—. A mí me gustaría poder. He actuado en contra de los deseos del gran señor, a pesar de mi

juramento de servirle, y la única razón que puedo dar es que, en aquel momento, sentí que no era correcto servirle. Tuvo razón al despedirme de la corte.

—¿Y a mí también, supongo?

—No, a ti no debía haberte despedido. Tú no interviniste en lo que ocurrió.

—¡La cuestión es que obró mal despidiéndonos a ambos!

Questor se encogió de hombros con impotencia.

—Es el gran señor. ¿Quiénes somos nosotros para criticar sus decisiones?

—¡No fastidies! —exclamó Abernathy—. La cacería fue una idea desafortunada. Conocía la historia del unicornio negro. Le dijimos que el animal no podría ser atrapado en una cacería, y no nos hizo caso. Nunca se había comportado así antes, mago. Te lo aseguro, está obsesionado con ese animal. No piensa en otra cosa. Sólo ha hablado de Sauce una vez, y fue para criticarla porque todavía no había regresado con la brida de oro. No cumple con sus deberes, se pasa el tiempo en sus habitaciones y no confía en nadie. No ha vuelto a hacer ni una sola mención de los libros de magia desde que se los devolviste. Tenía la esperanza de que el gran señor al menos intentaría buscar en ellos la manera de devolverme mi antigua apariencia. Antes, el gran señor hubiera dado a eso preferencia y...

El amanuense se interrumpió, avergonzado, volviendo la mirada hacia las llamas de la hoguera.

—Bueno, no importa —dijo después—. La cuestión es que últimamente no parece el mismo, Questor Thews. No es él mismo.

El rostro del mago se contorsionó pensativamente.

—No. —Miró a Juanete y se sorprendió al verlo asentir—. No, desde luego no lo es.

—¿Ha cambiado desde...?

—¿Desde que descubrimos a ese impostor en su dormitorio?

—Desde entonces, sí. Desde esa noche.

Se quedaron de nuevo en silencio un instante. Luego sus ojos se encontraron, y se sobresaltaron por lo que encontraron reflejado en ellos.

—Es posible que... —comenzó Abernathy con indecisión.

—¿Qué el impostor fuese el gran señor? —concluyó Questor. En su entrecejo apareció un profundísimo surco—. Antes no lo habría creído, pero ahora...

—Es evidente, no hay modo de asegurarnos de eso.

—No, no hay modo —reconoció Questor.

El fuego crepitó y chisporroteó, el humo los cubrió, impulsado por un soplo de viento, y las cenizas revolotearon. En algún lugar lejano, un pájaro nocturno emitió un largo y lúgubre grito que produjo un escalofrío en la espina dorsal de Questor. Intercambió rápidas miradas con Abernathy y Juanete.

—Me fastidia dormir al aire libre —murmuró Abernathy—. No me gusta que las

pulgas, garrapatas y otros bicharracos se alberguen en mi pelaje.

—Tengo un plan —dijo Questor de repente.

Abernathy le dirigió una mirada larga y dura, como las que siempre le dedicaba cuando hacía una declaración semejante.

—Me da miedo preguntarte en qué consiste, mago —respondió al fin.

—Tenemos que ir a ver al dragón. Tenemos que ir a ver a Strabo.

Los dientes de Juanete destellaron en su mueca aterrorizadora.

—¿Eso es un plan? —preguntó Abernathy.

Questor se inclinó hacia delante con ansiedad.

—Pues es lógico que recurramos a Strabo. ¿Quién sabe más sobre unicornios que los dragones? En otra época fueron sus mayores enemigos, los más viejos adversarios del mundo de las hadas. Ahora el unicornio negro es el último de su especie, y Strabo el último de la suya. ¡Comparten una causa común, una afinidad natural! Seguramente, el dragón podrá decirnos algo del unicornio, quizás lo suficiente para desvelar este misterio y descubrir el propósito de su venida a Landover.

Abernathy lo miró con incredulidad.

—¡Pero nosotros no le agradamos al dragón, Questor Thews! ¿Lo has olvidado? ¡Nos asará para el almuerzo! —Tragó saliva—. Además, ¿de qué nos serviría saber algo más del unicornio? Ese animal ya nos ha causado suficientes problemas.

—Pero si comprendemos su propósito, podremos descubrir el porqué de la obsesión del gran señor —contestó Questor rápidamente—. Podemos incluso encontrar un modo de reintegrarnos a la corte. No es inconcebible. Y el dragón no nos hará ningún daño. Se alegrará de nuestra visita cuando se entere de su objetivo. No olvides, Abernathy, que los dragones y los magos también comparten un pasado. La naturaleza y la duración de nuestra relación profesional siempre ha dictado un cierto respeto mutuo.

Abernathy curvó el labio.

—¡Qué cantidad de tonterías!

Questor apenas pareció oírlo. Había una mirada ausente en sus ojos.

—En la antigüedad, había competiciones entre dragones y magos que espantarían a los pusilánimes, te lo aseguro. Competiciones de magia y competiciones de habilidad. —Inclinó un poco la cabeza—. Puede que sea necesaria alguna competición si Strabo se muestra obstinado. El robo del conocimiento es una habilidad que domino bien, y será divertido ponerme a prueba...

—¡Estás loco!

Abernathy se sentía horrorizado. Pero el entusiasmo de Questor era inmune a cualquier razonamiento o comentario desalentador. Se levantó, reflejando en los ojos la excitación que lo dominaba por completo, para pasear alrededor del fuego.

—Bueno, no importa. Lo que es necesario debe hacerse. Yo he tomado mi

decisión. Iré a ver a Strabo. —Se detuvo—. Juanete vendrá conmigo, ¿verdad, Juanete? —El kobold asintió, con una sonrisa de oreja a oreja. Las manos del mago ondeaban—. Entonces, está decidido. Me voy. Juanete me acompaña. Y tú deberías venir también, Abernathy. —Se interrumpió, bajando las manos, encorvando levemente su alta figura como si le pesara su repentina solemnidad—. Tenemos que ir, tú lo sabes. Después de todo, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Miró interrogativamente al amanuense. Abernathy correspondió a su mirada. Se produjo un largo silencio mientras la duda y la incertidumbre libraban una guerra silenciosa con el amor propio en los ojos de los viejos amigos. Había sombras de sucesos que creían pasados y volvían a acosarles en el presente. Y sintieron que esas sombras los cercaban de un modo inexorable. No podían permitirlo. Cualquier cosa era mejor que esperar tan sofocante oscuridad.

Los riscos estaban de nuevo en calma, como una oscura espina bajo un cielo de estrellas y lunas que parecían frías y distantes. La choza y el corral eran los huesos de una tierra envejecida.

—Muy bien —accedió Abernathy, exhalando un suspiro profundísimo—. Seamos insensatos.

Nadie se lo discutió.

MÁSCARA

El amanecer encontró a Phillip y Sot preparados como habían prometido. Se hallaban a unos quince metros de Ben cuando éste despertó, un par de sombras inmóviles y rechonchas en la decreciente oscuridad, con sus sacos de viaje atados a la espalda y sus gorros adornados con una sola pluma roja. A primera vista, parecían arbustos; pero después de que Ben se levantara para estirar los músculos agarrotados por el frío y la tierra dura, avanzaron con pasos cautelosos y saludaron con nerviosismo. Parecían más inquietos de lo que solían y miraban detrás de él como si esperaran un ataque de los trolls de la montaña en cualquier momento.

Ben tardó un poco en comprender que no estaban temerosos de los trolls, sino de Daga Demadera.

El gato, por su parte, los ignoraba. Estaba aseándose sobre el tocón de árbol en el momento en que a Ben se le ocurrió buscarlo, con su abrigo de seda suave y brillante como si estuviera mojado por el rocío de la mañana. No levantó la vista ni respondió a sus buenos días. Siguió ocupado en su limpieza hasta que consideró que la tarea estaba terminada, luego se bebió el agua de un cuenco que Ben había llenado en el manantial. Hasta entonces, Ben no se había dado cuenta de que Daga nunca parecía comer mucho. Lo que le mantenía era un misterio, pero un misterio que Ben decidió dejar sin resolver. Ya tenía suficientes enigmas sin necesidad de añadir otro.

Partieron poco después con Ben y Daga como guías... dependiendo del significado que se le dé a la palabra «guía», ya que de nuevo Daga parecía saber dónde iba Ben casi antes que él mismo. Los gnomos los seguían. Estaba claro que Phillip y Sot no querían el menor trato con Daga Demadera. Se mantenían bastante apartados del gato y lo miraban como si fuese una serpiente. Phillip cojeaba de forma notable y Sot parecía tener quemada gran parte de la piel de las muñecas y el dorso de las manos. Ninguno hizo comentarios sobre sus lesiones, y Ben no les preguntó.

Viajaron toda la mañana a un paso constante. El sol brillaba intensamente en un cielo sin nubes, el olor de las flores silvestres y los árboles frutales impregnaba el aire. Los signos de marchitez persistían. Eran pequeños, pero apreciables, y Ben volvió a pensar en Meeks revestido con su apariencia, en los demonios que habían salido de Abaddon por orden suya, en el debilitamiento de la magia de la tierra y en el drenaje de su vida. Se renovó su sentimiento de urgencia, la sensación de que el tiempo se le escapaba a toda velocidad. No había avanzado en la comprensión de las intrigas urdidas contra él. No tenía ni idea de por qué el unicornio negro había vuelto a Landover ni de la importancia que tenía para Meeks. Sólo conocía la existencia de una conexión entre todo lo ocurrido y que tenía que desatar el nudo para que las cosas volvieran a enderezarse.

Esos pensamientos lo condujeron de nuevo a reflexionar sobre Daga Demadera.

Seguía irritándole que el gato hubiese decidido permanecer como un enigma cuando era obvio que podía dar alguna explicación. Estaba bastante seguro de que Daga no se había cruzado en su camino por casualidad aquella primera noche en la región de los lagos, sino que lo había buscado deliberadamente. También estaba bastante seguro de que Daga continuaba con él por alguna razón, y no por simple curiosidad. Pero el gato no estaba dispuesto a explicarse hasta que le apeteciera y, dado lo peculiar de su carácter, esa explicación llegaría el duodécimo día de nunca jamás. Sin embargo, le parecía indigno limitarse a aceptar la presencia del animal sin hacer ningún tipo de esfuerzo por averiguar la razón que lo había conducido a él.

A medida que la mañana fue acercándose al mediodía y la sombra de la Caída Profunda empezaba a hacerse visible, decidió hacer otro intento con el gato. Había estado ocupado durante el camino, meditando sobre la posibilidad de un vínculo común entre los distintos unicornios que había encontrado desde su sueño. Después de todo, eran numerosos. Estaba el unicornio negro. Estaban los unicornios siluetados en los libros de magia perdidos, mejor dicho, en uno de los libros de magia perdidos; el otro era una cáscara quemada. Y estaban también los unicornios del mundo de las hadas que habían desaparecido hacía siglos en sus viajes a través de Landover hacia los mundos de los mortales. Lo que ahora le preocupaba era precisamente la leyenda de esos unicornios. Creía que debía de existir un vínculo entre el unicornio negro y los dibujos del libro de magia. En caso contrario, ¿por qué había enviado Meeks sueños sobre ambos? ¿Por qué los deseaba a ambos con tal ansia? La verdadera cuestión era si también había relación con los unicornios desaparecidos del mundo de las hadas. Se daba cuenta de que sería una coincidencia que existiese una conexión entre los tres, pero empezaba a preguntarse si no sería una coincidencia aún mayor que no la hubiese. La magia los unía con un mismo lazo, y apostaría su vida a que existía algún tipo de control sobre la magia que Meeks deseaba.

Bien. Ya había pensado bastante. Quizás la solución de uno de los enigmas ayudaría a resolver el principal. Y quizás, sólo quizás, Daga Demadera sería menos reticente para ayudar...

—Daga, tú has estado en muchos sitios y visto muchas cosas. —Inició la conversación con el tono más despreocupado que pudo, sin darse la oportunidad de meditar más sobre el asunto—. ¿Qué piensas sobre la leyenda de los unicornios desaparecidos del mundo de las hadas?

El gato ni siquiera lo miró.

—No pienso nada.

—¿No? Bueno, ¿y si pensases algo? Cuando nos encontramos por primera vez, dijiste que sabías algo sobre los unicornios blancos desaparecidos, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Sobre los unicornios que los habitantes del mundo de las hadas enviaron a

otros mundos? ¿Aquellos que desaparecieron?

—Esos mismos —contestó Daga, aburrido.

—¿Y qué crees que les ocurrió? ¿Cómo desaparecieron?

—¿Cómo? —preguntó el gato con tono de superioridad—. Es evidente que fueron robados.

Ben se quedó tan asombrado al conseguir una respuesta directa que, durante un momento, no pudo seguir preguntando.

—Pero... ¿robados por quién? —logró decir al fin.

—Por alguien que quería poseerlos, gran señor. ¿Quién más iba a hacerlo? Por alguien que poseía la habilidad y los medios para capturarlos y retenerlos.

—Y, ¿quién contaba con eso?

Daga parecía irritado.

—¿Quién creéis?

Ben se detuvo un momento a reflexionar.

—¿Un mago?

—Un mago no, ¡los magos! En esos días había muchos, no sólo uno o dos como ahora. Tenían su propia asociación, no muy cohesionada, pero eficaz cuando era preciso. Entonces la magia era más fuerte en Landover, y los magos prestaban sus servicios a cualquiera que necesitase sus habilidades y pudiera pagarlas. Durante un tiempo fueron hombres poderosos, hasta que decidieron retar al propio rey.

—¿Qué ocurrió?

—El rey llamó al Paladín, y el Paladín los destruyó. Después de eso, sólo se permitió la presencia de un solo mago, y debía servir al rey.

Ben frunció el entrecejo.

—Pero si los unicornios fueron robados por los magos, ¿qué les ocurrió cuando los magos fueron... eliminados? ¿Por qué no quedaron en libertad?

—Nadie sabe qué fue de ellos.

—Pero ¿no deberían haberlos buscado? ¿No deberían haberlos encontrado?

—Sí y sí.

—Entonces, ¿por qué no lo hicieron?

Daga no contestó de inmediato. Se detuvo y parpadeó, somnoliento.

—La pregunta que nadie hizo entonces fue la misma que habéis olvidado formular ahora, gran señor. ¿Por qué fueron robados los unicornios?

Ben se quedó pensativo un momento, y luego se encogió de hombros.

—Eran criaturas hermosas. Los magos las querían para sí, supongo.

—¡Ya, ya, ya! ¿Es la mejor respuesta que tenéis?

—Bueno, eh... —Se detuvo otra vez, sintiéndose como un tonto—. ¿Por qué no te limitas a explicármelo, maldito gato? —exigió desesperado.

Daga le dedicó una mirada dura.

—Porque no quiero —dijo con voz suave—. Porque tenéis que aprender a ver de nuevo las cosas con claridad.

Ben lo contempló un instante, se volvió para mirar a los gnomos, que se mantenían a una distancia prudente, y cruzó los brazos sobre el pecho con gesto cansado. No tenía ni idea de qué estaba hablando Daga, pero no serviría de nada discutir con el gato.

—Muy bien, de acuerdo —dijo al fin—. Déjame intentarlo otra vez. Los magos descubrieron que las hadas estaban enviando unicornios a los mundos de los mortales a través de Landover. Decidieron robarlos y quedárselos. Los robaron porque... —Se interrumpió, recordando de repente los libros perdidos y los dibujos—. ¡Robaron los unicornios porque querían su magia! ¡Eso es lo que significan los dibujos de ese libro! ¡Tienen algo que ver con los unicornios desaparecidos!

Daga Demadera cabeceó.

—¿De verdad creéis eso, gran señor?

Su curiosidad era tan auténtica que dejó a Ben sin saber qué pensar. Esperaba que el gato estaría de acuerdo con sus deducciones, pero parecía tan sorprendido...

—Sí, de veras lo creo —declaró al fin, dudándolo a pesar de todo—. Creo que los unicornios desaparecidos y los libros perdidos están relacionados y que el unicornio negro está relacionado con ambos.

—Eso es lógico —admitió Daga.

—Pero ¿cómo fueron robados los unicornios? ¿Y cómo pudieron los magos apoderarse de su magia? ¿Eran los unicornios tan poderosos como los magos?

—Eso he oído —admitió de nuevo Daga.

—Entonces, ¿qué les ocurrió? ¿Dónde los escondieron?

—Quizás llevan máscaras.

—¿Máscaras? —preguntó Ben, confundido.

—Como vos. Quizás estén enmascarados y no los veamos.

—¿Cómo yo?

—¿Os importaría no repetir todo lo que digo?

—Pero, por favor, ¿de qué estás hablando?

Daga lo miró como diciéndole «¿por qué os molestáis en preguntarme?» y aspiró el aire de la mañana como si las respuestas que buscaba Ben se hallaran allí.

—Me encuentro sediento, gran señor. ¿Os importaría venir conmigo a beber?

Sin esperar la respuesta, se levantó y se adentró entre los árboles. Ben lo contempló durante un momento y luego lo siguió. Caminaron una corta distancia hasta un estanque alimentado por una pequeña cascada y se inclinaron para beber. Ben lo hizo precipitadamente, más sediento de lo que creía. Daga se tomó tiempo, delicado hasta la exageración, lamiendo con finura, haciendo pausas frecuentes, cuidando de mantener sus zarpas alejadas del agua. Ben era consciente de que Phillip y

Sot los observaban, pero se despreocupó de ellos. Toda su atención estaba puesta en el gato, en lo que hacía y en lo que diría después. Porque tenía la seguridad de que iba a decir algo. En caso contrario, sufriría la decepción mayor de su vida.

Pero su esperanza se cumplió. Cuando terminó de beber, Daga se sentó y alzó la vista.

—Miraos en el agua, gran señor —ordenó. Ben lo hizo y vio una distorsionada versión de sí mismo, pero aún así era él—. Ahora miraos directamente, prescindiendo del agua —continuó Daga. Ben lo hizo y vio sus ropas harapientas y sus botas agrietadas, el polvo y la mugre; un cuerpo sucio y desastrado. Como es lógico, no pudo ver su cara—. Ahora, miraos de nuevo en el agua, con más atención.

Ben volvió a hacerlo, y vio que su imagen destellaba y se transformaba en la de alguien que no reconoció, un extraño cuyas ropas eran las mismas que él llevaba.

Alzó la vista bruscamente.

—¡Ya no soy como era! ¡Ni siquiera yo me reconozco!

Había un toque de miedo en su voz que no pudo disimular, aunque lo intentó.

—Eso se debe, mi querido gran señor, a que estáis empezando a perderos a vos mismo —dijo Daga Demadera con voz suave—. ¡La máscara que lleváis se está posesionando de vos! —La cara negra se acercó un poco más—. Encontraos, Ben Holiday, antes de que lo logre. Quitaos la máscara, y quizás halléis un modo de desenmascarar a los unicornios.

Ben se apresuró a mirar de nuevo las aguas del estanque y, para su alivio, vio reflejado en ellas su antiguo rostro. Pero sus facciones no parecían muy definidas. Daba la impresión de que se estaban borrando.

Volvió a mirar a Daga, pero el gato ya se alejaba, forzando a los aterrados gnomos a apartarse de su camino.

—Debéis apresuraros, gran señor —le gritó desde lejos—. La Caída Profunda no es un lugar para buscarse a uno mismo después del anochecer.

Ben se irguió lentamente, no sólo más confundido que nunca, sino también aterrado.

—¿Por qué le hago preguntas a ese maldito gato? —murmuró con frustración.

Pero ya sabía la respuesta a esa pregunta. Sacudió la cabeza para alejar de sí todo el asunto y aceleró el paso.

Hacia media tarde llegaron a la Caída Profunda.

Era algo sin relieve, un borrón oscuro e impenetrable situado en una extensión de bosque intensamente iluminado por el sol. Una contracción de la tierra semejante a la de una criatura agazapada a punto de huir o atacar. Las sombras y las nieblas jugaban al escondite en sus vastas profundidades, reptando con movimientos lentos e irregulares sobre los árboles, la ciénaga y la oscuridad. Nada más podía verse. Cualquier forma de vida establecida allí se comprometía en un juego de

supervivencia duro y maligno que sólo ganaba el más rápido y más fuerte. Los sonidos estaban amortiguados y los colores matizados de gris. Sólo la muerte reinaba en la Caída Profunda, y sólo la muerte era inmutable. Ben y sus compañeros podían sentir esa verdad. De pie al borde de los hoyos, miraron hacia la negrura de abajo que les provocó pensamientos distintos.

—Bueno, nosotros también podemos conseguirlo —murmuró Ben al fin.

Recordó la otra vez que penetró en la Caída Profunda y en las aterradoras ilusiones que Belladona había creado para disuadirlo: la ilusión de la ciénaga interminable, lagartos y otras peores. Pensó en su encuentro con la bruja, un encuentro que casi le había costado la vida. No tenía ningún deseo de repetir la experiencia.

—Bueno —dijo otra vez, dejando la palabra perdida.

Nadie le prestó atención. Daga se sentó junto a él, con los ojos entornados y la mirada soñolienta, dejándose acariciar por el sol que llegaba a una pequeña zona, observando el movimiento de las nieblas en la Caída Profunda. Phillip y Sot se quedaron una docena de metros a su izquierda, a una buena distancia del gato y de la hondonada. Susurraban entre sí con vocecillas ansiosas.

Ben sacudió la cabeza.

—Phillip. Sot.

Los gnomos nognomos se agacharon, simulando no haberle oído.

—¡Venid aquí! —gritó irritadamente, agotada su paciencia por los gnomos y el gato.

Phillip y Sot se acercaron con actitud sumisa y cautelosa, mirando de reojo a Daga que, como de costumbre, no les prestó la más mínima atención. Cuando estuvieron lo bastante cerca, Ben se arrodilló para quedarse a la altura de ellos y sus ojos se encontraron.

—¿Estáis seguros de que Belladona está ahí abajo? —les preguntó.

—Sí, gran señor.

—Está ahí, gran señor.

Ben asintió.

—Entonces, quiero que tengáis cuidado —les dijo. Aquel no era el momento adecuado para mostrar impaciencia ni ira, y reprimió ambas—. Quiero que tengáis mucho cuidado, ¿de acuerdo? No quiero que hagáis nada que os exponga a un verdadero peligro. Limitaos a bajar y echar un vistazo. Necesito saber si Sauce se encuentra ahí, o si ha estado hace poco. Eso lo primero. Averiguadlo como podáis.

Hizo una pausa, y los ojos castaños de los gnomos se apartaron inquietos. Esperó un minuto más, y después volvió a atraer sus miradas.

—Hay una brida hecha de oro hilado —continuó—. Belladona la tiene escondida en algún lugar de su antro. Necesito esa brida. Quiero que la busquéis y, si os es

posible, que la robéis.

Los ojos castaños se agrandaron como platos.

—Todo irá bien, no tengáis miedo —los tranquilizó en seguida—. No tenéis que robarla en caso de que la bruja se encuentre cerca, sólo si no lo está y podéis cogerla sin que se dé cuenta. No forcéis las situaciones. Yo os protegeré.

Aquella fue la mayor mentira que había dicho en su vida. En realidad, carecía de medios para protegerlos. Pero tenía que decir algo que les infundiera confianza o se escaparían a la primera oportunidad. De todas formas, seguía existiendo ese peligro, pero esperaba que la grandeza de su cargo los retuviera el tiempo suficiente para que hicieran el trabajo.

—¡Gran señor, la bruja nos dañará! —afirmó Phillip.

—¡Nos hará mucho daño! —añadió Sot.

—No, no lo hará —dijo Ben—. Si tenéis cuidado, ni siquiera se enterará de que estáis allí. Lo habéis hecho antes, ¿no? —Las dos cabezas asintieron a la vez—. Y no os vio, ¿verdad? —Las dos cabezas volvieron a asentir—. Entonces, no hay razón para que os vea ahora. Haced sólo lo que os dije y tened cuidado.

Phillip y Sot intercambiaron una larga y adusta mirada. Sus ojos reflejaban gran incertidumbre. Por fin, volvieron a enfrentarse a Ben.

—Sólo bajaremos una vez —dijo Phillip.

—Sólo una —repitió Sot.

—Muy bien, muy bien, sólo una —admitió Ben, y observó con angustia cómo declinaba el sol de la tarde—. Pero daos prisa.

Los gnomos desaparecieron, reluctantes, en la penumbra de la hondonada. Ben los siguió con la vista hasta que desaparecieron; luego se sentó a esperar.

Mientras esperaba, se encontró pensando en las repetidas referencias a las máscaras de Daga Demadera. Él llevaba puesta una. Los unicornios desaparecidos también. Eso había dicho el gato, ¿pero qué significado tenía? Se acomodó contra la base de un tronco a unos doce metros de donde Daga tomaba el sol y trató de averiguarlo. Después de todo, ahora tenía tiempo para analizar el asunto. Se suponía que los abogados eran capaces de hacer eso; era inherente a su profesión. Rey de Landover o no, todavía era abogado con hábitos de abogado y la manera de pensar de un abogado. *¡Así que piensa!*, se animó. *¡Piensa!*

Se esforzó en hacerlo pero no se le ocurría nada. Las máscaras eran propias de actores y bandidos. Se usaban para ocultarse. Se ponían como disfraz y se quitaban cuando éste ya no era necesario. Pero ¿qué relación tenían con él o con⁷ los unicornios? *Ninguno de nosotros pretende disfrazarse*, pensó. *Meeks está tratando de disfrazarme a mí. ¿Quién trata de disfrazar a los unicornios?*

Los magos que los atraparon.

La respuesta le llegó al instante. Se incorporó. Los magos robaron los unicornios

y los enmascararon para ocultarlos. Asintió. Era posible. Y, ¿qué procedimiento siguieron? ¿Los convirtieron en vacas, en árboles o en cualquier otra cosa? No. Frunció el entrecejo. Empieza otra vez. Los magos atraparon a los unicornios para apoderarse de su magia. Los magos querían esa magia. ¿Pero qué hicieron con ella? ¿Para qué la emplearon? ¿Dónde estaba ahora la magia?

Sus ojos se dilataron. Ya no quedaba ningún auténtico mago, excepto Meeks. La fuente de su poder estaba en los libros de magia perdidos y ahora encontrados, en los libros que, según se creía, contenían la compilación de las magias adquiridas por los magos a través de los tiempos. ¡Y en esos libros había muchos unicornios dibujados! Sin duda, los dibujos de los libros, o al menos del libro, representaban a los unicornios desaparecidos.

Pero ¿por qué los dibujaron?

¿O eran los verdaderos unicornios?

—¡Sí! —susurró, sorprendido.

Aquello era tan absurdo que no se le había ocurrido considerarlo. Pero absurdo sólo en su mundo, no en Landover, donde la magia era la norma. ¡Los unicornios desaparecidos, los unicornios que nadie había visto durante siglos, con su magia intacta, estaban atrapados en los libros de los magos! ¡Y la razón de que en los libros no hubiera nada más que los dibujos era que sólo contenían la magia de los unicornios, la magia robada por los magos!

Y adaptada para su propio uso.

Eso no lo sabía. Iba a preguntárselo a Daga, pero se contuvo. No tenía sentido consultar con el gato. Éste encontraría la forma de sumirlo de nuevo en la confusión. *¡Descúbrelo sin ayuda!*, se apremió. Los unicornios habían sido transformados por la magia de los magos en los dibujos de los libros perdidos. Eso explicaría la desaparición de los unicornios durante todos esos años, el motivo de Meeks para enviar el sueño de los libros a Questor y la necesidad de los libros que tenía Meeks. Eso explicaría también las referencias de Daga a las máscaras.

¿O sólo estaba empezando a descubrir algo?

Interrumpió su razonamiento. Aún quedaban asuntos sin explicación. ¿Qué papel representaba el unicornio negro? ¿Sería un unicornio blanco que había escapado de los libros, del primer libro, quizás, del que tenía quemada la parte central? ¿Por qué ahora era negro si antes había sido blanco? ¿Cenizas u hollín? ¡Eso era ridículo! ¿Por qué había aparecido y desaparecido otras veces en años anteriores si estaba prisionero en los libros de los magos? ¿Por qué Meeks tenía tan acuciantes deseos de atraparlo?

Sus manos se retorcieron una contra otra. Si un unicornio había logrado liberarse, ¿por qué no lo hacían los demás?

Su confusión empezó a aclararse. Meeks había insinuado que él había hecho algo para romper sus planes, sin especificar qué. En caso de ser cierto, tenía que estar

relacionado con los unicornios, negros o blancos. Pero Ben no tenía ni la menor idea de lo que era.

Se esforzó en encontrar una respuesta sin conseguirlo mientras la tarde se aproximaba al crepúsculo y el sol se hundía en el horizonte occidental. Las sombras se alargaban casi imperceptiblemente a través del bosque. La oscuridad y la niebla de la Caída Profunda salieron de su escondite diurno para coger con sus manos aquellas sombras y envolver a Ben y a Daga. La templanza del día se tornó en frialdad.

Ben dio por concluidas sus meditaciones y se concentró en la pendiente de la hondonada. ¿Dónde estarían Phillip y Sot? ¿No deberían haber vuelto ya? Se levantó y se acercó al borde del foso. No se veía nada. Recorrió sus inmediaciones unos cien metros en ambos lados entre grupos de arbustos y maleza, atisbando en la penumbra sin ningún resultado. Una creciente inquietud se apoderó de él. En ningún momento creyó que los gnomos fueran a exponerse a peligro alguno pues, en caso contrario, no los habría enviado solos. Quizás había cometido un error. Quizás se había dejado llevar por sus deseos, ignorando la realidad.

Regresó al punto de partida y se quedó contemplando desesperanzadamente la mancha de la Caída Profunda. Los peligros de la hondonada nunca habían inquietado a los gnomos. ¿Se habría producido algún cambio? ¡Debía haberlos acompañado!

Miró a Daga. Parecía dormido.

Esperó un poco más porque no tenía mucho donde elegir. Los minutos se hacían interminables. La oscuridad aumentaba. Cada vez era más difícil distinguir las cosas con claridad.

De repente, se produjo un movimiento en el borde de la hondonada. Ben se irguió, avanzó un paso y se detuvo. Un grupo de matorrales se dividió, y Phillip y Sot aparecieron.

—Gracias al cielo que estáis... —comenzó a decir Ben, pero no continuó.

Los gnomos nognomos estaban rígidos de espanto. Paralizados. Sus rostros peludos se hallaban contorsionados, sus ojos brillantes y fijos. No miraron a derecha ni a izquierda, ni siquiera a Ben. Miraban al frente y no veían nada. Se quedaron de pie, de espaldas a los matorrales, cogidos de las manos como niños.

Ben se les acercó con rapidez, también asustado. Algo horrible había ocurrido.

—¡Phillip! ¡Sot! —Se agachó ante ellos, tratando de romper el hechizo que los poseía—. Miradme. ¿Qué ha ocurrido?

—Que se han encontrado conmigo, rey de comedia —susurró una voz desagradablemente conocida.

Ben alzó la mirada sobre los gnomos helados hacia la figura alta y negra que se había materializado tras ellos como por arte de magia, y se encontró cara a cara con Belladona.

BRUJA, DRAGÓN, DRAGÓN Y BRUJA

Ben se quedó mudo, con los ojos fijos en los fríos y verdes de la bruja. Si hubiera tenido la posibilidad de huir a alguna parte, ya habría recorrido la mitad del camino. Pero no existía ninguna posibilidad de escapar de Belladona. Ella podía retenerlo sólo con la fuerza de su presencia. Era un muro que no se podía escalar ni rodear. Era su prisión.

—Nunca creí que fueras tan estúpido como para volver aquí —susurró la bruja.

Estúpido, sin duda, admitió para sí. Se obligó a acercarse un poco más a los aterrorizados gnomos y atraerlos hacia él, apartándolos de la bruja. Cayeron a su lado como muñecos de trapo, temblando de alivio, enterrando sus rostros peludos en las ropas de Ben.

—¡Por favor, ayudadnos! —fue todo lo que logró decir Phillip entre gemidos.

—¡Sí, por favor! —repitió Sot.

—Todo va bien —mintió Ben.

Belladona soltó una leve carcajada. Era tal como Ben la recordaba, alta, de facciones afiladas, con la piel pálida y marmórea, el cabello de color azabache con un mechón blanco en el centro, y el cuerpo delgado y anguloso vestido de negro. Era hermosa a su manera, sin edad, una criatura que había llegado a un acuerdo con su mortalidad. Sin embargo, su rostro no reflejaba las emociones que lo hubieran completado. Sus ojos sin fondo estaban vacíos. Parecían dispuestos a engullirlo.

Bueno, yo me lo he buscado, pensó él.

La risa de Belladona cesó y apareció un indicio de incertidumbre en su mirada. Dio un paso adelante, observando a Ben.

—¿Qué es eso? —preguntó suavemente—. No eres el mismo... —Su voz se apagó, confundida—. Pero debes de ser tú, los gnomos te han llamado gran señor... Déjame ver tu cara a la luz.

Extendió la mano. Ben se sintió impotente para resistirse. Unos dedos tan fríos como el hielo lo cogieron por la barbilla y le alzaron la cabeza hacia la luz lunar. La mantuvo así durante un momento.

—Eres distinto, pero no dejas de ser el mismo —murmuró—. ¿Qué te han hecho, rey de comedia? ¿O es un nuevo juego que intentas jugar conmigo? ¿No eres Holiday? —Ben podía sentir los cuerpos de Phillip y Sot temblando junto al suyo, sus diminutas manos asiéndose a él—. Ah, se trata de magia —susurró Belladona, soltándole la cara con un giro—. ¿De quién es la magia? Dímelo. ¡En seguida!

Ben trató de contener la necesidad de gritar, trató de mantener la voz serena.

—Meeks. Ha vuelto. Se ha nombrado rey y me ha convertido en... esto.

—¿Meeks? —Los ojos verdes se entrecerraron. ¿Ese patético charlatán? ¿De dónde ha sacado la magia suficiente para hacer esto?. Su boca se torció en una mueca

de desdén—. ¡Carece de los medios para atarse sus propios zapatos! ¿Cómo pudo hacerte esto?

Ben no contestó. No tenía respuesta que darle.

Se quedaron en silencio mientras la bruja le examinaba.

—¿Dónde está el medallón? ¡Déjame verlo! —dijo al fin.

Ante su tardanza en contestarla, ella hizo un movimiento rápido con los dedos. A pesar de que había decidido lo contrario, Ben se encontró sacando el deslustrado objeto de debajo de su túnica y tendiéndoselo a la bruja para que lo inspeccionara. Ella lo contempló un momento, luego le miró otra vez a la cara y esbozó la sonrisa de un predador que ojea su cena.

—Bueno —susurró.

No dijo más, pero fue suficiente. Ben supo al instante que había descubierto lo que le habían hecho. Supo que había captado la naturaleza de la magia que lo había cambiado. La comprensión de ella era exasperante. Era peor que ser retenido allí. Deseó gritar. Necesitaba saber lo que había descubierto, y no tenía medios para conseguir de ella esa información.

—Estás patético, rey de comedia —continuó la bruja, con su voz más suave e insinuante—. Siempre has tenido suerte, pero nunca talento. Tu suerte se ha acabado. Estoy casi tentada de dejarte tal como estás. Casi. Pero no puedo olvidar lo que me hiciste. ¡Quiero hacerte sufrir por ello! ¿Te sorprende haberme encontrado? Supongo que sí. Creías que me había ido para siempre. Que moriría en el mundo de las hadas. ¡Qué estúpido!

Se agachó ante él para que los ojos de ambos quedaran a la misma altura. Había tanto odio en los de Belladona que Ben retrocedió.

—Penetré volando en las nieblas, rey de comedia, como tú me ordenaste, como se me exigía. El Polvo lo me obligaba a obedecerte, y no podía negarme. ¡Cómo te desprecié entonces! Pero no podía hacer nada. De modo que volé en las nieblas, pero volé lentamente, rey de comedia, muy lentamente. Traté de romper el encantamiento del Polvo lo mientras volaba, lo intenté con todas mis fuerzas. —La sonrisa volvió otra vez, lenta y dura—. Y al fin rompí el hechizo. Lo rompí y regresé. Demasiado tarde, sin embargo, rey de comedia, demasiado tarde. Porque entré en las nieblas de las hadas y me habían dañado. Sufrí como nunca. El dolor me dejó sus marcas. Escapé con vida y poco más. Tardé meses en recuperar una mínima parte de mi magia. Yo yacía dentro de la ciénaga, una criatura escondida, tan desvalida como el más pequeño de los reptiles. ¡Estaba destrozada! Pero no me abandoné al dolor y al miedo; sólo pensaba en ti. Sólo pensaba en lo que te haría cuando te tuviera otra vez en mis manos. Y estaba segura de que llegaría el momento de atraerte aquí...

»Pero nunca pensé que sucedería tan pronto, mi estúpido gran señor. ¡Qué buena suerte! Fue el cambio lo que te trajo a mí, ¿verdad? Algo relacionado con el cambio,

¿pero qué? Dímelo, rey de comedia. Haré que me lo digas de un modo u otro.

Ben sabía que iba a ser así. No tenía sentido tratar de ocultar algo a la bruja. Podía ver en los vacuos ojos verdes lo que le aguardaba. Hablar era la única cosa que lo mantendría vivo, y mientras estuviese vivo tendría una oportunidad. En aquellas circunstancias no podían desperdiciarse las oportunidades.

—Vine en busca de Sauce —respondió, mientras colocaba a los gnomos detrás de él.

Quería que estuviesen apartados, por lo que pudiera suceder. Tenía que mantener los ojos bien abiertos por si se presentaba la oportunidad deseada. Sin embargo, los gnomos continuaron pegados a él como el velero.

—¿La hija del Amo del Río? ¿La sílfide? —El tono de Belladona expresaba duda—. ¿Por qué iba a venir aquí?

—¿No las has visto? —preguntó Ben, sorprendido.

Belladona sonrió con inquietud.

—No, rey de comedia. No he visto a nadie excepto a ti, a ti y a tus malditos hurones. ¿Qué quería de mí la sílfide?

Él titubeó un momento, luego aspiró profundamente.

—La brida de oro.

Ya lo había dicho. Era mejor decirlo e intentar sacar algo en claro, que hacerse el astuto. Jugar con Belladona era demasiado peligroso.

Belladona parecía sorprendida de veras.

—¿La brida? Pero ¿por qué?

—Porque Meeks la quiere. Porque envió a Sauce un sueño sobre la brida y un unicornio negro.

Le contó a la bruja en pocas palabras la historia del sueño de Sauce y la decisión de la sílfide de averiguar todo lo que pudiese sobre la brida.

—Le dijeron que la brida se hallaba en la Caída Profunda. —Hizo una pausa—. Debía de haber llegado aquí antes que yo.

—Es una pena que no lo haya hecho —contestó Belladona—. Ella me gusta sólo un poco más que tú. Destruirla me hubiera producido casi la misma satisfacción que destruirte a ti. —Se quedó pensativa—. El unicornio negro, ¿verdad? ¿Ha vuelto de nuevo? ¡Qué interesante! ¿Y dice el sueño que la brida puede retenerlo? Sí, es posible. Después de todo, fue creada por la magia de los magos. Y se la robé a un mago hace años...

Belladona rió y lo observó con una mirada penetrante.

—Esos patéticos hurones... ¿Los enviaste para que me robasen la brida?

Phillip y Sot estaban tratando de meterse bajo la piel de Ben, pero él era apenas consciente de los gnomos. Su pensamiento estaba ocupado en algo diferente. Si Meeks había estado alguna vez en posesión de la brida, era probable que la hubiese

utilizado, incluso para mantener cautivo al unicornio negro. Entonces, ¿cómo había conseguido escapar el unicornio? ¿Tramó Meeks el sueño que envió a Sauce para recuperar la brida y volver a atraparlo? En ese caso, ¿qué relación tenían los unicornios de los libros de magia desaparecidos con...?

—No te molestes en responder, rey de comedia —dijo Belladona, interrumpiendo su razonamiento—. La respuesta está en tus ojos. Estos estúpidos roedores se metieron en la Caída Profunda precisamente por eso, ¿no es así? Se metieron en mi casa como ladrones que son. Se colaron furtivamente como gatos.

La mención de los gatos le recordó de repente a Daga Demadera. ¿Dónde estaba el prismagato? Miró a su alrededor antes de darse cuenta de lo inconveniente de su gesto, pero Daga no se veía por ninguna parte.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Belladona al instante. Sus ojos atravesaron la oscuridad del bosque como cuchillos—. No veo a nadie —murmuró después—. Quienquiera que fuese te ha abandonado.

No obstante, dedicó un momento más a asegurarse de que estaba en lo cierto antes de volver su atención a Ben.

—Tus ladrones son tan patéticos como tú, rey de comedia —dijo, reanudando su ataque—. Se creen que son invisibles, pero sólo lo son cuando yo no deseo verlos. Eran tan obvios sus esfuerzos en esta desgraciada aventura que me fue imposible no mirarlos. En cuanto los cogí, comenzaron a llamarte: «¡Magnífico gran señor! ¡Poderoso gran señor!» ¡Qué estúpidos! ¡Te delataron antes de que los interrogara!

Phillip y Sot temblaban con tal violencia que Ben temió que le hicieran caer. Apoyó una mano sobre cada uno de ellos tratando de tranquilizarlos. Sentía lo ocurrido a los pequeños gnomos. Después de todo, estaban metidos en el asunto por culpa de él.

—Y, puesto que me tienes a mí, ¿por qué no dejas marchar a los gnomos? —le preguntó a la bruja de repente—. Son criaturas estúpidas, como has dicho. Los engañé para que me ayudasen. En realidad, no tuvieron elección. Ni siquiera saben por qué están aquí.

—Peor para ellos. —Belladona rechazó el ruego con un gesto de la mano—. Nadie que te ayude puede quedar libre, rey de comedia. —Su cara se alzó, su pelo negro ondeó detrás. Sus ojos barrieron la oscuridad una vez más—. No quiero permanecer aquí. Vamos.

Se levantó, como una sombra negra que adquirió volumen al extender los brazos. Sus ropas se movían como las velas de un barco. Un viento repentino atravesó los árboles y la niebla de la Caída Profunda se elevó para envolverlos. Las lunas y las estrellas se desvanecieron en la lóbreguez, y sintieron que se elevaban, que flotaban. Los gnomos nognomos se aferraron a Ben con más fuerza que nunca, y éste a su vez, se cogió a ellos por carecer de algo mejor a que agarrarse. Sólo se oyó un ruido

silbante y todo quedó en silencio.

Ben parpadeó contra el frío y la niebla, y la luz regresó lentamente. Belladona estaba ante él, con una sonrisa helada en los labios. Los olores de la ciénaga y la niebla llenaban el aire. Las luces de las antorchas revelaron una fila de candelabros y restos de mesas y bancos esparcidos por el patio vacío.

Estaban ya dentro de la Caída Profunda, en el hogar de Belladona.

—¿Sabes lo que te va a ocurrir ahora, rey de comedia? —preguntó con voz suave.

Tenía una idea bastante aproximada. Su imaginación trabajaba en exceso sobre las posibilidades a pesar de sus esfuerzos por reprimirla. Sus oportunidades parecían haberse agotado. Se preguntó por qué Sauce no habría llegado antes que él. ¿No era allí donde la Madre Tierra le había dicho que fuese? Si no estaba, ¿dónde podría estar?

También se preguntó qué habría sido de Daga Demadera.

El siseo repentino de Belladona lo sacudió, apartándolo de sus pensamientos.

—¿Te colgaré para que te seques como un pedazo de carne vieja? ¿O jugaré antes contigo? Debemos dedicar tiempo a eso, ¿verdad?

Fue a decir algo más, pero se interrumpió como si se le hubiese ocurrido algo nuevo.

—¡Pero no, tengo una idea mucho mejor! ¡Se me ocurre un final mucho más grandioso y apropiado para ti!

Se inclinó hacia él.

—¿Sabes que ya no está en mi poder la brida de oro, rey de comedia? ¿No? Ya me lo imaginaba. Me la robaron. Me la robaron mientras me encontraba demasiado débil para evitarlo, aún recuperándome del daño que me habías hecho. ¿Sabes quién tiene ahora la brida? ¡Strabo, rey de comedia! El dragón tiene la brida fantástica, la brida que por derecho me pertenece. ¡Qué ironía! ¡Viniste a la Caída Profunda a buscar algo que ya no estaba aquí! ¡Viniste a buscar tu sentencia de muerte!

Su cara estaba a pocos centímetros de la de él, con la piel tensada sobre los huesos y el mechón entre sus cabellos negros como un cuchillo de plata.

—¡Ah, pero me diste la oportunidad de hacer algo que de otro modo no habría podido hacer! A Strabo le encantan las cosas de oro, aunque las usa sólo para jugar. No sabe apreciar su verdadero valor, en especial el de la brida mágica. Nunca me la devolverá, y yo no puedo quitársela mientras la tenga escondida en las Fuentes de Fuego. Pero podría cambiarla, rey de comedia. Es muy probable que la cambiara por algo que él considere más valioso. —Su sonrisa era feroz—. ¿Y qué valora más en el mundo que una oportunidad para vengarse de ti?

Ben no podía imaginarlo. Strabo había sido también víctima del Polvo lo, y se había despedido de él con la promesa de que un día se tomaría la revancha. Sintió que su estómago se contraía. Aquello era como si lo sacaran de una sartén para arrojarlo

al fuego. Trató de ocultarle a la bruja lo que estaba sintiendo, pero no lo logró.

La sonrisa de Belladonna se ensanchó de satisfacción.

—Sí, rey de comedia. Me alegraré mucho de permitir que el dragón elija la forma de destruirte.

Levantó las manos, arremolinándolas, las nieblas se elevaron obedientes y el viento frío volvió en forma de ráfaga.

—¡Veamos cómo se divierte contigo Strabo! —gritó, y su voz se convirtió en un siseo.

Los gnomos nognomos gimotearon y se asieron de nuevo a las perneras de sus pantalones. Ben sintió que flotaba y vio que la hondonada comenzaba a desaparecer...

Los páramos del este yacían desolados y vacíos bajo la luz decreciente de la tarde mientras Questor Thews, Abernathy y Juanete avanzaban, abriéndose paso a través de una maraña de maleza y madera muerta, riscos y barrancos, cruzando extensiones desérticas, rodeando ciénagas y pantanos. Habían estado andando todo el día, apartando de sí la fatiga y el desasosiego que los importunaban, decididos a llegar a la casa del dragón antes de que cayera la noche.

Y estaba próxima a ocurrir.

Los páramos de Landover carecían de seres vivientes, con la excepción del dragón. Había adoptado los páramos como hogar al ser expulsado de las nieblas del mundo de las hadas hacía siglos. Los páramos eran un buen lugar para el dragón. A él le gustaban. Su carácter encontró un desahogo adecuado en la devastación producida por los caprichos de la naturaleza, y podía contar con toda aquella enorme extensión para sí. Rechazado por todos los demás habitantes del valle, era una criatura solitaria por completo y el único ser, sin contar a Ben Holiday, que podía cruzar de vez en cuando entre Landover y los mundos de los mortales. Podía incluso adentrarse un poco en las nieblas de las hadas. Era especial, el último de su especie, y estaba orgulloso de serlo.

No le gustaba mucho la compañía, un hecho que tenían presente Questor, Abernathy y Juanete mientras se apresuraban para llegar hasta la bestia antes de la noche.

Sin embargo, ya había oscurecido cuando llegaron por fin a su destino. Escalaron un risco, siluetado sobre la noche recién llegada por una brillantez que fluctuaba y danzaba como si estuviera viva, y se encontraron ante las Fuentes de Fuego. En ellas tenía su guarida el dragón. Estaban situadas en un barranco profundo e informe, y eran un conjunto de cráteres que ardían continuamente con un fuego azul y amarillo entre marañas de maleza y montones de tierra y rocas. Alimentadas por un líquido que manaba del interior de los cráteres, sus llamas llenaban el aire de humo, cenizas y

un fuerte olor a gasolina quemada. Una bruma estable cubría el barranco y las colinas que lo rodeaban y, de vez en cuando, se elevaban humeantes surtidores en la oscuridad, acompañados de toses retumbantes.

Vieron al dragón. Estaba echado en el centro del barranco, con la cabeza apoyada en el borde de un cráter y la larga lengua lamiendo las llamas más próximas.

Strabo no se movió. Estaba tendido sobre un montón de tierra. Su enorme cuerpo era una masa de escamas, espinas y placas que casi parecían parte del paisaje. Cuando respiraba, exhalaba pequeños chorros de vapor. Tenía la cola enrollada alrededor de una formación rocosa que había detrás de él, y las alas plegadas contra el cuerpo. Las garras y los dientes eran blancuzcos y curvados, y sobresalían de la piel y las encías formando extraños ángulos. El polvo y la suciedad lo cubrían como una sábana.

Un ojo escarlata giró en su cuenca.

—¿A qué venís? —preguntó el dragón en tono irritado.

Ben Holiday se había quedado atónito cuando oyó hablar al dragón por primera vez, pero Ben era un extranjero y no comprendía la naturaleza de aquellos seres. Questor y Juanete aceptaban como algo normal que el dragón hablase, y Abernathy aún más, ya que era un terrier de pelo liso y también hablaba.

—Deseamos conversar contigo un momento —dijo Questor.

Abernathy se esforzó y consiguió asentir con la cabeza, mientras se preguntaba por qué alguien en su sano juicio quería hablar con una criatura tan horrible como Strabo.

—Me trae sin cuidado lo que deseéis —dijo el dragón arrojando chorros de vapor por los orificios de la nariz—. Sólo me importa lo que yo deseo. Fuera.

—No te entretendremos más de un momento —insistió Questor.

—No tengo un momento. Fuera antes de que os coma.

Questor enrojeció.

—¡Debo recordarte con quién estás hablando! ¡Me debes una cierta cortesía, dada nuestra larga asociación! ¡Ahora, por favor, compórtate de forma civilizada!

Como para enfatizar su petición, dio un significativo paso hacia delante. Su figura de espantapájaros cubierta de andrajosas faltriqueras multicolores parecía un fardo de palos siluetado contra la luz. Juanete mostró su dentadura completa en una mueca amenazante. Abernathy se subió las gafas sobre la nariz y trató de calcular con qué rapidez podría llegar a la oscura seguridad de los matorrales situados detrás de él.

Strabo parpadeó y levantó la cabeza del cráter ardiente.

—Questor Thews, ¿eres tú?

Questor resopló.

—Sí, soy yo.

Strabo lanzó un suspiro.

—¡Qué aburrido! Si fueses alguien importante podrías resultar al menos un breve entretenimiento. Pero contigo no vale la pena el esfuerzo de levantarme y devorarte. ¡Vete!

Questor se tensó. Ignorando la zarpa de Abernathy en su hombro, avanzó otro paso.

—¡Mis amigos y yo hemos emprendido un largo viaje para hablar contigo, y vamos a hacerlo! ¡Si prefieres olvidar la larga y honorable asociación entre dragones y magos, es tu problema! ¡Pero harás un mal servicio a ambos!

—Pareces bastante malhumorado esta noche —contestó el dragón. Su voz reverberó en un largo siseo, y el cuerpo serpentino se movió perezosamente sobre las rocas y los cráteres, esparciendo con la cola el fuego líquido de uno de ellos—. Podría objetar que los magos no han hecho nada por los dragones desde hace siglos, así que no veo motivo para citar una asociación que existió en tiempos pasados. ¡Es absurdo! Podría objetar también que mientras que no hay ninguna duda respecto a mi condición de dragón, si la hay respecto a la tuya de mago.

—¡No me voy a dejar arrastrar a una discusión! —dijo Questor, bastante irritado—. ¡Ni pienso marcharme hasta que me hayas oído!

Strabo escupió al aire sulfuroso.

—No tengo más que comerte, Questor Thews, a ti y al perro, y a ese otro, sea lo que sea. Un kobold, ¿verdad? No tengo más que lanzaros un poco de fuego, asaros hasta que estéis a punto y comeros. Pero esta noche me siento caritativo. Marchaos y olvidaré vuestra intrusión en mi casa.

—Quizás deberíamos reconsiderar... —comenzó a decir Abernathy, pero Questor le hizo callar con un gesto.

—¿Ha dicho algo el perro? —preguntó el dragón.

—¡No, y nadie se va a marchar! —aseguró Questor, mostrando decisión.

Strabo parpadeó.

—¿No?

Su cabeza escamosa se giró bruscamente y de su boca surgió un chorro de llamas. El fuego explotó directamente bajo Questor Thews y lo lanzó hacia arriba. Juanete y Abernathy saltaron a un lado, gateando para apartarse de la tierra, de las rocas voladoras y de las llamas. Questor descendió en una maraña de ropas y faltriqueras, con los huesos crujiendo por el impacto.

Strabo rió entre dientes, lamiendo el aire con su lengua curva.

—Muy divertido, mago. Muy divertido.

Questor se puso en pie, sacudiéndose el polvo de la ropa, escupiendo el polvo que se le había metido en la boca. Se enfrentó al dragón una vez más.

—Eso no era necesario —dijo, tratando de conservar la dignidad—. ¡Yo también puedo hacer esos juegos!

Sus manos dieron una fuerte palmada, señalaron y se abrieron. También trató de hacer algo con sus pies, pero perdió el equilibrio a causa de una roca suelta, resbaló y cayó sentado, gruñendo. La luz explotó sobre los cráteres y una lluvia de hojas secas cayó sobre Strabo, incendiándose.

Strabo se desternillaba de risa.

—¿Me voy a ahogar en hojas? —rugió, aún riendo—. ¡Por favor, mago, perdóname!

Questor se puso rígido, con su rostro de búho sofocado por la ira.

—Quizás deberíamos volver en otro momento —se aventuró a decir Abernathy, desde la protección de un montículo de tierra.

Pero Questor Thews no le hizo caso. De nuevo se sacudió y se levantó.

—Te burlas de mí, ¿verdad, dragón? —dijo—. ¿Te ríes de un maestro de las artes de la magia? ¡Ríete de esto también!

Sus manos se alzaron y se entrelazaron rápidamente en el aire. Strabo se estaba preparando para enviar otro chorro de llamas cuando un chaparrón cayó sobre su cabeza, convirtiéndose luego en lluvia torrencial.

—¡Basta, ya! —bramó, pero en pocos segundos quedó empapado desde el morro a la cola. Sus llamas se convirtieron en vapor, y escondió la cabeza en uno de los cráteres ardientes para protegerla del agua. Cuando la alzó de nuevo al aire, Questor volvió a gesticular y la lluvia cesó.

—¿Has visto eso? —le preguntó el mago a Abernathy, lleno de satisfacción—. ¡La próxima vez no se reirá con tanta ligereza! —Luego se giró hacia el dragón—. Divertido, ¿eh? —le gritó.

Strabo batió sus alas membranosas, se sacudió y le lanzó una mirada feroz.

—Parece que continuarás dando la lata, Questor Thews, hasta que acabe contigo o escuche lo que tienes que decir. Te lo repito, esta noche me siento caritativo. Así que di lo que tengas que decir y vete.

—¡Muchas gracias! —dijo Questor—. ¿Podemos bajar?

El dragón dejó caer la cabeza sobre el borde del cráter y se tendió de nuevo.

—Haced lo que queráis.

Questor llamó con la mano a sus compañeros. Descendieron lentamente por la ladera del barranco a través del laberinto de cráteres y rocas hasta llegar a unos doce metros del lugar donde descansaba el dragón. Strabo los ignoró, y siguió con los ojos cerrados e inhalando los humos y fuegos del cráter en que se apoyaba.

—Sabes que odio el agua, Questor Thews —murmuró al fin.

—Hemos venido aquí para averiguar algo sobre unicornios —declaró Questor, sin hacerle caso.

Strabo eructó.

—Lee un libro.

Eso ya lo he hecho. Y no uno, sino varios. Pero no tienen la información que tú posees. Todo el mundo sabe que los unicornios y los dragones son las criaturas más antiguas del mundo de las hadas y los más antiguos enemigos. Ambos sabéis más unos de otros que cualquier ser humano o criatura fantástica. Necesito conocer algo sobre unicornios que nadie sabe, excepto tú.

—¿Para qué? —preguntó Strabo, en tono aburrido—. Además, ¿por qué iba a ayudarte? Sirves a ese detestable humano que me engañó para hacerme tragar el Polvo lo y después me ordenó que nunca visitase el valle ni a sus gentes mientras él fuese rey. ¿Aún sigue siendo rey? ¡Bah! Si no lo fuera, ya me habría enterado. ¡Ben Holiday, el gran señor de Landover! ¡Me lo comería al instante, en caso de que se le ocurriese volver a poner sus pies en las Fuentes!

—Bueno, es poco probable que lo haga. En todo caso, nosotros estamos aquí por los unicornios, no por el gran señor.

Questor creyó prudente no extenderse en el tema de Ben Holiday. Strabo había tenido el gran placer de devastar los campos y atacar al ganado del valle antes de que el gran señor lo detuviera. Era un placer que el dragón deseaba recobrar. Y quizás no tardase mucho en lograrlo, dada la forma en que Holiday se estaba comportando últimamente. Pero no había razón para decírselo.

Se aclaró la garganta.

—¿Supongo que habrás oído hablar del unicornio negro?

Los ojos del dragón se abrieron de repente y su cabeza se alzó.

—¿Del unicornio negro? ¡Claro que he oído hablar! ¿Ha vuelto, mago?

Questor asintió con una solemne inclinación de cabeza.

—Hace algún tiempo. Me sorprende que no lo sepas. Se han hecho grandes esfuerzos para intentar capturarlo.

—¿Capturarlo? ¿A un unicornio? —Strabo rió, emitiendo una serie de toses roncadas y siseos. Su enorme cuerpo se estremeció por la risa—. ¿Los humanos quieren capturar al unicornio? ¡Qué tontería! Nadie puede capturar al unicornio, mago, incluso tú deberías saberlo. ¡Los unicornios son intocables!

—Algunos piensan que no.

El labio del dragón se curvó.

—¡Algunos son idiotas!

—Entonces, ¿el unicornio está a salvo? ¿No hay nada que lo pueda atrapar, nada que pueda retenerlo?

—¡Nada!

—¿Ni las doncellas virtuosas, ni la luz plateada de la luna prendida en una red fantástica?

—¡Cuentos de viejas!

—¿Ni ninguna clase de magia?

—¿Magia? Bueno...

Strabo pareció titubear. Questor aprovechó la oportunidad de inmediato.

—¿Ni las bridas de oro hilado?

El dragón miró al mago, pero no dijo nada. Questor Thews se sorprendió al ver un gesto de incredulidad en la cara de la criatura.

Se aclaró la garganta.

—Te he preguntado si se podría atrapar al unicornio con bridas de oro hilado.

Y fue en ese momento cuando Belladona, el intruso que se creía Ben Holiday, y dos gnomos nognomos de aspecto lamentable aparecieron de repente de un remolino de niebla cuatro metros más allá.

FUEGO Y ORO HILADO

Hubo un momento interminablemente largo en que todos se observaron entre sí. Era imposible decir quién estaba más sorprendido. Los ojos se movían, se fijaban y volvían a moverse. Las figuras altas se inclinaron y las ropas ondearon. El siseo de advertencia del dragón se mezcló con el de la bruja. Abernathy gruñó a pesar suyo. La noche se había cerrado sobre el paisaje, cubriéndolo con un manto negro que amenazaba con engullirlos a todos. En el silencio, sólo se oía el crujido y crepitar de las llamas que danzaban sobre las bocas de los cráteres llenos de líquido azul.

—No eres bienvenida aquí, Belladona —susurró Strabo por fin, y su voz sonó como un chirrido de hierro. Se levantó del lugar en donde estaba reposando y adoptó una posición de guardia, clavando las garras en la piedra hasta que ésta crujió y se rompió—. Nunca eres bienvenida.

Belladona rió con melancolía. Su pálido rostro se hallaba veteado de sombras.

—Tal vez sea bienvenida esta vez, dragón —contestó—. Te he traído algo.

Questor Thews se dio cuenta de pronto que los gnomos nognomos que acompañaban a la bruja y al intruso que se creía Ben Holiday no eran otros que Phillip y Sot.

—¡Abernathy...! —exclamó en voz baja, pero el perro ya lo sabía.

—¡Sí, mago! Pero ¿qué están haciendo aquí? —dijo.

Questor no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo.

La enorme cabeza de Strabo se alzó y la larga lengua salió de su boca.

—¿Por qué te has molestado en traerme, algo, bruja?

Belladona se irguió con elegancia y cruzó los brazos.

—Pregúntame primero qué te he traído —susurró.

—Nada de lo que puedas traerme me agradará. Por tanto no tiene ningún sentido preguntar.

—¿Ni aunque te traiga lo que más deseas en el mundo? ¿Incluso si es lo que más ambicionas?

Ben Holiday pensaba frenéticamente en la forma de salir de aquella situación. No contaba con ningún amigo entre los que se hallaban allí. Questor, Abernathy y Juanete lo creían un impostor y un loco. Phillip y Sot, si aún les quedaba alguna fe en él, sólo estaban interesados en escapar con el pellejo intacto. Belladona lo había mantenido vivo hasta entonces para negociar con Strabo, que estaría encantado de encargarse de él. Miró a su alrededor con desesperación, buscando una salida que aparentemente no existía.

La cola de Strabo golpeó un pozo de fuego y envió una lluvia de líquido ardiente al cielo oscuro. Ben retrocedió.

—Estoy cansado de juegos esta noche —soltó—. ¡No divagues!

Los ojos de Belladona adquirieron un brillo rojizo.

—¿Y si te ofreciese al gran señor de Landover, al que llaman Holiday? ¿Y si te lo ofreciera, dragón?

El morro de Strabo se curvó y su cara escamosa denotó tensión.

—¡Aceptaría el obsequio con gusto! —siseó.

Ben trató de retroceder y descubrió que no podía. Los gnomos nognomos seguían agarrados a él como lapas. Temblaban y murmuraban incoherencias, e impedían hacer cualquier movimiento rápido. Cuando trató disimuladamente de librarse de ellos, se agarraron con más fuerza todavía.

—¡El gran señor de Plata Fina! —afirmó de repente Questor Thews, mostrando la ira en sus ojos de búho—. ¡No tienes ningún poder sobre él allí, Belladona! Además, te expulsaría del valle en cuanto te dejases ver.

—¿Estás seguro? —Belladona pronunció las palabras con candor irónico. Luego dio un paso al frente, apuntando a Questor con su largo dedo—. Cuando acabe con esto, mago, cuando tu querido gran señor deje de existir, me encargaré de ti.

Ben fijó una mirada de súplica en sus amigos. *¡Salid de aquí!*, les indicó a través de ella.

Belladona volvió a dirigir su atención a Strabo. Con una mano cogió un brazo de Ben y lo arrastró hacia delante.

—¡Aquí tienes al que ese estúpido mago cree tan a salvo de mí, Strabo! ¡Ben Holiday, gran señor de Landover! ¡Míralo bien! ¡En él ha actuado la magia! ¡Mira debajo de la capa de apariencia!

Strabo lanzó un soplido burlón, junto con una llamarada, y se echó a reír.

—¿Éste? ¿Este es Holiday? ¡Belladona, estás loca! —Se estiró para verlo más de cerca y goteó fango de su nariz—. Éste ni siquiera se parece... No, espera, tienes razón, ha actuado la magia. ¿Qué ha hecho...? —La enorme cabeza se bajó y se elevó, y los ojos parpadearon—. ¿Puede ser...?

—¡Míralo bien! —repitió Belladona, empujando a Ben con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

Ahora todos lo miraban pero sólo Strabo vio la verdad.

—¡Sí! —siseó, y su enorme cola dio otro latigazo de satisfacción—. ¡Sí, es Holiday! —Las mandíbulas se abrieron y los dientes ennegrecidos mordieron el aire—. Pero ¿por qué sólo tú y yo...?

—Porque sólo nosotros somos más viejos que la magia que lo hizo —se anticipó Belladona, respondiendo a la pregunta antes de que el dragón pudiera terminarla—. ¿Comprendes ahora cómo lo han hecho?

Ben, por lo que le afectaba, ardía en deseos de oír la respuesta a esa pregunta. Había aceptado el hecho de que no saldría con vida de la presente situación, mas le mortificaba la idea de morir sin llegar a saber cómo lo habían transformado.

—¡Pero... pero ése no es el gran señor! —afirmó Questor, furioso, dando la impresión de que trataba de convencerse a sí mismo, no a los otros—. ¡Ése no puede ser el gran señor! Si ése es... es... entonces, el gran señor es...

Su voz se apagó, una extraña expresión de entendimiento atravesó su cara, una expresión de asombro horrorizado, una expresión que gritaba sin sonido un solo nombre: ¡Meeks! Juanete siseó y le tiró del brazo. Abernathy murmuró entre dientes que aquello explicaba el extraño comportamiento de alguien.

Los tres fueron ignorados por el dragón y la bruja.

—¿Por qué vas a entregármelo? —le preguntó Strabo a Belladona, cauteloso ante su ofrecimiento.

—Yo no hablé de «entregar», dragón —contestó Belladona suavemente—. Quiero cambiarlo.

—¿Cambiarlo, bruja? ¡Tú lo odias más que yo! Te envié al mundo de las hadas y casi conseguí destruirte. ¡Te marcó con la magia! ¿Por qué quieres cambiármelo? ¿Qué puedo poseer yo que desees más que a Holiday?

Belladona sonrió con frialdad.

—Oh, sí, lo odio. Y quiero destruirlo. Pero el placer será tuyo, Strabo. Sólo tienes que darme una cosa. Devuélveme la brida de oro hilado.

—¿La brida? —Las palabras de Strabo salieron como un silbido de incredulidad. Tosió—. ¿Qué brida?

—¡La brida! —dijo Belladona—. La brida que me robaste cuando yo estaba incapacitada para evitarlo. ¡La brida que por derecho me pertenece!

¡Bah! ¡Nada que yo posea te pertenece por derecho! ¡Mucho menos la brida! ¡Tú misma se la robaste a un mago anciano!

—¡De cualquier forma, dragón, la quiero!

—Ah, bueno, si es eso lo que deseas... —El dragón comenzó a mostrarse ambiguo—. Pero estoy seguro, Belladona, que otros de mis tesoros te serían más útiles que esa chuchería. ¡Sugiere algo más, algo realmente valioso!

Los ojos de la bruja se estrecharon.

—¿Ahora quién está jugando? ¡Me he decidido por la brida y eso es lo que me llevaré!

Ben había sido olvidado de momento. Belladona lo había soltado y él se había situado a su espalda, con los gnomos aún pegados a sus piernas. Mientras escuchaba las negociaciones, descubrió que Questor Thews lo observaba con renovado interés. Abernathy atisbaba por encima del hombro del mago a través de sus gafas manchadas por el humo, y Juanete lo miraba con disimulo. Al parecer, estaban tratando de averiguar cómo era posible que fuese otro distinto del que parecía. Ben castañeó los dientes y les indicó con frenéticos movimientos de cabeza que se alejaran de allí, que si se quedaban terminarían fritos.

—Lo que ocurre es que no entiendo por qué la brida es tan importante para ti —decía Strabo, curvando el cuello hacia arriba, sobre la bruja.

—¡Y yo no entiendo por qué te preocupa eso! —exclamó Belladona, irguiéndose un poco más. La luz del fuego danzaba sobre su rostro marmóreo—. ¡En primer lugar, no veo la razón de que pongas tantos reparos para devolverme lo que es mío!

Strabo aspiró.

—¡No tengo que darte explicaciones!

—¡Claro que no! ¡Me conformo con que me des la brida!

—Me creo que no lo haré. La deseas con demasiada ansia.

—¡Y tú no deseas lo bastante vengarte de Ben Holiday!

—¡Si lo deseo! ¿Por qué no aceptas un cofre de oro o un cetro mágico que convierte los rayos de luna en monedas de plata? ¿Por qué no te quedas con una piedra preciosa marcada con runas que perteneció a los trolls cuando el poder de la magia también les pertenecía, una piedra que le proporcionará la verdad a quién la posea?

—¡Yo no quiero la verdad! ¡No quiero cofres, ni cetros, ni ninguna otra cosa, lagarto gordinflón! —Belladona había enloquecido de veras; su voz se elevó casi en un grito—. ¡Quiero la brida! ¡Dámela o Holiday nunca será tuyo!

Avanzó amenazadoramente, dejando a Holiday y a los gnomos nognomos media docena de pasos detrás. Era lo más cerca de la libertad que Ben se encontraba desde que lo había capturado en la Caída Profunda. Mientras las voces de la bruja y el dragón aumentaban en estridencia, comenzó a pensar que quizás, sólo quizás, aún podría encontrar la salida.

Obligó a Phillip a soltar su pierna derecha, lo mantuvo separado con el brazo y se dedicó a librarse de Sot.

—Por última vez, dragón —decía Belladona—. ¿Me cambiarás la brida por Holiday o no?

Strabo emitió un largo suspiro de decepción.

—Me temo, querida bruja, que no puedo.

Belladona se quedó observándolo en silencio durante un momento, luego sus labios se plegaron para mostrar los dientes. Gruñó.

—Ya no tienes la brida, ¿verdad? ¡Por eso no vas a cambiármela! ¡Ya no la tienes! Strabo resopló.

—Por desgracia, es cierto.

—¡Sólo eres una enorme masa de escamas! —La bruja temblaba de furia—. ¿Qué has hecho con ella?

—¡Lo que he hecho con ella es asunto mío! —replicó Strabo, mostrándose ultrajado. Suspiró otra vez—. Bueno, para que lo sepas, la he regalado.

—¿La has regalado?

La bruja estaba horrorizada.

Strabo exhaló un chorro largo y sutil de fuego hacia el aire nocturno, seguido de un rastro de vapor ceniciento. Sus ojos parpadearon y, durante un momento, parecieron distantes.

—Se la di a una joven del mundo de las hadas que me cantó sobre la belleza, la luz y otras cosas que a los dragones nos encanta oír. Ninguna doncella me había cantado desde hacía siglos, ¿sabes?, y le hubiera dado mucho más que la brida por tener la oportunidad de sumirme otra vez en una música tan deliciosa.

—¿Has regalado la brida por una canción?

• Belladona pronunció aquellas palabras como tratando de convencerse a sí misma de que tenían sentido.

—Un recuerdo significa más que cualquier objeto tangible. —El dragón suspiró otra vez—. Los dragones siempre hemos tenido debilidad por las mujeres bellas, las doncellas virtuosas, las jóvenes de sonrisas amables y dulces. Hay un vínculo que nos une. Un vínculo más fuerte que el de los dragones y magos, añadiría —dijo dirigiéndose a Questor Thews en un rápido aparte—. Esa joven cantó para mí, y me pidió a cambio la brida de oro hilado. Se la di gustoso. —Parecía estar sonriendo—. Era una sílfide tan hermosa...

Ben se estremeció. ¿Una sílfide? ¡Sauce!

La cabeza del dragón se inclinó solemnemente hacia Ben Holiday.

—Una vez le ayudé a salvar la vida —continuó—. ¿Lo recuerdas? Tú me lo pediste, Holiday. La saqué volando de Abaddon para llevarla a su tierra, en la región de los lagos, donde pudo recobrarle. No me contrarió salvarle la vida. A ti te odiaba, desde luego, porque me obligaste a someterme. Pero me satisfizo salvar a la sílfide. Me recordó los viejos tiempos en que salvar doncellas era un trabajo rutinario para un dragón. —Se detuvo—. ¿O era devorarlas? Nunca puedo recordarlo.

—¡Eres un imbécil! —le espetó Belladona.

Strabo cabeceó, como reflexionando sobre ello. Luego su morro se abrió mostrando una cantidad considerable de dientes.

—¿Realmente lo crees? ¿Un imbécil? ¿Yo? ¿Más imbécil que tú, bruja? ¿Tan imbécil como para meterme desprotegido en la guarida de mi peor enemigo?

El silencio era tan denso que se podía cortar. Belladona parecía una estatua.

—Nunca estoy desprotegida, dragón. Cuidado.

—¿Cuidado? ¡Qué curioso! —De repente Strabo se enrolló como un muelle—. He soportado con paciencia tus ataques venenosos. Te he permitido que dijese lo que querías. Ahora me toca a mí. Eres una endeble y patética aprendiz de brujería, que se cree con más poderes de los que tiene. Vienes a mi casa como si fuese tuya, me das órdenes, me insultas, pides cosas sobre las que no tienes ningún derecho, y crees que podrás marcharte cuando te apetezca. Te equivocas, Belladona. Si yo tuviera la

oportunidad de volver atrás, quizás te cambiaría la brida de oro por Holiday. Quizás. Pero nunca me arrepiento de lo que hago, y menos de eso. La brida ya no está aquí, y no quiero recuperarla.

Se inclinó con lentitud hacia delante. Su voz áspera se transformó en un leve siseo.

—Pero Holiday está aún aquí, bruja. Y ya que lo trajiste para mí, me parece que debo quedarme con él. ¿Estás de acuerdo?

Los dedos de Belladona eran como garras cuando se alzaron ante su rostro fino.

—¡No obtendrás nada de mí, dragón, ni ahora ni nunca!

—Ah, pero sólo puedes culparte a ti misma. Has hecho tan tentadora la perspectiva de destruir a Holiday que no puedo resistir su fuerza. ¡Ha de ser para mí! ¡Me corresponde a mí destruirlo, con brida o sin ella! ¡Será mejor que me lo entregues ya!

Las llamas salieron de la boca del dragón y envolvieron a Belladona. En ese mismo momento, Ben consiguió soltar a Sot de su pierna izquierda y se lanzó hacia un lado para escapar del calor y las llamas. Questor Thews movía también los brazos y piernas al correr hacia Ben. Juanete pasó a toda velocidad ante él, con las orejas aplastadas hacia atrás. Abernathy se puso a cuatro patas y huyó a la seguridad de la maleza.

Ben se levantó, arrastrando a los lloriqueantes gnomos. El fuego de Strabo explotó arriba, en la negrura, llenando el aire con una lluvia de chispas y rocas. Belladona seguía de pie y desprotegida en el centro, con su túnica negra ondeando como una sábana puesta a secar y agitada por el viento, el rostro pálido alzado, los brazos extendidos. El fuego prendió en sus dedos y cayó sobre el sorprendido Strabo. El dragón retrocedió, tropezando y cayendo en uno de los cráteres.

—¡Gran señor! —gritó Questor Thews.

Belladona se giró justo a tiempo para ser alcanzada por la fuerza de un ademán mágico del mago que la cegó con una ráfaga de copos de nieve. Belladona los golpeó furiosamente, gritó, y le lanzó fuego. Partes de las llamas silbaron sobre Ben mientras volvía a tirarse al suelo, casi ahogando a los gnomos. Las puntas del pelo de Abernathy se incendiaron, y el amanuense desapareció pendiente arriba huyendo y aullando.

Entonces, Strabo surgió del cráter donde había caído, rugiendo de furia. Desenrollando de repente su cuerpo serpentino, salpicó de fuego toda la zona. La bruja se volvió contra él, igualando su furia, rociándolo también con su fuego. Ben se había levantado y corría para salvar su vida. El fuego lo perseguía, como un muro de calor y dolor rojos. Pero Questor estaba cerca y gesticulaba desesperadamente con las manos. Un escudo de material aislante surgió de la nada para detener el fuego. Ben seguía rodeando con sus brazos a los forcejeantes y plañideros gnomos y trepaba con

desesperación para escapar de las llamas. Las poderosas manos de Juanete lo agarraron por la cintura y le ayudaron a llegar al borde de las Fuentes de Fuego, junto con su carga. Questor iba detrás, gritando para animarlos.

Poco después, salieron de allí, tambaleándose por el calor y el humo, para meterse entre los frescos matorrales. Tosiendo y jadeando, se derrumbaron unos sobre otros. Abernathy se reunió con ellos.

Detrás, la bruja y el dragón continuaban su batalla, llenando la noche de aullidos y gritos. Ni siquiera se dieron cuenta de que el objeto de su lucha se había escapado.

Ben miró con urgencia a sus compañeros, cuyos ojos parpadeaban en la oscuridad. No tenía sentido detenerse a descansar. En eso, todos se mostraron de acuerdo. La bruja y el dragón no tardarían mucho en comprender lo que había ocurrido.

Se levantaron del suelo y desaparecieron en la noche.

BÚSQUEDA

Poco después de medianoche, Ben y sus compañeros interrumpieron la huida. El cielo estaba ennegrecido por las nubes que avanzaban desde las praderas hacia el este. Las lunas y las estrellas habían desaparecido como barridas por los fuertes vientos, los truenos retumbaban, dejando tras ellos prolongadas resonancias, y los rayos se entrelazaban sobre sus cabezas. La lluvia no tardó en hacer su aparición, fuerte y fría, para limpiar los páramos. Apenas tuvieron tiempo de refugiarse en un denso y pequeño bosque de abetos antes de que toda la tierra que los rodeaba se tornara invisible bajo un manto de niebla y humedad.

El grupo se sentó bajo las enormes ramas de los abetos centrales y contempló el aguacero a través de la cortina de agujas. El viento soplaba en fuertes ráfagas entre los árboles y arbustos, y el agua caía en cascada. Todo se desvaneció entre los monótonos sonidos, y le bosquecillo se convirtió en una isla de penumbra.

Pasado un rato, Ben se recostó sobre el tronco enorme de un abeto y fijó la vista en sus compañeros, desplazando los ojos de un rostro al siguiente.

—Soy Ben Holiday, ¿sabéis? —dijo al fin—. De veras lo soy.

Se miraron interrogativamente unos a otros y, tras eso, concentraron la atención en él.

—Salvadnos, poderoso gran señor —dijo Phillip después de un momento, con un lloriqueo inexpresivo.

—Sí, salvadnos —rogó Sot.

Parecían ratas mojadas, con el pelo mugriento y empapado por la lluvia y las ropas raídas y desgarradas. Sus dedos se estiraban con disimulo hacia las piernas de Ben.

—¡Basta! —les ordenó con voz cansada—. Ya no hay de qué salvaros. Ya no estáis en peligro.

—El dragón... —comenzó Phillip.

—La bruja... —comenzó Sot.

—Se han quedado en las Fuentes y no vendrán a buscarnos aquí. Cuando terminen de lanzarse fuego y se pregunten qué nos ha ocurrido, la lluvia habrá borrado todo rastro de nuestro paso. —Trató de mostrarse más seguro de lo que sentía—. No os preocupéis. Todo irá bien.

Juanete enseñó los dientes y siseó. Miró a Ben como si fuese un wump de pantano descarriado. Abernathy evitaba mirarlo.

Questor Thews se aclaró la garganta. Ben se volvió hacia él, expectante y, de repente, el mago pareció inseguro de lo que iba a decir.

—Esto es bastante difícil —empezó al fin, con los ojos fijos en él—. ¿Decís que sois realmente el gran señor? ¿Estaban en lo cierto la bruja y el dragón al creerlo?

Ben asintió.

—Y la historia que nos contasteis en Plata Fina, ¿era verdadera? ¿Habéis sido transformado por la magia? ¿Habéis perdido el amparo del medallón?

Ben asintió por segunda vez.

—¿Y Meeks ha vuelto y ha ocupado vuestro lugar, haciéndose pasar por vos?

Ben asintió por tercera vez.

Los ojos de Questor bizqueaban tanto que Ben temió que corriese el peligro de quedarse así de modo permanente.

—Pero ¿cómo? —preguntó al fin—. ¿Cómo ocurrió todo eso?

Ben suspiró.

—Me parece que esa es la pregunta de sesenta y cuatro mil dólares.

Brevemente, volvió a relatar su encuentro con Meeks en el dormitorio y su transformación en el intruso que parecía ser. Llegó hasta su decisión de viajar al sur en busca de Sauce.

—He estado buscándola desde entonces —concluyó.

—¿Ves? ¡Te lo dije! —lo recriminó Abernathy.

Questor se estiró y dedicó al amanuense una mirada arrogante.

—¿Me dijiste *qué*? —preguntó, tensando todavía más su cara de búho.

—¡Que el gran señor no estaba actuando como el gran señor! —ladró Abernathy—. ¡Que algo iba mal, sin duda alguna! ¡Que nada era como debía ser! ¡De hecho, mago, te dije bastante más que eso, si es que puedes tomarte la molestia de recordarlo! —Se subió sobre la nariz las gafas mojadas por la lluvia—. Te dije que esos sueños no traerían más que problemas. Te dije que renunciaras a correr tras ellos. —Entonces se giró hacia Ben, como un profeta cuyas predicciones se hubieran cumplido—. Os avisé también a vos, ¿verdad? ¡Os dije que os quedáseis en Landover como os correspondía! ¡Os dije que Meeks era demasiado peligroso! Pero no me escuchasteis ¡Nadie me escuchó! ¡Ahora, mirad cómo estamos!

Estornudó, se sacudió con fuerza y salpicó a todo el mundo de agua.

—Lo siento —murmuró, aunque no parecía sentirlo en absoluto.

Questor suspiró.

—Confío en que te encuentres mejor ahora.

Ben decidió cortar.

—Abernathy tiene razón. Debimos haberle escuchado. Pero no lo hicimos, y lo hecho, hecho está. Tenemos que dejar de lado todo eso. Al menos, volvemos a estar juntos.

—¡Y de mucho nos va a servir! —exclamó Abernathy, aún malhumorado.

—Bueno, de algo puede servirnos. —Ben intentó aparentar optimismo—. Los seis podremos conseguir más que uno solo.

—¿Los seis? —Abernathy miró a los gnomos nognomos con desdén—. Contáis

dos más que yo, gran señor. De todas formas, aún no estoy convencido de que seáis en realidad el gran señor. Questor Thews es demasiado crédulo. Hemos sido engañados una vez, y es posible que volvamos a serlo. ¿Cómo podemos saber que esto no es otra farsa? ¿Cómo podemos saber que esto no es otro de los trucos de Meeks?

Ben lo meditó un momento.

—No podéis, supongo. Tenéis que creer mi palabra. Tenéis que confiar en mí y en vuestro instinto. —Suspiró—. ¿Creéis que Meeks puede engañar a Strabo y a Belladona? ¿Creéis que yo iría diciendo que soy el gran señor si no lo fuese? —Tomó una bocanada de aire—. ¿Creéis que aún llevaría esto?

Metió la mano bajo su túnica y sacó el medallón deslustrado. La imagen mojada de Meeks refulgió al reflejar un rayo lejano.

—¿Por qué lleváis eso todavía? —le preguntó Questor en voz baja.

Ben movió la cabeza.

—Me da miedo deshacerme de él. Si Meeks decía la verdad y arrojar el medallón significa mi fin, ¿quién protegería a Sauce? Ella no sabe nada de lo ocurrido. No conoce que los sueños fueron enviados por Meeks, ni el peligro en que está. La quiero mucho, Questor. No puedo abandonarla. No puedo arriesgarme a que caiga en la misma trampa que yo y no encuentre a nadie que le ayude a salir.

Todos se quedaron en silencio, observándolo.

—No, gran señor, no podéis —admitió Questor al fin, y miró a Abernathy—. El verdadero Ben Holiday ni siquiera se habría planteado tal cosa, ¿no creéis? —preguntó—. El verdadero Ben Holiday no.

Abernathy consideró la posibilidad durante un momento, luego suspiró.

—No, supongo que no. —Dirigió una mirada a Juanete, cuya cara de mono asintió su aprobación—. Muy bien. Ellos os aceptan como gran señor. También yo lo haré.

—Te lo agradezco —le aseguró Ben al amanuense.

—Pero sigo sin creer que esté en mejor situación con nosotros cuatro... —Miró de reojo a los gnomos nognomos—. O seis, o los que queráis contar, que estando solo. ¿Qué se supone que podemos hacer nosotros seis que no podáis hacer vos solo?

Todos fijaron en él la vista, en espera de su respuesta. Los contempló a través de la bruma de la lluvia y la oscuridad, dobló las piernas hasta unir las rodillas con el mentón para resguardarse del frío creciente y trató de pensar algo.

—Encontrar a Sauce —dijo después—. Protegerla.

Los otros no hicieron comentarios.

—Mirad. El tercer sueño es la clave de todo lo que ha ocurrido, y la brida es la clave del sueño. Sauce tiene ahora la brida, nosotros lo sabemos. Strabo se la dio. La tiene, ¿pero qué va a hacer con ella?

—¿Qué, poderoso gran señor? —preguntó Phillip con ansiedad.

—Sí, ¿qué? —añadió Sot.

—Os la entregará a vos, gran señor —se apresuró a decir Questor. Luego se detuvo—. O, al menos, a quien cree que sois vos.

—Exactamente Questor —susurró Ben—. Eso es lo que el sueño le dijo que debía hacer y eso es lo que hará. Me entregará la brida. Pero no seré yo quien la recoja. Será Meeks. Ella acudirá a Meeks. Y, ¿qué le ocurrirá entonces?

—Tenemos que encontrarla antes —insistió Questor.

—En cuanto deje de llover —añadió Abernathy.

Ben asintió.

—Seis tendremos más posibilidades que uno.

—Juanete tendrá más posibilidades que diez veces seis —intervino Abernathy, y volvió a estornudar—. Creo que me he resfriado —murmuró.

—¡Por una vez, Abernathy tiene razón! —exclamó Questor, ignorando la mirada reprobatoria que le dirigió el perro—. Los kobolds pueden seguir un rastro con más rapidez y a más distancia que cualquier humano. Si hay alguna pista de la joven, Juanete la encontrará. —Miró al kobold, que le correspondió mostrando todos sus dientes—. Seguro que Juanete la encontrará, podéis confiar en ello. —Se encogió de hombros—. En cuanto deje de llover, desde luego.

Ben negó con la cabeza.

—No debemos esperar tanto. No debemos...

—Pero tenemos que hacerlo —lo interrumpió el mago con amabilidad.

—Pero no debemos...

—Debemos. —Questor lo cogió del brazo—. No puede haber ningún rastro con una tormenta como ésta, gran señor. No habrá ninguna pista que seguir. —Su rostro de búho se inclinó y en sus ojos apareció una repentina calidez—. Gran señor, habéis recorrido un largo camino desde Plata Fina. Está claro que os ha costado muchos sufrimientos. Vuestra apariencia física, por muy distorsionada que esté, no miente. Miraos. Estáis agotado. He visto vagabundos en mejores condiciones que vos. ¿Abernathy?

—Su aspecto es desastroso —reconoció el perro.

—Bueno, digamos bastante malo —dijo el mago mientras suavizaba la afirmación del otro con una sonrisa—. Necesitáis descansar. Dormid. Habrá tiempo suficiente para empezar la búsqueda.

Ben sacudió la cabeza enérgicamente.

—Questor, no estoy cansado. No puedo...

—Creo que debéis hacerlo —insistió el mago con voz persuasiva. Una mano huesuda pasó un instante ante el rostro de Ben, y sus ojos pugnaron por cerrarse. Casi no podía mantenerlos abiertos. Sintió que un cansancio intenso invadía su cuerpo—.

Descansad, gran señor —susurró Questor.

Ben trató de resistirse al mandato, trató de levantarse y descubrió que no podía. Por una vez, la magia del mago había funcionado bien al primer intento. Deslizó la espalda sobre el tronco rugoso del abeto y cayó en un lecho de hojas. Sus compañeros se acercaron. La cara peluda de Abernathy, precedida de las gafas, lo miró a través de las sombras. Los dientes de Juanete destellaron como puñales. Phillip y Sot eran vagas imágenes que ondeaban y voces murmurantes, y parecían alejarse poco a poco. Encontró reconfortante su presencia y le dio fuerza y seguridad. Todos sus amigos estaban allí, excepto Chirivía y Sauce.

—Sauce —susurró.

Después de pronunciar su nombre se quedó dormido.

Soñó con Sauce, y el sueño fue una revelación que lo conmocionó, incluso en su adormecimiento. Buscaba a la sílfide por los bosques, las montañas y las llanuras de Landover. Una búsqueda solitaria que lo atraía como el imán al hierro. La región por la que viajaba le era familiar y, al mismo tiempo extraña. Había una mezcla de luz de sol y sombras que rielaban con la inconsistencia de una imagen reflejada en el agua. Había seres que se movían por todo su alrededor, pero carecían de rostro y de forma. Se hallaba solo, y su búsqueda, al parecer interminable, lo llevaba de un extremo a otro del valle y a la inversa otra vez, en una marcha rápida y segura pero infructuosa.

Estaba dominado por una urgencia que lo sorprendió. Tenía una necesidad de encontrar a la sílfide difícil de explicar. Estaba aterrado por ella sin comprender la razón de su temor. Estaba desesperado por encontrarla, pero su desesperación carecía de causa. Era como si se hallara cautivo de sus emociones y ellas lo guiaran cuando la razón no era capaz de hacerlo. Podía sentir la presencia de Sauce mientras buscaba una proximidad que le causaba desazón. Era como si lo estuviese esperando detrás de cada árbol y de cada montaña, y sólo fuese preciso avanzar un poco más para encontrarla. El cansancio no disminuía la velocidad de su viaje; la fuerza de su decisión lo impulsaba.

Pasado cierto tiempo, empezó a oír voces. Susurraban desde todas partes; algunas previniéndolo, otras aconsejándole. Oyó al Amo del Río, todavía receloso de su identidad, extrañamente ansioso de que encontrara a la hija a quien no podía amar ni lograr que lo amara. Oyó que la Madre Tierra le pedía que repitiese la promesa que había hecho de encontrar a Sauce y protegerla, y su insistencia en que la cumpliera. Oyó la voz profunda del cazador solitario y frustrado hablar del unicornio negro, del roce que le había robado el alma. Oyó a Meeks prometer destrucción y ruina, con un siseo extraño y vengativo, si la sílfide y la brida de oro no llegaban a sus manos.

Y también oyó a Daga Demadera.

Fue la voz del prismagato lo que le desaceleró al proporcionarle la conciencia de lo frenética que había llegado a ser su búsqueda. Se detuvo. Captó el ruido fatigoso

de su respiración y fuertes latidos en su pecho. Se hallaba en el claro de un bosque frío y solitario, una mezcla de sombras y luz, de ramas entrelazadas en lo alto y espesos musgos en el suelo. Daga estaba sentado sobre un pequeño montículo, acicalado, elegante e inescrutable.

—¿Por qué corréis así, gran señor Ben Holiday? —le preguntó sin inmutarse.

—Tengo que encontrar a Sauce —contestó él.

—¿Por qué tenéis que encontrarla? —quiso saber Daga.

—Porque la amenaza un gran peligro —respondió.

—¿Y sólo por eso?

—Y porque me necesita —dijo Ben, tras pararse un momento a pensar.

—¿Y sólo por eso?

—Y porque nadie más puede hacerlo.

—¿Y sólo por eso?

—Y porque...

Pero no encontró las palabras que buscaba, tan huidizas como la propia sílfide. Tenía la sensación de que debía decir unas palabras concretas. ¿Qué palabras?

—Os esforzáis mucho en componer vuestra vida —afirmó Daga, casi con tristeza—. Os esforzáis mucho en colocar las piezas del enorme puzzle que estáis haciendo. Pero no comprendéis la razón que os impulsa. La vida no es sólo forma, gran señor. La vida es también sentimiento.

—Yo siento —dijo Ben.

—Vos gobernáis —lo corrigió Daga—. Vos gobernáis vuestro reino, a vuestros súbditos, vuestro trabajo y vuestra vida. Vos organizáis... aquí, como antes allí. Vos mandáis. Ahora como rey, antes como abogado. Domináis el arte teatral de las salas de justicia y de las cortes políticas. No habéis cambiado, seguís siendo el de antes. Actuáis y reaccionáis con rapidez y habilidad, pero no tenéis sentimientos.

—Intento tenerlos.

—La clave de la magia está en el sentimiento, gran señor. La vida nace del sentimiento, y la magia nace de la vida. ¿Cómo podéis entender la vida o la magia si no sentís? Buscáis a Sauce ¿pero cómo podréis reconocerla sin entender lo que es? Buscáis con los ojos algo que no pueden ver. Buscáis con los sentidos y el cuerpo algo que ellos no pueden captar. Debéis buscar con el corazón. Intentadlo ahora. Intentadlo y decidme lo que véis.

Lo intentó, pero había una oscuridad a su alrededor que le impedía ver. Se replegó sobre sí mismo y encontró pasadizos que no podía recorrer. Existían obstáculos que bloqueaban el paso, objetos sin forma definida. Lleno de furia, trató de apartarlos, empujándolos, tanteándolos...

Entonces se encontró de frente con Sauce, como si fuera una visión borrosa súbitamente recordada. Pasó ante él flexible y ondeante. La belleza de su rostro

anonadaba y su cuerpo era el compendio de sus deseos. Su pelo verde bosque se extendía sobre sus hombros y llegaba hasta su cintura. Una seda blanca la envolvía como una segunda piel. Sus ojos se encontraron con los de él, dejándolo sin aliento. La sílfide sonrió, cálida y tierna, y sólo oyó su susurro en el interior de su mente. No había ningún peligro que la amenazara, ninguna sensación de urgencia. Estaba en paz consigo misma.

—¿Por qué corréis así, gran señor Ben Holiday? —repitió Daga desde algún lugar cubierto por las sombras.

—Debo encontrar a Sauce —volvió a responderle.

—¿Por qué debéis encontrarla?

—Porque...

Otra vez le fallaron las palabras. Las sombras comenzaron a espesarse y Sauce a disolverse en ellas.

—Porque...

La figura de la sílfide se hizo más borrosa, como un recuerdo en el transcurso del tiempo. Ben puso toda su voluntad en encontrar las palabras que necesitaba decir, pero éstas seguían eludiéndolo. La sensación de urgencia volvió, fuerte y angustiada. El peligro adquirió consistencia una vez más, como si fuera algo resucitado por su indecisión. Trató de alcanzarla con las manos, pero ella estaba demasiado lejos y él enraizado en el lugar en que se hallaba.

—Porque...

Las sombras lo llenaban todo, envolviéndolo ahora en su negrura, ahogándolo en su oscuridad sin fin. Estaba emergiendo de sí mismo. Daga se había ido. Sauce era poco más que una mancha de luz y color en la negrura, que se desvanecía por momentos.

—Porque...

¡Sauce!

Se despertó sobresaltado, incorporándose del lugar en que descansaba, con las axilas y la espalda empapadas de sudor. La noche cubría los silenciosos páramos del este. Las nubes ocultaban el cielo, aunque la lluvia había dejado de caer. Sus compañeros dormían tranquilos a su alrededor; todos excepto Juanete, que ya se había ido. Su búsqueda de Sauce había comenzado.

Ben aspiró en profundidad para serenarse. El sueño de Sauce estaba aún vivo en su mente. Exhaló el aire.

—Porque... la quiero —terminó.

Esas eran las palabras que buscaba. Y supo con aterradora certeza que expresaban la verdad.

Estuvo despierto un rato a solas con sus pensamientos en el oscuro silencio de la noche. Sin embargo, se cansó pronto y volvió a echarse para dormir. Cuando despertó

de nuevo, el amanecer estaba próximo; ya se asomaba en el este del cielo sobre el borde del valle en débiles rayos de gris y oro. Juanete continuaba ausente. Los demás dormían.

Se giró sobre la espalda, miró el campamento empapado por la tormenta y pestañeó, sorprendido. Daga Demadera descansaba cómodamente sobre una rama gruesa del abeto en que él apoyaba la cabeza, con las zarpas escondidas bajo su cuerpo brillante y los ojos cerrados.

Mientras Ben lo contemplaba, los abrió.

—Buenos días, gran señor —saludó el gato.

Ben se incorporó sobre los codos.

—Buenos días, nulidad. ¿Dónde has estado?

—Oh, aquí y allá.

—¡Más allá que aquí, según parece! —ironizó Ben, dejando escapar gran parte de su rabia contenida—. ¡No me hubiera ido mal un poco de ayuda en la Caída Profunda, cuando desapareciste tan oportunamente! ¡Tuve suerte de que la bruja no acabase conmigo allí mismo! ¡Y después fui arrastrado hasta la guarida del dragón y ofrecido como aperitivo! Pero todo eso no tiene ninguna importancia para ti, ¿verdad? ¡Gracias por tu ayuda!

—De nada —contestó Daga sin alterarse—. No obstante, he de recordaros una vez más que estoy con vos como compañero, no como protector. Además, parece que no habéis sufrido ningún daño en mi ausencia.

—¡Pero podría haberlo sufrido, maldita sea! —Ben no pudo contenerse. Estaba cansado de que el gato apareciera y desapareciera como un fantasma—. Me podrían haber frito en aceite de dragón sin que tú hicieras nada.

—Podría haber, querría haber, debería haber... Los haber y los no haber se reducen a posibilidades pasadas. —Daga bostezó—. Sería mejor que dejaseis de fustigar a los caballos muertos y os ocupaseis de los vivos.

Ben le lanzó una mirada feroz.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay algo más importante en vuestra mente que reprocharme unos errores imaginados.

Ben recordó de repente su sueño, la búsqueda que había emprendido, la brida de oro, el unicornio negro, Meeks y todo el resto del rompecabezas que seguía sin resolver. ¡Ah, y Sauce! La imagen de la sílfide se impuso a las otras.

La quiero, se dijo, sospesando las palabras. Y las encontró reconfortantes.

—Hay quien afirma que los sueños son manifestaciones de nuestros pensamientos y deseos subconscientes —musitó Daga, como si pronunciara una conferencia—. Con frecuencia, los sueños no reproducen con exactitud los acontecimientos que provocan esos pensamientos y deseos, pero muestran con bastante claridad las

emociones que ocultan. Nos encontramos envueltos en extrañas situaciones y acontecimientos inconexos y tendemos a dejarlos de lado, lo cual es una postura cómoda. Pero escondida en los rincones de nuestro subconsciente yace una semilla de verdad sobre nosotros mismos que necesita ser descubierta, una verdad que a veces nos negamos a aceptar mientras estamos despiertos y que demanda reconocimiento mientras dormimos.

Hizo una pausa de efecto dramático.

—El amor puede ser esa verdad.

Ben se incorporó, observó al gato convertido en filósofo un instante y después sacudió la cabeza.

—¿Está eso relacionado con Sauce?

Daga parpadeó.

—Ya se sabe que a veces los sueños mienten y la verdad sólo puede encontrarse en la vigilia.

—¿Cómo cuando soñé con Miles? —Ben encontraba la conversación del gato innecesariamente confusa—. ¿Por qué no dices de una vez lo que quieres decir?

Daga volvió a parpadear.

—Porque soy un gato.

—¡Ah, ya!

La respuesta de siempre.

—Porque ciertas cosas tenéis que descubrirlas por vuestros propios medios.

—Bueno.

—Cosas en las que no se ha mostrado muy experto, me temo.

—En verdad, no.

—A pesar de mis continuos esfuerzos.

—Hummmmm. —Ben sintió un deseo casi incontrolable de ahogar al animal. Para superar tal sentimiento, desvió la vista hacia sus compañeros durmientes—. ¿Por qué no se ha despertado nadie más? —inquirió.

Los ojos de Daga siguieron la dirección de su mirada.

—Quizás sólo porque están muy cansados —sugirió el gato afablemente.

Ben lo contempló con cierto reproche.

—¿Qué has hecho, usar un poco de magia? ¿Magia del país de las hadas? ¿Como Questor hizo conmigo? Lo hiciste, ¿verdad?

—Una pizca.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué te has molestado?

Daga se levantó, se estiró y se colocó junto a Ben de un salto. Comenzó a asearse sin hacerle caso y continuó haciéndolo hasta que se consideró del todo limpio, lamiéndose a contra pelo y después alisándose.

Cuando terminó, miró a Ben con sus ojos esmeralda destellando en la débil

penumbra del alba.

—El problema es que no escucháis. Os digo todo lo que necesitáis saber, pero no parece que lo oigáis. En verdad es penoso. —Suspiró profundamente—. He dejado dormir a vuestros compañeros para daros una lección definitiva sobre los sueños. Vuestra comprensión de lo que ha ocurrido depende en gran parte de vuestra comprensión del funcionamiento de los sueños. Observad ahora qué ocurre cuando vuestros amigos se despierten. Y tratad de prestar atención esta vez, ¿lo haréis? Mi paciencia se está acabando.

Ben hizo una mueca. Daga Demadera se sentó sobre sus patas traseras. Juntos esperaron a que ocurriera algo. Un momento después, Questor Thews se movió, seguido de Abernathy y, por último, de los gnomos. Uno a uno, parpadearon para quitarse el sueño de los ojos y se incorporaron.

Repararon en Ben y, sobre todo, en Daga.

—Ah, buenos días, gran señor. Buenos días, Daga —saludó Questor de buen humor—. Espero que hayáis dormido bien.

Abernathy murmuró algo sobre que los gatos eran criaturas nocturnas y no necesitaban dormir, incluidos los prismagatos, y que era una pérdida de tiempo preocuparse por ellos.

Phillip y Sot miraron a Daga como a una cena largamente esperada y no mostraron el menor signo de miedo.

Ben los observó con perplejidad, mientras la conversación continuaba como si la presencia del gato fuese algo normal. Nadie parecía sorprendido de que se hallara allí. Questor y Abernathy se comportaban como si su aparición estuviera prevista. Los gnomos se comportaban como si se tratara de su primer encuentro con él, y ninguno de los dos parecía recordar las consecuencias de su gula.

Ben escuchó un momento las conversaciones y bromas de los otros; después miró confundido al gato.

—¿Qué...?

—Sus sueños, gran señor —susurró Daga, interrumpiéndolo—. Dejé que me descubrieran en sus sueños. Allí yo era real para ellos, así que soy real para ellos aquí. ¿No lo entendéis? A veces, la verdad es sólo lo que percibimos, despiertos o dormidos.

Ben no comprendía. Había prestado mucha atención, había escuchado como se le había aconsejado, y aún no comprendía. ¿Qué sentido tenía aquello y qué relación tenía con él?

Pero le faltaba tiempo para considerar el asunto. Un grito de Abernathy, o mejor una especie de ladrido, atrajo la atención de todos. Unas ramas se apartaron y Chirivía apareció. Detrás iba Juanete. Ambos estaban empapados por la tormenta y ambos sonreían de oreja a oreja, mostrando los dientes. Ben se quedó paralizado. ¡Se

suponía que Chirivía estaba con Sauce! Sacudiéndose de encima la parálisis, avanzó con Questor y Abernathy para recibir a las criaturas, se detuvo ante la mirada suspicaz y dura de Chirivía, que aún no tenía ni idea de quién era él, y retrocedió un paso a instancias de Questor. El mago y Juanete conversaron brevemente en la lengua ruda y gutural de los kobolds, con ocasionales intervenciones de Chirivía. Al terminar, Questor se volvió con brusquedad hacia Ben.

—Chirivía ha cuidado de Sauce desde que salió de Plata Fina, gran señor, tal y como ordenásteis, hasta ayer. Lo despidió sin ninguna razón aparente. Al ver que no le obedecía, usó la magia y desapareció. Ni siquiera un kobold puede permanecer junto a una sílfide si ella no quiere. Tenía la brida de oro y... y ahora busca al unicornio negro. —Sus facciones de búho se contrajeron cuando miró a Ben, y se tiró de la barba con gesto de preocupación—. Lo sé. Tampoco yo lo entiendo, gran señor, ni Chirivía. Parece que ha decidido no entregaros la brida, aunque eso era lo que le indicaba el sueño.

Ben trató de controlar una repentina contracción de estómago. ¿Qué significaba aquello?

—¿Dónde está ahora? —logró preguntar.

Questor movió la cabeza.

—Su rastro conduce al norte, hacia el Melchor. —Titubeó un momento—. Juanete cree que se dirige a Mirwouk.

¿Mirwouk? ¿Dónde estaban escondidos los libros de magia perdidos? ¿Por qué iría allí? Ben sintió que su frustración se incrementaba.

—Hay algo más, gran señor —intervino Abernathy con voz solemne, ignorando el tirón de advertencia que el mago le dio a la manga de su túnica—. Strabo y Belladona han salido de caza, y es de suponer que sus piezas favoritas sean Sauce, la brida y vos. Y un demonio, un enorme ser volador, un ser que al parecer no obedece a nadie, está explorando todo el valle. Juanete lo vio anoche.

—La mascota de Meeks —susurró Ben, recordando de pronto al monstruo que apareció en el baile de las ninfas del Amo del Río y las destruyó. Su rostro se tensó. Daga Demadera y el asunto de los sueños quedaron olvidados. Ahora sólo pensaba en Sauce—. Tenemos que encontrarla antes que ellos —dijo, y su voz sonó falsa en sus oídos mientras trataba de controlar el pánico que lo recorría—. Tenemos que hacerlo. Somos lo único que tiene.

Todos reaccionaron. Abernathy le ladró a los gnomos nognomos y se volvió hacia los kobolds. Questor apoyó una mano tranquilizadora en el brazo de Ben.

—Nosotros la encontraremos, gran señor. Podéis confiar en ello.

Rápidamente, el intruso, que era el gran señor, el mago y el amanuense, los kobolds y los gnomos, se pusieron en marcha por los páramos.

Daga Demadera se quedó sentado y los miró alejarse.

MIRWOUK Y FLYNTS

Sauce sintió la intensidad del calor del mediodía en la cara a través de los huecos que dejaban los árboles del bosque y, de repente, se sintió sedienta. Rodeó con cautela un afloramiento de roca que interrumpía la empinada pendiente, trepó a un saliente recubierto de hierba alta y maleza cuya parte posterior desaparecía en un bosquecillo de abetos, y se detuvo para mirar atrás. Landover se extendía debajo, como un irregular tablero de ajedrez de campos y bosques, de colinas y llanuras, de ríos y lagos, de manchas azules y verdes con pinceladas de colores claros entremezcladas como en un tejido. La luz del sol caía sobre el valle desde un cielo azul sin nubes y tornaba más intensos los colores hasta hacer que deslumbrasen con su brillo.

Sauce suspiró. Parecía imposible que algo pudiera salir mal en un día semejante.

Se encontraba en el Melchor, pasado el umbral de bosques de madera dura y la meseta cubierta de pinos de las estribaciones, situada más arriba. Había recorrido una parte considerable de la subida a los picos principales. El sol era fuerte y ardiente en los lugares sin sombras que protegieran de sus rayos, y el ascenso despertaba la sed. Sauce no llevaba agua. Confiaba en su instinto para encontrar lo que necesitase. Éste le había fallado desde que dejó atrás las estribaciones horas antes, pero ahora sentía de nuevo el agua cerca.

No obstante, permaneció donde estaba un momento más y recorrió el valle con la vista en silenciosa contemplación. Al sur, muy lejana, pudo divisar la isla neblinosa de Plata Fina, y se acordó de Ben. Deseó que estuviese allí con ella o conocer el motivo que le impedía estar con él. Recorrió el valle con la vista y se sintió sola en el mundo.

¿Qué estaba haciendo en aquel lugar?

Fue consciente del peso del fardo de lana que llevaba colgando en el hombro derecho, y se encogió para librarse de él dejándolo caer en sus manos. Un rayo de luz de sol destelló en algo que había quedado fuera de la boca de la bolsa. La brida de oro hilado sobresalía un poco. La ocultó y se colgó el fardo en el otro hombro. La brida era pesada, los hilos trenzados y los cierres más voluminosos de lo que había creído. La ajustó con cuidado y se enderezó. Había tenido la suerte de que el dragón accediera a dársela. Las canciones del mundo de las hadas, la música, las lágrimas y las risas habían resultado una magia poderosa. Strabo estaba satisfecho. Todavía seguía sorprendida de que el truco hubiera tenido éxito. Seguía aún perpleja por haber sabido de algún modo que lo tendría. Sueños, visiones y corazonadas... Tales eran las vicisitudes que la habían empujado en los últimos días, como el viento a una hoja caída.

La noche anterior había tenido otro sueño. Frunció el entrecejo al recordarlo. En

su rostro suave y hermoso se dibujó la preocupación. La noche anterior había soñado con Ben.

Un soplo de viento echó hacia atrás su cabello largo y enfrió su piel. Recordó que necesitaba beber, pero aún se demoró un momento más, pensando en el gran señor. El sueño había sido extraño, una mezcla de cosas reales y surreales, una maraña de temores y esperanzas. De nuevo había encontrado al unicornio negro, la criatura que se escondía en los bosques y en las sombras, y no era un demonio sino un ser perseguido asustado y solo. Tuvo miedo de él, pero lloró por el miedo que él sentía. No supo qué lo asustaba, pero el terror que expresaba su mirada era evidente. *Ven conmigo*, le había susurrado. *Abandona tu plan de llevar la brida de oro a Plata Fina y al gran señor. Desiste de tu huida del demonio que crees que soy y busca la verdad que hay en mí. Sauce, ven.*

Con una sola mirada le había dicho todo eso, tan claro e inequívoco. Fue un sueño y, a la vez, realidad. Por eso estaba allí, por haber confiado en su instinto mágico como siempre había hecho, por creer que no podría engañarla. Había desobedecido el mandato del primer sueño que la habría llevado a Ben y había ido en busca de...

¿De qué? ¿De la verdad?

¿Por qué son contradictorios los sueños?, se preguntó. ¿Por qué estoy tan confundida?

La luz del sol refulgió en aguas lejanas y las hojas del bosque se agitaron por el paso del viento, pero nadie le contestó. Aspiró profundamente el aire y reanudó su camino. Las sombras del bosque la atrajeron, y se dejó engullir. Mirwouk estaba cerca, comprendió con sorpresa; a pocos kilómetros, justo al otro lado del pico que escalaba. El hecho fue asimilado y olvidado. La amplia franja de luz del sol del mediodía quedó reducida a unas estrechas bandas dispersas, y las sombras enfriaron su piel caliente. Se abrió paso entre los árboles del bosque, enormes abetos y pinos, buscando el agua que sabía que se hallaba oculta allí. Pronto la encontró. La contenía una estrecha corriente que bajaba por las rocas a un estanque y serpenteaba desde allí hasta una serie de remansos y corrientes. Dejó la brida con cuidado en el suelo, junto a ella, y se inclinó para beber. El agua era dulce y le sentó bien a su garganta seca. Permaneció arrodillada un largo rato en aquel silencio.

Los segundos se transformaron en minutos. Cuando levantó la cabeza, el unicornio negro estaba frente a ella.

Su respiración se detuvo y toda ella se quedó paralizada. El unicornio negro no estaba a más de una docena de pasos, medio en sombras, medio iluminado por la pálida luz del sol que se filtraba. Era una visión plena de gracia y belleza, su cuerpo esbelto tan efímero como el reflejo de un amor recordado, su presencia tan radiante como el arco iris. No se movía. Se limitaba a mirarla. El cuerpo de ébano con patas de cabra y cola de león, los ojos verde fuego que hablaban de inmortalidad. Todas las

canciones de los juglares de todos los tiempos transcurridos en el mundo no podían expresar lo que el unicornio era en realidad.

Sauce sintió que la atravesaba un torrente de emoción, que dejaba desnuda su alma. Sintió que su corazón empezaba a romperse por el éxtasis que aquel ser le producía. Nunca había visto un unicornio y nunca pensó que fuese así. Había lágrimas en sus ojos y trató de luchar contra los sentimientos que la dominaban.

—¡Oh, qué criatura tan hermosa! —susurró.

Su voz fue tan suave que creyó que sólo ella había oído las palabras. Pero el unicornio asintió, y el cuerno resplandeció mágicamente. Los ojos verdes se fijaron en ella con renovada intensidad y centellearon desde algún pozo de vida interior. Sauce sintió que algo se apoderaba de ella. Su mano avanzó a ciegas por la tierra que había a su lado hasta llegar a la brida.

Oh, debo tenerte, pensó. ¡Tienes que ser mío!

Pero los ojos la retuvieron y no pudo actuar como deseaba. Los ojos la retuvieron, y susurraron algo recordado del sueño.

Ven conmigo, dijeron. Búscame.

Sintió que se sofocaba por el calor de ese recuerdo, y después sintió frío. Vio el recuerdo reflejado en sus ojos, en su mente y en su corazón. Miró al otro lado del pequeño riachuelo que corría y saltaba sobre las rocas en la quietud del bosque, y el riachuelo se convirtió en un río que ella no podía cruzar. Oyó el canto de los pájaros en los árboles, una mezcla de canciones que alegraban y animaban, y el sonido se convirtió en la voz de todos sus secretos revelados.

Sintió a la magia penetrar en su interior en oleadas tan fuertes como nunca creyó que pudieran existir. Ya no se pertenecía a sí misma; ahora le pertenecía al unicornio. Tenía que hacer algo por él. Cualquier cosa.

Entonces, al instante siguiente, dejó de verlo. Desapareció de repente y sin dejar rastro, como si nunca hubiera estado allí. Ella se preguntó si había estado en realidad. Observó el lugar que había ocupado el unicornio, un vacío de luces y sombras mezcladas, y trató de resistir la intensidad de su dolor.

¿Había visto al unicornio? ¿Lo había visto en realidad?

Las preguntas la dejaron aturdida. No podía moverse. Después, lenta y voluntariosamente, se levantó, se cargó al hombro de nuevo la brida de oro, y avanzó con serena determinación en busca de las respuestas.

Se pasó buscando el resto del día. Pero más que buscar siguió una ruta, porque tenía una sensación de ser guiada inexplicable para ella. Trepó entre montones de rocas salpicados de árboles y matorrales que cubrían las irregulares alturas del Melchor, en busca de algo que incluso podía no existir. Varias veces creyó ver al unicornio negro, sólo vislumbrarlo; un flanco de ébano, un ojo esmeralda, un cuerno

destellante de magia. No se le ocurrió pensar que sus esfuerzos pudieran estar mal encaminados. Proseguía como presa de un delirio, sin volver la vista atrás. Sabía que el unicornio estaba allí; cerca, pero fuera de su alcance. Podía sentir que la esperaba. Se sentía observada por él. Se le escapaba su propósito, pero estaba cierta de su necesidad.

El crepúsculo la encontró a menos de un kilómetro al oeste de Mirwouk, exhausta, aún sola. Había atravesado el bosque que rodeaba la antigua y ruinoso fortaleza. Había corregido su ruta varias veces. No estaba más cerca del unicornio negro de lo que lo había estado cuando lo vio por primera vez, pero sí más decidida que nunca a capturarlo. Al amanecer, lo intentaría de nuevo.

Se acostó bajo la protección de un grupo de abedules, rodeó con los brazos la brida de oro dentro de su funda de lana manteniéndola apretada contra el pecho, y dejó que el aire frío de la noche la cubriera. El calor acumulado durante el día se desvaneció poco a poco, y su cansancio fue disminuyendo. Durmió profundamente y tuvo otro sueño.

Había docenas de unicornios blancos encadenados y con grilletes, rogando que los liberaran. El sueño fue como una fiebre que no cedía.

Desde las sombras cercanas, unos ojos de fuego verde la observaban a través de la oscuridad.

Ben Holiday y sus compañeros pasaron también aquella noche en el Melchor, aunque a bastante distancia de Mirwouk y Sauce. Acamparon en las estribaciones que conducían a las montañas, y podían considerarse afortunados por haber llegado tan lejos. Invirtieron la mayor parte del día en atravesar los páramos, y habían continuado el camino durante las últimas horas de la tarde y primeras de la noche hasta llegar a la base de las montañas. Ben insistió en ello. Los kobolds encontraron huellas de Sauce poco antes de la puesta de sol, y Ben creyó que podrían alcanzarla ese mismo día. Sólo cuando la oscuridad se hizo completa y Questor le rogó que fuese razonable, la búsqueda fue interrumpida.

Al amanecer la reanudaron, y a media mañana se encontraban a menos de un kilómetro por debajo de Mirwouk. Fue entonces cuando las cosas empezaron a hacerse confusas.

La confusión era múltiple. En primer lugar, el rastro de Sauce conducía a Mirwouk. Ya que no iba a llevar la brida de oro a Ben, o a Meeks disfrazado de Ben, no podía determinarse qué pensaba hacer con ella. Era probable que estuviese buscando al unicornio negro, aunque eso no tenía mucho sentido, ya que el sueño lo había mostrado como una criatura demoníaca que la amenazaba y ella aún no sabía que aquel sueño le fue enviado por Meeks. Cualquiera que fuese su propósito, no cabía duda de que se dirigía a Mirwouk, donde Questor había sido conducido por su

sueño para buscar los libros de magia y donde, de hecho, se encontraron.

En segundo lugar, los kobolds descubrieron por las huellas que Sauce había corregido su ruta dos veces. Las sílfides eran criaturas fantásticas que no solían perderse, de modo que eso significaba que estaba buscando algo o persiguiendo a alguien. Pero no había indicios de qué podía ser.

En tercer lugar, Daga Demadera no aparecía por ninguna parte. Nadie lo había visto desde hacía dos noches, desde que regresó Juanete con Chirivía y la noticia de la huida de Sauce. Hasta entonces, Ben no había prestado mucha atención a la ausencia del gato, por estar demasiado absorto en la búsqueda de la sílfide para advertirlo. Pero el reflexionar sobre los otros enigmas lo había conducido casi mecánicamente a pensar en él, quizás con la esperanza vana de obtener una respuesta clara del animal por una vez. Pero Daga no estaba.

Ben tomó todo aquello con calma. Ninguno de ellos podía hacer gran cosa ahora para aclarar la confusión, así que se limitó a ordenarles que continuaran caminando sin más demora.

Cruzaron el rastro de Sauce por tercera vez en una falla de piedra de Mirwouk, y los kobolds dudaron. El rastro que encontraron era más reciente que el que seguían. ¿Debían cambiar de dirección?

Ben asintió, y lo hicieron.

Al mediodía, habían rodeado Mirwouk casi por completo y cruzaron las huellas de Sauce por cuarta vez. Ahora se alejaban de la vieja fortaleza. Juanete las estudió durante varios minutos, con el rostro casi rozando la tierra en su esfuerzo para leer las marcas. Poco después, anunció que no podía determinar cuáles eran más recientes. Todas lo parecían.

Los miembros del pequeño grupo intercambiaron miradas durante un momento, indecisos. Las caras de Ben y Questor estaban cubiertas por una fina capa de sudor, y los gnomos se quejaban de que tenían sed. Abernathy estaba jadeando. Todos se hallaban envueltos en polvo. Sus ojos se entornaban para protegerse de la deslumbrante luz del sol, y sus caras gesticulaban y se tensaban a causa de la incomodidad. Todos estaban agotados, malhumorados y mareados por caminar en círculo.

Aunque ansioso de continuar, Ben estaba considerando la idea de hacer un alto para comer y dormir un poco cuando un ruido hizo que girara de repente. El ruido era consecuencia de la rotura y posterior caída de una piedra. Procedía de Mirwouk.

Miró a los otros interrogativamente, pero nadie parecía ansioso por aventurarse a dar una opinión.

—No creo que nos haga daño ir a ver qué pasa —afirmó Ben y empezó a andar hacia el castillo con decisión.

Los otros le siguieron con variadas dosis de entusiasmo.

Ascendieron a través de una maraña de matorrales y arbustos, mirando a los muros y torres desmoronados de Mirwouk cuando aparecían en los huecos dejados por las ramas. Los parapetos se destacaban sobre el horizonte, ruinosos y agrietados, y las ventanas sin vidrieras eran como agujeros sin fondo. Los murciélagos salían dispersados en borrosas ráfagas, emitiendo gritos agudos. El ruido continuaba, como si algo estuviera atrapado y tratara de liberarse. Los minutos transcurrían. El grupo se aproximó a las deterioradas puertas de la fortaleza y se detuvo a escuchar.

El ruido cesó.

—No me gusta esto nada en absoluto —declaró Abernathy en tono tétrico.

—Gran señor, quizás deberíamos... —comenzó a decir Questor Thews, pero se interrumpió al ver el gesto de desaprobación en el rostro de Ben.

—Quizás deberíamos echar un vistazo —terminó éste.

Así lo hicieron. Ben los precedió, los kobolds un paso detrás y los demás cerrando la marcha. Atravesaron las puertas, cruzaron el gran patio exterior del otro lado y penetraron en el pasadizo que atravesaba la segunda muralla hasta el patio interior y los edificios principales. El pasadizo era largo y oscuro y olía a putrefacción. Ben arrugó la nariz con desagrado y apresuró el paso. El silencio aún no se había roto.

Alcanzó el final del túnel media docena de metros por delante que los demás; y estaba pensando que hubiera sido más sensato enviar a Juanete para inspeccionar, cuando vio al gigante de piedra. Era enorme, feo y sin facciones, una tosca monstruosidad que parecía la obra sin terminar de un escultor novato que intentaba representar a Hércules. Al principio, lo consideró una estatua grotesca, erguida en el centro del patio interior entre una pila de piedras rotas. Pero luego la estatua se movió, girándose con un gran esfuerzo que hizo chirriar a la roca y, de inmediato, se hizo evidente que aquella estatua estaba viva.

Ben la miró sorprendido, sin saber qué hacer. De repente, en el pasadizo que había dejado atrás, se produjo un alboroto y sus compañeros surgieron en avalancha y casi lo derribaron en su ansia de salir. Los gnomos nognomos ya no gimoteaban, aullaban como gatos a quienes se les pisa la cola. Abernathy y Questor gritaban al unísono, y los kobolds siseaban y enseñaban los dientes en inconfundible muestra de hostilidad. Ben tardó un momento en darse cuenta de que no reaccionaban así por algo que hubieran visto en el extremo final del túnel sino por algo que habían visto en el extremo inicial.

Miró apresuradamente detrás de ellos, estirando el cuello para ver mejor. Un segundo gigante de piedra había entrado en el pasadizo y avanzaba.

Questor le agarró el brazo como si fuera a arrancárselo.

—¡Gran señor, es un flynt! ¡Nos aplastará si llega hasta...! ¡Aaaah! —En aquel momento divisó al segundo, que también se acercaba—. ¡Dos! ¡Corred, gran señor,

por aquí!

Los kobolds ya corrían, dirigiendo a los demás a través del patio hasta un pórtico que conducía al interior de la fortaleza. El primer flynt se había unido al segundo y ambos los perseguían, pesados gigantes que se movían como apisonadoras.

El grupo salió disparado por el pórtico y subió a todo correr una escalera.

—¿Qué es un flynt? —preguntó Ben a Questor mientras lo hacían—. ¡No recuerdo que me haya hablado nunca de los flynts!

—Es probable que me olvidara, gran señor —reconoció Questor, respirando con dificultad. La túnica se le enredó en sus pies y casi lo hizo caer—. ¡Maldita sea! —Se enderezó y siguió corriendo—. Los flynts son aberraciones, una creación de la antigua magia, monstruos de piedra dotados de vida. ¡Muy peligrosos! Antes eran los centinelas de esta fortaleza, pero yo creía que habían sido destruidos hace siglos. Los crearon los magos. No piensan, no comen, no duermen; apenas ven o huelen, pero lo oyen todo. Su función era evitar la entrada de intrusos en Mirwouk, pero de eso hace mucho tiempo; por tanto, ¿quién sabe cuál será su misión ahora? Parecen decididos a aplastarnos. ¡Uf! —Aflojó la marcha un momento y, de algún modo, consiguió aparentar que meditaba—. ¡Es extraño que no me topara con ellos la última vez que estuve aquí!

Ben volvió la cabeza y tiró del mago.

Llegaron al final de la escalera y emergieron a una azotea sobre un parapeto que tenía el tamaño de una pista de tenis. La superficie de juego estaba llena de escombros. No había jueces de campo a la vista y sólo otra salida; un segundo pozo de escalera en el extremo opuesto. El grupo se lanzó hacia él.

Cuando llegaron, lo encontraron bloqueado con vigas y piedras suficientes como para construir un graderío.

—¡Maravilloso! —gruñó Ben.

—¡Ya os dije que no me gustaba esto! —declaró Abernathy con un ladrido que sorprendió a todos.

Los flynts asomaron por la escalera que los había llevado allí, miraron lentamente alrededor, y comenzaron a avanzar hacia donde estaban. Juanete y Chirivía se colocaron protectoramente delante de los otros.

Ahora fue Ben quien agarró el brazo de Questor.

—¡Los kobolds no podrán detener a esas cosas, maldita sea! ¡Utiliza la magia!

Questor dio unos pasos apresurados, con las ropas ondeando y su alta figura balanceándose como si se fuese a desmoronar. Murmuró algo que nadie entendió, alzó los brazos hacia el cielo y los bajó en un amplio movimiento de barrido. Un chorro de vapor surgió de la nada, recogió los escombros sueltos y los lanzó contra los monstruos de piedra que se aproximaban. Por desgracia, también arrojó algo hacia atrás, hacia Questor. Los escombros rebotaron en los flynts sin causarles el menor

daño. Pero con Questor fue distinto; el mago cayó sobre un montículo, inconsciente y sangrando.

Ben y los kobolds se precipitaron a apartar de allí al mago para que no sufriera más daño. Los flynts seguían avanzando con su andar pesado. Los bloques de piedra y los escombros crujían como madera seca bajo sus pies.

Ben se arrodilló, lleno de ansiedad.

—¡Questor! ¡Levántese! ¡Le necesitamos!

Abofeteó con desesperación el rostro del mago, frotó sus muñecas y lo zarandeo. Questor no se movió. Su rostro de búho estaba pálido bajo la sangre.

Ben se puso de pie, dando un salto atrás. Quizás individualmente los miembros del grupo fueron lo bastante ágiles y rápidos para evadirse de los monstruos de piedra. Quizás. Pero eso era antes del accidente de Questor. Nadie lograría escapar si tenían que cargar con el mago, y ninguno de ellos accedería a dejarlo allí. Ben sacó el medallón rápidamente y lo soltó con la misma rapidez. Era inútil. Era la creación de Meeks, su medallón no era más que un objeto sin valor. La magia no le ayudaría. No podía convocar al Paladín.

¡Pero tenía que hacer algo!

—¡Abernathy!

El helado hocico del perro rozó su oreja y él se apartó con sobresalto.

—¿Gran señor?

—Esas cosas no tienen vista, ni oído, ni olfato, pero pueden oír, ¿verdad? ¿Oír cualquier sonido? ¿Cualquier sonido que se produzca dentro o cerca de Mirwouk?

—Tengo entendido que los flynts pueden oír la caída de un alfiler a cincuenta pasos, pero con frecuencia me he...

—¡No importan las opiniones! —Ben empujó al perro para situarlo ante él y acercó la cara a sus peludas facciones, interceptadas por las gafas que destellaban a la luz del sol—. ¿Puedes dar el do de pecho?

Abernathy parpadeó.

—¿Gran señor?

—El do de pecho. ¿Puedes aullar con la suficiente fuerza para dar el do de pecho?

—Los flynts no estaban a más de una docena de pasos—. Bien, ¿puedes?

—No entiendo...

—¿Sí o no?

Ben estaba zarandeando al amanuense. El morro de Abernathy se retiró y ladró frente a la cara de Ben.

—¡Sí!

—¡Entonces, hazlo! —gritó Ben.

—La azotea pareció estremecerse. Los gnomos nognomos se habían cogido otra vez a él, gritaron a coro, gimiendo como almas perdidas.

—¡Magnífico gran señor, poderoso gran señor!

Los kobolds estaban acuclillados ante él, dispuestos a saltar. Los flynts parecían tanques.

Entonces, Abernathy comenzó a aullar.

Consiguió el do de pecho al primer intento, un gemido aterrador que ahogó las cantinelas de los gnomos y ensanchó las muecas en las caras de los kobolds en una dimensión totalmente nueva. El gemido se elevó y se extendió, atravesándolo todo con la tenacidad de un dolor de estómago. Los flynts se detuvieron y alzaron sus enormes manos a ambos lados de sus cabezas, produciendo un chirrido, tratando en vano de no oírlo. Llegaba a ellos con inclemencia. Ben nunca hubiera creído a Abernathy capaz de mantener tan prolongado esfuerzo. Y, mientras tanto, los gigantes se golpeaban a sí mismos.

Al final, los golpes resultaron excesivos, y los flynts se rompieron. Cabezas, brazos, torsos y piernas se convirtieron en montones de rocas inútiles. Se levantó polvo y volvió a caer. Después, nada se movió.

Abernathy dejó de aullar, y hubo un momento de silencio tenso. El amanuense se enderezó y miró a Ben con indisimulada furia.

—¡Nunca me he sentido tan humillado, gran señor! —gruñó—. ¡Aullando como un perro auténtico! ¡Me he degradado a mí mismo de un modo que nunca hubiese creído posible!

Ben se aclaró la garganta.

—Nos has salvado la vida —se limitó a decir—. Eso es lo que has hecho.

Abernathy fue a decir algo, lo pensó mejor y continuó mirándolo en silencio. Al fin, tomó una profunda bocanada de aire, lo exhaló, se irguió un poco más, sorbió por la nariz y después dijo:

—Cuando recuperemos los libros de magia, la primera cosa que debéis hacer con ellos es encontrar un procedimiento para volverme a convertir en ser humano.

Ben se esforzó en disimular la sonrisa que podría haber sido su ruina.

—De acuerdo. Será lo primero.

Sin perder un instante, recogieron a Questor Thews, lo bajaron por la escalera y lo sacaron de Mirwouk. No encontraron a ningún otro flynt. Quizás los dos que los persiguieron eran los últimos, pensó Ben mientras se apresuraban entre los árboles.

—Sin embargo, es extraño que Questor no los viera la primera vez que vino —dijo, recordando la observación del mago sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Extraño? No mucho, si consideráis la posibilidad de que Meeks los colocara allí después de tener los libros de magia, para evitar que nadie volviera a entrar en la fortaleza —bufó Abernathy, sin mirar a Ben—. Realmente, gran señor, creí que seríais capaz de deducirlo por vos mismo.

Ben soportó la impertinencia en silencio. Podría haberlo deducido, pero no lo

había hecho. Por tanto, mejor era callarse. Lo que ahora no comprendía era la razón de que Meeks se molestara en situar guardianes en Mirwouk. ¡Después de todo, los libros de magia ya estaban en su poder!

Guardó aquel enigma en el mismo cajón que las otras preguntas sin respuesta y se concentró en ayudar a los demás a colocar a Questor sobre la hierba. Chirivía limpió el polvo y la sangre que manchaban la cara del mago y lo sacó de su sopor. Questor se recuperó tras unos momentos de descanso. Chirivía curó sus heridas y el pequeño grupo volvió a ponerse en marcha.

—Esta vez seguiremos las huellas de Sauce, por muchas que haya, hasta que la encontremos —declaró Ben con resolución.

—Si la encontramos —murmuró Abernathy.

Pero nadie le oyó.

DESCUBRIMIENTO

El calor del sol del mediodía cayó sobre los bosques del Melchor como una manta sofocante y tomó sus frías sombras cálidas y húmedas. La brisa matutina cesó y el aire se espesó y tranquilizó. Los insectos zumbaban sus canciones monótonos, las hojas colgaban flácidas de los árboles y la vida de sangre caliente del bosque yacía paciente e inmóvil. Había un enlentecimiento de tiempo y propósito.

Sauce se detuvo al pie de un gigantesco roble blanco; el peso de la brida de oro ejercía una presión continua sobre sus hombros, donde estaba colgada. Una brillante capa de sudor recubría la piel verde pálido de su cara y sus manos, y mantenía los labios entreabiertos mientras se esforzaba en recuperar la respiración. Había estado andando desde el amanecer, siguiendo al unicornio negro que iba y venía en retazos de sueños y sombras, persiguiéndolo como si ella fuera una mota de polvo suspendida en la estela de su paso. Había recorrido todo el Melchor que rodeaba Mirwouk media docena de veces, cruzando y volviendo a cruzar su ruta una vez y otra, en un absurdo viaje de capricho y azar. Ahora estaba al oeste de Mirwouk, a menos de un kilómetro de la vieja fortaleza, pero apenas era consciente de ello, y no hubiera sido de otra forma si hubiera tenido tiempo para pensarlo. Hacía mucho que había dejado de preocuparse por cualquier cosa que no fuese el objeto de su búsqueda. Todo lo demás carecía de importancia para ella.

Debía encontrar el unicornio. Debía conocer su verdad.

Dejó que sus ojos se llenaran del recuerdo del sueño de la noche anterior y volvió a preguntarse cuál era su significado.

Después se enderezó y continuó; una pequeña y frágil partícula de vida entre los árboles gigantes del bosque alto, una niña extraviada. Continuó su camino lentamente entre los abetos y los pinos, tan cercanos unos de otros que sus ramas se enlazaban. Apenas fue consciente del grupo de lindoazules que se encontraba más allá, y se obligó a subir una cuesta suave que conducía a una meseta. Andaba con pasos cuidadosos, recordando vagamente que ya había pasado por allí; ¿una, dos veces, o más? No estaba segura. No tenía importancia. Percibió el latido de su corazón en el cuello y los oídos. Era muy fuerte. Era casi el único sonido del bosque. Se convirtió en la medida de cada paso que daba.

¿Cuánto falta?, se preguntó, cuando el calor la acosaba. *¿Cuándo me voy a detener?*

Llegó al prado, se detuvo a la sombra de un arce de largas ramas y cerró los ojos ante la incertidumbre. Cuando los volvió a abrir, el unicornio negro se hallaba ante ella.

—¡Oh! —suspiró suavemente.

El unicornio negro se hallaba en el centro del prado, enmarcado por una

salpicadura de luz de sol sin nubes. Era como tinta negra, tan opaco que podría haber sido esculpido de la oscuridad de la media noche. Estaba de cara a ella, con la cabeza alzada, la crin y la cola flácidas en el aire sin brisa, una estatua tallada en ébano intemporal. Los ojos verdes la miraban con fijeza y la llamaban desde sus profundidades. Ella aspiró y el calor sofocante llegó a sus pulmones, haciéndole sentir el ardor de la intensidad del sol. Escuchó. Los ojos del unicornio hablaban sin palabras, en imágenes atrapadas y reflectadas de sueños recordados y visiones perdidas. Escuchó y supo.

La persecución había terminado. El unicornio negro ya no huiría de ella. Se hallaba en el momento y en el lugar en que debía estar. Sólo quedaba descubrir por qué.

Avanzó con cautela, temiendo aún, a cada paso que daba, que el unicornio desapareciera, que huyese sin dejar rastro. No lo hizo. Se quedó allí, inmóvil, como soñado. Ella hizo que la brida se deslizara de sus hombros, con cuidado, y la sostuvo en sus manos ante ella, dejando que el unicornio la viese con claridad. La luz del sol danzaba sobre los hilos y los cierres, destellos brillantes que atravesaban las sombras del bosque. El unicornio esperó. Sauce salió de la sombra del arce rojo, penetró en el prado soleado, y el calor bochornoso la envolvió. Sus ojos verdemar parpadearon para librarse de una repentina película de humedad, y se echó hacia atrás la larga melena. El unicornio no se movió.

Estaba sólo a unos metros de la criatura cuando de pronto, frenó su paso hasta detenerlo. No podía seguir. Oleadas de miedo, sospecha y duda la inundaron, una mezcla de susurros que gritaban un urgente aviso. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba pensando? ¡El unicornio era un ser tan aciago que nadie que se hubiera acercado a él había vuelto a ser visto más! ¡Era el demonio de sus sueños! ¡Era la pesadilla que le perseguía mientras se hallaba dormida, acosándola como lo haría la muerte!

Sintió el peso de los ojos de la criatura fantástica sobre ella. Sintió su presencia como si fuese una enfermedad. Trató de librarse de su influjo y correr, pero no pudo. Luchó desesperadamente contra las emociones que amenazaban con consumirla y éstas se desvanecieron. Respiró larga y profundamente el aire pesado del mediodía y se obligó a mirar a los ojos color esmeralda de la criatura. Mantuvo la mirada fija. No había ningún signo de enfermedad o muerte en aquellos ojos, ningún signo de maldad demoníaca. Había bondad, y afecto... y solicitud de ayuda.

Ella avanzó varios pasos más.

Entonces algo nuevo hizo que se demorara. Fue un destello de intuición que cruzó su mente, rápido y seguro. Ben estaba cerca, venía en busca de... ¿de qué?

—¿Ben? —susurró, esperando.

Pero no había nadie. Estaba sola con el unicornio. No apartó la vista de la

criatura, pero sintió que estaban solos, se humedeció los labios y siguió avanzando.

Se detuvo otra vez. Suspiró.

—No puedo tocarte —le murmuró a la perfecta y prodigiosa criatura mágica—. No puedo. Hacerlo sería mi perdición.

Sabía que era cierto. Lo sabía por instinto, como siempre sabía las cosas. Nadie podía tocar al unicornio, nadie tenía ese derecho. Perteneecía a un reino de belleza cuyas fronteras ningún ser mortal debía traspasar, ni pensar en intentarlo. Se había introducido en Landover como un trozo desprendido del arco iris, y nunca podría ser retenido por manos como las suyas. Recuerdos de leyendas y canciones susurraban advertencias. Sintió que las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas y la respiración se quedó detenida en su garganta.

Criatura hermosa, no puedo...

Pero lo hizo. Casi sin conciencia de lo que ocurría, recorrió la distancia que la separaba del unicornio con pasos rápidos y mecánicos, sin pensar en lo que estaba haciendo, extendiendo la mano hacia la criatura de la medianoche y colocando la brida de oro con cuidado y suavidad alrededor de la cabeza que esperaba. Rozó la cabeza sedosa con los dedos al meter la brida, y el contacto fue electrizante. Sintió la caricia de la crin en el reverso de las manos, y la sensación la dejó maravillada. Imágenes nuevas saltaron, dispersas en sus pensamientos, desordenadas y confusas, pero irresistibles. Volvió a tocar al unicornio, sin miedo ya, aceptando las sensaciones que producía en su interior. Al parecer, no podía evitarlo. No podía detenerse. Lloró de nuevo, descubriendo todas sus emociones que emergían a la superficie de su ser. Las lágrimas inundaron sus mejillas mientras sollozaba incontrolablemente.

—Te quiero —gritó con desesperación, apartando las manos tras colocar la brida—. ¡Oh, te quiero tanto, criatura hermosa!

El cuerno del unicornio negro emitió un brillo blanco de magia al cruzarse sus miradas, y sus ojos también se llenaron de lágrimas. Durante un momento, se sintieron unidos.

Cuando transcurrió, el mundo exterior reapareció de repente. Una enorme sombra oscura pasó sobre sus cabezas y se posó en el extremo opuesto del claro. En ese mismo instante, varias voces que le eran familiares gritaron frenéticamente su nombre. Sus sueños tomaron vida, sus imágenes terroríficas surgieron por todas partes. Los susurros de advertencia que había recibido hasta ese instante se convirtieron en gritos de desaliento en su mente.

Percibía que el unicornio negro temblaba con violencia a su lado y vio fulgar la magia blanca de su cuerno. Pero el unicornio no huyó a los bosques. Ocurriera lo que ocurriera a continuación, no huiría.

Ni ella tampoco.

Estoicamente, se volvió para descubrir sus destinos.

Ben Holiday salió corriendo de entre los árboles al prado y se detuvo con tal brusquedad que quienes lo seguían tropezaron con él en su ansiedad por sujetarlo, obligándolo a dar varios pasos más hacia delante. Todos gritaban al unísono, llamando a Sauce, que se encontraba en el centro del prado junto al unicornio negro. La sombra del demonio alado había pasado hacía un momento, como una monstruosa nube bajo el sol. Sólo la peor de las suertes pudo haberlos reunido a todos en el mismo lugar y al mismo tiempo, pero la peor de las suertes parecía ser la única con la que Ben podía contar. Rastrearon a Sauce hasta allí tras escapar de los gigantes de piedra, creyendo que lo más peligroso ya había pasado, y ahora se encontraban con el demonio. Las imágenes de las desdichadas ninfas del Amo del Río reducidas a cenizas por el demonio aparecieron en su mente, y recordó su promesa a la Madre Tierra de proteger a Sauce. Pero era incapaz de hacerlo. ¿Cómo iba a proteger a Sauce sin el medallón?

El demonio pasó volando por segunda vez, pero no atacó a la sílfide ni al unicornio negro, ni siquiera al pequeño grupo de Ben. Por el contrario, aterrizó al otro lado del claro, plegó las alas membranosas contra su cuerpo y exhaló el aire de sus pulmones produciendo un silbido. Ben parpadeó ante la intensa luz del sol. Había un jinete sobre el demonio. Era Meeks.

Meeks revestido con su apariencia. Meeks con el aspecto del gran señor de Landover.

Oyó murmullos de sorpresa y confusión entre los que estaban detrás de él. Se vio a sí mismo bajar lentamente del demonio, y tuvo que admitir la maestría con que Meeks lo había suplantado. Sus compañeros se quedaron en silencio. Una momentánea indecisión se había apoderado de ellos. Pudo sentir los ojos fijos en su espalda y los nubarrones de duda que se acumulaban. Les había dicho quién era y lo habían creído hasta aquel momento, con más o menos firmeza. Pero *ver* a Ben Holiday de pie al otro lado del claro era algo distinto por completo.

Entonces el unicornio negro emitió una llamada aguda y misteriosa y todos se volvieron. El animal fantástico pateó y las aletas de su nariz vibraron. La brida de oro reflejaba la luz del sol a cada movimiento de su delicada cabeza. La magia destelló en su cuerno. El unicornio era un ser de increíble belleza, y atraía todas las miradas como la luz a las polillas. Temblaba, pero continuó en su lugar soportando el peso de las miradas. Parecía buscar algo.

Moviéndose con suavidad, Sauce dio la espalda al unicornio y también observó los alrededores. Sus ojos se mostraban extrañamente inexpresivos.

Ben no comprendía bien lo que estaba ocurriendo, pero decidió no esperar a averiguarlo.

—¡Sauce! —llamó a la sílfide, y ella se fijó en él—. ¡Sauce, soy yo, Ben! —

Avanzó unos pasos, la expresión de ella le indicó que no lo reconocía, y se detuvo—. Escúchame. Escúchame con atención. Sé que no parezco yo. Pero soy yo. Meeks es el responsable de todo lo que ha sucedido. Ha vuelto a Landover y se ha apropiado del trono. Ha cambiado mi aspecto, me lo ha robado para hacerse pasar por mí. ¡Ese de allí no soy yo, es Meeks!

Ella se giró para mirar a Meeks, vio la cara y el cuerpo de Ben y jadeó. Pero también vio al demonio. Avanzó un paso, se detuvo y retrocedió.

—Sauce, todo va bien —gritó Meeks con la voz de Ben—. Traeme el unicornio. Dame las riendas de la brida.

—¡No! —gritó Ben frenéticamente—. ¡No, Sauce! —hizo ademán de acercarse a ella, pero desistió al ver que se apartaba—. Sauce, no lo hagas. Meeks nos envió aquellos sueños. Tiene el medallón. Tiene los libros de magia desaparecidos. ¡Ahora quiere el unicornio! ¡No sé por qué, pero no debes dárselo! ¡Por favor!

—Sauce, ten cuidado —le avisó Meeks con voz suave y tranquila—. El extranjero es peligroso, y la magia que posee confunde. Ven conmigo antes de que te alcance.

Ben estaba fuera de sí.

—¡Mira con quienes estoy, por lo que más quieras! ¡Questor, Abernathy, Juanete, Chirivía, Phillip y Sot! —Se volvió y llamó con un gesto a los que estaban tras él. Pero nadie se adelantó. Nadie parecía demasiado seguro de lo que debía hacer. Ben sintió que la desesperación empezaba a mostrarse en su voz cuando se volvió de nuevo hacia Sauce—. ¿Por qué iban a estar conmigo si no fuera quien digo que soy? ¡Ellos saben la verdad! —Miró hacia atrás, y su voz sonó llena de furia—. ¡Maldita sea, Questor, dile algo!

El mago vaciló, pareció considerar la conveniencia de hacer lo que se le pedía, y se irguió.

—Sí, dice la verdad. Es el gran señor, Sauce —dijo al fin.

Se produjeron siseos y murmullos de asentimientos entre los restantes miembros del grupo, y algunas peticiones hechas por parte de los gnomos nognomos, que ahora se escondían tras las ropas de Questor.

—Salvadnos magnífico gran señor.

—Salvadnos poderoso gran señor.

—¡Sauce, ven aquí en enseguida! ¡Por favor! —le gritó Ben.

Pero Meeks se había adelantado y esbozaba la más tranquilizadora de las sonrisas de Ben.

—Sauce, te quiero —le dijo—. Te quiero y deseo protegerte. Ven conmigo. Lo que ves en ese extranjero es sólo una ilusión. No cuenta con el apoyo de nuestros amigos; ellos son más que imágenes falsas. Puedes ver la verdad si observas. ¿No me ves? ¿Soy distinto del que siempre he sido? ¡Lo que estás oyendo son mentiras!

¡Recuerda el sueño! ¡Debes coger las riendas del unicornio negro y entregármelas para librarte de los peligros que acechan! ¡Esas ilusiones de amistad son los peligros de tu sueño! ¡Ven conmigo y estarás a salvo!

Sauce miraba a un lado y a otro, evidenciando su confusión. Detrás de ella, el unicornio negro pateó y resopló delicadamente, una partícula de sombra atrapada en la luz del sol por lazos que nadie podía ver. Ben estaba furioso. ¡Tenía que hacer algo!

—¡Enséñame la piedra de runas! —gritó Sauce de repente, moviendo la cabeza de uno a otro, sin saber a cual de los dos dirigirse—. ¡Enséñame la piedra que te di!

Ben se quedó helado. La piedra de runas, el talismán blanquecino que avisaba de la amenaza de peligros.

—No la tengo —respondió con impotencia—. La perdí cuando...

—¡Aquí está! —anunció Meeks en tono triunfante, interrumpiendo a Ben. Introdujo una mano entre los pliegues de sus ropas y sacó la piedra de runas, o algo que se le parecía, emitiendo un resplandor rojizo. La sostuvo en alto para que la vieran.

—¡Ben! —dijo Sauce dulcemente, recuperando cierta esperanza—. ¿Eres tú?

Ben sintió que su estómago se contraía cuando la joven empezó a alejarse de él.

—¡Un momento! —gritó Questor Thews de repente, y todos se volvieron—. Creo que se os ha caído esto, gran señor. Dio un par de pasos al frente, librándose por un momento de los temblorosos gnomos. Mostró la piedra de runas que Sauce había dado a Ben, al menos la magia le daba esa apariencia, y dejó que todos la examinasen. La piedra emitía un resplandor carmesí.

Ben nunca en su vida había sentido tan enorme agradecimiento hacia el mago.

—Gracias, Questor —susurró.

Sauce volvió a detenerse. Retrocedió, apartándose de todos ellos, presa de la indecisión. Ahora en su rostro también había miedo.

—No sé quien de los dos es Ben —dijo en voz baja—. Tal vez ninguno.

Sus palabras se persistieron en el súbito silencio que siguió. Un miedo tenso se aposentó en el prado lleno de sol al cual las figuras paralizadas daban la apariencia de un tablero de ajedrez. Cada una de ellas encarada a una dirección distinta y a punto de moverse, todas en posición de ataque. Sauce se apresuró hacia el unicornio negro, desplazando la mirada desde un grupo de piezas al otro. Detrás de ella, el unicornio estaba inmóvil.

Tengo que hacer algo, se dijo Ben una vez más. Pero ¿qué he de hacer?

Entonces, como si estuviera dando un paseo, apareció Daga Demadera. Salió de entre los árboles, caminando con aire despreocupado, avanzando delicadamente sobre la hierba y las flores, con la cabeza y la cola alzadas, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. No prestó atención a ninguno de los que se hallaban allí. Daba la impresión

de que había llegado por casualidad. Se dirigió al centro del claro, se detuvo, recorrió con mirada indiferente su entorno, abarcando a los reunidos, y se sentó.

—Buenos días —saludó.

Meeks lanzó un aullido que asombró a todos y se echó hacia atrás la capa. Entonces, su disfraz de Ben Holiday rieló como un reflejo en las aguas de un estanque en que hubiese caído una piedra, y comenzó a desintegrarse. Sauce gritó. Las manos engarfiadas del mago se elevaron y extendieron, produciendo un chorro de fuego verde en dirección a Daga Demadera. Pero el gato ya había comenzado a transformarse, su pequeño cuerpo peludo crecía, ondeaba y se alisaba hasta ser tan cristalino como un diamante. El fuego del mago chocó contra él y se dispersó como la luz refractada en el aire soleado, cayendo sobre los árboles y la hierba y dañando la tierra.

Cuando esto ocurrió, Ben estaba corriendo hacia Sauce, y gritó como un loco. Pero la sílfide estaba ya fuera de su alcance. Con desesperación en los ojos, se había precipitado hasta el unicornio negro y agarraba la brida de oro que tenía puesta la criatura fantástica. El unicornio pateaba y coceaba, emitiendo su aguda llamada misteriosa; avanzaba y retrocedía en pequeños impulsos. Sauce se abrazó al animal como una niña asustada a su madre, dejándose llevar por él, alejándose de Ben.

—¡Sauce! —gritó éste.

Meeks seguía ocupado con Daga Demadera. Las llamas del ataque apenas se habían dispersado cuando el mago atacó de nuevo. Moldeó con las manos una gran bola de fuego que giró y saltó en el aire hasta explotar sobre el gato. Daga se arqueó y se estremeció, y la bola de fuego pareció disolverse en la forma cristalina. Después, el fuego fue expulsado y él mismo se lanzó contra el mago en una lluvia de dardos llameantes. Meeks se escudó tras su capa y los dardos se desviaron en todas direcciones. Algunos ardieron sobre la piel de demonio que se hallaba agazapado detrás del mago, y éste rugió y se elevó hacia el cielo con un alarido de furia.

El humo y el fuego se extendían por todas partes, y Ben se tambaleaba ciegamente a través de la bruma. Tras él, sus compañeros gritaban. Sobre sus cabezas el demonio alado bloqueó el sol, y su sombra oscureció el prado como un eclipse. El unicornio negro saltó hacia delante, emitiendo un grito, y Sauce se echó encima de él. Puede que lo hiciera por instinto o por necesidad, pero el resultado fue el mismo: el unicornio se la llevó. El animal pasó ante Ben como un dardo, a tal velocidad que apenas pudo verlo. Extendió la mano para detener su carrera, pero fue demasiado lento. Tuvo una breve visión de la flexible figura de Sauce sobre el lomo, y después ambos desaparecieron entre los árboles.

Entonces el demonio alado atacó. Cayó en el prado como una piedra, lanzándose desde el cielo vacío, echando llamas por la boca. Ben se tiró al suelo y se cubrió la cabeza. Con el extremo del ojo, vio que Daga rielaba, se arqueaba para resistir la

fuerza del fuego, lo absorbía, y volvía a lanzarlo. Las llamas golpearon al demonio y lo lanzaron hacia atrás. El vapor y el humo invadieron el aire del prado.

Meeks atacó otra vez, y Daga Demadera repelió el asalto. El demonio atacó, y el gato le devolvió el fuego. Ben se levantó, se cayó, se levantó y, tambaleándose avanzó a ciegas por el campo de batalla. Los gritos y aullidos llegaban hasta él, y flotaron visiones a través de la bruma ante sus lacrimosos ojos. Sus manos tantearon a ciegas, en busca de algo, y al fin se cerraron sobre el medallón.

En sus palmas sintió un calor interno. Durante sólo un momento, creyó ver al Paladín, como la imagen perdida en la distancia de una armadura plateada sobre un caballo blanco.

Después la visión se borró, una visión de realidad imposible en cualquier caso. No contaba con el medallón, ni con el Paladín, de sobras lo sabía. Su garganta se estrechó y sintió que se ahogaba mientras los fuegos del mago y el demonio continuaban martilleando a Daga Demadera, que siempre los devolvía. Las flores y la hierba quedaron convertidas en cenizas. Los árboles dañados y sus hojas marchitas. El mundo entero parecía estar en llamas.

Y, al final, el propio prado pareció explotar con un gran estruendo. Ben se sintió lanzado hacia arriba como un pedazo de madera seca, volando en un confuso montón de brazos y piernas, girando como un molinillo.

Así están las cosas, pensó justo antes de empezar a caer a tierra. Así acaba todo.

Entonces recibió un fuerte golpe al chocar y la oscuridad lo rodeó.

ZARPA DE GATO

Ben Holiday volvió a la conciencia en el claro sombreado de un bosque que olía a musgo y a flores silvestres. Los pájaros cantaban en los árboles, sus canciones eran vivaces y alegres. Un pequeño arroyo, que salía del bosque y desaparecía en él, lo atravesaba serpenteando. Había una quietud que susurraba paz y soledad.

Se hallaba tumbado sobre la hierba, de cara a un entramado de ramas bajo el cielo sin nubes. El sol se vislumbraba entre las hojas. Se incorporó con cuidado, consciente de que sus ropas estaban chamuscadas y sus brazos manchados de hollín. Dedicó un momento a revisarse, buscando alguna herida grave. No había ninguna, sólo chichones y cardenales. Pero parecía como si se hubiera arrastrado por media docena de hogueras.

—¿Os sentís mejor, gran señor?

Se volvió hacia el sonido de la voz familiar y se encontró con Daga Demadera sentado cómodamente sobre una gran roca cubierta de musgo, con las zarpas escondidas bajo el cuerpo. El gato parpadeó somnoliento y bostezó.

—¿Qué me ha ocurrido? —preguntó Ben, dándose cuenta de que no era allí donde se encontraba antes de perder el conocimiento, de que aquel no era el prado—. ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Daga se levantó, se estiró y volvió a sentarse.

—Yo os traje. En realidad es poco más que un truco, pero me ha dado buenos resultados el uso de la energía para transportar objetos inertes. No me pareció aconsejable dejarlo tirado en medio de la pradera quemada.

—¿Qué ha sido de los otros? ¿Qué ha sido de Sauce y...?

—La sílfide está con el unicornio negro, supongo. No sé exactamente dónde. Vuestros compañeros se hallan dispersos en todas las direcciones. La última explosión los hizo volar a todos. No debe usarse esa clase de magia. Es un pena que Meeks no pueda entenderlo.

Ben parpadeó librándose de un último vestigio de aturdimiento y fijó los ojos en el gato.

—Él sabía quién eras, ¿verdad?

—Sabía *qué* era.

—Oh. ¿Cómo es eso, Daga?

El gato pareció considerar la cuestión.

—Los magos y los prismagatos han cruzado sus caminos más de una vez, gran señor.

—Y no como amigos, supongo.

—Normalmente, no.

—Daba la impresión de que te tenía miedo.

—Tiene miedo de muchas cosas.

—En eso no es el único. ¿Qué le ocurrió?

—Perdió interés por la lucha y se alejó volando sobre su demonio. Ha ido a repasar los libros de magia, diría yo. Cree que necesita su poder. Después volverá. Y creo que intentará atraparos a todos. Será mejor que os preparéis.

Ben se quedó frío. Se estiró lentamente y sintió que disminuía el entumecimiento de su cuerpo.

—Tengo que encontrar a los demás —dijo, tratando de abrir un camino en el muro de miedo y desesperación que se había alzado ante él—. ¡Maldita sea! ¿Cómo se supone que voy a hacerlo? —Comenzó a levantarse, se detuvo al sentir el aturdimiento que le invadía, y se apoyó en una rodilla—. ¿Cómo voy a ayudarles? Ahora estaría muerto de no ser por ti. Este asunto se me ha escapado de las manos por completo. Mi situación no es mejor que la del día en que Meeks me expulsó del castillo. Todavía no sé por qué nadie puede reconocerme. Todavía no tengo ni idea de cómo Meeks se apoderó del medallón.

Todavía no sé qué quiere del unicornio negro. ¡No sé nada de lo que está pasando!

Daga bostezó otra vez.

—¿De veras?

Ben no le oyó.

—Te diré una cosa. Yo no puedo resolver esto solo. Nunca podría. No tiene sentido que me engañe. He de conseguir ayuda. Voy a hacer lo que tenía que haber hecho desde el principio. Penetraré en las nieblas, con medallón o sin él, y se la pediré a las hadas. Ya fui allí en una ocasión. Las encontraré y les rogaré que me otorguen la magia necesaria para enfrentarme a Meeks. Ellas me ayudaron contra Belladona, y también me ayudarán contra Meeks. Tienen que hacerlo.

—Ah, pero eso no es seguro, ¿verdad? —preguntó Daga con suavidad—. Las hadas ayudan sólo cuando ellas quieren. Vos lo sabéis, mi querido gran señor. Siempre lo habéis sabido. No podéis pedir su ayuda, sólo desear que la den. La elección de darla o negarla es siempre de ellas.

—No importa. —Ben sacudió la cabeza tozudamente—. Me voy a las nieblas. Cuando las encuentre...

—Si las encontráis —lo interrumpió Daga.

Ben se quedó pensativo y luego enrojeció.

—¡No estaría mal que alguna vez, para variar, me dices un poco de ánimo! ¿Qué te hace pensar que no las encontraré?

El gato posó su mirada en él un momento, luego sorbió aire. Por todas partes, los pájaros seguían cantando, indiferentes a su conversación.

—Porque ellas no quieren que las encontréis, gran señor —dijo al fin. Suspiró—.

Ellas ya os han encontrado.

Hubo un largo silencio mientras Ben y el gato se observaban. Ben se aclaró la garganta.

—¿Qué?

Daga entornó los ojos.

—Gran señor, ¿quién creéis que me ha enviado?

Ben volvió a sentarse con cuidado, cruzó las piernas ante sí y dejó caer las manos en el regazo.

—¿Te enviaron las hadas? —El gato no contestó—. Pero ¿por qué? ¿Por qué a ti, Daga?

—¿Queréis decir que por qué a un gato? ¿Por qué no a un perro? ¿O a un león o a un tigre? ¿O a otro Paladín, por ejemplo? ¿Es eso lo que queréis decir? —El pelo de Daga se erizó en el cuello y a lo largo de su espalda—. Bueno, un gato es lo único que necesitáis o merecéis, mi querido gran señor. Más, para ser exactos. Me enviaron para que despertase vuestra conciencia, para haceros pensar. No me enviaron para que os salvara. Si deseáis la salvación, tendréis que buscarla dentro de vos. ¡Siempre ha sido así y siempre lo será!

Se puso de pie, saltó de la roca y caminó con paso elástico hacia el atónito Ben.

—Estoy cansado de trataros con tantos miramientos. Os he dicho ya todo lo que necesitáis saber para contrarrestar la magia usada contra vos. He hecho todo, excepto meter vuestra nariz en la verdad de las cosas, y eso no puedo hacerlo. ¡Eso está prohibido! Las criaturas de las hadas nunca revelan la verdad a los mortales. Pero os he mantenido a salvo durante vuestro viaje, actuando cuando fue necesario, aunque no estuvisteis tan necesitado como creéis. Os he vigilado y guiado cuando he podido. Y lo más importante de todo, he conseguido que penséis y eso os ha mantenido vivo. —Hizo una pausa—. Bueno, ahora esa etapa ha terminado. El tiempo para pensar está a punto de acabarse.

Ben movió la cabeza de un lado a otro.

—Daga, yo no puedo...

—¡Dejadme terminar! —le espetó el gato—. ¿Cuándo aprenderán los hombres a escuchar a los gatos? —Los ojos verdes se estrecharon—. Las hadas me enviaron para ayudaros, gran señor, pero me permitieron elegir el método. No me hicieron ninguna advertencia sobre lo que tenía que hacer o decir. No me dijeron por qué creían que yo podía ayudaros. Las hadas no suelen hacerlo, ni tampoco los gatos. En cualquier caso, actuamos según nuestras decisiones, y vivimos nuestras vidas como debemos. Jugamos porque ese es nuestro modo de ser. Los juegos de los gatos, o los juegos de las hadas, más o menos son los mismos. ¡Nuestro mundo, gran señor, es muy diferente al vuestro!

Levantó una zarpa.

—Escuchadme bien. Nadie tiene derecho a recibir una respuesta concreta a los problemas que le acosan. A nadie se le sirve la vida en una bandeja de plata, ya sea gato o rey. Si vos queréis conocer la verdad de las cosas, tenéis que averiguarla por vuestros propios medios. Si queréis comprender lo que os confunde, razonad sobre ello. Os creéis inmerso en problemas insolubles. Os creéis incapaz de liberaros. Habéis perdido vuestra identidad, y vuestro reino os ha sido robado. Tenéis enemigos que os persiguen, y amigos que han desaparecido. Es una cadena de contrariedades en la que los eslabones están unidos, Ben Holiday. ¡Cortad un solo eslabón, y la cadena se romperá! Pero vos sois el único que puede cortarlo, no yo, ni ningún otro. ¡Eso es lo que he intentado deciros desde el primer día! ¿Lo entendéis?

Ben asintió.

—Lo entiendo.

La zarpa descendió.

—Eso espero. Ahora os lo diré una vez más. La magia contra la que lucháis es una magia engañosa, un espejo que altera las verdades que refleja y las convierte en medias verdades y mentiras. Si lográis ver más allá del espejo, podréis liberaros. Y si lográis liberaros, podréis ayudar a vuestros amigos. ¡Pero será mejor que empecéis ya!

Se estiró, se giró, se alejó unos cuantos pasos y se volvió otra vez. El claro del bosque estaba en completo silencio; incluso los pájaros de los árboles se habían callado. El sol continuaba brillando en el cielo, proyectando las sombras de las hojas y las ramas sobre el claro, dejando a Ben y a Daga moteados y rayados.

—El mago negro está asustado de vos, Ben Holiday —comentó Daga con voz suave—. Sabe que estáis cerca de las respuestas precisas para liberaros e intentará destruirlos antes de que eso ocurra. Os he dado los medios para encontrar las respuestas que lo vencerán. Usadlos. Sois un hombre inteligente. Habéis sido un hombre que ha pasado su vida ordenando la vida de los otros hombres. Un hombre de leyes, un hombre de poder. ¡Ordenad vuestra propia vida!

Empezó a andar hacia el borde del claro, sin volver la vista atrás.

—He disfrutado del tiempo que pasamos juntos, gran señor —dijo desde lejos—. He disfrutado en nuestros viajes. Pero han terminado por ahora. Tengo que ir a otros lugares y acudir a otras citas. Me acordaré de vos. Y un día, quizás, os volveré a ver.

—¡Espera, Daga! —le gritó Ben, levantándose de repente, imponiéndose al aturdimiento que persistía.

—Yo nunca espero, gran señor —contestó el gato, ya casi perdido en las sombras—. Además, no hay nada más que pueda hacer por vos. He hecho todo lo que he podido. Buena suerte.

—¡Daga!

—Recordad lo que os he dicho. Y tratad de escuchar a los gatos de vez en cuando,

¿lo haréis?

—¡Daga, maldita sea!

—Adiós.

Y Daga Demadera entró en el bosque y desapareció.

Ben Holiday pasó algún tiempo con la vista fija en el lugar por donde se había ido el gato, casi esperando su regreso. Por supuesto, no volvió, como él temía desde el principio. Cuando al fin aceptó el hecho, dejó de mirar y empezó a asustarse. Estaba solo por completo por primera vez desde que fue expulsado de Plata Fina. Solo por completo y en la situación más difícil de su vida. Le habían quitado su identidad y el medallón, y no tenía ni idea de cómo recuperar ninguna de las dos cosas. Daga Demadera, su protector, lo había abandonado. Sauce había desaparecido con el unicornio negro, creyendo aún que era el extranjero que parecía. Sus amigos estaban dispersos, los cielos sabían dónde. Meeks se había ido a repasar los libros de magia y pronto volvería para acabar con él.

Y él estaba allí sentado, esperando a que ocurriese.

Se sentía aturdido. Le era difícil pensar con claridad. Trató de razonar, de planear lo que haría a continuación, pero todo parecía mezclarse, los problemas y las necesidades luchaban por igualarse en sus pensamientos. Se levantó mecánicamente con los ojos cansados, y caminó hasta el pequeño arroyo. Miró una vez más hacia el lugar por donde se había ido Daga y sólo vio el bosque vacío, notando que una triste resignación se apoderaba de él. Se arrodilló junto al arroyo, se echó agua en la cara tiznada, y se enjuagó los ojos. El agua estaba fría como el hielo y sintió una descarga en su sistema nervioso. Se mojó la cabeza y los hombros para que el frío lo hiciera reaccionar.

Luego volvió a sentarse, con el agua goteando de su cara y los ojos fijos en el arroyo.

Piensa, se aconsejó. Tienes todas las respuestas. Daga dijo que las tienes. Pero ¿cuáles son?

Resistió un impulso casi insuperable de saltar y correr entre los árboles. Se obligó a quedarse allí. La acción habría supuesto un alivio inmediato; la sensación de hacer algo, *cualquier cosa*, en vez de quedarse sentado. Pero correr sin ningún objetivo no era lo que requería la situación. Requería meditar. Tenía que saber qué estaba haciendo, tenía que entender de una vez por todas qué había ocurrido.

Los eslabones de una cadena, había dicho Daga. Todos sus problemas eran eslabones de una cadena, unidos entre sí. Si se cortaba uno, la cadena se rompería. Bien. Iba a hacerlo. Cortaría ese eslabón. Pero ¿qué eslabón debía cortar?

Bajó la vista hacia las aguas del arroyo, contemplando el reflejo ondulante de su imagen. Se encontró con una versión distorsionada de la cara de Ben Holiday. Pero

era él, y sólo él, no el extranjero que todos veían. ¿Qué era lo que hacía que los demás le vieran de un modo diferente? Una máscara, había dicho Daga, y estaba desapareciendo en ella. Se contempló durante largo rato, después apartó la vista para fijarla en un grupo cercano de flores silvestres elegido al azar, mirándolas sin verlas.

Magia engañosa, había dicho Daga.

¿La magia de quién? ¿El engaño de quién?

Suyo propio, le había dicho el Amo del Río. Éste le había ofrecido ayuda; de hecho, había intentado ayudarlo, pero no pudo. También le dijo que la magia que actuaba era una magia que surgía de él, y sólo él podía actuar para liberarse de sus efectos.

Pero ¿qué magia había usado?

Trató de encontrar una respuesta, pero no lo consiguió. No se le ocurría nada. Se impulsó hacia atrás con los talones para situarse en la sombra, y dejó que su mente vagara libremente durante un momento. Ésta regresó a la última noche que estuvo en su dormitorio de Plata Fina cuando Meeks surgió de la nada. A la noche en que todo empezó a ir mal y perdió el medallón. Algo no encajaba en sus recuerdos, y trató en vano de averiguar qué era. Había perdido el medallón. Había perdido su identidad, había perdido su magia, había perdido su reino. Una cadena de eslabones que debía romperse. Recordó la impresión que le causó descubrir que el medallón había desaparecido. Recordó su terror.

De repente, un pensamiento le golpeó, y un recuerdo salió a la superficie. Las hadas le dijeron algo sobre el miedo, hacía ya tiempo, cuando entró en las nieblas en busca del Polvo lo recién llegado a Landover, cuando tuvo que luchar para conseguir el reconocimiento de su derecho al trono como estaba luchando ahora. ¿Qué le habían dicho? *El miedo tiene muchos disfraces. Debes aprender a reconocerlos la próxima vez que se presenten ante ti.*

Frunció el entrecejo. ¿Disfraces? ¿Máscaras? No había mucha diferencia entre ambos. Entonces se había preguntado qué significaban aquellas palabras. Ahora se lo preguntó de nuevo. En el pasado, creyó que se referían a su inminente encuentro con la Marca de Hierro. Pero también eran aplicables a lo que le estaba ocurriendo en el presente, al miedo que le producía la pérdida del medallón.

¿Podían las hadas haber previsto esa pérdida con tanta anticipación? ¿O no era más que un aviso genérico, un aviso respecto a la magia de aquella tierra?

Casi inconscientemente, metió la mano bajo su túnica y sacó el medallón que ahora llevaba, el medallón que le dio Meeks, con el rostro duro y sombrío del mago grabado en su superficie. Era el comienzo de todo; las preguntas, los misterios, la mezcla de acontecimientos que lo habían apartado de la normalidad para introducirlo en la ciénaga de dudas y temores en que se hallaba. Se preguntó cómo había ocurrido por centésima vez. ¿Cómo pudo perder el medallón sin darse cuenta?

¿Cómo lo consiguió Meeks cuando sólo el podía quitárselo? ¡No tenía sentido! Si realmente se lo había quitado, ¿por qué no lo recordaba?

¡Quizás porque no se lo había quitado!

Al fin sus pensamientos avanzaron un paso. Ya casi podía ver los alicates cortando el eslabón. Su propio engaño, había dicho Daga. Su propia magia, había dicho el Amo del Río. ¡Maldito enredo! Sintió que su respiración se convertía en rápidos y ásperos jadeos de excitación. Podía oír los latidos en su pecho. Aquello tenía sentido. Era la única respuesta que tenía sentido. ¡Meeks no podía tener el medallón a menos que se lo hubiese quitado él mismo, y la razón de que no lo recordara era que nunca se lo había quitado!

Pero ¿cómo?

Trató de avanzar paso a paso en su razonamiento. Le temblaban las manos de nerviosismo, el medallón giraba colgado de los dedos. Siempre llevó consigo el medallón de los grandes señores de Landover, aunque lo ignorara. ¿Era eso posible? Su mente corría, explorando las posibilidades, susurrándole con voz apresurada y urgente. ¡El medallón aún colgaba de su cuello! De algún modo, Meeks había logrado hacerle creer que no era el medallón auténtico, sino una sustitución. Eso explicaba por qué Meeks no había acabado con él en el dormitorio. Tuvo miedo de que el Paladín reapareciera, de que el disfraz fuese demasiado reciente, demasiado débil quizás. Por eso lo había dejado marchar después de hacerle la extraña advertencia de no quitarse el sustituto del auténtico medallón. Supuso que, tarde o temprano Ben, cuestionaría su advertencia. Tenía la esperanza de que entonces se lo quitara y lo tirara, en la creencia de que así obtenía la liberación. ¡Eso le permitía apoderarse al fin del medallón!

Su mente giraba. *¡El idioma!*, pensó de pronto. *¿Cómo podía comunicarse aún en el idioma de Landover si ya no estaba en posesión del talismán?* Questor le había dicho hacía tiempo que el medallón era lo que le permitía entender la lengua del país, escribirla y hablarla. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Y Questor... Questor siempre se preguntaba cómo Meeks conseguía recuperar el medallón de los candidatos fracasados que rehusaran devolvérselo voluntariamente. ¡Debía de hacer algo así! ¡Debía de engañarlos para que se lo quitaran, haciéndoles creer que ya lo tenían perdido!

¡Dios mío! ¿Sería posible?

Aspiró una gran bocanada de aire para tranquilizarse. ¿Existía una alternativa? La respuesta negativa le llegó de inmediato. Era la única posibilidad que tenía sentido. El demonio alado no había interrumpido su ataque a las ninfas del Amo del Río a causa de Daga, había huido al ver el medallón en sus manos, aterrado por su poder. El demonio había visto la verdad cuando Ben aún no podía. La magia había disfrazado la verdad ante sus ojos, la magia que Meeks había empleado aquella noche en su

dormitorio. Era una magia ancestral, comprendió Ben. Eso le dijo Belladona a Strabo. ¡Esa era la razón de que sólo el dragón y la bruja pudieran reconocerla!

Pero ¿cómo funcionaba esa magia? ¿Qué se necesitaba para romper su hechizo? ¿Se debía también a ella su cambio de identidad?

Las preguntas se atropellaban entre sí en su ansiedad por lograr respuesta. *Engaño*, ésta era la palabra clave, la palabra que Daga había empleado en diversas ocasiones. Meeks debía de haber usado su magia para engañar a Ben respecto al medallón que llevaba. Y él había creído la mentira. Había permitido que el engaño lo atrapara. ¡Había construido su propia cárcel! ¡Meeks le provocó un sueño en el cual le entregaba el medallón, y él se convenció a sí mismo de su realidad!

En tal caso, no debería ser capaz de...

No pudo terminar el pensamiento. Tuvo miedo a terminarlo, miedo a equivocarse. Respiró profundamente otra vez. Carecía de importancia que lo terminase o no. Lo importante era intentarlo. Tenía que hacerlo para estar seguro.

Volvió a fijar la vista en el arroyo, y contempló la imagen de su rostro, que rielaba y ondeaba con el movimiento del agua. Su máscara; no para él, pero sí para los demás. Procuró serenarse. Después, alzó el medallón ante sí, sosteniéndolo por la cadena. El rostro de Meeks se balanceó y giró lentamente, reflejando la luz del sol en pequeños destellos de plata opaca. Retardó su respiración deliberadamente, los latidos del corazón y el tiempo mismo. Centró su mirada en la imagen deslustrada, en su giro lento, hasta que el medallón se quedó casi inmóvil. Apartó de su mente la imagen que veían sus ojos y la sustituyó por su recuerdo del Paladín saliendo a caballo por las puertas de Plata Fina al amanecer. Miró debajo del deslustre y vio plata pulida. Se sumergió en la imagen recordada.

Ten en cuenta que lo que estás viendo es falso, se dijo. Una mentira.

Pero nada ocurrió. El medallón que se hallaba ante él continuó reflejando la imagen de Meeks. Luchó contra un resurgimiento del pánico y se obligó a permanecer tranquilo. Necesitaba algo más. Algo.

Hizo una selección mental, considerando y descartando posibilidades. Mantuvo los ojos enfocados en el medallón. El bosque que lo rodeaba estaba en calma. El silencio era completo excepto por los trinos de los pájaros y el murmullo de las hojas al ser movidas por un viento suave. Estaba en lo cierto, sabía que estaba en lo cierto. Si lograba romper el primer eslabón y después los demás, la cadena se desharía. Volvería a ser él mismo, el poder del Paladín retornaría, y su magia sería liberada. Sólo necesitaba una llave...

Se interrumpió a mitad del pensamiento. Sus dedos se deslizaron a lo largo de la cadena del medallón. Acariciaron con suavidad la superficie deslustrada y se cerraron sobre el talismán apretándolo contra la palma de la mano. El contacto le produjo repulsión, pero eso era lo que pretendía Meeks. Apretó con más fuerza, sintió su

superficie, su imagen grabada, y no pensó en la figura de Meeks, sino en la del Paladín saliendo a caballo de Plata Fina al amanecer...

Algo empezó a ocurrir. El medallón se calentó en su mano, y se produjo un cambio casi imperceptible en su tacto. Lo apretó aún más. La imagen que sabía que estaba oculta se hallaba fija en el primer plano de sus pensamientos. Cerró los ojos. La imagen era como un foco de blancura que se convirtió en su única luz. El medallón quemaba, pero siguió agarrándolo. Podía sentir un deslizamiento en su superficie, como si algo se estuviera desprendiendo, como una piel que se mudaba. ¡Sí! El ardor continuó, se avivó, se extendió por su cuerpo, se elevó y desapareció en el aire.

La frialdad regresó. Abrió los ojos lentamente, y a continuación los dedos. Miró el medallón aún en su mano. Estaba brillante y pulido, y se vio reflejado en su superficie. La imagen del Paladín centelleó.

Se permitió una sonrisa amplia y casi estúpida. Al fin había encontrado la verdad. El medallón había permanecido con él durante todo el tiempo.

¡La cadena estaba rota!

REVELACIÓN

Sauce se estremeció, recuperando la conciencia a medida que salía lenta y lánguidamente del sopor. El sol calentaba su piel, y las hierbas altas rozaban su cara. Parpadeó para protegerse del exceso de luz, y volvió a cerrar los ojos. ¿Era un sueño, o no? Había volado sobre una nube, impulsada por corrientes de aire que la fustigaban y zaherían, y la llevaban a través del mundo como si fuera un pájaro. Parpadeó de nuevo, sintiendo la dureza de la tierra en su espalda. Qué libre se había sentido.

Entonces, la sensación de flotar la abandonó, y un súbito regreso del recuerdo la despertó por completo. Se incorporó sobresaltada. No había sido un sueño. Era la realidad de su huida de Meeks, del demonio alado, de los otros...

Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Se obligó a abrir los ojos otra vez, entornándolos contra la luz del sol. Estaba en un amplio claro situado en un bosque de enormes árboles mezclados con algunos pinos, a la sombra de Mirwouk. Los muros de la vieja fortaleza se elevaban detrás de ella, altivos y ruinosos bajo el cielo de la tarde. Las flores salpicaban la ladera que se extendía delante, sus olores llenaban el aire húmedo e inmóvil. Un extraño silencio envolvía a las montañas.

Sus ojos se desviaron. A unos cuatro metros de ella, estaba el unicornio, mirándola, con la brida de oro hilado alrededor de su esbelta cabeza.

—Me trajiste tú —susurró ella en tono casi inaudible.

El recuerdo fue una mezcla de imágenes y sentimientos que cayeron sobre ella como una lluvia de agua helada y la golpearon con su intensidad. Casi sin conciencia de lo que hacía, se había subido a lomos del unicornio, aterrada por lo que estaba ocurriendo a su alrededor, ansiosa de escapar de aquel espanto. Nada era lo que parecía; ni Ben, ni el desconocido que decía ser Ben, ni el gato. Nada. Por todas partes se extendía el fuego y la destrucción. ¡Cuánto odio! Sólo pensaba en huir y el unicornio, al pasar ante ella, la recogió de alguna forma que no recordaba. Sus manos se agarraron a la brida de oro, sus dedos se enredaron a la crin, y su cara se apretó contra el cuello bruñido... Las imágenes tremolaban y se desvanecían, más sentimientos que imágenes, en un susurro de necesidad y anhelo.

Su respiración se convirtió en jadeo. Había montado al unicornio negro sin pensar, y su huida, porque fue una huida, había sido mágica. Perdió la sensación de lugar y tiempo, quedándole tan sólo un acuciante sentimiento de ser. El unicornio hizo algo más que sacarla de aquel prado. El unicornio la sacó de sí misma, para volverla a conducir a su interior donde pudo ver quién y qué era y quién podía ser, hasta que pensar en aquello la aturdió y la llenó de dudas. El unicornio le había mostrado una forma y un sentido de la vida que nunca había creído posibles. Su simple roce bastó; no necesitó nada más. En sus ojos brotaron las lágrimas al

recordarlo. Ahora, las imágenes eran extrañamente borrosas, pero las emociones que había experimentado seguían claras y fuertes. ¡Qué delicioso había sido!

Se enjugó las lágrimas y dejó que su mirada se encontrase con la del unicornio. Él seguía esperándola. No salió corriendo como podía haber hecho, tal vez como debía. Esperó.

Pero ¿qué esperaba? ¿Qué quería de ella?

La confusión la invadió. La verdad era que no lo sabía. Miró los ojos esmeralda y deseó que la criatura fantástica pudiera decírselo. Necesitaba saber. Allí estaba aquel ser maravilloso, esperándola casi resignadamente mientras ella reflexionaba, esperándola una vez más; y ella no tenía ni idea de lo que debía hacer. Se sentía impotente y asustada. Se sentía como una imbécil.

Pero estaba segura de que no podía ceder ante tales sentimientos, y los arrojó de su mente. Era probable que Meeks todavía continuara persiguiéndolos. El gato, o lo que fuese, no lo retendría mucho tiempo. Iría a buscarlos, a ella y al unicornio. Meeks quería el unicornio negro; el extranjero tenía razón respecto a eso, lo que daba pie para creerse que tal vez también tuviera razón respecto a los sueños.

Y que tal vez fuese Ben Holiday.

Una fuerte punzada de añoranza la atravesó, pero la arrojó de sí. No tenía tiempo para considerar esa posibilidad. El unicornio negro se hallaba ante un peligro inmediato, y tenía que hacer algo para protegerlo. La estaba aguardando, no cabía duda, dependía de ella y esperaba algo de ella. Tenía que averiguar qué.

Sólo había un modo. Lo supo por instinto. Tendría que tocar al unicornio, exponerse a su magia. Tendría que abrirse a su clarividencia.

Respiró profunda y lentamente, tratando de calmarse. El miedo que experimentó le produjo un estremecimiento. Se proponía algo inconcebible. Nadie que tocase al unicornio podía volver a ser él mismo. Nadie. Oh sí, ya había tocado a la criatura fantástica. La había rozado al colocarle la brida de oro y había huido del prado montada en ella. Pero en ambas ocasiones apenas había sido consciente de lo que estaba haciendo, en ambas ocasiones fue una especie de sueño breve y prodigioso. Lo que debía hacer ahora era diferente por completo. Tenía que actuar de forma voluntaria y deliberada, arriesgando todo lo que era. Las leyendas coincidían. Los unicornios no eran propiedad de nadie, salvo de sí mismos. Tocarlos significaba perderse.

Sin embargo, ella iba a hacerlo de todas formas. La decisión ya estaba tomada. El unicornio negro era más que una leyenda con un milenio de antigüedad, más que el sueño que la había llevado a aquella situación, más incluso que la realidad de su presencia física. Era una necesidad ineludible que formaba parte de ella, un misterio que debía resolver. Los ojos esmeralda de la criatura reflejaban los anhelos más secretos de la sílfide. No podía ocultarle nada. Su propio cuerpo la delataba, la

atracción del unicornio tenía una fuerza irresistible. Había en ella un deseo que superaba cualquier cosa que hubiera conocido. Los peligros que el unicornio negro pudiera presentar, imaginarios o reales, palidecían junto a ese deseo. Tenía que resolver el enigma, cualquiera que fuese el coste. Tenía que conocer su verdad.

Sentía calor y frío y le pareció ser ingrávida como una pluma al levantarse y avanzar. Estaba temblando, el terror y la ansiedad se mezclaban en ella a partes iguales, privándola de la razón y dejándola sólo con su necesidad.

¡Oh, Ben,! —pensó desesperadamente—. *¿Por qué no estás aquí?*

El unicornio negro seguía esperando, como una estatua de ébano en las sombras moteadas, con sus ojos fijos en los de Sauce. Había una extraña sensación de que su ser se reflejaba en la sílfide, como si el animal fuese su deseo más cuidadosamente guardado, proyectado en un ser real desde su mente.

—Tengo que saber —le susurró al unicornio cuando se encontró al fin ante él.

Sus manos se alzaron con lentitud.

El prado, antes cubierto de hierba y pleno de flores silvestres, se encontraba ahora arrasado y quemado, convertido en un trozo humeante de tierra asolada entre los árboles del bosque. Questor Thews estaba de pie en un extremo e intentaba traspasar la bruma con la vista. Cubierta de polvo y cenizas, su alta figura estrafalaria parecía más desaliñada que nunca. Su túnica gris y las sedas de colores estaban desgarradas y chamuscadas, sus botas de cuero rotas y tiznadas. El último intercambio de magia entre Meeks, el demonio y Daga Demadera lo había lanzado por los aires. El viento había ayudado, y se encontró descansando precariamente sobre las ramas de un viejo arce rojo, y convertido en objeto de diversión para las ardillas y los pájaros que habitaban allí. Abernathy, los kobolds y los gnomos no se veían por ninguna parte. Ben Holiday, Sauce y el unicornio negro habían desaparecido. Questor había descendido del arce y los había buscado. No encontró a ninguno de ellos.

Tras ir de un lado a otro, regresó al lugar donde los había visto por última vez. Y tampoco parecían estar allí.

Suspiró. En su rostro de búho se marcaban profundas arrugas de preocupación. Deseó saber más de lo que estaba ocurriendo. Ahora aceptaba que el extranjero que decía ser Ben Holiday lo era en efecto, y que el hombre que parecía ser Ben Holiday era Meeks. Los sueños que tuvieron Sauce, Ben y él mismo habían sido creaciones de su hermanastro, partes de un plan más amplio para conseguir el control de Landover y la magia. Pero la aceptación de todo aquello no le reportó nada. Aún no sabía qué relación tenía con el unicornio negro ni comprendía cuál era el plan que Meeks intentaba realizar. Y, peor aún, no tenía ni idea de cómo salir de la presente situación.

Se frotó la barba y volvió a suspirar. Era evidente que existía algún camino. Sólo tenía que descubrirlo.

—Hummmmm —musitó mientras pensaba. Pero sus reflexiones no dieron resultado.

Se encogió de hombros. Bueno, podía hacer algo más que quedarse allí de pie.

Al dar la vuelta para marcharse, se encontró cara a cara con Meeks. Su hermanastro había recuperado su propia apariencia, su figura alta y hosca con cabellos blancos y los ojos duros. Una túnica azul oscura envolvía su cuerpo como un sudario. Se hallaba a unos cuatro metros de distancia, entre los árboles, como si estuviese a punto de salir del bosque. La mano enguantada de negro de su brazo sano sostenía contra el pecho los libros de magia desaparecidos.

Questor Thews sintió un calambre en el estómago.

—He esperado mucho este momento —susurró Meeks—. He tenido mucha paciencia.

Docenas de pensamientos diversos bulleron en la mente de Questor y se fueron, dejando sólo uno.

—No me das miedo —dijo con voz tranquila.

El rostro de su hermanastro era impenetrable.

—Deberías tenerlo, Questor. Crees que ya eres mago, pero en realidad no eres más que un aprendiz. Y siempre lo serás. ¡Tengo un poder que sobrepasa tu capacidad de imaginación! ¡Tengo medios para hacer cualquier cosa!

—Excepto atrapar al unicornio negro, según parece —respondió Questor con valentía.

Los ojos duros centellearon de rabia.

—No entendéis nada; ni tú, ni Holiday, ni nadie. Tomas parte de un juego que no puedes ganar, y lo juegas mal. Sólo eres un estorbo que debo suprimir. —El rostro pálido y arrugado era una máscara mortuoria—. He tenido que soportar el exilio y la destrucción de mis planes, por tu causa y por ese rey de comedia, y ninguno de los dos entendéis aún qué es lo que habéis hecho. ¡Dais pena!

La túnica oscura pareció retorcerse justo donde colgaba la manga vacía.

—Tu tiempo en este mundo y esta vida se está acabando, hermano. Te hallas solo. Ese prismagato ya no es una amenaza para mí. Holiday se encuentra desvalido y abandonado. La sílfide y el unicornio negro no tienen lugar a donde huir. Tus otros amigos son mis prisioneros, excepto el perro. Y el perro carece de importancia.

Questor sintió que su corazón se contraía. Los otros prisioneros, todos excepto Abernathy...

Meeks esbozó ahora una sonrisa helada y vacía.

—Tú eras la última amenaza posible. Y ahora ya te tengo.

Questor se quedó rígido, pero su rabia se impuso al miedo.

—¡Todavía no me tienes! ¡Y nunca me tendrás!

La carcajada del otro no produjo ruido.

—¿Estás seguro?

Su cabeza se inclinó levemente y docenas de sombras surgieron de los árboles situados a su espalda. Las sombras se materializaron al contacto de la luz en niños encorvados y pequeños de orejas puntiagudas, rostros enjutos y cuerpos escamosos. Sus hocicos de cerdo olfatearon el aire y sus lenguas de serpiente se deslizaron entre hileras de dientes afilados.

—¡Engendros de demonio! —exclamó Questor sin alzar la voz.

—Los suficientes para no permitirte muchas maniobras, ¿verdad? —Las palabras fueron un siseo de indisimulado placer—. No quiero perder el tiempo contigo, Questor. Prefiero dejarte en manos de ellos.

Los vástagos de demonio ya habían rodeado a Questor, con los ojos brillantes y ansiosos y las lenguas lamiendo sus hocicos. Meeks tenía razón. Eran demasiados. Sin embargo, se mantuvo en su lugar. No tenía sentido un intento de huida. Su única posibilidad era cogerlos desprevenidos...

Lo habían encerrado en un círculo de unos seis metros de diámetro, limitado por sus pequeños cuerpos de rostros desagradables y dientes puntiagudos, cuando Questor giró sobre sí mismo, agitando las manos como si fueran molinillos, y los lanzó hacia atrás con una explosión de magia. Surgieron de la nada surtidores de humo y vapor, que golpearon y derribaron a los demonios. Questor corrió con desesperación hacia las sombras protectoras del bosque, saltando sobre los demonios, cegados por el momento, como si fueran charcos de lodo. Sus aullidos furiosos lo siguieron. Los vástagos de demonio se levantaron e iniciaron su persecución casi al instante. Questor se volvió de cara a ellos, lanzó una nueva explosión de magia en mitad del grupo y los dispersó. ¡Pero eran tantos! Incidían hacia él de todas partes, con gritos y aullidos, agarrándose a sus ropas. Trató de liberarse, pero era demasiado tarde. Todos estaban sobre él, empujándole, sujetándole los brazos contra el cuerpo. Se balanceó bajo el peso de los demonios y cayó.

Manos engarfiadas se asieron a sus ropas y después a su garganta. Empezó a ahogarse, incapaz de respirar. Luchó con valentía, pero había docenas reteniéndolo en el suelo. Ante sus ojos danzaban destellos de luz.

Entre la maraña de demonios, vislumbró durante un momento a Meeks. Estaba erguido y sonreía. Después, se desmayó.

Las manos de Sauce estaban a pocos centímetros de la delicada cabeza de ébano del unicornio negro cuando oyó un suave rumor de hojas y ramas, el ruido de alguien que se aproximaba entre los árboles. Se apartó con rapidez del unicornio, asustada y cautelosa.

Pasado un momento, una cabeza peluda asomó entre la vegetación y miró a uno y otro lado a través de unas gafas que se deslizaron hacia abajo al rozar una rama de

pino.

Era Abernathy.

—Sauce, ¿estás aquí? —preguntó el amanuense con incredulidad.

Apartó las ramas y se adentró en el claro. Las ropas que vestía estaban hechas jirones, y faltaba la mayor parte de su túnica. Había perdido las botas. Tenía la piel chamuscada y su cara parecía que la hubieran sumergido en un pozo de ceniza. Jadeaba con rapidez y la lengua le colgaba fuera de la boca.

—He tenido días mejores, quiero hacerlo constar —declaró—. Puede que los haya tenido peores, pero no recuerdo cuando. Primero vagué por ahí, buscándote, a ti y a ese... animal. Los cielos sabrán la razón de que lo hiciera, porque yo lo desconozco. Luego te encontramos, no sólo a ti y a él, sino también a Meeks y a los demonios, y apareció el gato, y se produjo un absurdo enfrentamiento de magias que sólo sirvió para incendiar una zona del bosque, y finalmente fuimos dispersados a los cuatro vientos y nadie puede encontrar a nadie.

Se llenó de aire los pulmones, dejó escapar un largo suspiro y miró a su alrededor.

—¿Has visto a alguno de los otros?

Sauce negó con la cabeza, abstraída.

—No, a nadie.

Sus pensamientos estaban concentrados en el unicornio, en la necesidad que la consumía, en el deseo de extender la mano y tocarlo...

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Abernathy de repente, produciéndole un sobresalto. El amanuense captó su consternación—. ¿Ocurre algo, Sauce? ¿Qué estás haciendo con el unicornio? Sabes lo peligrosa que es esa criatura. Ven. Ven conmigo y deja que yo me ocupe de ti. El gran señor querría...

—¿Lo has visto? —inquirió ella con apremio. La mención de Ben fue un cabo salvavidas al que se agarró rápidamente—. ¿Está cerca de aquí?

Abernathy se subió las gafas.

—No, Sauce, no lo he visto. Está perdido como todos nosotros. —Hizo una pausa—. ¿Te encuentras bien?

El cabo salvavidas desapareció. Ella asintió sin decir una sola palabra. Sintió el calor del sol de la tarde, el bochorno del día y el enrarecimiento del aire. Estaba en una prisión que amenazaba con enterrarla. Los sonidos que producían los pájaros y los insectos se convirtieron en silencio, la presencia de Abernathy perdió significado, y su deseo por el unicornio negro la consumió de nuevo. Se volvió de espaldas al amanuense y comenzó a avanzar hacia el animal.

—¡Espera! —gritó Abernathy—. ¿Qué vas a hacer? ¡No la toques! ¿No sabes lo que te ocurrirá?

—Apártate de mí, Abernathy —contestó con voz suave, pero vaciló.

—¿Estás tan demente como todos los demás? —le gritó el perro, furioso—. ¿Te

has vuelto loca? ¿Es que sólo yo entiendo lo que está ocurriendo? ¡Los sueños son falsos, Sauce! ¡Meeks nos trajo a este lugar, nos ha engañado en su propio beneficio y trata de confundirnos a todos! ¡Es probable que ese unicornio le pertenezca! ¡No puedes saber qué se propone! ¡No lo toques!

Ella se volvió para mirar al perro.

—Tengo que hacerlo. Necesito hacerlo.

Abernathy empezó a acercarse, vio la mirada de advertencia en los ojos verdes de la sílfide y se detuvo bruscamente.

—¡Sauce, no lo hagas! Conoces las historias, las leyendas. —Su voz se transformó en un susurro—. ¡Estarás perdida si lo haces!

Lo contempló en silencio durante un momento prolongado, luego sonrió.

—Esa es la cuestión, Abernathy. Ya estoy perdida.

Sus manos se elevaron y rodearon el cuello del unicornio negro.

Fue como si un fuego helado la inundara. El fuego se extendió de las manos a los brazos y a todo el cuerpo. Se quedó rígida bajo esa sensación y tembló. Echó hacia atrás la cabeza y jadeó para conseguir aire. Oyó que, desde atrás, Abernathy la llamaba con desesperación y después perdió su pista. Él estaba allí, pero ya no captaba su presencia. No podía ver nada más que la cara del unicornio, una figura inmaterial sobre el fondo del espacio. El fuego la consumía, mezclado con su deseo, y tornó éste en pasión incontenible. Estaba perdiendo el control de sí misma, empezando a disgregarse. Un momento más, y dejaría de ser ella por completo.

Trató de apartar las manos del cuello de la criatura fantástica y descubrió que no podía. Estaba unida al unicornio. Era una con él.

Entonces, el cuerno comenzó a emitir un resplandor blanco de magia, y una multitud de imágenes confusas cruzaron por su mente. Había un lugar de una frialdad vacía. Había cadenas y fuego, tapices blancos con unicornios que saltaban y se encabritaban, magos con túnicas oscuras y encantamientos lanzados en una sucesión interminable. Vio a Meeks, a Ben y al Paladín.

Y, por último, oyó un gemido de terror y anhelo que rompió todas las imágenes como si fueran de cristal.

¡Libérame!

El dolor que contenía aquel ruego fue tan inmenso que no lo pudo soportar. Ella gritó, y su grito la lanzó con violencia hacia atrás, separándola al fin del unicornio. Se tambaleó y estuvo a punto de caer. Habría caído si los brazos de Abernathy no se hubiesen extendido rápidamente para sostenerla.

—¡Lo he visto! —jadeó y no pudo seguir hablando.

Pero el sonido de su grito todavía resonaba entre los árboles.

COMBATE

El grito llegó a Ben Holiday cuando estaba solo en el bosque arrodillado junto al pequeño arroyo, ya seguro de sí mismo, contemplando con incredulidad el medallón de los grandes señores de Landover de plata brillante mantenido cuidadosamente en el cuenco de sus manos. El grito salió de entre los árboles, un agudo gemido lejano de angustia y miedo, y se prolongó como el silbido del viento a través de las profundidades de un cañón en el tranquilo aire de la montaña.

Levantó la cabeza y estiró el cuello. No había duda. Era la voz de Sauce.

Se puso en pie de un salto, cerrando las manos sobre el medallón con gesto posesivo, recorriendo con los ojos las sombras del bosque como si lo que estuviese amenazando a la sílfide pudiera estar esperándolo también a él. Una mezcla de miedo y terror lo atravesó. ¿Qué le habían hecho a Sauce? Comenzó a andar, se detuvo y giró desorientado, dándose cuenta de que no lograba determinar la dirección de donde procedía el grito. Parecía venir de todas partes a la vez. ¡Maldita sea! Meeks podría oír el grito con tanta claridad como él; Meeks y su demonio alado. Quizás ya *había...*

Apretaba el medallón con tanta fuerza que le estaba cortando las palmas de las manos. ¡Sauce! En su mente apareció una visión de la sílfide, la criatura frágil y hermosa cuya vida estaba obligado a proteger. Recordó de nuevo las palabras de la Madre Tierra responsabilizándolo de ponerla a salvo de todos los peligros y su promesa de hacerlo. Sus emociones lo atacaron, dejándolo maltrecho y frenético. Verdades a las que aún no había prestado atención arrancaban la piel de su alma.

Todas las verdades se reducían a una.

Amaba a Sauce.

Experimentó una cálida corriente de sorpresa y alivio. Siempre se había negado a aceptar ese sentimiento, incapaz de asimilarlo. No quería amar a nadie, no quería a nadie en el lugar de Annie, su esposa muerta. El amor implicaba responsabilidad y la posibilidad de pérdida y sufrimiento. No quería nada de eso. Pero los sentimientos habían persistido, tal como solían hacer, porque él no tenía la potestad de anularlos. La realidad de su existencia se había impuesto sobre él aquella primera noche en los páramos del este después de escapar de Strabo y Belladona, revelada en un sueño en el cual dialogaba con Daga Demadera sobre la razón de su urgencia por encontrar a Sauce.

¿Por qué corres así? ¿Por qué tienes que apresurarte tanto? ¿Por qué tienes que encontrar a Sauce?, había preguntado Daga.

Porque la quiero, había respondido él.

Y era cierto. Pero hasta el momento presente no se había permitido pensar en ello, razonarlo y considerar su significado.

Sólo contaba con segundos para hacerlo. Los pensamientos, los razonamientos y

las consideraciones pasaron por su mente en un momento difícil de medir. Era como si todo el tiempo que había necesitado para llegar a una resolución se redujera ahora a un solo instante.

Pero ese instante fue suficiente.

Ya no vaciló. En otra época de su vida lo habría hecho, pero tenía la impresión de que habían transcurrido más de mil años desde entonces. Soltó el medallón y lo dejó caer contra su pecho, y la luz del sol se reflejó en él y lanzó dardos de brillantez sobre el bosque moteado.

Convocó al Paladín.

La luz centelleó e iluminó un extremo del claro, espantando a las sombras y a la penumbra. Ben levantó la cabeza y en sus ojos se mostró la excitación. Había creído que nunca volvería a hacerlo, y entonces no deseaba que volviese a ser necesario. Ahora estaba ansioso. Una parte de él empezó a escindirse.

El Paladín surgió de la luz. Su caballo blanco coceó y relinchó. Su armadura plateada brillaba, los arneses y correas crujían. Sus armas colgaban, dispuestas. El fantasma de otra época y de otra vida había regresado.

Ben sintió que el medallón comenzaba a arder en su pecho, hielo y fuego primero, después algo distinto por completo. Sintió que se dividía, succionado fuera de su cuerpo.

¡*Sauce!*!, se oyó gritar una vez en el silencio de su mente.

Fue su último pensamiento. Un destello de luz plateada estalló en el medallón y se extendió hasta donde el Paladín aguardaba. Se sintió transportado con él para fundirse con el cuerpo del caballero errante del rey. La armadura lo comprimía por todas partes, ajustándose, cerrándose. Después, el recuerdo de quién y qué había sido desapareció. Los recuerdos del Paladín sustituyeron a los suyos, una avalancha de imágenes y pensamientos que abarcaban miles de tiempos y lugares, miles de vidas. Los de un guerrero cuya destreza en la batalla nunca había sido superada, los de un campeón jamás derrotado.

Ben Holiday había dejado de existir. Se había convertido en el Paladín.

Durante un momento, fue consciente de la figura harapienta y sucia que estaba de pie, quieta como una estatua, en la orilla del arroyo. Supo que era el rey de Landover y desechó el pensamiento.

Girando su montura blanca, saltó sobre la maleza, se metió entre los árboles del bosque y se alejó.

El grito de Sauce atrajo a Meeks instantáneamente. Surgió de las sombras proyectadas por los muros ruinosos de Mirwouk, montando a su demonio alado, con la túnica oscura agitándose bajo el cielo de la tarde. El demonio se lanzó en vertical sobre la ladera de la montaña, produciendo un silbido, y aterrizó en un grupo de

pinos. Sus alas membranosas se plegaron contra el cuerpo de serpiente-lobo, y las aletas de su nariz vibraron y lanzaron pequeñas ráfagas de fuego. Su lomo desprendía vapor.

Meeks se bajó, deslizándose con cuidado por el cuello escamoso, con sus ojos implacables fijos en el unicornio negro que pateaba y relinchaba nerviosamente a unos quince metros de él. Con su único brazo sostenía los libros de magia desaparecidos.

Abernathy empujó tras de sí a la temblorosa Sauce para protegerla.

—¡Mantente alejada del mago! —le dijo.

Meeks lo ignoró. Sus ojos estaban puestos en el unicornio. Avanzó varios pasos, desvió la vista un momento hacia Sauce y el amanuense, volvió a mirar al unicornio y se detuvo. Parecía que esperaba algo. El unicornio coceaba y temblaba como si ya estuviese atrapado, pero no huyó.

—Sauce, ¿qué está ocurriendo aquí? —preguntó Abernathy con inquietud.

La sílfide apenas podía mantenerse de pie. Sacudió la cabeza como para liberarse del aturdimiento. Sus palabras apenas fueron audibles.

—Lo he visto —repitió—. Las imágenes, todo... Pero hay... tantos. No puedo...

Decía cosas sin sentido; al parecer, aún conmocionada. Abernathy la condujo a una zona de hierba y flores y la sentó con suavidad. Luego se encaró a Meeks.

—¡Ella no puede hacerte daño, mago! —le gritó, atrayendo su dura mirada—. ¿Por qué no la dejas escapar? El unicornio es tuyo, si lo deseas, aunque no puedo imaginar para qué. ¡Todos saben que trae la desgracia a los que se encuentran con él!

Meeks siguió mirándolo pero no dijo nada.

—¡Los otros vendrán en seguida, mago! —continuó Abernathy—. ¡Harías mejor marchándote ya!

Meeks sonrió con frialdad.

—Acércate un poco, amanuense —le invitó sin levantar la voz—. Quizás podamos discutirlo.

Abernathy dudó, volvió la vista hacia Sauce, respiró profundamente y comenzó a atravesar el claro. Estaba tan asustado que apenas conseguía avanzar. Lo que menos deseaba en el mundo era acercarse al mago y a su demonio, y sin embargo lo estaba haciendo. Se irguió con arrogancia, decidido a seguir adelante. En realidad, no tenía elección. Era preciso hacer algo para ayudar a la joven, y aquello parecía lo único posible. El día era cálido y tranquilo, un hermoso día para dedicarlo a cualquier cosa que no fuese aquella. Abernathy se movía con la mayor lentitud posible, rogando que los otros llegasen antes de que el mago lo convirtiera en una antorcha.

Cuando estuvo a una docena de pasos de Meeks, se detuvo. El arrugado rostro del mago era una máscara de astucia y simpatía fingida.

—Más cerca, por favor —susurró.

Abernathy sabía que estaba condenado. No había ninguna posibilidad de escape para él. Podía intentar retrasar el final unos momentos, pero sólo eso. Sin embargo, unos momentos podían ayudar a Sauce.

Dio media docena de pasos adelante y se detuvo otra vez.

—¿De qué vamos a hablar? —preguntó.

La sonrisa fría se borró.

—¿Por qué no de lo que ocurriría si vinieran tus amigos a ayudarte?

Hizo un gesto breve con los libros, y un anillo de pequeñas figuras deformes surgió de entre los árboles que limitaban el claro. Las figuras estaban en todas partes, rodeándolos. Feas caras de cerdo con dientes afilados y lenguas de serpiente resollaban y se movían ansiosas. Abernathy sintió que se le erizaba el pelo del lomo. Una docena de aquellos pequeños monstruos sacaron del bosque a Questor Thews, Juanete, Chirivía y los gnomos nognomos. Todos estaban amordazados y atados con cadenas.

Meeks se volvió. Su sonrisa había reaparecido.

—Parece que tus amigos no te serán de gran ayuda después de todo. Pero tuviste un buen detalle de esperar hasta que se reunieran con nosotros.

Abernathy vio que su débil y última esperanza de ser rescatado desaparecía.

—¡Corre, Sauce! —gritó.

Entonces, gruñendo salvajemente, se lanzó contra Meeks. Lo hizo con la vaga idea de coger al mago desprevenido y arrebatarse sus preciosos libros de magia. Casi lo logró. El mago estaba tan ocupado en dirigir la llegada del pequeño ejército de esbirros que no se le ocurrió en ningún momento que el perro se decidiera a atacarle. Abernathy cayó sobre él antes casi de que se diese cuenta de lo que ocurría. Pero la magia que Meeks manejaba era tan rápida como el pensamiento, y la invocó. De los libros surgió un fuego verde, y un escudo de llamas golpeó a Abernathy. El terrier de pelo liso cayó hacia atrás dando una voltereta y quedó tendido. El humo se elevó lánguidamente de su pelaje chamuscado. El escudo de fuego que protegía a Meeks y a los libros de magia se avivó y se apagó.

El mago dirigió la vista hacia el lado opuesto del claro, donde Sauce se hallaba sentada en el suelo y el unicornio negro aguardaba.

—Al fin —susurró, y su voz sonó como un silbido lento.

Hizo un gesto rápido a los vástagos de demonio que esperaban órdenes y el anillo empezó a cerrarse.

El silencio descendió sobre el pequeño claro, como si la naturaleza se hubiese puesto un dedo en los labios pidiéndoselo al mundo. Hubo un momento en que todo fue más lento. Meeks esperó con impaciencia mientras los demonios del círculo avanzaban. Su demonio alado resopló, arrojando vapor por la nariz. Sauce seguía

sentada con la cabeza baja, aún aturdida, con el largo cabello extendido a su alrededor como un velo. El unicornio negro se aproximó a ella, paso a paso, como una sombra salida de la oscuridad y perdida en la luz del día. Su cabeza descendió y rozó el brazo de la sílfide gentilmente. La magia blanca de su cuerno se había oscurecido.

Entonces, una repentina ráfaga de viento llegó de las montañas y silbó a través de los árboles. El unicornio alzó la cabeza, sus orejas se atiesaron y su cuerno refulgió con más intensidad que la del sol. Oyó un sonido que nadie más pudo oír, un sonido que había esperado durante siglos.

Árboles, arbustos y matorrales salieron lanzados hacia arriba en la parte septentrional del bosque, como arrancados por una mano gigantesca. El viento aulló a través de la abertura que dejaron, y la luz fluyó libre con brillante destello blanco. Meeks y su demonio alado retrocedieron instintivamente, y los vástagos de demonio se tiraron al suelo gimiendo.

El retumbo de trueno se convirtió en repiqueteo de cascos, y el Paladín salió de su existencia latente hacia la batalla.

Meeks aulló de rabia e incredulidad. Sus pequeños demonios ya se habían dispersado en todas direcciones, barridos por el pánico como hojas secas por una escoba. No querían relaciones con el Paladín. Meeks se giró, apretando los libros de magia con la mano enguantada de negro contra su túnica oscura. Masculló algo ininteligible al monstruo que estaba tras él, y la criatura se lanzó hacia delante, silbando.

El Paladín se desvió un poco, y su cabalgadura blanca sólo acortó un poco el paso al girar para recibir al demonio.

El fuego brotó de las fauces de este último, envolviendo al caballo y al jinete que se aproximaban. Pero el Paladín atravesó el muro de llamas y siguió avanzando, con una lanza de batalla preparada para el ataque. El demonio volvió a exhalar su fuego y las llamas envolvieron de nuevo al caballero errante. Sauce alzó la cabeza y vio desaparecer en el fuego al caballero de plata y al caballo. De repente lo comprendió. Si el Paladín estaba allí, también estaba Ben.

Las llamas quemaron las hierbas del claro y chamuscaron los árboles que lo rodeaban. Todo se puso durante un momento al rojo vivo. Pero el Paladín escapó de nuevo de las llamas, aunque su montura y su armadura estaban recubiertas de humo y cenizas. Ahora se hallaba casi encima del demonio, con la lanza preparada. El demonio se dio cuenta demasiado tarde del peligro; entonces, extendió las alas y trató de elevarse. La lanza del Paladín atravesó las escamas y las placas que lo cubrían y se clavó en su enorme pecho. La serpiente-lobo aulló y cayó hacia atrás. La lanza se rompió dentro de ella. Trató de levantarse, con un débil impulso que no logró completar. Tras eso, su corazón cesó de latir y se desmoronó. Chocó contra la hierba

chamuscada, se estremeció y quedó inerte.

El Paladín detuvo el ataque mientras el demonio agonizaba, apartándose de él. Después, se volvió una vez más, sacó su gran espadón y azuzó a su caballo blanco contra Meeks para finalizar la lucha.

Pero esta vez Meeks estaba esperándole.

El viejo rostro, duro y arrugado, estaba tenso de concentración. Los delgados labios se plegaron para mostrar los dientes. Estaba invocando a su magia, fuera la que fuese.

Una luz verde fulguró en el punto medio entre el caballero errante que se aproximaba y el mago que esperaba. Meeks profirió un grito y se tensó. Su cabeza se inclinó bruscamente hacia atrás y la luz verde explotó en rayos.

Del fuego surgió una fila de esqueletos con armadura montados sobre corceles incorpóreos, mitad carneros, mitad serpientes. Sauce los contó. Tres, cuatro, cinco... seis en total. Los esqueletos sostenían espadones y mazas en sus manos huesudas. Sus calaveras, desprovistas de casco, mostraban sonrisas heladas. Tanto los jinetes como sus monturas eran tan negros como la noche.

Se volvieron todos a una y embistieron contra el Paladín. El Paladín avanzó para recibirlos.

Sauce observaba de cerca el desarrollo de la batalla al lado del unicornio. Había recuperado la conciencia y sus pensamientos eran claros. Vio cómo se encontraban el Paladín y los jinetes negros y oyó el ruido que produjeron sus armas al chocar, vio los remolinos de polvo que se elevaron tras el impacto y vio a uno de los jinetes negros convertirse en una pila de huesos. Los luchadores se giraron y contraatacaron, y el estruendo fue aterrador. Se distanció del conflicto, enfocando sus pensamientos no en el Paladín, sino en Ben. ¿Dónde se hallaba? ¿Por qué no estaba allí? ¿Por qué se mantenía alejado de su campeón?

Otro de los jinetes negros cayó y los huesos de su esqueleto se desmoronaron, crujiendo como madera seca bajo los cascos del caballo del Paladín. Se separó, dio vuelta y arremetió contra un tercer jinete, con el gran espadón destellando luz plateada mientras describía su arco mortífero. Los demás jinetes se agruparon y esgrimieron sus armas contra él. Éstas chocaron y rebotaron contra la armadura, empujándolo hacia atrás.

Sauce se puso de rodillas. El Paladín corría el peligro de ser derribado.

Entonces unas pequeñas explosiones de fuego verde flamearon sobre los huesos de los tres jinetes caídos, y seis nuevos esqueletos se levantaron de la niebla humeante para unirse a sus compañeros. Ella sintió que su estómago se contraía. Habían duplicado su fuerza. Eran demasiados para el Paladín.

Se puso en pie de un impulso, con la fuerza de la determinación. Questor, los

kobolds y los gnomos continuaban atados e incapaces de ayudar. Abernathy seguía inconsciente. Meeks los había imposibilitado a todos. No quedaba nadie para ayudar al Paladín.

Nadie para ayudar a Ben.

Supo lo que debía hacer. El unicornio negro estaba a su lado, inmóvil, con los ojos verde esmeralda fijos en los suyos. En ellos había una inteligencia inequívoca. En ellos leyó lo que debía hacer, y reflejaron lo que ella ya sabía en su corazón.

Aspiró profundamente, extendió los brazos y rodeó con ellos al unicornio.

La magia la recorrió al instante, rápida y ansiosa. El cuerpo delicado del unicornio se estremeció de alivio y las imágenes comenzaron. Se precipitaron a la mente de la sílfide, mezclándose unas con otras. Se sintió sacudida por la intensidad de las imágenes, quería gritar y trató de resistir el impulso. Esta vez la necesidad fue menor, su deseo más controlable. Se esforzó por dominarlo. Entonces las imágenes se hicieron más lentas, disponiéndose en una ordenada sucesión, y siguieron pasando. La mezcla de dolor y angustia que las acompañaba disminuyó y su luminosidad se aminoró hasta ser soportable.

Comenzó a reconocer lo que estaba viendo. Sus dedos acariciaban el cuello sedoso y delicado del unicornio mientras la magia se concentraba en ellos.

Una voz gritó.

¡Hadas! ¡Dejadme libre!

La voz provenía del unicornio y de la nada. Parte del unicornio era real, parte no lo era. Las imágenes aparecían y se desvanecían en la mente de Sauce, y ella contemplaba su paso. El unicornio negro deseaba libertad y estaba buscándola. Creía que podía encontrarla a través de... ¡a través de Ben! El gran señor podía liberarlo porque era el único que dominaba la magia del Paladín, y sólo el Paladín era lo bastante fuerte como para contrarrestar la magia que lo apresaba, la magia que poseía Meeks. Pero no había ningún gran señor a quien dirigirse y el unicornio negro se había quedado solo en aquellas tierras buscando, y Sauce había llegado, buscando también, con la brida de oro que los magos habían hecho para atraparlo la primera vez que escapó siglos atrás. El unicornio se había asustado de Sauce y de la brida, incierto de sus propósitos, y huido de ella hasta que comprendió que era buena, que podía ayudarlo y conducirlo al gran señor para que le otorgara la libertad. La sílfide reconocería al gran señor incluso disfrazado, aunque el propio gran señor no supiera...

Las imágenes adquirieron velocidad, y Sauce luchó contra eso para que su significado no se perdiera. Respiraba con celeridad, como después de una larga carrera, y su rostro estaba brillante y sudoroso.

La voz volvió a gritar en su mente.

¡El gran señor ha perdido su poder y, por tanto, también yo estoy perdido! ¡No

conseguiré la libertad!

Había desesperación en la voz. Las imágenes susurraban con urgencia. Los sueños que habían inducido a Sauce a buscarlo eran una mezcla de verdad y mentiras, sueños enviados por el mago y por las hadas... *¿Las hadas? ¿Habían enviado las hadas sus sueños?...* Todo debía unirse para que la verdad quedara al descubierto y el poder necesario pudiera ser convocado. Así el Paladín y el mago se enfrentarían para que se impusiera el más fuerte, el más fuerte que era también el mejor, y entonces los libros de magia podrían ser, al fin y para siempre, podrían ser y deberían ser...

Algo se introdujo, otras imágenes, otros pensamientos aprisionados en el unicornio durante incontables siglos. Sauce se quedó rígida y sus brazos se ciñeron alrededor del cuello sedoso. Sintió que el grito crecía en su interior una vez más, esta vez incontrolable, enloquecedor. Vio algo nuevo en las imágenes. ¡El unicornio negro no era una sola vida, sino muchas! ¡*Oh, Ben!* gritó sin sonidos. Había vidas en las imágenes que luchaban y no podían liberarse, que pedían cosas que ella no podía entender con palabras que no podía imaginar. Tembló por las emociones que desgarraban su interior. Almas apresadas, vidas retenidas, magias arrebatadas y mal empleadas... ¡*Ben!*

Entonces le llegó de repente una imagen de los libros de magia desaparecidos, encerrados en un lugar oscuro y secreto, un lugar impregnado del olor de algo maligno. Le llegó una imagen de un fuego que ardía en uno de esos libros, con la intensidad de la vida renovada, y de ese fuego y ese libro saltó el unicornio negro, libre otra vez, y huyó de la oscuridad hacia la luz, en busca...

La voz clamó por última vez.

¡Destruid los libros!

Fue un gemido de desesperación, casi un aullido. Bloqueó a las imágenes, consumió todo con su urgencia. El dolor que dejó escapar fue insoportable.

Por fin Sauce logró emitir un grito, que se elevó sobre el ruido de la batalla. La sílfide se soltó del unicornio negro y cayó hacia atrás, casi desmayada por la intensidad de lo que había experimentado. Quedó de rodillas, con la cabeza inclinada para resistir una oleada de náusea y frío. Pensó que podía morir y en el mismo instante supo que no ocurriría. Podía sentir al unicornio negro temblando de un modo incontrolable junto a ella.

Las palabras de su última petición fueron un susurro en sus labios.

¡Destruid los libros!

Se irguió lo poco que pudo y las gritó en el campo de batalla del pequeño claro.

Las palabras fueron como pequeños trozos de papel atrapados en el viento. El Paladín no las oyó, sumido en el fragor de la batalla. Meeks no las oyó, concentrado en dirigir la magia que había invocado para salvarse. Questor Thews, Juanete,

Chirivía, Phillip y Sot, abandonados por sus captores, se hallaban tendidos aún atados y amordazados al otro lado del claro.

Sólo Abernathy lo consiguió.

Pero el perro estaba semiconsciente, y le pareció que las palabras procedían de alguna parte de la oscuridad de sus propios pensamientos. Parpadeó, confuso, escuchó el eco de las palabras y después le llegó el ruido de la terrible batalla que se libraba a su alrededor. Se obligó a abrir los ojos por completo.

El Paladín y los jinetes negros giraban y se atacaban en el centro del claro, en un caleidoscopio de movimiento y sonido. Sauce y el unicornio negro eran pequeñas figuras atrapadas en el lado opuesto del claro. Al resto de sus amigos no pudo verlo.

Movió las patas, extendió la lengua hasta que tocó la nariz y sintió un dolor difuso en todo su cuerpo maltratado. Recordó lo que le había ocurrido y dónde estaba.

Se giró con esfuerzo para ver mejor. Meeks estaba de pie casi a su lado. Absorto en la lucha entre el Paladín y los jinetes negros, el mago había avanzado la media docena de pasos que lo separaban del perro.

Las palabras susurraron de nuevo en la mente de Abernathy. *¡Destruid los libros!*

El perro intentó levantarse y descubrió que su cuerpo no le respondía. Cayó hacia atrás. Otros pensamientos se cruzaron. ¿Destruir los libros? ¿Destruir la única oportunidad de volver a ser humano? ¿Cómo podía siquiera pensar en algo semejante?

Otro jinete negro cayó en tierra y se oyó el ruido que emitieron sus huesos al romperse. El Paladín estaba cercado, su armadura ennegrecida por la ceniza, abollada y rota por las espadas y las hachas. Estaba perdiendo la batalla.

Abernathy supo lo que eso significaría para todos y dejó de pensar en sus propios problemas. Trató otra vez de levantarse y pudo, pero no del todo. Arrugó el morro en una mueca de frustración.

Entonces, Meeks se acercó y sus piernas quedaron a pocos centímetros de la cabeza de Abernathy. Llevaba zapatos blandos y las piernas desnudas. La mueca de Abernathy se transformó en gruñido. Se hallaba ante su última oportunidad.

Se lanzó de cabeza hacia Meeks, cerró las mandíbulas sobre el tobillo del mago y apretó con fuerza. Meeks emitió un grito de dolor y sorpresa, alzó el brazo que sujetaba los libros de magia y estos volaron hacia arriba.

Todo sucedió a la vez después de eso. Un rayo de luz negro atravesó el claro, pasó junto al Paladín y los jinetes esqueléticos, atravesó las nubes de polvo y explotó en llamas verdes. El unicornio negro corrió más rápido que el pensamiento. Meeks tiró de su pierna con desesperación, tratando de liberarla de las mandíbulas de Abernathy y, al mismo tiempo, de atrapar los libros. Abernathy aguantó. Sauce lanzó un grito y el perro mordió con más fuerza. Entonces el unicornio negro llegó hasta

ellos. Saltó. Con su cuerno resplandeciente de magia blanca embistió a los libros que caían, rompió sus tapas como si fuesen de vidrio y sus hojas se dispersaron.

Las hojas sueltas bajaron revoloteando, y se mezclaron las que tenían unicornios dibujados con las quemadas por el fuego interior. Meeks gritó y consiguió liberarse al fin de las mandíbulas de Abernathy. De su mano extendida brotó un fuego verde que proyectó sobre el unicornio en el momento en que se elevaba, tocándolo en un costado. El unicornio giró en el aire y de su cuerno salió un arco de fuego blanco en dirección al mago. Éste contraatacó. El fuego verde explotó sobre el unicornio y el blanco alcanzó a Meeks. Los fuegos continuaron cruzándose entre el unicornio y el mago. Su intensidad aumentaba en cada ataque.

El Paladín se volvió en el centro del claro, describiendo un círculo con su espadón que acabó con los restantes jinetes negros y dispersó sus huesos. Le fue fácil. Los jinetes negros ya se estaban desintegrando. La magia que los había sostenido se escapaba de sus figuras huecas. Al instante, el proceso se completó.

Entonces, el Paladín corrió hacia el unicornio y el mago. Pero no llegó a tiempo. El fuego había prendido en Meeks; aquella magia era demasiado fuerte incluso para él. Gritó por última vez y explotó en humo. Al mismo tiempo, el unicornio negro fue engullido por el fuego verde. Describió un arco hacia el cielo, saltó en el aire y dejó de verse.

El Paladín también desapareció. Cabalgó en una súbita explosión de luz blanca, la luz lo limpió de ceniza y polvo y brillantó su armadura plateada hasta dejarla como nueva. Todo en un instante. El caballero errante y la luz se desvanecieron.

Abernathy y Sauce se miraron en silencio a través del claro quemado y vacío.

Entonces ocurrió.

Todos lo vieron. Sauce y Abernathy mientras se sentaban en la ladera chamuscada, aún aturcidos por la furia de la batalla que acababa de terminar; Questor, los kobolds y los gnomos nognomos mientras trataban inútilmente de levantarse, aún sujetos a las cadenas usadas por los vástagos de demonio para retenerlos; e incluso Ben Holiday mientras salía bamboleándose de entre los árboles del bosque después de haber corrido desde el lugar de su transformación, sin saber por qué tenía que ir allí, pero sabiendo que debía hacerlo. Lo vieron todos, y todos contuvieron la respiración, maravillados.

Empezó como un viento que alteró la tranquilidad de las montañas. Al principio sólo fue un susurro; después, un torrente de sonido como el rugir de un océano. El viento surgió de la tierra donde reposaban las hojas de los libros de magia rotos, levantando el polvo y la ceniza, agitando los pequeños restos de llamas verdes que aún aleteaban en el prado. Se elevó hacia el cielo en forma de un embudo, atrapando las hojas dispersas en un remolino blanco. Las hojas quemadas volvieron de repente a

su estado primitivo, sus bordes rasgados se unieron, sus superficies amarillentas adquirieron un blanco inmaculado. Las que tenían dibujos de unicornios se reunieron con ellas hasta que no se distinguieron unas de otras. Un muro de hojas se alzó en el horizonte, crujiendo y chasqueando alocadamente bajo el azote del viento.

Entonces las páginas comenzaron a transformarse. Los dibujos brillaron y adquirieron flexibilidad. Los unicornios cobraron vida. Ya no eran figuras inmóviles. Empezaron a correr alrededor del borde del embudo. Había centenares, todos blancos, todos en movimiento; una nube de poder y velocidad. Las hojas y las tapas de los libros de magia desaparecieron y sólo quedaron los unicornios. Volaban y gritaban extasiados sobre el rugido del viento.

¡Libres!, parecían decir. *¡Libres!*

Entonces el embudo se abrió y los unicornios se dispersaron, inundando el cielo del claro con sus bellos y delicados cuerpos, como fuegos artificiales explotando en una lluvia de increíble belleza. Los unicornios se esparcieron por el horizonte, impulsados por la magia de su transformación, perdiéndose de vista en la distancia. Sus gritos persistieron unos instantes, luego se disolvieron en el silencio.

Las montañas recobraron su tranquilidad.

LEYENDA

—El unicornio negro nunca existió —dijo Sauce.

—Sí existió, pero sólo era un engaño —afirmó Ben.

Questor Thews, Abernathy, Juanete, Chirivía, y Phillip y Sot se miraron llenos de confusión.

Estaban sentados a la sombra de un enorme y viejo roble al borde del prado, donde el olor a tierra quemada era un recuerdo de lo que había ocurrido. Los últimos restos de llamas verdes se extinguieron, pero quedaban nubes de humo y cenizas flotando ingravidas en el aire de la tarde. Abernathy se había sacudido el polvo, los otros se habían liberado de sus cadenas, y los seis estaban reunidos alrededor de Ben y Sauce, que intentaban dar una explicación de los acontecimientos. No era fácil porque ninguno de ellos los conocía por completo, de modo que fueron reconstruyendo la historia poco a poco.

—Puede que sea mejor empezar por el principio —propuso Ben.

Se inclinó hacia delante y cruzó las piernas ante sí. Estaba maltrecho y sucio, pero al menos lo reconocían todos. Al liberarse del engaño que lo atrapaba había acabado con el engaño que afectaba a los demás.

—Hace mucho tiempo, las hadas enviaron a los unicornios blancos a Landover en un viaje que tenía por objeto avivar las creencias en los mundos de los mortales. Eso lo sabemos por las historias. Los unicornios eran la magia más reconocible que poseían las hadas, y ellas los enviaron a aquellos mundos donde la creencia en la magia estaba en peligro de extinción. Después de todo, es necesario que haya *cierta* creencia en la magia, por poca que sea, para que cualquier mundo pueda sobrevivir.

»Pero los unicornios desaparecieron porque los magos de Landover los atraparon y los encerraron. Querían apoderarse de su magia. ¿Recuerda, Questor, que me contó que los magos tenían una poderosa asociación, que lo dominaba todo antes de que el rey enviase al Paladín para someterlos? Pues casi puedo asegurarle que gran parte de esa magia provenía de los unicornios apresados, una magia que los magos usurparon. No sé con qué magia contaban para conseguirlo, pero supongo que emplearon algún truco engañoso. Ése parece ser el procedimiento favorito de los magos. En cualquier caso, los capturaron, los transformaron en dibujos y los apresaron en esos libros.

—Pero no del todo —intervino Sauce.

—No, no del todo —admitió Ben—. Ése es el punto más interesante. Los magos separaron el cuerpo del espíritu de cada unicornio al realizar la transformación. ¡Encerraron el cuerpo en un libro y el espíritu en otro! Eso debilitó a los unicornios e hizo que fuera más fácil retenerlos. El cuerpo sin el espíritu pierde fortaleza. La magia de los magos era lo bastante poderosa para lograr eso, pero lo importante era evitar que volvieran a unirse.

—Y ése era el peligro a que Meeks se enfrentó al escapar el unicornio negro —añadió Sauce.

—Exacto. ¡Porque el unicornio negro era el *espíritu* común de los unicornios blancos apresados! —Ben frunció el entrecejo—. Mientras los magos mantuvieran la fuerza de la magia que sellaba los libros, los unicornios no podrían liberarse y ellos seguirían extrayendo su magia para usarla en provecho propio. Incluso después de que el rey de Landover enviara al Paladín para disolver la asociación de los magos, los libros siguieron intactos. Es probable que estuvieran escondidos durante mucho tiempo. Después, los magos que quedaban, los que ya prestaban sus servicios al rey, cuidaron de que nadie supiese la fuente de su poder. Y los libros pasaron de un mago a otro hasta llegar a Meeks.

Se puso el dedo índice sobre los labios.

—Pero, mientras tanto, se produjo un problema con los unicornios. De vez en cuando se escapaban. Algo ocurriría si los magos relajaban su vigilancia y los unicornios quedaban en libertad. No es que las escapatorias fueran frecuentes, desde luego, porque los magos cuidaban bien los libros; pero las había. Y siempre era la parte *espiritual* la que lograba evadirse, puesto que la magia del espíritu es más fuerte que la del cuerpo. El espíritu se abría camino quemando las páginas del libro que lo retenía. Pero carecía de una verdadera presencia física. Era sólo una sombra formada de necesidad y deseo, una silueta que adquiriría consistencia y vida durante cierto tiempo, y poco más. —Dirigió una mirada rápida a Sauce para obtener su confirmación, que ella le otorgó asintiendo—. Como además su color era negro, se creó la opinión generalizada de que se trataba de algo maligno. Después de todo, ¿quién había oído hablar de un unicornio negro? Los magos, estoy seguro, propagaron la historia de que el unicornio negro era una aberración, un ser peligroso, quizás incluso un demonio. Es de suponer que inventaran algunos sucesos para reforzar la creencia. Eso mantuvo a todos lejos de él mientras los magos trataban de volver a atraparlo.

»La brida de oro era usada para ese propósito —intervino Sauce, cogiendo el hilo de la narración—. Los magos emplearon su magia para crear la brida después de la primera escapada. La brida era una magia que podía atraer y retener al unicornio negro, dándoles tiempo para apresarlo de nuevo. Siempre fue atrapado con rapidez, nunca fue larga su libertad. Volvían a encerrarlo en los libros de magia, tras restaurar las hojas quemadas, y todo volvía a ser como antes. Los magos no deseaban correr riesgos. Los libros eran su magia más importante, y no podían arriesgarse a que se dañara o se perdiese.

Se volvió hacia Ben.

—Por eso el unicornio negro estaba tan asustado de mí al principio. Incluso aterrorizado. Sentí su miedo cada vez que me acerqué a él y, sobre todo cuando lo

toqué. Creía que yo era un instrumento de los magos que lo habían tenido prisionero. No podía saber la verdad. Sólo en los momentos finales pareció comprender que yo no estaba al servicio de Meeks.

—Lo cual nos devuelve al presente —anunció Ben, estirándose—. Meeks entró en posesión de los libros de magia cuando le llegó el turno y los usó de la misma forma que los magos que le precedieron. Pero entonces murió el rey y todo comenzó a desmoronarse. El unicornio negro no se había escapado desde hacía mucho tiempo, quizás siglos, y en todos esos años no fue necesaria la brida de oro. Creo que ni siquiera los magos anteriores a Meeks le prestaron demasiada atención, porque parece ser que Belladona la robó por primera vez en épocas remotas. Después se la robó Strabo y, a partir de entonces, la han tenido una u otro alternativamente. Supongo que Meeks sabía donde estaba, pero los libros de magia seguían a salvo bajo su control, y la bruja y el dragón no conocían el verdadero objetivo de la brida. El problema se inició cuando Meeks viajó a mi mundo a buscar un nuevo rey de Landover y escondió los libros de magia para que estuvieran seguros en su ausencia. Creo que no tenía intención de pasar mucho tiempo fuera, pero las cosas no salieron así. Como yo no regresé asustado para devolverle el medallón ni la Marca de Hierro acabó conmigo, Meeks se encontró atrapado allí, y sin los libros. La magia que aprisionaba a los unicornios se debilitó en su ausencia, y la parte espiritual, el unicornio negro, quemó las páginas del libro y escapó.

—¡Por eso mi hermanastro envió los sueños! —exclamó Questor, y la comprensión se reflejó en su rostro de búho—. Tenía que volver a Landover, recuperar los libros de magia y encontrar la brida de oro. Sin pérdida de tiempo. En caso contrario, el unicornio negro podía encontrar un medio de liberar a todos los unicornios blancos, sus naturalezas físicas se entiende, y perdería la magia.

—Y eso es exactamente lo que el unicornio trataba de hacer —confirmó Sauce—. No sólo esta vez, sino todas las que logró huir. Trataba de encontrar la única magia que consideraba más poderosa que la de los magos, ¡la del Paladín! En anteriores ocasiones, siempre fue atrapado demasiado pronto para tener una oportunidad. Sabía que el Paladín era el campeón del rey, pero nunca logró llegar hasta el rey. Esta vez estaba seguro de que podría, pero no pudo encontrar ningún rey. Meeks actuó con rapidez en cuanto descubrió que el unicornio había escapado. Usó un sueño para que Ben saliera de Landover antes de que el unicornio pudiera encontrarlo. Después regresó con él y cambió su apariencia para que nadie, incluido el unicornio negro, pudiera reconocerlo.

—Creo que me hubiera reconocido de no haber estado prisionero tanto tiempo —intervino Ben—. Las criaturas fantásticas más antiguas, como Belladona o Strabo lo hicieron. Pero el unicornio había olvidado parte de su magia.

—Debió de perder mucha también a causa del drenaje de los magos —añadió

Sauce.

—Meeks me dijo aquella noche en mi dormitorio, cuando empleó su magia para transformarme, que yo había complicado sus planes de algún modo —siguió Ben, volviendo al tema de su identidad perdida—. Yo no tenía la más remota idea de a qué se refería. No sabía de qué estaba hablando. La verdad es que todo lo que hice fue casual. No estaba enterado de que los libros guardaban magia robada, ni de que sin su presencia en Landover la magia podía perderse. Yo sólo trataba de permanecer vivo.

—Un momento, gran señor. —Abernathy parecía no tener las cosas claras—. Meeks envió esos sueños: el vuestro para procurarse un modo de regresar a Landover, el de Questor Thews para apoderarse de los libros de magia, y el de Sauce para recuperar la brida robada. Los sueños funcionaron tal como estaban planeados, excepto el de Sauce. Ella encontró la brida, pero no intentó entregárosela tal como su sueño le había indicado. ¿Por qué?

—Las hadas —dijo Sauce.

—Las hadas —repitió Ben.

—Dije la primera mañana que mi sueño parecía incompleto, que sentía que debía mostrarme algo más —explico la sílfide—. Después de aquel, tuve otros sueños. En cada uno de ellos, el unicornio negro parecía cada vez menos un demonio y más una víctima. Las hadas enviaron esos sueños para guiarme en mi búsqueda y enseñarme que mis temores eran falsos. Poco a poco, llegué a comprender que el primer sueño estaba impregnado de mentira, que el unicornio negro no era mi enemigo, que necesitaba ayuda y que yo debía proporcionársela. Después de que el dragón me entregara la brida de oro hilado, me convencí más, gracias a sueños y visiones, de que debía ir yo sola a buscar al unicornio si quería descubrir la verdad de todo aquello.

—A mí las hadas me enviaron a Daga Demadera —susurró Ben—. No intervinieron directamente en mi ayuda. Nunca actúan así. Las respuestas a nuestras dificultades debemos encontrarlas dentro de nosotros. Ellas esperan que resolvamos nuestros problemas. Pero Daga fue el catalizador que me ayudó a hacerlo. Daga me ayudó a ver la verdad respecto al medallón. Meeks había forjado el engaño que me llevó a creer que lo había perdido. Daga me ayudó a descubrir que era yo quien alimentaba ese engaño, y que si yo podía reconocer la verdad de las cosas, los demás también podrían. Y eso es lo que ocurrió.

—Por lo cual el Paladín fue capaz de llegar a tiempo; bueno, casi —dijo Questor.

—Y los libros de magia fueron destruidos y los unicornios liberados —añadió Sauce.

—Y Meeks vencido —concluyó Abernathy.

—Así es —confirmó Ben.

—¡Magnífico gran señor! —exclamó Phillip fervientemente.

—¡Poderoso gran señor! —agregó Sot.

—¡Por favor! ¡Ya basta! —gruñó.

Miró implorante a los otros, pero todos sonrieron.

Era ya hora de partir. A nadie le gustaba demasiado la idea de pasar otra noche en el Melchor. Todos estuvieron de acuerdo en que sería mejor instalar el campamento abajo, en las estribaciones.

Descendieron con esfuerzo de las montañas bajo la luz declinante del atardecer. El sol se estaba escondiendo tras el borde occidental del valle en una bruma escarlata y gris. Mientras caminaban, Sauce se rezagó para quedarse junto a Ben y su brazo rodeó el de él.

—¿Qué crees que será de los unicornios? —preguntó al cabo de un rato.

Ben se encogió de hombros.

—Supongo regresarán a las nieblas y nadie los volverá a ver.

—¿No crees que irán a los otros mundos donde fueron enviados?

—¿Más allá de Landover? —Ben sacudió la cabeza—. No después de lo que han pasado. Ahora no. Volverán a casa donde estarán a salvo.

—En tu mundo no estarían a salvo, ¿verdad?

—Es difícil.

—¿Ni en Landover?

—Tampoco.

—¿Crees que estarán a salvo en las nieblas?

Ben reflexionó un momento.

—No lo sé. Quizás no.

Sauce asintió.

—Tu mundo necesita unicornios, ¿verdad? Se ha olvidado de la magia.

—Bastante.

—Entonces quizás no tenga importancia que estén seguros allí. Quizás la necesidad supere al peligro. Puede que al menos uno de ellos decida ir.

—Es posible, pero lo dudo.

Sauce alzó un poco la cabeza.

—Lo dices, pero no lo crees.

Él sonrió, sin contestarle.

Llegaron a las estribaciones, atravesaron un prado grande salpicado de flores silvestres de color rojo hasta una zona de abetos, y los kobolds se adelantaron para buscar un sitio adecuado para acampar. El aire se había enfriado, y la proximidad del crepúsculo dotó a la tierra de un leve reflejo plateado. Los grillos empezaron a cantar, y una bandada de gansos pasó en vuelo bajo hacia un lago distante. Ben estaba pensando en su hogar, en Plata Fina, en la calidez de la vida que le aguardaba allí.

—Te quiero —dijo Sauce de repente y sin mirarlo, con la cabeza erguida al

pronunciar las palabras.

Ben asintió, pero siguió callado durante un momento.

—Deseaba decirte algo sobre eso. Tú repites una y otra vez que me quieres, y yo no he podido corresponderte. Últimamente he estado pensando por qué, y supongo que es porque tenía miedo. Porque lo consideraba un riesgo innecesario. Era más fácil no enfrentarse a él. —Hizo una pausa—. Pero ahora, precisamente ahora, no siento así. Mi sentimiento es distinto por completo. Has dicho que me quieres, y me he dado cuenta de que yo también quiero decírtelo. Por tanto, lo haré. Yo también te quiero, Sauce. Creo que siempre te he querido.

Siguieron caminando sin hablar. Él era consciente de que la presión del brazo de la sílfide aumentaba. El día estaba silencioso y sereno, lleno de paz.

—La Madre Tierra hizo que le prometiera que te cuidaría, ¿sabes? —dijo Ben al fin—. Eso es parte de lo que me obligó a pensar en nuestra relación. Hizo que le prometiera que no te dejaría correr riesgos. Insistió mucho en ello.

Pudo sentir la sonrisa de Sauce más que verla.

—Eso es porque la Madre Tierra sabe —dijo ella.

Él esperó que dijera algo más, luego bajó la vista.

—¿Sabe qué?

—Que un día llevaré un hijo tuyo, gran señor.

Ben tomó una bocanada de aire y la dejó salir con lentitud.

—Oh.

EPÍLOGO

Faltaban dos días para Navidad.

La zona sur de Chicago estaba helada y desapacible. La nieve caída la noche anterior, ya gris y fangosa cubría las aceras y las calles. Los altos edificios cuadrangulares de oficinas y apartamentos eran sombras vagas en una bruma de humo y niebla. De las rejillas de las alcantarillas surgían súbitas nubes de vapor provocadas por el aguanieve. No había mucho movimiento. Los coches se arrastraban como escarabajos prehistóricos, precedidos de los ojos amarillos y brillantes que eran sus faros encendidos. Los peatones iban con las cabezas inclinadas para protegerse del frío, con las barbillas enterradas en bufandas y las manos en los bolsillos de los abrigos. La tarde contemplaba la llegada del anochecer con un silencio sombrío.

La esquina de *División & Elm* se hallaba casi desierta. Dos chicos con chaquetas de cuero, un típico hombre de negocios y una mujer bien vestida se habían visto obligados a salir de casa para hacer sus compras. Bajaron de un autobús y se dispersaron en diferentes direcciones. Un comerciante estaba revisando las cerraduras de la puerta principal de su ferretería, dispuesto a dar por terminado el trabajo. Un obrero del turno de mañana salió de un bar después de tomar dos cervezas y pasar una hora de descanso para dirigirse a su hogar, situado a dos manzanas de distancia, donde también vivía su madre enferma. Un hombre viejo cargado con bolsas de comestibles arrastraba los pies sobre la nieve por la acera de la izquierda, dejando marcas de huellas heladas. Un niño pequeño embutido en un anorak jugaba con un trineo junto a un portal.

Todos se ignoraban entre sí con indiferencia inconsciente, absortos en sus propios pensamientos.

El unicornio blanco cruzó ante ellos como un pedazo de luz errante. Iba a gran velocidad. Parecía que se propusiera recorrer el mundo en un día. Daba la impresión de no tocar el suelo. Su flexible cuerpo delicado se contraía y estiraba en un solo y fluido movimiento. Toda la belleza existente o con posibilidad de existir se hallaba condensada en su movimiento. No estuvo allí más que un instante. Quienes lo vieron se quedaron sin aliento y parpadearon de asombro.

Siguió un momento de incertidumbre. El hombre viejo abrió la boca y la dejó así. El niño puso el trineo en el suelo y miró a su alrededor. Los dos chicos bajaron las cabezas y murmuraron entre sí con inquietud. El hombre de negocios dirigió la vista hacia el comerciante, a la vez que éste la dirigía hacia él. La mujer bien vestida recordó las historias mágicas de hadas que aún le gustaba leer. El obrero recordó de repente las fiestas navideñas de cuando era niño.

Después, el momento pasó y todos siguieron su camino. Algunos más aprisa, otros más despacio. Contemplaban la calle vacía y neblinosa. ¿Qué habían visto? ¿Un

unicornio? No, no podía ser. Esos seres no existen... no en la realidad. Y menos en las ciudades. Los unicornios vivían en los bosques. Pero habían visto algo. ¿Habían visto algo? ¿O no? Continuaron andando, silenciosos, con una calidez interior al recordar lo que experimentaron. Tenían la sensación de haber participado de algo mágico.

Se llevaron a sus casas aquella sensación. Algunos la conservaron durante cierto tiempo. Otros la transmitieron.